

BOCCACCIO

Decamerón

Introducción:
GIOVANNI PAPINI

Traducción:
LUIS OBIOLS

Editorial
Losada

Boccaccio, Juan

Decamerón. - 1ª ed. - Buenos Aires: Losada, 2005. - 584 p.; 23 x 15
cm. - (Grandes Clásicos)

Traducido por: Luis Obiols

ISBN 950-03-9365-4

1. Narrativa Italiana I. Obiols, Luis, trad. II. Título

CDD 853

Título original:

Decamerone

Primera edición: julio de 2005

© 2005, Editorial Losada, S. A.

Moreno 3362 - Buenos Aires, Argentina

www.editoriallosada.com

Tapa: *Ana María Vargas*

Interiores: *Taller del Sur*

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

Libro de edición argentina

Tirada: 2.000 ejemplares

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Jornada quinta

En la que, bajo el reinado de Fiammetta, se cuentan los trabajos de aquellos amantes que tras de desgraciados sucesos, vieron satisfechos sus anhelos.

Introducción

Completamente blanco estaba ya el horizonte, y los rayos del sol naciente habían sembrado de luz todo nuestro hemisferio, cuando Fiammetta, incitada por los dulces cantos de los pájaros que jovialmente cantaban en la enramada la primera hora del día, abandonó el lecho y mandó llamar a todas sus amigas y a los tres jóvenes; y descendiendo con ligero paso a la campiña, estuvo paseando con sus compañeros, hablando de distintas cosas por la extensa llanura cuyas hierbas cubiertas de rocío hollaron hasta que algún tanto se hubo levantado el sol. Mas, sintiendo ya que los rayos solares iban calentando, dirigieron sus pasos hacia la vivienda: a ella llegados, rehiciéronse de su ligera fatiga con vinos y dulces excelentes y se pasearon hasta la hora de comer por el delicioso jardín.

Llegada ésta, hallándose todo muy discretamente dispuesto por el senescal, después que se hubieron ejecutado una sonata y una o dos baladitas, cuando a la reina le plugo pusiéronse alegremente a comer. Y hecho esto con orden y con alegría, sin olvidar la costumbre adoptada del baile, ejecutaron algunas pequeñas danzas con acompañamiento de música y canto. Después de esto, la reina les despidió a todos hasta después de pasada la hora de la siesta; algunos se fueron a dormir, otros quedaron solazándose por el jardín. Mas todos, poco después de la hora nona fueron a reunirse, cuando a la reina le plugo, según tenían por costumbre, junto a la fuente. Y habiéndose sentado la reina pro tribunali, miró hacia Pánfilo, y sonriendo, le ordenó que diera principio a las historietas felices. A lo cual se dispuso gustoso aquél, hablando así:

Cuento primero

El amor maestro

Cimón, amando, se vuelve cuerdo y roba en el mar a su mujer Ifigenia; en Rodas es metido en la cárcel, de la cual le saca Lisímaco, y con él roba de nuevo a Ifigenia y a Casandra en sus bodas, fugándose con ellas a Creta; y allí, haciéndolas sus esposas, regresan con ellas a sus casas.

—Muchas historias, amables damas, se me presentan a la imaginación para contarlas, al tener que dar principio a jornada tan agradable como lo será ésta; de las cuales, una más que las otras me place, porque por ella podréis comprender, no solamente el feliz fin de que empezamos a tratar, sí que también cuán santas y poderosas y de cuánto bien sean capaces las fuerzas del Amor, las cuales muchos, sin saber por qué, condenan y vituperan muy injustamente; cuya historia, si no me equivoco, como creo estáis enamoradas, muy agradable os deberá ser.

Así, pues (según en las antiguas historias de los chipriotas habíamos leído en otro tiempo), hubo en la isla de Chipre un hombre nobilísimo, a quien por nombre se llamó Arístipo, mucho más rico de todas las cosas temporales que otro cualquiera de sus compatriotas; y si la fortuna no le hubiese privado de una sola cosa, podría conceptuarse el más dichoso de todos. Y era esto que, entre sus hijos, tenía uno que aventajaba a todos los demás jóvenes en estatura y en belleza corporal, pero que era casi imbécil y sin porvenir, cuyo verdadero nombre era Galeso, pero a quien, como ni los esfuerzos del maestro ni los halagos o azotes de su padre ni otro ardid alguno habíale podido meter en la cabeza ni letras ni enseñanza alguna, antes por el contrario, con voz gruesa y deforme y con modales más propios de una bestia que de un hombre se expresaba, casi por burla le llamaban todos Cimón, palabra que en su lengua equivalía a la nuestra de Animalazo, cuya desventura soportaba el padre con gran disgusto; y habiendo perdido ya toda esperanza, para no tener siempre delante la causa de su dolor, le mandó que se fuera a la hacienda y viviera allí con sus trabajadores; cosa que a Cimón le agradó mucho, porque los usos y costumbres de los hombres rudos le eran más agradables que los de la ciudad.

Habiéndose ido, pues, Cimón a la hacienda, y ejercitándose allí en las cosas a ella pertenecientes, acaeció que cierto día, después de mediodía, pasando

de una posesión a otra llevando al hombro su bastón, penetró en un bosquecillo, que en aquella región era hermosísimo y sumamente frondoso, por haber llegado ya el mes de mayo; andando por él, llegó guiado por su buena suerte, a un pequeño prado circuido de elevadísimos árboles, en uno de cuyos lados había una fuente preciosa y fresca, al lado de la cual vio dormida encima del verde musgo a una hermosísima joven vestida con un traje tan sutil, que casi nada de sus nevadas carnes ocultaba y solamente desde la cintura para abajo hallábase cubierta por una blanquísima y leve manta, y a sus pies dormían también dos mujeres y un hombre, servidores de aquella joven.

Apenas la vio Cimón, cual si jamás hubiese visto forma de mujer, deteniéndose y apoyándose en su bastón sin decir palabra, con inmensa admiración púsose a contemplarla con fijeza. Y en su tosco pecho, en el cual todos los esfuerzos antes practicados no habían podido hacer penetrar impresión alguna de plácida cultura, sintió despertar un pensamiento que en su material y ruda mente le decía que aquélla era la cosa más bonita que ser viviente alguno hubiese visto jamás. Y luego empezó a examinarla por partes, alabando sus cabellos, que le parecían de oro, su frente, su nariz, su boca, su garganta, sus brazos y especialmente su pecho, poco desarrollado todavía; y súbitamente transformado de labrador en juez de la hermosura, ansiaba vivamente ver los ojos que ella conservaba cerrados bajo el imperio del sueño, y para verlos, no pocas veces tuvo ganas de despertarla. Pareciéndole, empero, extraordinariamente más hermosa que las demás mujeres que hasta entonces viera, temía que tal vez fuera una diosa; y tan impresionado se hallaba, que juzgaba que las cosas divinas eran más dignas de veneración que las mundanas, y por eso se reprimía aguardando que ella por sí misma se despertase; y aun cuando le parecía ser excesiva la tardanza, dominado igualmente por un placer desconocido, no se sabía marchar de allí.

Acaeció, pues, que al cabo de mucho rato, la joven, que se llamaba Ifigenia, despertó antes que los que con ella estaban, y habiendo levantado la cabeza y abierto los ojos, al ver delante de ella a Cimón apoyado en su cayado, se sorprendió en gran manera y le preguntó:

—Cimón, ¿qué andas buscando a estas horas por este bosque?

Cimón, ya por su figura y por su rusticidad o ya por la nobleza y la fortuna de su padre, era casi conocido de todos en el país. No respondió él cosa alguna a la pregunta de Ifigenia; pero al ver abiertos los ojos de la joven, con tanta fijeza empezó a mirarlos, pareciéndole que de ellos brotaba una suavidad que le inundaba de un placer jamás por él experimentado. Al ver esto la joven, empezó a temer que aquel su mirar tan fijo impulsara su rusticidad a alguna cosa que pudiera ser vergonzosa para ella, por lo cual, llamando a sus mujeres, se puso de pie, diciendo:

—Queda con Dios, Cimón.

A lo cual contestó éste:

—Iré contigo.

Y aun cuando la joven rechazó su compañía, temerosa siempre de él, jamás lo pudo separar de ella hasta que la hubo acompañado hasta su casa; y de allí se fue a casa de su padre, diciendo que de ninguna manera quería

volver a la hacienda; aun cuando esto no fuese del agrado de su padre ni de los suyos, le dejaron hacer sin embargo, esperando ver cuál fuese la causa que le había hecho cambiar de opinión.

Habiendo, pues, penetrado en el corazón de Cimón, en el cual ninguna enseñanza había podido penetrar, el dardo del Amor por medio de la hermosura de Ifigenia, yendo de pensamiento en pensamiento, hizo en brevísimo tiempo asombrar a su padre, a todos los suyos y a cuantos le conocían. Primeramente pidió a su padre que le hiciera ir vestido y compuesto cual lo iban sus hermanos, cosa que muy contento hizo el padre. Después, frecuentándose con los jóvenes bien educados y oyendo y viendo el lenguaje y las maneras que empleaban éstos, sobre todo los enamorados, primeramente y con suma admiración de todos, en muy breve espacio de tiempo, no solamente aprendió las primeras letras, sino que se distinguió sobremanera entre los hombres pensadores; y después de esto (siendo causa de todo el amor que a Ifigenia profesaba) no solamente cambió su hablar rudo en afable, sino que llegó a ser hábil en el canto y en la música y en el montar a caballo; y en las cosas bélicas tanto de mar como de tierra llegó a ser sumamente experto y temido. Y para no ir refiriendo todas las particularidades de su vida, os diré que antes de que se cumpliera el cuarto aniversario del día en que por primera vez se había enamorado, logró ser más afable, mejor educado y poseer más especiales virtudes que otro cualquiera joven que pudiese hallarse en la isla de Chipre.

¿Qué diremos, pues, amables damas, de Cimón? Nada más podemos decir sino que las elevadas virtudes infundidas por el cielo en su noble alma, habían sido ligadas y encerradas por la envidiosa fortuna en una pequeñísima parte de su corazón con ataduras tan sumamente fuertes, que rompió y destrozó completamente el Amor, por ser más poderoso que aquélla. Y como el excitador de los espíritus adormecidos, impelió aquellas virtudes ofuscadas por cruel obscuridad hacia la clara luz, mostrando abiertamente la manera de dónde saca los espíritus sometidos a él y adónde los conduce con sus rayos. Así, pues, si bien Cimón amando a Ifigenia se excediera en algunas cosas, como muy a menudo lo hacen los jóvenes enamorados, comprendiendo empero Arístipo que el Amor le había transformado de ser irracional en hombre, no solamente le soportaba con paciencia, sino que le animaba a seguir en esto todos sus gustos. Pero Cimón, que no quería se le llamara Galeso, recordando que por Ifigenia había sido llamado con el primero de dichos nombres, ganoso de poner digno término a su deseo, varias veces hizo indicar a Cyrreo, padre de Ifigenia, que se la debía dar por esposa; mas Cyrreo respondió siempre que la había prometido a Pasimundo, noble joven rodense a quien no quería faltar. Y habiendo llegado el tiempo de la concertada boda de Ifigenia y habiéndola enviado a buscar su futuro marido, díjose a sí mismo Cimón: “Ésta es la ocasión de demostrarte, joh Ifigenia!, cuánto te amo. Por ti me he transformado en hombre, y si puedo poseerte, no me cabe duda de que llegaré a ser más glorioso que cualquier Dios; y positivamente o te poseeré o moriré”.

Y dicho esto, llamó secretamente a algunos nobles jóvenes amigos suyos, y mandando armar reservadamente un buque con todo lo necesario

para un combate naval, se hizo a la mar, yendo a esperar la nave en la cual Ifigenia debía ser trasladada a Rodas para ser entregada a su prometido esposo.

Después que hubieron sido sumamente obsequiados por el padre de la joven, los amigos del novio llevaron a ésta al buque, y enderezando la proa hacia Rodas, emprendieron el viaje. Cimón, que no dormía, los alcanzó al día siguiente con su nave y desde la proa les gritó con fuerte voz a los que se hallaban sobre la cubierta del buque de Ifigenia:

—Deteneos, arriad las velas, o seréis derrotados y sumergidos en el mar.

Los adversarios de Cimón habían llevado las armas sobre cubierta y se disponían a defenderse; por lo cual Cimón, tomando un arpón de hierro, lo lanzó sobre la popa de los rodios que se alejaban rápidamente, y lo unió a la fuerza de la proa de su buque, y fiero como un león, sin que nadie le siguiera, saltó a la nave de los rodios como si a todos les considerase inútiles, y aguijoneado por el Amor, cuchillo en mano se metió con asombroso ímpetu entre sus enemigos, e hiriendo ahora a éste y luego al otro, les derribaba como a ovejas. Al ver esto los rodios, arrojando al suelo las armas, casi a una sola voz se declararon todos prisioneros suyos.

—Jóvenes —les dijo Cimón—, no es el afán de la presa ni el odio que por vosotros siento lo que me hizo partir de Chipre para asaltaros a mano armada en alta mar. Lo que me movió es para mí el afán de conquistar una cosa muy importante y que a vosotros os es muy fácil concedérmela buena-mente: y es Ifigenia, a quien amo sobre todas las cosas y que, no pudiendo obtenerla de su padre como amigo y a las buenas, de vosotros como enemigo y con las armas me ha obligado el Amor a conquistarla; y como pretendo ser para ello lo que vuestro Pasimundo ser debía, dádmela y seguid en buena hora vuestro camino.

Los jóvenes, a quienes obligaba más la fuerza que la generosidad, cedieron, llorando, Ifigenia a Cimón. El cual, al verla llorar, dijo:

—No te desanimes, noble dama, yo soy tu Cimón, que con un prolongado Amor he merecido poseerte, mejor de lo que lo ha merecido Pasimundo por la palabra empeñada.

Volvióse luego Cimón a sus compañeros, después que la hubo hecho subir a su nave, sin tocar a otra cosa alguna de los rodios, y dejó a éstos que se alejaran.

Entonces Cimón, incomparablemente contento con la conquista de tan grata presa, después que por algún tiempo se hubo dedicado a tranquilizarla y a enjugar sus lágrimas, resolvió con sus compañeros que no convenía de momento regresar a Chipre, y por lo tanto, puestos todos de acuerdo, enderezaron la proa de su nave hacia Creta, donde casi todos, y especialmente Cimón, creían estar en seguridad junto con Ifigenia, por tener allí antiguos y nuevos parientes y gran número de amigos. Pero la inconstante fortuna, que tan fácilmente había concedido a Cimón la conquista de aquella mujer, cambió súbitamente en triste y amargo llanto la inestimable alegría del enamorado joven. No habían transcurrido todavía cuatro horas desde que Cimón dejara a los rodios, cuando, llegando la noche, que Cimón contaba sería la más

agradable de cuantas jamás pasado habían, surgió con ella un tiempo cruel y tempestuoso que llenó de nubes el cielo y de furiosos vientos el mar: por lo cual nadie acertaba a ver ni lo que hacerse debía, ni adónde ir, ni encima mismo de la nave había medio de sostenerse en pie para maniobrar. No hay que decir cuánto sintió esto Cimón; parecía que los dioses le habían otorgado su deseo para que le causara mayor pesar la muerte de la que con tanto riesgo había conquistado. Lamentábanse igualmente sus compañeros, pero más que todos se lamentaba Ifigenia, llorando copiosamente y temiendo los embates de las olas; y en su llanto, ásperamente maldecía el amor de Cimón, y su osadía censuraba, asegurando que aquella tempestad que amenazaba no había nacido por otra cosa que porque los dioses no querían que aquél, que contra el gusto de ella quería tenerla por esposa, pudiera gozar de su presuntuoso deseo, antes por el contrario, viéndola morir primero a ella, muriera miserablemente después él. En medio de tales y mayores lamentos, no sabiendo qué hacer los marineros, siendo cada vez más fuerte el viento, sin saber o conocer por dónde iban navegando, llegaron cerca de la isla de Rodas, y no reconociéndola, haciendo lo posible para salvar sus vidas, esforzándose en tomar tierra si era posible. En lo cual les fue favorable la fortuna, conduciéndoles a una pequeña ensenada adonde poco antes que ellos habían llegado con su nave los rodios a quienes Cimón había dejado en libertad. Apenas al despuntar la aurora y clarear algo más el cielo, notaron que habían atracado a la isla de Rodas, viéndose a casi un tiro de flecha de distancia de la nave que el día anterior habían dejado libre. Asesorado de esto Cimón, temiendo que le acaeciera lo que le acaeció, mandó que a toda fuerza se dispusieran a salir al mar y dejar luego que la fortuna les condujera adonde le acomodase; pues en ninguna parte podían estar peor que allí. Grandes esfuerzos se hicieron para abandonar aquel sitio, pero en vano: un viento imponente les llevaba la contraria, de tal suerte, que no solamente no pudieron salir de la pequeña ensenada, sino que, quieras que no, se vieron impelidos hacia tierra. Cuando a ella llegaron, fueron reconocidos por los marineros rodios que habían desembarcado de su nave. Alguno de éstos se apresuró a ir corriendo a una finca allí inmediata adonde habían ido los nobles jóvenes rodios, y les contó que Cimón, llevando a Ifigenia a bordo de su nave, había tenido la fortuna de arribar allí como ellos. Al saberlo éstos, acudieron rápidamente a la orilla del mar, alegres y seguidos de muchos de los hombres que en la finca había; y Cimón, que habiendo desembarcado ya, había resuelto huir a algún bosque inmediato, junto con éstos y con Ifigenia, fue hecho prisionero y conducido a la finca. Y, habiendo venido de la ciudad Lisímaco, que era quien aquel año tenía a su cargo el gobierno superior de los rodios, envió a la cárcel a Cimón y a todos sus compañeros con numerosa comitiva de soldados, tal como Pasimundo, a quien habían llegado las noticias de lo sucedido, había dispuesto, quejándose ante el senado de Rodas. De esa suerte perdió el triste y enamorado Cimón su Ifigenia, conquistada por él poco antes, sin haber logrado de ella más que algún beso.

Por gran número de damas nobles de Rodas fue Ifigenia recibida y consolada, tanto por el dolor que su detención le produjera, como de la tur-

hación experimentada por la tormenta, y en poder de ellas permaneció hasta el día fijado para la boda. A Cimón y a sus compañeros, por haber dejado libres el día antes a los jóvenes rodios, les fue perdonada la vida, la cual Pasimundo se empeñaba en que les fuese quitada, y fueron condenados a prisión perpetua; en la cual, como se deja comprender, permanecían afligidos y sin esperanza alguna de placer.

Entretanto, Pasimundo apresuraba cuanto le era posible los preparativos de su futura boda. La fortuna, como si estuviese arrepentida del repentino agravio inferido a Cimón, produjo un nuevo incidente para su salvación.

Pasimundo tenía un hermano menor que él en edad, mas no en virtud, llamado Ormisdo: desde largo tiempo se había concertado su casamiento con una noble y hermosa joven de la ciudad llamada Casandra, a quien Lisímaco amaba con delirio, y el matrimonio había sido aplazado varias veces por diversos accidentes.

Hallándose ahora Pasimundo próximo a celebrar con grandes fiestas su boda, pensó obrar acertadamente para no tener que hacer nuevos gastos y nuevas fiestas, en ver si en aquella misma ocasión podía Ormisdo tomar mujer, por lo cual, comenzáronse de nuevo negociaciones con los padres de Casandra y se obtuvo de ellos el consentimiento; por lo cual él y su hermano resolvieron que el mismo día en que Pasimundo se casara con Ifigenia, lo haría Ormisdo con Casandra.

De lo cual, enterado Lisímaco, se disgustó en gran manera, porque veía perdidas las esperanzas que abrigaba, de que, si Ormisdo no se casaba con ella, decididamente la obtendría él. Mas, obrando cuerdamente, ocultó en el pecho su disgusto, y se puso a discurrir la manera cómo podría impedir que se realizase aquella boda; y no halló otro camino posible sino el de robarla. Esto le pareció cosa fácil por el cargo que ejercía, pero lo consideraba mucho más deshonroso para él que si no hubiese ejercido dicho cargo; mas al fin, después de larga deliberación, la honra cedió su sitio al amor, y sucediera lo que sucediese, tomó el partido de robar a Casandra. Y pensando en la compañía que debiera tener para hacer esto, y en el orden con que hacerlo debía, se acordó de Cimón, a quien con sus compañeros tenía prisioneros, y calculó que no podrá tener compañero mejor y más fiel que Cimón.

Por lo tanto, a la noche siguiente, le hizo venir a escondidas a su cuarto y empezó a hablarle en estos términos:

—Cimón, así como los dioses son excelentes y espléndidos en sus beneficios para con los hombres, son también muy parcos para probarnos virtudes y hacen dignos de las más altas recompensas a aquellos a quienes hallan firmes y constantes en todos los casos, por ser los más esforzados. Ellos han querido probar tu virtud en más segura prueba de las que tú hubieras podido dar dentro de los límites de la mansión de tu padre, de quien sé que es inmensamente rico, y primeramente, valiéndose de las punzantes insinuaciones del amor, te convirtieron de insensato animal, según tengo entendido, en hombre de seso; después, con cruel fortuna, y ahora con enojosa prisión, quieren ver si tu espíritu deja de ser lo que era cuando por poco tiempo contento estuviste por tu conquistada presa. Si éste es el mismo que fue antes,

nada tan agradable le proporcionaron como lo que actualmente a darte se dispone, y es lo que voy a manifestarte para que recobres las perdidas fuerzas y adquieras nuevos ánimos.

Pasimundo, gozoso con tu desventura y ansioso de procurar tu muerte, se da cuanta prisa puede para la celebración de las bodas de tu Ifigenia, y gozar en ellas, lo que antes la plácida fortuna te había otorgado y súbitamente te quitó. Si la amas tal como creo, comprendo cuánto dolor debo causarte por mí mismo puesto que igual ofensa a la tuya se dispone a inferirme a mí en un mismo día su hermano Ormisdo en Casandra, a la cual amo yo sobre todas las cosas. Y para evitar tan grande ofensa y tan gran disgusto de la fortuna, no veo que ella haya dejado abierto camino alguno como no sea el valor de nuestros corazones y de nuestras diestras, en las cuales nos conviene tener la espada y hacernos abrir paso, a ti para el segundo rapto, a mí para el primero de nuestras dos damas; por lo cual, si es de tu agrado recobrar, no digo la libertad porque creo que poco debe preocuparte sin tu dama, sino esta misma dama, en tus manos la han puesto los dioses como quieras seguirme en mi empresa.

Esas palabras hicieron recobrar a Cimón sus perdidos ánimos, y sin tomarse gran espacio de tiempo para dar la respuesta, dijo:

—Lisímaco; ni más fuerte ni más leal compañero que yo, puedes tener para tal empresa, si de esto se me debe seguir lo que tú dices, y por lo tanto, entérame de lo que te parezca que debo hacer y verás la asombrosa fuerza con que te sigo.

Lisímaco le contestó:

—Dentro de tres días las nuevas esposas entrarán por vez primera en casa de sus maridos. Es allí donde tú con tus compañeros, armados todos, y yo con algunos de los míos en quienes tengo bastante confianza penetremos a la caída de la tarde, y robándolas de entre los convidados las conduciremos a una nave que secretamente he mandado preparar, matando a todos cuantos intentaren resistir.

Plúgole a Cimón el plan y permaneció silencioso en su prisión hasta la ocasión indicada.

Llegado el día de las bodas, fue grande y magnífica la ostentación y la alegría, y la fiesta llenó todos los ámbitos de la morada de los dos hermanos. Lisímaco, después de haber dispuesto todo lo necesario, reunió a Cimón y a los compañeros de éste lo propio que a sus amigos, llevando todos armas debajo de sus ropas; cuando le pareció ser la ocasión oportuna, y después de haberlos animado en su propósito con expresivas frases, distribuyóles en tres pelotones, uno de los cuales envió sigilosamente al puerto, con el objeto de que nadie pudiera impedirles el subir a la nave cuando fuera necesario, y pasando con los otros dos pelotones a la morada de Pasimundo, dejó uno en la puerta para que nadie pudiese encerrarlos dentro o cortarles la salida, y con el resto, junto con Cimón, subió por las escaleras. Y llegado a la sala donde los recién desposados, con otras muchas damas estaban ya ordenadamente sentados a la mesa para comer, avanzando y derribando las mesas, tomó cada cual a su amada, y poniéndolas en brazos de sus compa-

ñeros, mandáronles que las condujeran inmediatamente a la nave que tenían preparada. Pusieronse a llorar y a gritar las recién desposadas y lo mismo hicieron las otras damas y los criados, y de repente lo invadieron todo el llanto y las exclamaciones. Pero Cimón y Lisímaco y los compañeros de éstos desenvainadas las espadas, se dirigieron a las escaleras sin encontrar oposición alguna, pues todos les abrían paso: y cuando las descendían, salióles Pasimundo al encuentro provisto de un enorme palo; pero Cimón le hirió en la cabeza y se la rajó por la mitad, haciéndole caer muerto a sus pies. Como acudiera en su auxilio el desdichado Ormisdo, también a éste le dio muerte Cimón, y algunos otros que quisieron acudir, fueron heridos y rechazados por los compañeros de Lisímaco y de Cimón.

Éstos, dejando la casa llena de sangre, de lamentos, de lágrimas y de tristeza, llegaron sin impedimento alguno a la nave junto con sus presas; después de embarcadas las mujeres y de haberse embarcado ellos y todos sus compañeros, estando ya la orilla llena de gente armada que acudía a rescatar a las dos damas, azotaron el agua con sus remos y se alejaron satisfechos de su hazaña.

Llegados a Creta, fueron jovialmente recibidos por muchos amigos y parientes suyos; tomaron por esposas a las dos mujeres, y después de celebradas grandes fiestas, gozaron satisfechos de su presa. Grande y de larga duración fueron en Chipre y en Rodas las exclamaciones y la turbación que estos sucesos produjeron; finalmente, intervinieron en uno y otro punto los amigos y parientes de los raptos y hallaron medio de que, después de un breve destierro, Cimón regresara contento a Chipre con Ifigenia, y Lisímaco volviera asimismo a Rodas con Casandra. Y cada cual en su país, vivió contento y por dilatados años con su mujer.

Cuento segundo

Las saetas de Martuccio Gomito

Constanza ama a Martuccio Gomito, y, habiendo oído decir que estaba muerto, llevada de la desesperación, se mete sola en una barquilla que fue transportada por el viento a Susa; vuelve a encontrarle vivo en Túnez, se le descubre, y él, que tenía gran privanza con el rey por ciertos consejos que le diera, la toma por esposa, y con ella se vuelve rico a Lípari.

La reina, viendo terminada la historia de Pánfilo, después de haberlo elogiado mucho, mandó a Emilia que contase ella otra, y Emilia empezó así:

—Cada cual debe merecidamente recrearse con aquellas cosas a las cuales ve seguir las recompensas según las afecciones; y como que amar merece más bien a la larga recreo que aflicción, con mucho mayor placer por mi parte obedeceré a la reina, tratando de este asunto, que no lo hice con el rey, hablando del asunto anterior.

Debéis saber, pues, delicadas damas, que cerca de Sicilia hay una pequeña isla llamada Lípári, en la cual poco tiempo atrás hubo una hermosísima joven llamada Constanza, que pertenecía a una familia bastante respetable. De la cual se enamoró un joven a quien en la isla llamaban Martuccio Gomito, arrogante, apuesto y bien educado e inteligente en su profesión. Y ella se enamoró igualmente de él de tal manera, que sólo era dichosa cuando le veía. Deseando Martuccio tenerla por mujer, la hizo pedir a su padre, el cual respondió que era pobre y por lo tanto no se la quería dar. Disgustado Martuccio de verse rechazado por su pobreza, a algunos de sus amigos y parientes les juró que nunca más volvería a Lípári si no había de volver rico. Y partiendo de allí, empezó a costear corseando la Berbería, robando a cuantos eran menos fuertes que él; en cuya tarea le fue bastante favorable la fortuna, si hubiese sabido usar moderadamente de su suerte, pero no bastándole el haber llegado él y sus compañeros a hacerse en breve tiempo sumamente ricos, mientras buscaban la manera de aumentar sus riquezas acaeció que él y los suyos fueron capturados y robados por algunos buques sarracenos después de una prolongada defensa, y la mayor parte de ellos fueron echados al agua por los sarracenos, y después de echada a pique su embarcación, fue conducido a Túnez, encerrado en una prisión y guardado en dilatada miseria.

No una sola, sino muchas y distintas personas trajeron a Lípári la noticia de que todos los que iban con Martuccio en el buque habían muerto ahogados. La joven, a quien la partida de Martuccio había afligido en gran manera, al saber que éste había muerto con los otros, lloró copiosamente y tomó la resolución de no sobrevivirle; y no teniendo valor suficiente para matarse a sí misma por algún medio violento, pensó ponerse en el caso de tener que morir irremisiblemente: y saliendo en secreto cierta noche de casa de su padre y llegándose al puerto, halló por casualidad, a cierta distancia de las otras embarcaciones, una barquilla de pescadores, la cual (por haber desembarcado sus propietarios) halló provista de árbol, vela y remo.

Saltando rápidamente a ella, y haciéndose algo mar adentro con los reinos, por estar algo ejercitada en el arte de mar, como lo están generalmente todas las mujeres de aquella isla, izó la vela, arrojó al agua los remos y el timón y se abandonó completamente al viento; suponiendo que necesariamente sucedería o que el viento haría zozobrar la barca sin carga y sin gobernarle, o la arrojaría y destrozaría contra un escollo, con lo cual ella, aun cuando quisiera salvarse, no lo podría lograr, y necesariamente se ahogaría. Y envolviéndose la cabeza en un velo, tendióse llorando en el fondo de la barca.

Mas todo pasó al revés de lo que ella se hubiese imaginado, pues como aquel viento era bastante suave, y como apenas estaba agitado el mar y la barquilla tenía buen andar, el día después de la noche en que ella en la pequeña embarcación había penetrado, viose trasladada al anochecer a unas cien millas más arriba de Túnez, en una playa próxima a una ciudad llamada Susa.

La joven, como para nada había cambiado de postura ni levantado había siquiera la cabeza, no sabía si estaba junto a la playa o en alta mar.

Cuando la barca chocó contra la arena, hallábase allí por casualidad una pobrecita mujer marinera que recogía las redes de sus pescadores; al ver

ésta la barca, se extrañó de que, llevando la vela desplegada, la hubiesen dejado encallar en la arena. Y presumiendo que los pescadores estarían durmiendo dentro, se encaminó hacia la barca y a nadie más vio que a aquella joven que estaba profundamente dormida, a quien llamó repetidas veces, logrando al fin hacerla despertar, y comprendiendo por el traje que era cristiana, hablando en latín, le preguntó a qué se debía que se hallara tan sólo ella en aquella barca. La joven, al oír hablar latín, temió que tal vez el viento la hubiera vuelto a llevar a Lípari; y poniéndose repentinamente de pie, miró en torno suyo, y como no reconociera el país y se viera en la playa, preguntó a la mujer dónde se hallaba. A lo cual la buena mujer respondió

—Hija mía, estás cerca de Susa, en Berbería.

Al oír esto la joven, lamentándose de que Dios no le hubiese querido enviar la muerte, hondamente avergonzada, y no sabiendo qué hacer, sentóse al pie de su barca y se puso a llorar.

La buena mujer, al ver esto, se compadecía de ella, y tanto la halagó, que al fin ésta le contó cómo había llegado allá: enterada la buena mujer de que estaba todavía en ayunas, le ofreció su pan duro, algunos peces y agua, y tanto le rogó, que logró que comiese un poco.

Preguntó después Constanza, quién era aquella buena mujer que así le hablaba en latín, y ésta contestó que era de Trápani y se llamaba Carapresa; y que estaba al servicio de unos pescadores cristianos.

Al oír la joven lo que Carapresa decía, a pesar del vivo dolor que la embargaba, y sin saber ella misma a qué razón obedecía, juzgó de buen agüero el haber oído este nombre y empezó a esperar, sin saber qué, y tuvo menores deseos de morir: y sin manifestar quién era ni de dónde, rogó encarecidamente a la buena mujer que por amor de Dios se compadeciera de su juventud y le diera algún consejo para evitar que se le hiciera alguna mala acción.

Al oírla Carapresa, como que era una mujer de bien, dejándola en su choza, apresuróse a recoger sus redes, volvió a su lado, y envolviéndola completamente en su manto, la condujo a Susa, y una vez llegada allí, le dijo:

—Constanza, te llevaré a casa de una excelente dama sarracena, a quien yo presto con frecuencia algunos servicios, y que es una dama de antiguo linaje y muy compasiva; te recomendaré a ella lo mejor que pueda, y tengo por muy seguro que te recibirá con gusto y te tratará como una hija, y tú, viviendo con ella, harás cuanto puedas sirviéndola, para conquistarte su gracia, hasta que Dios te proporcione mejor suerte.

Y tal como lo dijo, así lo hizo.

La dama, que era bastante vieja, al oír a ésta, miró el semblante de la joven y se puso a llorar, y tomándola, le besó la frente, y después la llevó de la mano a su casa, donde habitaba con otras mujeres sin hombre alguno, ocupándose todas en trabajos manuales, haciendo diversas labores de seda, palma y tafilete.

En pocos días aprendió la joven a hacer algunos de esos trabajos y empezó a trabajar con ellas; y de tal suerte se conquistó la benevolencia y el cariño de la dama y de las otras mujeres, que fue cosa sorprendente: y en poco espacio de tiempo, enseñándoselo ellas, aprendió su idioma.

Viviendo, pues, la joven en Susa, habiéndola llorado ya por perdida y por muerta en su casa, acaeció que, siendo rey de Túnez un tal Mariabdalá, un joven muy bien emparentado y muy poderoso, que estaba en Granada, diciendo que le pertenecía a él el reino de Túnez, reunió considerable número de gente y se fue contra el rey de Túnez para arrojarle del trono.

Llegando estas cosas a oídos de Martuccio Gomito, que sabía perfectamente el berberisco, y sabedor de que el rey de Túnez hacía considerables preparativos de defensa, dijo a uno de los que a él y a sus compañeros custodiaban:

—Si yo pudiese hablarle al rey, me dice el corazón que le daría un consejo con el cual saldría victorioso de esta guerra.

El centinela repitió estas palabras a su capitán y éste se las fue a decir inmediatamente al rey. Por lo cual el rey mandó que condujeran a Martuccio a su presencia, y como le preguntase qué consejo era el que le podía dar, Martuccio le respondió así:

—Señor, si no me he fijado mal, en el tiempo en que recorrí vuestros mares, en la manera como acostumbráis a combatir, me parece que lo hacéis más con arqueros que con cualquier otro medio; por lo tanto, si se hallara medio de que a los arqueros de vuestros adversarios les escasearan las flechas, y los vuestros las tuvieran en abundancia, me parece que resultaríais vos el vencedor.

A lo cual dijo el rey:

—No cabe duda de que si esto se pudiera hacer, creo que yo resultaría vencedor.

—Esto, señor —repuso Martuccio—, podrá hacerse cuando vos queráis; y oíd de qué manera: Tenéis que mandar hacer cuerdas para los arcos de vuestros arqueros, mucho más delgadas de las que generalmente emplean todos; y después mandar hacer saetas cuya marca sólo sirva para estas cuerdas delgadas; y esto hay que hacerlo con tanta reserva, que no lo sepa vuestro adversario, pues si lo supiera hallaría medio de obtener compensación.

Ved ahora el porqué de mi pensamiento. Cuando los arqueros de vuestro enemigo hayan arrojado sus saetas, y los vuestros hayan lanzado también las suyas, será preciso que vuestros enemigos recojan las saetas que vuestros arqueros habrán lanzado durante la batalla, y los nuestros tendrán que recoger las de aquéllos; pero los adversarios no podrán utilizar las saetas arrojadas por los vuestros por la pequeñez de sus muescas que no encajarán con las cuerdas gruesas, mientras que a los vuestros les pasará lo contrario con las saetas de los enemigos, porque la cuerda delgada encajará perfectamente con la saeta que tenga ancha la muesca. Y de esta suerte, los vuestros tendrán abundancia de saetas, mientras los otros estarán faltos de ellas.

Plúgole al rey, que era hombre cuerdo, el consejo de Martuccio, y siguiéndolo al pie de la letra, logró salir victorioso en su guerra: por lo cual Martuccio obtuvo en gran manera su gracia y, de consiguiente, alcanzó posición elevada y rica.

Corría por el país la fama de estos sucesos; y llegó a oídos de Constanza que Martuccio Gomito estaba vivo, cuando por tan largo tiempo le había

creído muerto, por lo cual aquel amor, que en el corazón de la joven empezaba a entibiarse ya, renació con súbita llama, hízose más intenso, resurgiendo al propio tiempo la perdida esperanza. Con este motivo, reveló por completo a la buena dama con quien vivía todos sus secretos, y le dijo que deseaba ir a Túnez para saciar sus ojos de lo que los oídos, con las noticias recibidas, le habían hecho desear. Mucho aplaudió la dama su deseo y cual si hubiera sido su madre, entró en una barca y se fue con ella a Túnez, donde fue atentamente recibida junto con Constanza en casa de una pariente suya.

Y habiendo ido con ellas Carapresa, la envió a adquirir noticias de Martuccio; y enterada de que estaba vivo y en elevada posición se lo comunicó, y a la noble dama le plugo querer ser ella quien manifestara a Martuccio la venida a Túnez de su Constanza, y yendo cierto día donde Martuccio se hallaba, le dijo:

—Martuccio, en mi casa he tomado un servidor tuyo que viene de Lípari, y querría traerle secretamente aquí; y como de nadie más me fío, accediendo a su voluntad yo misma te lo he venido a decir.

Diole Martuccio las gracias, y ella se volvió después a su casa. Cuando la joven le vio, poco le faltó para morirse de alegría y, no pudiendo contenerse, echóle súbitamente los brazos al cuello y lo estrechó entre ellos, y ante la consideración de los pasados infortunios y de la alegría presente, púsose a llorar copiosamente, sin poder articular palabra alguna. Martuccio, al ver a la joven, quedó algo sorprendido, y luego suspirando le dijo:

—¡Oh, Constanza mía, vives aún! Mucho tiempo hacía ya que te creía perdida, y ni en nuestra patria se sabía de ti cosa alguna.

Y dicho esto, llorando de ternura la abrazó y besó. Constanza le refirió cuanto le había pasado y las atenciones que había recibido de la noble dama con quien había ido a vivir.

Después de larga conversación despidióse Martuccio de ella, fue a ver al rey su señor y se lo contó todo, a saber, sus aventuras y las de la joven, añadiendo, que deseaba con su licencia tomarla por esposa según nuestra ley. Admiróse el rey de estas cosas; y llamando a la joven a su presencia y oyendo de sus labios la confirmación de cuanto Martuccio había contado, le dijo:

—Muy bien ganado te lo tienes, pues, por marido.

Y mandando traer riquísimos y abundantes regalos, dio parte de éstos a ella y parte a Martuccio, dándoles licencia para que hicieran lo que más fuese del agrado de uno y otra. Martuccio, después de obsequiar en gran manera a la noble dama con quien Constanza vivido había, y de haberle dado gracias por todo cuanto en su servicio había hecho y de haberle hecho regalos a ella correspondientes, y encomendándola a Dios, despidióse de ella, no sin que Constanza abundantes lágrimas derramara, y después, con licencia del rey, se embarcaron en una pequeña nave, yendo con ellos Carapresa, y con viento favorable a Lípari regresaron donde no es posible explicar los festejos que se celebraron.

Casóse allí Martuccio con ella, haciendo grandes y magníficas bodas y viviendo después con ella en paz y sosiego, gozando cumplidamente de su amor.

Cuento tercero

Los amantes fugitivos

Pedro Boccamazza huye con Angelita, encuéntranse con unos ladrones, la joven huye por un bosque y es conducida a un castillo. Pedro cae preso y huye del poder de los ladrones y después de algunos accidentes llega al castillo donde se hallaba Angelita y haciéndola su esposa, vuélvese con ella a Roma.

Ni uno sólo hubo entre todos los oyentes que no elogiase la historia de Emilia, la cual, comprendiendo la reina que estaba terminada, volviéndose a Elisa, le ordenó que continuase ella. Ganosa de obedecer, empezó ésta diciendo:

—Se me viene delante, graciosas damas, una mala noche pasada por dos jovencitos poco cautos; pero como a ésta siguieron muchos días felices me parece oportuno explicarla, ya que está conforme a nuestro propósito.

En Roma, que, así como es escuela del mundo, fue en otro tiempo su cabeza, hubo tiempo atrás, un joven llamado Pedro Boccamazza, de familia bastante respetable entre los romanos, el cual se enamoró de una hermosísima y graciosa joven llamada Angelita, hija de uno que se llamó Gigliuozzo Saullo, hombre plebeyo pero bastante apreciado entre los romanos. Y como la amaba, tanto supo hacer, que la joven acabó por no amarle menos a él de lo que él a ella le amaba. Pedro, impulsado por su ardiente amor, y pareciéndole que no debía soportar por más tiempo la áspera pena que le daba el deseo de hacerla suya, la pidió por esposa.

Al saberlo sus parientes, fueron todos a encontrarle, censurándole enérgicamente lo que quería hacer; y por otra parte, hicieron decir a Gigliuozzo Saullo que por ningún estilo hiciera caso de las palabras de Pedro; porque si lo hacía, jamás le mirarían ni como amigo ni como pariente. Al ver que le cortaban aquel camino, el único por donde creía poder llegar a su deseo, Pedro quiso morir de dolor; y si Gigliuozzo lo hubiese consentido, habríase casado con su hija a despecho de todos sus parientes. Pero luego se propuso hacer, si a la joven le parecía bien, que eso tuviese efecto: y sabiendo por un intermediario que consentía, púsose de acuerdo con ella para huir juntos de Roma.

Dispuestas las cosas convenientemente, cierta mañana Pedro se levantó muy temprano, montó con ella a caballo, y juntos tomaron el camino de Alagna, donde Pedro tenía algunos amigos en quienes tenía mucha confianza, y cabalgando así, sin tiempo para coger los frutos de amor, porque temían que les siguieran, sólo alguno que otro beso cambiaron mientras de su amor iban hablando. Como Pedro no conocía muy bien el camino, acaeció que, al hallarse a más de ocho millas de distancia de Roma, debiendo torcer a mano derecha, tomaron por un camino de la izquierda. Dos millas apenas habían avanzado, cuando se vieron cerca de un pequeño castillo, del cual, como fueran vistos desde él, salió de improviso una docena de criados; y cuando estaban ya bastante cerca de ellos, la joven los vio y dijo gritando:

—Huyamos, Pedro, que nos asaltarán.

E hizo volver a su caballo como supo hacia un bosque inmenso; y como le tenía aplicadas al cuerpo las espuelas, aguantándose en el arzón, el caballo metiendo el aguijón, la llevó corriendo bosque adentro. Pedro, que iba mirando más el rostro de ella que el camino, no reparó como ella en los criados que venían, y mientras, sin verles aún, iba mirando por dónde estaban, fue por ellos asaltado, cogido y desmontado del caballo, y como le preguntaron quién era y se lo dijo él, pusieronse ellos a celebrar consejo entre sí y a decir:

—Éste es de los amigos de nuestros enemigos; ¿qué otra cosa debemos hacer, que quitarle sus ropas y su caballo y colgarle de una de estas encinas en venganza de los Orsini?

Y habiéndose puesto todos de acuerdo mandaron a Pedro que se desnudase. Mientras iba desnudándose, acaeció que a corta distancia de ellos apareció un grupo de más de veinticinco criados gritando:

—¡Matadles! ¡Matadles!

Sorprendidos los primeros por este incidente, soltando a Pedro dispusieronse a su propia defensa; pero viéndose mucho menores en número que sus agresores, emprendieron la fuga y echaron detrás de ellos los demás.

Al ver Pedro esto, tomó rápidamente sus cosas y montó a caballo y echó a huir tan de prisa como pudo por el camino por donde había visto huir a la joven. Pero no viendo por el bosque camino ni sendero, ni distinguiendo pisadas de caballo, cuando le pareció que se hallaba en seguridad y libre de las manos de los que le habían apresado y fuera también del alcance de los otros por quienes los primeros habían sido atacados, como no diese con su amada, púsose a llorar profundamente afligido, y a andar de uno a otro lado del bosque llamándola; pero nadie le respondía, y él no se atrevía a volver atrás, y avanzaba sin saber adónde debía llegar; y por otra parte, les tenía miedo a las fieras que suelen habitar en las selvas, tanto para él como para su amada, a la cual a cada instante le parecía ver estrangulada por algún oso o por algún lobo.

Anduvo, pues, el desdichado Pedro todo el día por el bosque gritando y llamando, encontrándose haber retrocedido cuando haber avanzado presumía. Y tan rendido se hallaba, ya por el mucho gritar, ya por tanto llorar como por el miedo y por su prolongado ayuno, que no podía echar más adelante. Y al ver llegar la noche, sin saber qué resolución tomar, al hallarse ante una corpulenta encina, desmontó del caballo, lo ató a ella, y luego, para no ser devorado por las fieras durante la noche, subió a ella; y poco después, habiendo salido la luna y siendo muy clara la noche, como Pedro no se atrevía a dormirse para no caer (lo cual, aun cuando le hubiera sido cosa fácil no le habrían permitido ni el dolor ni los pensamientos que sobre su amada formaba); por cuya razón, suspirando y llorando y maldiciendo su propia desventura permanecía despierto.

La joven fugitiva, sin saber adónde ir y dejándose llevar adonde su caballo le parecía bien, penetró tanto en el bosque, que no podía ver el sitio por donde allí había entrado; por lo cual, haciendo ni más ni menos que lo

que Pedro hacía, estuvo dando vueltas todo el día por aquella salvaje espesura, ora andando, ora deteniéndose a esperar, sin cesar de llorar y de llamar y de lamentar su desdichada suerte.

Viendo al fin que Pedro no venía y siendo ya de noche, se dejó llevar por un pequeño sendero por donde la había metido su caballo, y después de haber recorrido más de dos millas, vio desde lejos una casita, a la cual se encaminó ella lo más de prisa que pudo, y allí encontró a un buen viejo con su mujer, que era vieja también. Los cuales, al verla sola, exclamaron:

—¿Qué vas a hacer, hija, tan sola a estas horas y por estos sitios?

La joven respondió llorando que había perdido a su compañero en el bosque y preguntó si estaba muy lejos Alagna. A lo cual, el buen hombre le contestó:

—Hija mía, éste no es buen camino para ir a Alagna, y de aquí a allí hay más de doce millas.

—¿Y no hay por ahí cerca casa donde poder albergarse?

—Ninguna hay tan cerca que puedas llegar a ella antes del nuevo día.

Entonces la joven preguntó:

—¿Tendríais, pues, dificultad, ya que no puedo ir a otra parte, de dejarme quedar aquí esta noche por amor de Dios?

El buen hombre respondió:

—Con mucho gusto, consentimos, joven, que pases con nosotros la noche, pero debemos advertirte también que por estos contornos de día y de noche vienen partidas bastante malas de amigos y de enemigos, que con frecuencia causan grandes disgustos y grandes daños; y si, por desgracia, mientras tú estés aquí viniera alguna y te vieses bonita y joven como eres, abusarían de ti sin que nosotros te pudiéramos ayudar. Te lo hemos querido decir para que luego si sucediera esto, no nos lo puedas echar en cara.

La joven, al ver lo avanzado de la hora y aun cuando le dieron miedo las palabras del anciano, dijo:

—Si Dios quiere, él nos guardará a vosotros y a mí de este disgusto; pero si no sucediera esto, es mucho más preferible ser destrozada por los hombres que ser hecha trizas por las fieras en el bosque.

Y dicho esto, desmontó de su caballo, entró en la morada del pobre hombre, cenó con ellos lo que pobremente tenían, y después se acostó con ellos, completamente vestida, en un pequeño lecho, sin que en toda la noche cesara de suspirar y llorar su desventura y la de Pedro, de quien nada bueno creía poder esperar.

Ya cerca del amanecer, oyó mucho ruido de pisadas: al oírlas se levantó, se fue a un gran corral que la pequeña casa tenía en su parte posterior, y viendo en uno de sus lados mucho heno, fue a esconderse a él, para no ser tan fácilmente hallada por los que venían. Apenas acababa de esconderse, éstos, que eran una numerosa partida de malhechores, llegaron a la puerta de la casita, hiciéronse abrir y una vez dentro y viendo el caballo de la joven todavía ensillado, preguntaron quién había allí.

El viejo no viendo a la joven, respondió:

—Nadie más que nosotros, pero este caballo, que no sabemos a quién

se le habrá escapado, llegó anoche aquí, y nosotros lo metimos en casa para que no se lo comieran los lobos.

Entonces dijo el jefe de la partida:

—Puesto que no tiene amo, nos lo quedaremos nosotros.

Desparramándose todos por la casa, parte de ellos se fue al corral, desembarazándose de sus lanzas y de sus escudos de madera; uno de ellos, para entretenerse, arrojó su lanza al heno, y tan a punto estuvo de matar a la joven allí oculta y de descubrirse ella, pues la lanza fue a pasar tan cerca de su pecho izquierdo, que el hierro le rasgó las ropas. Para lo cual poco faltó para que ella lanzara un estridente grito temiendo ser herida; pero recordando donde se hallaba, se contuvo y permaneció quieta. Los de la partida asaron cada cual por su lado sus venados y otras carnes, comieron y bebieron y se marcharon luego a su tarea, llevándose el caballo de la joven.

Cuando estuvieron algo lejos ya, el buen hombre le preguntó a su mujer:

—¿Qué ha sido de nuestra joven que vino anoche, que no la he vuelto a ver desde que nos hemos levantado?

Respondió la buena mujer que no lo sabía, y la anduvo buscando. La joven, cuando comprendió que los otros se habían marchado, salió del heno, de lo cual se alegró, muy contento el buen viejo, al ver que no había caído en manos de los bandidos; viendo que amanecía ya, le dijo:

—Ahora que viene el día, nosotros, si quieres te acompañaremos hasta un castillo que hay a cinco millas de aquí y estarás en un lugar seguro, pero tendrás que venir a pie, porque esa mala gente que acaba de marcharse se ha llevado tu caballo.

Conformándose con esto, la joven les rogó por Dios que la llevaran al castillo: por lo cual, poniéndose en camino, llegaron allí a eso de las ocho de la mañana. El castillo pertenecía a uno de los Orsini, que se llamaba Lello de Campo di Fiori y casualmente estaba allí su esposa que era una dama muy buena y muy santa, y al ver a la joven, se apresuró a reconocerla y la recibió con agasajo y quiso saber detalladamente cómo había llegado allí.

La joven se lo contó todo.

La dama, que conocía a Pedro por ser éste amigo de su marido, sintió mucho lo acaecido, y al enterarse del sitio donde lo habían hecho prisionero, temió que le habrían matado. Dijo, pues, a la joven:

—Ya que no sabes lo que es de Pedro, te quedarás aquí conmigo hasta que tenga yo ocasión de poder enviarte con seguridad a Roma.

Pedro, encaramado lo más incómodamente posible en la encina, empezaba a dormitar, cuando vio venir más de veinte lobos, que al ver al caballo le rodearon. El caballo, al oírles, tiró de la cuerda que le detenía al árbol, la rompió y quiso huir, pero siéndole imposible por hallarse cercado, defendióse largo rato a coces y a mordiscos: al fin fue derribado y destrozado y destripado por los carnívoros, que pusieron a comer de él sin dejar más que los huesos y se alejaron después.

Vivamente se asustó Pedro por esto, pues le parecía tener en su caba-

llo una compañía y un sostén en sus apuros, y se figuró que ya nunca más podría salir del bosque.

Y empezando ya a amanecer y muriéndose de frío encima de su árbol, como no cesaba de mirar en torno suyo, vio a cosa de una milla de él un vivísimo fuego, por lo cual, en cuanto se hubo hecho de día claro, bajó, no sin cierto miedo de la encina, encaminándose allí y tanto anduvo, que al fin llegó adonde estaba la hoguera a cuyo alrededor halló pastores que comían y bromeaban y que le acogieron por piedad.

Y cuando hubo comido y entrado en calor, refirióles su desventura y la manera cómo había llegado solo allí, y les preguntó si por aquellos sitios había alguna hacienda o castillo adonde él pudiera ir. Los pastores dijeron que a unas dos o tres millas de allí había un castillo de Liello de Campo di Fiori, donde a la sazón se hallaba la esposa de éste: de lo cual, muy contento Pedro les rogó que alguno de ellos le acompañara hasta el castillo, cosa que dos de ellos hicieron muy gustosos. Llegado Pedro al castillo y habiendo encontrado en él a algún conocido suyo y mientras trataba de hallar manera de que se buscara por el bosque a su amada, fue llamado por parte de la señora; compareció inmediatamente a su presencia, y al ver con ella a Angelita experimentó una alegría incomparable. Vivísimos deseos tenía de correr a abrazarla, pero la timidez que le producía la presencia de la dama, se lo impedía. La noble dama, después de haberle acogido y agasajado y de haber oído de sus labios lo que le había pasado, le reprendió mucho porque quería ir a contrariar el gusto de sus parientes. Pero viendo que estaba él empeñado en hacerlo, y que la joven era gustosa de ello, dijo:

—¿A qué cansarme? Éstos se aman, se conocen, y ambos son igualmente amigos de mi marido, y su deseo es honrado; creo ha de agradar a Dios, puesto que el uno se ha librado de la horca y la otra de la lanza, y uno y otra de las fieras del bosque; sea, pues.

Y volviéndose a ellos, añadió:

—Si estáis empeñados en querer ser marido y mujer, yo me avengo a ello; hágase así y dispónganse aquí las bodas a expensas de Liello; después, ya me cuidaré yo de que se hagan las paces entre vuestros parientes.

Muy contento Pedro y más contenta todavía Angelita, se casaron y allí la noble dama celebró tan espléndida boda como posible era celebrarla en la montaña y allí experimentaron con dulzura suma los primeros frutos de su amor. Algunos días después, la dama y ellos montaron a caballo, y llevando buen acompañamiento regresaron a Roma, donde, habiendo hallado muy afligidos a los parientes de Pedro, por lo que éste había hecho, hicieron todos las paces, y los dos amantes vivieron tranquilos y gozosos hasta llegar a viejos.

Cuento cuarto

El ruiseñor de Catalina

Maese Lizio de Valbona sorprende a su hija con Ricardo Manardi, quien se casa con ella y queda en buena amistad con el primero.

Calló Elisa, oyendo los elogios que sus compañeras tributaban a su cuento, y la reina ordenó a Filostrato que refiriese él alguno, y Filostrato empezó a decir riendo:

—Tantas veces me habéis hincado vosotras el diente, porque os impuse asunto de crueles conversaciones y para haceros llorar, que, por vosotras, paréceme que me vería precisado a decir algo que poco o mucho os hiciera reír, para compensaros de esa molestia, y por eso voy a referiros, en una historieta bastante corta, un amor, que sin otra molestia que unos cuantos suspiros y un breve susto mezclado a algo de rubor, llegó a feliz término.

No hace mucho tiempo, amables damas, que vivía en Romagna un caballero de bastante buena posición y excelente educación, llamado maese Lizio de Valbona, que siendo ya casi viejo, tuvo de su esposa Giacomina una hija, la cual, a medida que iba creciendo iba sobrepujando en belleza y afabilidad a todas las de su país; y como era la única hija que a sus padres les quedara, era por ellos sumamente querida, mimada y cuidadosamente guardada, en la esperanza de que haría un gran partido.

Ahora bien: frecuentaba mucho la casa de maese Lizio, e intimaba mucho con éste, un joven guapo y robusto, llamado Ricardo, de la familia de los Manardi de Brettinoro, en quien tenían tanta confianza como si se tratara de un hijo suyo. Viendo éste una y otra vez a la bella y graciosa joven muy bien educada y casadera ya, se enamoró de ella locamente y mantenía cuidadosamente oculto su amor. Y como la joven se diera cuenta de ello, sin hacerse la remolona se enamoró igualmente de Ricardo. Y como varias veces había tenido ganas de decirle algo sin que a decírselo se atreviera, al fin, decidiéndose con el tiempo, le dijo:

—Ruégote, Catalina, que no me hagas morir de amor.

La joven se apresuró a contestar:

—Quiera Dios que no seas tú quien a mí me hagas morir.

Esta respuesta le dio a Ricardo mucho placer y mucha osadía, y le dijo:

—Por mi parte, jamás he de negarte cosa que te venga a gusto, pero en tus manos está el hallar medio de salvar tu vida y la mía.

Repuso entonces la joven:

—Tú ya ves, Ricardo, cuán guardada se me tiene y por eso no acierto la manera cómo puedas aproximarte a mí, pero si tú aciertas a dar con algo que yo sin menoscabo pueda hacer, dímelo y yo lo haré.

Ricardo, después de estar cavilando un rato, dijo:

—No acierto a ver camino alguno, tierna Catalina mía, a no ser que tú durmieras o pudieras venir a la galería que da al jardín de tu padre, don-

de yo, si supiera que de noche estás, me daría maña en acudir sin falta, por más que esté muy elevado.

—Si te ves con ánimos para ir allá —repuso la joven—, creo que no me será difícil ir a dormir en ella.

Dijo que sí Ricardo, y esto dicho, cambiaron a hurtadillas un solo beso, y se separaron. Al siguiente día, hacia fines de mayo, la muchacha empezó a quejarse en presencia de su madre de que la noche anterior el exceso de calor no la había dejado dormir, y la madre dijo:

—¿Qué calor fue ése, hija mía? ¡Si no hizo ni pizca de calor!

—Madre mía —replicó la joven—, debierais haber dicho *me parece*, y así tal vez estaríais acertada; pero deberíais haceros cargo de cuánto más calurosas son las muchachas que las mujeres viejas.

Repuso entonces la mujer:

—Tienes razón, hija mía; pero yo no puedo hacer el frío y el calor a mi antojo, como tal vez quisieras tú. Hay que tomar el tiempo como viene: tal vez esta noche que viene será más fresca y dormirás mejor.

—Dios lo quiera —insistió Catalina—, pero no suele suceder que aproximándose el verano vayan a refrescarse las noches.

—¿Qué quieres pues, que se haga? —preguntó la madre.

Catalina respondió:

—Si a vos y a mi padre os acomoda así, yo me haría arreglar una cama en la galería que está al lado de su habitación y da al jardín, y allí me dormiría oyendo cantar el ruiseñor, y como tendría más fresco el sitio, estaría mejor de lo que en vuestra habitación lo estoy.

Dijo entonces la madre:

—Anímate, hija mía; yo se lo diré a tu padre, y como él lo quiera, lo haremos.

Enterado de eso por su mujer maese Lizio, como era viejo y por lo mismo tal vez algo antojadizo dijo:

—¿Qué ruiseñor es ése a cuyo canto quiere dormir la chica? Ya la haré dormir yo al canto de las chicharras.

Al saber Catalina la contestación de su padre, a la siguiente noche no solamente no durmió ella, más por despecho que por calor, sino que tampoco dejó dormir a su madre, quejándose sin cesar del intenso calor que experimentaba. Por cuya razón, a la mañana siguiente, la madre se presentó a maese Lizio y le dijo:

—Vos, señor, queréis poco a vuestra hija; ¿qué inconveniente podéis tener en que duerma ella en esa galería? En toda la noche no ha cesado de quejarse de calor; y a más de eso, ¿os sorprende que le sea agradable oír cantar el ruiseñor, cuando es una chiquilla? A todas las jóvenes les pasa lo mismo.

Oyendo esto maese Lizio, contestó:

—Bueno, arréglese una cama tal como ella desea, hazla rodear de cortinas, duerma en ella y oiga cantar al ruiseñor cuanto quiera.

Al saber esto la joven, dióse prisa en hacer poner la cama; y debiendo dormir allí a la noche siguiente, apenas vio a Ricardo, le hizo una seña convenida entre ellos, y con la cual comprendió él lo que debía hacer. Maese Li-

zio, en cuanto notó que la joven se había acostado, cerró una puerta que comunicaba su habitación con la galería y fue a acostarse también.

Ricardo, en cuanto sintió que estaba todo en silencio, con el auxilio de una escalera, subió a una pared, y desde allí, aprovechando ciertas desigualdades de otra pared, llegó, con gran trabajo y riesgo de caer, a la galería, donde fue recibido a la callandita y con grandes caricias por la joven; acostáronse juntos, complaciéndose mutuamente y oyendo cantar muchas veces al ruiseñor. Como era corta la noche y mucho el placer y faltaba poco para amanecer (cosa que ellos no se figuraban), rendidos por el calor y por la fatiga, durmiéronse descuidadamente.

En tal posición les sorprendió el día.

Levantóse maese Lizio y, acordándose de que su hija dormía en la galería, abrió cautelosamente la puerta, y dijo:

—Déjame ver si el ruiseñor ha hecho dormir esta noche a Catalina.

Y avanzando de puntillas y alzando la cortina que ocultaba el lecho, vio a Ricardo y a la niña dormidos y abrazados como dije; y habiendo reconocido perfectamente a Ricardo, salió de la galería, fue a la habitación de su mujer, y llamó diciendo:

—Levántate de prisa y ven a ver cómo a tu hija le ha dado tanto gusto el ruiseñor, que hasta lo ha cogido y lo tiene en la mano.

—¿Cómo puede ser esto? —preguntó la señora.

Maese Lizio contestó:

—Si te das prisa lo verás.

Vistiéndose de prisa la mujer y siguiendo cautelosamente a su marido, en cuanto llegaron junto al lecho y levantaron la cortina, pudo convencerse de lo que su marido le aseguraba.

Al ver lo engañada que Ricardo la había traído, la señora quiso gritar y llenarle de denuesos, pero maese Lizio la dijo:

—Mujer, guárdate muy bien, si de veras me quieres, de decir palabra, pues a la verdad, ya que lo ha cogido, suyo será. Ricardo es un joven noble y rico; nosotros podemos estar muy satisfechos en emparentar con él: si él quiere tratar conmigo a las buenas, comprenderá que es preciso la haga primero su mujer, con lo cual resultará que podrá poner el ruiseñor en jaula propia y no en ajena.

Tranquilizada con estas palabras la mujer, viendo que su marido no había tomado a mal la cosa, y considerando que la muchacha había tenido buena noche y descansaba, se calló.

Poco después que hubo tenido lugar esta entrevista, despertó Ricardo, y al ver que era de día claro, se tuvo por muerto y llamó a Catalina, diciendo:

—¡Ay, vida mía! ¿Cómo haremos, que ha llegado el día y me ha cogido aquí?

A cuya pregunta, maese Lizio, aproximándose y levantando la cortina, respondió:

—Ahora lo verás.

Al verle Ricardo, parecióle que le arrancaban el corazón del cuerpo, y sentándose en la cama dijo:

—Señor, tened piedad de mí. Confieso que, como hombre desleal y malo, he merecido la muerte, y por lo tanto haced de mí lo que más os plazca; os ruego, sin embargo, que, si es posible, me hagáis gracia de la vida.

A lo cual, maese Lizio respondió:

—Ricardo, el cariño que yo te profesaba y la confianza que en ti tenía puesta, no merecieron esto; mas, puesto que así es y a tal grave falta te ha arrastrado la juventud, para librarte a ti de la muerte y libramme a mí de la vergüenza, toma por legítima esposa tuya a Catalina, a fin de que sea tuya mientras viva, ya que esta noche lo ha sido; y de esta suerte podrás obtener mi sosiego y tu salvación; y si así no lo quieres hacer, encomienda a Dios tu alma.

Mientras así hablaban, Catalina empezó a llorar con vehemencia y a rogar a su padre que perdonara a Ricardo; y al mismo tiempo rogaba a Ricardo que hiciera lo que maese Lizio quería, a fin de que pudieran pasar juntos, con seguridad y por largo tiempo, noches como aquella.

No hubo necesidad de que se le rogase mucho, pues la vergüenza por una parte de la falta cometida, el deseo de la enmienda, y por otra, el miedo de la muerte, el deseo de librarse, y además, el ardiente amor y el ansia de poseer la cosa amada, espontáneamente y sin tardanza alguna, le movieron a decir que estaba dispuesto a hacer lo que a maese Lizio le acomodaba.

Por lo cual, maese Lizio, le pidió prestada a Giacomina una de sus sortijas; y allí mismo, en su presencia, Ricardo dio a Catalina palabra de casamiento. Hecho esto, maese Lizio y su mujer se marcharon, diciendo:

—Descansad cuanto gustéis, que tal vez más necesidad tengáis de descansar que de levantaros.

Cuando se hubieron marchado, volvieron a abrazarse los jóvenes, y, como durante la noche no habían andado más que seis millas, otras dos anduvieron antes de levantarse, y pusieron término a la primera jornada.

Una vez que se hubieron levantado, Ricardo habló más detenidamente con maese Lizio y, pocos días después, según lo convenido, se casó con la joven en presencia de sus amigos y parientes, y se la llevó a su casa con gran agasajo, celebrando magníficas bodas.

Cuento quinto

Los rivales

Guidotto de Cremona deja a Giacomín de Pavía una niña suya, y se muere; enamóranse de ella, en Faenza, Giannol de Severino y Minghino de Mingola: llegan ambos a las manos; la niña reconoce ser hermana de Giannol y se casa con Minghino.

Todas las damas habían escuchado el cuento del rui señor riendo tanto, que, aun después de haberlo Filostrato concluido, no acertaban a contener la risa. Pero, después de haber reído también algo, dijo la reina:

—Realmente, si ayer nos afligiste, nos has deleitado tanto hoy, que ninguna de nosotras tiene para qué quejarse de ti.

Y volviéndose a Neifile, le ordenó que tomase la palabra, y ella empezó a expresarse así:

—Puesto que Filostrato nos ha hablado de Romagna también yo voy a andar algo por aquellos sitios en mi cuento.

Digo, pues, que en la ciudad de Jano vivieron hace tiempo dos lombardos, de los cuales el uno se llamó Guidotto de Cremona y el otro Giacomín de Pavía, hombres de edad madura y que en su juventud casi siempre habían estado juntos en sus hechos de armas y en la milicia. Por lo cual, como se le aproximase la muerte a Guidotto, y no tuviera hijo alguno, ni otro amigo o pariente en quien mayor confianza tuviera que la que tenía puesta en Giacomín, dejó a éste una hija suya de unos diez años de edad y todo lo que en el mundo tenía, y murió.

Por aquellos tiempos acaeció que la ciudad de Faenza, que por largo tiempo se había visto azotada por la guerra y por la desgracia, mejoró algo y pudieron volver a ella desahogadamente cuantos lo deseaban; por lo que Giacomín, que antes viviera en ella y muy a su gusto, se volvió allá con todos los suyos y llevó consigo a la niña que Guidotto le dejara y a la cual trataba y quería como a hija propia.

Creciendo ésta, llegó a ser una joven tan hermosa, que no había otra entonces en la ciudad, siendo tan educada y modesta como bella era. Por lo cual, hubo muchos que empezaron a cortejarla, pero más que todos se enamoraron de ella dos jóvenes bastante agradables e igualmente ricos, y tanto se enamoraron, que a impulsos de los celos llegaron a odiarse extraordinariamente.

Uno de ellos se llamaba Giannol de Severino y el otro Minghino de Míngola.

Uno y otro habrían tomado gustosos por esposa a la joven, que entonces contaba quince años, si lo hubieran consentido sus padres. Por lo cual, viendo que se la rehusaban por motivos plausibles, cada cual se puso a buscar la manera de poder hacerla suya como mejor pudieran.

Giacomín tenía en su casa una criada vieja y un criado que se llamaba Crivello, persona bastante agradable y complaciente. Giannol, que había hablado muchas veces con él, cuando le pareció ocasión oportuna le descubrió todo su amor, rogándole que le ayudara a obtener lo que deseaba, prometiéndole grandes regalos si lo hacía.

—Mira —le contestó Crivello—, en ese asunto, lo único que por ti puedo hacer es, cuando Giacomín vaya a cenar fuera de casa, introducirte donde esté ella, pues si yo tratara de hablarle en tu favor, ella no me escucharía jamás. Esto, si te agrada, te lo prometo y lo haré; y luego tú, haz, si sabes hacerlo, lo que te parezca bien.

Giannol respondió que no deseaba otra cosa, y quedaron acordes. Minghino, por su parte, había hablado con la criada y tanto hizo, que ella había llevado muchas veces recados a la niña, y casi la había hecho enamorarse de él; y a más de eso le había prometido que lo introduciría al lado de ella si alguna noche daba la casualidad de que Giacomín saliera.

Acaeció, pues, poco tiempo después de estas conversaciones que, por arte de Crivello, Giacomín fue a cenar con un amigo suyo, y haciéndoselo saber a Giannol, convino con éste que, cuando hubiera transcurrido algún rato viniera, y encontraría abierta la puerta.

Por su lado, la criada, no sabiendo nada de eso, hizo saber a Minghino que Giacomín no cenaba en casa, y le dijo que se estuviera cerca de allí para que, en cuanto viese una seña que ella le haría, viniera y se metiera dentro.

Llegada la noche, no sabiendo cosa alguna los dos pretendientes, sospechando mutuamente uno de otro, acudieron con varios compañeros armados para luchar si era preciso. Minghino, con los suyos, fue a apostarse en espera de la señal convenida, en casa de un amigo suyo vecino de la joven. Giannol, con los suyos, se mantuvo a alguna distancia de la casa. Crivello y la criada, no estando en casa Giacomín, pretendían hacer de manera de poder quedar solos. Crivello le decía a la criada:

—¿Por qué no te vas a dormir? ¿De qué te sirve andar dando vueltas por casa?

Y la criada le decía a él:

—¿Y tú por qué no vas por tu amo? ¿Qué esperas aquí ya que has cenado?

Y el uno no se podía quitar al otro de delante. Pero Crivello, comprendiendo que había llegado la hora convenida con Giannol se dijo:

—¿Por qué me preocupo por esa mujer? Si alborota, ya cuidaré de ponerla a raya.

Y haciendo la señal convenida, fue a abrir la puerta, y Giannol, apresurándose a venir con dos compañeros suyos, fue adentro, y encontrando a la joven en la sala, la cogieron para llevársela afuera. Púsose la joven a resistir y agritar con fuerza, e hizo otro tanto la criada. Oyendo esto Minghino, corrió apresuradamente con sus compañeros a la casa, y viendo que sacaban ya a la calle a la joven, desenvainando las espadas, gritaron todos:

—¡Ah, traidores, muertos sois! No irá así la cosa; ¿qué violencia es ésta?

Y dicho esto, empezaron a herirles: y por otra parte el vecindario, acudiendo al vocerío con luces y con armas, empezó a censurar tal hazaña y a ayudar a Minghino. Por lo cual, después de prolongada lucha, Minghino le quitó la joven a Giannol y volvió a conducirla a casa de Giacomín.

Antes de que estuviese apaciguado el tumulto, los agentes del podestá de la ciudad se presentaron para poner en orden a todos, prendieron a varios de los combatientes, entre ellos a Minghino, Giannol y a Crivello, llevándoselos a la cárcel. Pero después de averiguada la cosa, y habiendo vuelto Giacomín a su casa muy afligido por este incidente, examinando cómo había acaecido y viendo que en nada tenía culpa la joven, quedóse algo más tranquilo, tomando consigo mismo la resolución de casarla lo más pronto posible para que no volviera a suceder semejante caso.

A la mañana siguiente, enterados los parientes de una y otra parte de la verdad del hecho, y comprendiendo el perjuicio que a los jóvenes presos les podía resultar, hallándose Giacomín dispuesto a hacer lo que razonablemente le fuera posible, fueron a verle y con dulzura le rogaron que no mi-

rase tanto a la ofensa que el poco seso de los jóvenes le había inferido, como al amor y a la benevolencia que creían sentía él hacia los que le suplicaban, ofreciendo después ellos mismos y los jóvenes que el mal habían hecho, darle todas las satisfacciones que a él le pluguiera exigir.

Giacomín, que durante su larga vida había visto muchas cosas y tenía buenos sentimientos, respondió con brevedad:

—Señores, estando en mi casa como estoy, me considero tan amigo vuestro que no haré cosa alguna que no sea de vuestro agrado; y además, más debo doblegarme a vuestros gustos cuanto vosotros os habéis ofendido a vosotros mismos, puesto que esa joven no es como tal vez muchos presumen, ni de Cremona ni de Pavía, sino faentina; ni yo ni ella ni aquel de quien la recibí, jamás hemos sabido de quién era hija: por lo cual, todo lo que me pedís se hará tal como me lo exijáis.

Al oír los nobles hombres que la joven era de Faenza se sorprendieron en gran manera, y dando gracias a Giacomín por su generosa respuesta, le rogaron que tuviera a bien decirles cómo había llegado la joven a sus manos y cómo sabía que era faentina.

Giacomín les contestó:

—Guidotto de Cremona fue compañero y amigo mío, y próximo a morir, me dijo que cuando esta ciudad fue tomada por el emperador Federico, al tomar parte él en el saqueo, penetró con sus compañeros en una casa y la encontró llena de botín y abandonada por todos sus moradores, excepción hecha de aquella niña que contaría unos dos años aproximadamente, y que al subir él por la escalera arriba le llamó padre; por lo cual, compadeciéndose de ella se la llevó a Jano junto con todo lo de la casa, y al morir él, me dejó la niña con todo lo que tenía, exigiéndome que, cuando fuese tiempo, la casara y le diera en dote lo que suyo hubiera sido: llegada a la edad núbil, no he tenido ocasión de poderla dar a persona de mi agrado: lo haría con gusto, antes de que me ocurriera otro caso parecido al de anoche.

Entre los que le escuchaban hallábase un tal Guillermo de Medicina, que había estado con Guidotto en aquel hecho y sabía muy bien cuál fuese la casa que Guidotto había saqueado, y viéndole allí entre los otros, se aproximó y le dijo:

—Bernabuccio, ¿oyes lo que dice Giacomín?

Bernabuccio contestó:

—Sí, y ahora mismo estaba pensando en ello, porque recuerdo que en aquellas revueltas perdí una hijita de esa edad que Giacomín dice.

A lo cual Guillermo repuso:

—Pues no te quepa duda de que ésta es aquélla, puesto que entonces me hallaba yo en un sitio donde a Guidotto le oí explicar cómo había adquirido su botín, y comprendí que había sido en tu casa, y por lo tanto, y haz memoria por si crees poderla reconocer por alguna señal, y si es así, hazla buscar y hallarás positivamente que esa joven es tu hija.

Después de discurrir un rato, Bernabuccio recordó que la joven debía tener una cicatriz a manera de crucecita, encima de la oreja izquierda, a consecuencia de un tumor que poco antes de aquellos sucesos le había hecho sajar:

por lo cual, sin vacilación alguna se aproximó a Giacomín, que todavía estaba allí, y le rogó que le llevara a su casa y le dejara ver a aquella joven.

Con gusto lo hizo Giacomín, y llamó a la joven para que se le presentase.

Apenas la vio Bernabuccio, le pareció ver inmediatamente todas las facciones de su madre, que era todavía una mujer hermosa; no dándose, empero, por satisfecho, díjole a Giacomín que le pedía autorización para levantar un poco los cabellos por encima de la oreja izquierda; en lo cual convino Giacomín. Acercándose, pues, Bernabuccio a la joven, que estaba llena de rubor, le levantó los cabellos con la mano derecha y vio la cruz, Por lo cual, comprendiendo que realmente aquella era hija suya, púsose a llorar y a abrazarla con ternura sin que se opusiera ella, y volviéndose a Giacomín, dijo:

Hermano mío, ésta es mi hija; mi casa es la que fue saqueada por Guidotto y esta niña fue olvidada por mi mujer y madre suya en medio de la turbación del momento, y hasta ahora habíamos creído que esta niña había muerto abrasada dentro de la casa que aquel mismo día fue entregada a las llamas.

Al oír esto la joven, y al ver que Bernabuccio era ya un hombre anciano, dio crédito a sus palabras, y, movida por secreto impulso, consintió sus abrazos y se puso a llorar tiernamente con él.

Apresuróse Bernabuccio a hacer llamar a la madre de la joven, a otros parientes suyos y a sus hermanas y hermanos, y mostrándosela a todos y refiriendo el hecho, tras mil abrazos y caricias, se la llevó a su casa con gran contento de Giacomín.

Sabido esto por el podestá de la ciudad, que era un hombre excelente, y conociendo que Giannol a quien tenía preso era hijo de Bernabuccio y hermano carnal de la joven, resolvió dar un giro favorable al asunto, y tratando de él con Bernabuccio y con Giacomín, hizo hacer las paces a Giannol y a Minghino, y a este último, con gran placer de todos sus parientes, le dio por esposa a la joven que se llamaba Inés, dejando igualmente en libertad a Crivello y a los demás que por igual motivo estaban allí encarcelados. Y Minghino, después que hubo celebrado con gran alegría unas magníficas bodas y hubo llevado la joven a su casa, largos años vivió con ella en paz y felicidad.

Cuento sexto

Encuentro afortunado

Gianni de Prócida, sorprendido con una joven amada suya y que había sido cedida al rey Federico, es atado a un palo para ser quemado vivo con ella: reconocido por el almirante del rey, escapa y se casa con la joven.

Terminado el cuento de Neifile, que a las damas les agradó bastante, la reina ordenó a Pampinea que se dispusiera a referir alguno. Levantando ésta con presteza su afable rostro, dijo:

—Muy grandes son, amables damas, las fuerzas del amor y a grandes fatigas y a excesivos y no pensados peligros expone a los amantes, como comprender se puede por las muchas cosas referidas hoy y otros días; sin embargo, pláceme demostráros las una vez más hablándoos de un joven enamorado.

Ischia es una isla bastante inmediata a Nápoles, en la cual hubo en otro tiempo, entre otras, una joven muy amable y muy hermosa que se llamó Restituta y era hija de un hidalgo de la isla que se llamaba Marín de Bólgaro, a quien amaba más que a su vida un jovencito que era de una pequeña isla próxima a Ischia llamada Prócida y que tenía por nombre Gianni y que de ella era igualmente amado. Éste, no solamente de día iba desde Prócida a pasar el tiempo en Ischia para verla, sino que muchas veces, de noche, no habiendo hallado barca, había ido nadando desde Prócida a Ischia, para poder ver, a lo menos, las paredes de su casa, si otra cosa no podía. Y mientras duraba este amor tan ferviente, acaeció que, hallándose cierto día de verano, la joven completamente sola a orillas del mar, yendo de arrecife en arrecife separando con un cuchillo conchas marinas de la roca, llegó a un paraje situado entre los arrecifes donde, ya por la sombra, ya por el atractivo de una fuente de agua sumamente fría que allí había, hallábanse algunos jóvenes sicilianos que venían de Nápoles embarcados en una fragata suya. Al ver tan hermosa a la joven y al notar que ésta no los veía aún, viéndola sola, trataron de robarla y llevarla a un buque, y al propósito siguió la ejecución. Aun cuando ella gritó mucho, apoderáronse ellos de la joven, colocáronla en la barca y se alejaron, y llegados a Calabria, hablaron sobre de quién debía ser la joven, y desde luego todos la quisieron; por lo cual, no habiendo medio de ponerse de acuerdo entre sí, temiendo llegar a las malas y para evitar una desgracia, convinieron en regalarla a Federico, rey de Sicilia, que era entonces joven y a quien estas cosas agradaban; y llegados a Palermo así lo hicieron. Al verla tan hermosa, prendóse de ella el rey; pero como era de complexión algo débil, mandó que hasta tanto que no estuviera más fuerte la colocaran a ella en unas bellísimas habitaciones que se levantaban en uno de sus jardines llamado “La Cuba” y que allí se la sirviera, como se hizo.

Gran excitación produjo en Ischia el rapto de la joven, y lo que más les preocupaba a sus habitantes era el no poder saber quiénes habían sido los raptos. Pero Gianni, a quien más que a nadie interesaba, no esperando oírlo decir en Ischia y sabiendo hacia qué parte se había dirigido la fragata, hizo armar una, embarcóse en ella y recorrió lo más rápidamente posible toda la escala, desde Minerva hasta Scalea en Calabria y preguntando en todas partes por la joven, se le dijo en Scalea que había sido conducida a Nápoles por marineros sicilianos. Allí se hizo conducir lo más pronto que pudo, y después de mucho buscar supo que la joven había sido regalada al rey y que éste la guardaba en “La Cuba”, por lo cual se sintió turbado en gran manera y casi perdió toda esperanza, no tan sólo de volverla a poseer jamás, sino tan siquiera de volverla a ver.

Sin embargo, retenido por el amor, despidió la fragata, y viendo que nadie le conocía, se quedó allá; y como pasara a menudo por “La Cuba”, la

vio casualmente un día asomada a una ventana, y fue visto por ella, de lo cual ambos mucho se alegraron. Y viendo Gianni que el sitio era solitario, aproximóse como pudo, la habló, y enterado por ella de la manera cómo debía arreglárselas si quería hablarla más de cerca, se alejó, no sin haber examinado detenidamente la disposición del lugar, y llegada la noche, y después de haber dejado transcurrir una buena parte de ella, volvió allá y trepando por sitios por donde ni los picos verdes habrían podido trepar, penetró en el jardín, y hallando en él una pequeña escalera de cuerda, la apoyó en la ventana que la joven le había indicado y por ella subió con ligereza suma.

La joven, pareciéndole haber perdido para siempre su honor, para cuya custodia en otro tiempo se había mostrado con él algo huraña, y pensando que a nadie mejor que a él podía dignamente entregarse, y creyendo además poder inducirle a que la sacase de allí, había decidido concederle cuanto él pudiera desear; y por esto había dejado abierta la ventana, a fin de que él pudiese entrar más fácilmente. Hallándola, pues, Gianni abierta, penetró sigilosamente en la habitación y se acostó al lado de la joven que no dormía.

Ésta, antes de pasar a otra cosa, le expuso todo su propósito, rogándole encarecidamente que la sacara de allí y se la llevara lejos. Respondióle Gianni que nada era tan de su gusto como esto, y que indefectiblemente, en cuanto se separase de ella, dispondría de tal manera las cosas que, a la primera vez que volviese, se la llevaría. Y después de esto, abandonáronse a cuanto de más grato puede ofrecer el amor: y tras reiteradas caricias uno en brazos de otro, descuidadamente se durmieron.

El rey, a quien la joven había gustado mucho la primera vez que la vio, se acordó de ella y sintiéndose mejor, decidió ir a pasar unos instantes con ella, aun cuando ya se aproximaba el día, y sigilosamente se encaminó a "La Cuba" con algunos de sus servidores. Llegado allí, hizo abrir suavemente la puerta de la habitación donde sabía que estaba durmiendo la joven y penetró en ella, llevando en la mano una gran antorcha encendida, y mirando el lecho, vio a la joven y a Gianni abrazados y durmiendo.

De tal manera se indignó y fue tanta su cólera, que sin articular palabra, estuvo a punto de dar muerte a entrambos allí mismo, con el puñal que al cinto llevaba. Considerando luego que era cosa vil en cualquier hombre, y más aún en un rey, matar a dos seres desnudos y durmiendo, se contuvo y pensó en hacerlos morir públicamente en una hoguera, y, volviéndose al único compañero que consigo venía, preguntóle:

—¿Qué te parece esa criminal mujer en quien yo había puesto ya mi esperanza?

Preguntóle después si conocía al joven, que tanta osadía había tenido, viniendo a su propia casa a inferirle tan grande ultraje.

El interpelado respondió que no recordaba haberlo visto jamás. Irritado salió de la cámara el rey y ordenó que los dos amantes fuesen presos y atados, desnudos como estaban, y que, cuando fuese de día, se los condujera a Palermo y les ataran en la plaza a un palo, de espaldas el uno a la otra, dejándoles allí hasta la hora tercia, para que de todo el mundo pudieran ser

vistos, y que después les quemaran, como habían merecido, y dicho esto, volvióse sumamente irritado a su habitación de Palermo.

Apenas hubo partido el rey, cayeron muchos súbitamente sobre los amantes, y no solamente les despertaron, sino que sin piedad alguna rápidamente les prendieron y ataron. Al ver esto los dos jóvenes no hay que decir si se apesadumbraron y llorando y lamentándose, temieron por sus vidas.

Siguiendo las órdenes del rey, se les condujo a Palermo, se les ató a un palo en la plaza, y ante sus ojos se dispuso la hoguera donde tenían que ser quemados a la hora dispuesta por el rey. Allí acudieron en seguida todos los palermitanos, hombres y mujeres, a ver a los dos amantes; todos los hombres se fijaban en la joven, analizando su belleza y sus buenas formas, mientras las mujeres todas acudían a contemplar al joven, elogiándole por su parte por ser igualmente bello y bien formado.

Los dos amantes, ambos sumamente avergonzados, permanecían con la cabeza baja y lloraban su infortunio, esperando de hora en hora la cruel muerte a que se les destinaba. Y mientras así se les tenía hasta que llegase la hora señalada, pregonándose por todas partes la falta por ellos cometida, llegó la nueva a oídos de Roger Doria, hombre de valor inestimable y almirante del rey a la sazón, quien se encaminó para verles al sitio donde estaban atados: llegado allí miró primeramente a la joven, ensalzó bastante su hermosura, y pasando luego a mirar al joven, le reconoció sin gran dificultad, y acercándose más a él, le preguntó si era Gianni de Prócida. Alzando éste la cabeza y reconociendo al almirante, respondió:

—Realmente soy, señor, ése por quien vos preguntáis, pero a punto estoy de dejar de serlo ya.

Preguntóle entonces el almirante, qué era lo que a aquéllo le había conducido, y el joven respondió:

—El amor y la cólera del rey.

Hízose explicar más detalladamente el almirante lo acaecido, y enterado por él de cómo había pasado la cosa, disponíase a alejarse, cuando Gianni le llamó y le dijo:

—¡Oh, señor! Si es posible, alcanzadme una gracia de quien en esta posición me hace permanecer.

Preguntó Rogerio: —¿Cuál?—, y Gianni repuso:

—Veo que debo morir y que ha de ser pronto, quiero pues, por favor, que se me permita que cual estamos vueltos de espaldas yo y esta joven a quien he amado más que a mi vida y de quien he sido igualmente correspondido, se nos coloque de cara uno a otro, a fin de que al morir, viendo su rostro, pueda hacerlo consolado.

Roger le contestó riendo:

—Con mucho gusto, y tanto haré que verla puedas, que de verla te llegues a cansar.

Y alejándose de él dio orden a los que estaban encargados de la ejecución que, sin nueva orden del rey, no hicieran cosa alguna más de lo que habían hecho; y sin demora se encaminó adonde estaba el rey, y a pesar de verle irritado, no tuvo empacho en manifestarle su opinión, diciendo:

—¿En qué te han ofendido, rey, los dos jóvenes a quienes has mandado que sean quemados allá en la plaza?

Contestóselo el rey, y Roger continuó:

—Realmente la falta por ellos cometida merece ese castigo, mas no de ti; y así como las faltas merecen castigo, también los favores merecen galardón, sin contar con la gracia y la misericordia. ¿Conoces quiénes son éstos que quieres sean quemados?

El rey contestó que no, y entonces Roger dijo:

—Pues quiero que los conozcas, para que veas cuán fácilmente te puedes llevar por los ímpetus de la cólera. El joven es hijo de Landolfo de Prócida, por obra del cual tú eres rey y señor de esta isla. La joven es hija de Marín de Bólgaro, cuya energía hace hoy que tu dominio no desaparezca de Ischia. Además, estos dos jóvenes se amaban desde largo tiempo y han cometido este pecado (si pecado debe llamarse el que los jóvenes cometen por amor), impulsados por el amor, y no por el propósito de ofenderte. ¿Por qué, pues, quieres hacerles morir, cuando debiste honrarles con inmensos placeres y regalos?

Oyendo esto el rey, y asegurándose de que Roger decía la verdad, apesadumbróse, no solamente de lo que se proponía hacer, sino de lo que ya había hecho. Por lo cual, inmediatamente mandó que los dos jóvenes fuesen desatados del palo y conducidos a su presencia, y así se hizo.

Y completamente convencido de su condición, juzgó oportuno compensar con honores y dones la injuria que les había hecho: empezó por procurarles las ropas que requería su rango, y no queriendo hacer las cosas a medias, uniéndolos en indisoluble lazo, les colmó de magníficos presentes y los mandó a su país, donde fueron recibidos por sus parientes y amigos con la mayor alegría. Y allí vivieron rodeados de la estima de todos, gozando por largo tiempo de su dicha.

Cuento séptimo

Los amantes reunidos

Teodoro, enamorado de Violante, hija de maese Amérigo, su señor, la deja encinta, y es condenado a la horca.

Las damas, que escuchaban ansiosas, temiendo que los dos amantes fuesen entregados a las llamas al oír que de ellas se habían librado, dieron gracias a Dios y se alegraron todas; la reina, habiendo oído el final, encomendó a Lauretta que continuara las historietas, cosa que ésta hizo muy gustosa, en estos términos:

—Hermosísimas damas: en la época en que el buen rey Guillermo gobernaba en Sicilia, había en la isla un gentilhomme llamado maese Amérigo, abad de Trápani, el cual, entre otros bienes temporales, estaba provisto de buen número de hijos. Teniendo necesidad por esta razón, de

servidores, y viniendo galeras de corsarios genoveses de Levante, que, costean-
do la Armenia, habían apresado gran cantidad de niños, creyéndolos
turcos, compró algunos. Todos los que compró, parecían pastores, a ex-
cepción de uno que parecía distinguido y era de mejor aspecto: se llamaba
Teodoro.

Mientras iba creciendo, a pesar de ser tratado como siervo, creció en la
casa con los hijos de maese Américo; movido más bien de su gentil naturale-
za, que del vil estado en que la casualidad le había colocado, comenzó a ad-
quirir hábitos y modales distinguidos, lo cual tanto agradó a maese Américo,
que le concedió la libertad: y creyéndole turco, le hizo bautizar y llamar Pe-
dro, y le puso al frente de la casa, depositando en él gran confianza.

Como los demás hijos todos de maese Américo crecieron, creció tam-
bién una hija suya llamada Violante, joven hermosa y delicada; la cual, cuan-
do su padre se disponía a casarla, se enamoró de Pedro, y si bien le amaba y
tenía en gran estima sus obras y sus costumbres, dábale vergüenza el descu-
brírsele. Pero el amor les ahorró este trabajo, por cuanto, como Pedro la hu-
biese contemplado varias veces reservadamente, tan enamorado estaba de
ella, que sólo cuando la veía se tenía por dichoso; sin embargo, temía mucho
que alguien advirtiera su amor, y le tuviera por digno de censura.

De lo cual se dio cuenta la joven, que con gusto le veía: y para ani-
marle, no ocultaba la inmensa alegría que esto le causaba. Y bien se lo ma-
nifestaron uno a otro sin atreverse a decirse cosa alguna, a pesar de que am-
bos lo deseaban mucho.

Mientras ellos de igual suerte se abrasaban en ardorosa llama, la for-
tuna, cual si hubiera decidido que aquel querer llegara a su satisfacción, les
halló manera de echar a un lado el miedoso temor que les contenía.

Maese Américo poseía, a cosa de una milla de Trápani, una preciosa
quinta adonde solía ir a distraerse con frecuencia su mujer con su hija y
con algunas otras damas y mujeres. Habiendo ido allá cierto día que era
muy intenso el calor, llevando consigo a Pedro y quedándose a pasar allí
la noche, acaeció que de repente se cubrió el cielo de oscuras nubes; por
lo cual la dama, a fin de que no la sorprendiese allí el mal tiempo, púsose
en camino con su compañía para regresar a Trápani y anduvieron tan de
prisa como les res fue posible. Mas Pedro, que era joven, y la muchacha
que lo era también, andaban mucho más de prisa que la madre de ésta y
que sus compañeros, impelidos más por el amor que por el miedo al tiem-
po: y habiéndose adelantado tanto a la dama y a las demás que con ella
iban, que apenas se les veía, acaeció que después de muchos truenos em-
pezó a caer una fuerte y espesa granizada, que obligó a la dama y a sus
compañeros a refugiarse en casa de un labrador.

Pedro y la joven, no teniendo otro refugio más a mano, penetraron en
una casucha vieja y casi arruinada, en la cual nadie vivía; allí, debajo de un
poco de techo que había quedado aún en pie, se cobijaron ambos, obligán-
dolos la necesidad y el poco espacio cubierto a arrimarse uno a otro. Este
contacto dio ocasión a que se decidieran algo los ánimos a dar expansión a
sus amorosos deseos. Y Pedro fue el primero en decir:

—Ojalá que, debiendo estar como estoy, no cesara jamás esta granizada.

Y la joven contestó:

—Ya me gustaría.

Y de estas palabras pasaron a tomarse y estrecharse las manos, y de esto, a abrazarse y besarse sin que cesara de granizar. Y para no entrar en menudencias, os diré que antes de que se serenase el tiempo, se habían mutuamente revelado ya todos los secretos del amor.

Cesó el mal tiempo y a la entrada de la ciudad, que estaba cerca, aguardaron a la dama, y con ella a casa regresaron.

Muy discreta y reservadamente, se encontraron allí algunas veces con gran satisfacción de uno y de otro; y tal anduvo la cosa, que la joven quedó embarazada, cosa que en gran manera a entrambos contrarió: por lo cual, ella puso en juego muchas artimañas para detener la marcha de la naturaleza, sin poderlo conseguir. En vista de esto, Pedro, temiendo por su propia vida, resolvió huir y se lo dijo a ella. Al oírle, la joven exclamó:

—Si tú partes, yo indefectiblemente me mataré.

Pedro, que la amaba mucho, replicó:

—¿Cómo quieres, dueña mía, que me quede aquí? Tu embarazo descubrirá nuestra falta: a ti fácilmente se te perdonará, pero yo, desdichado de mí, tendré que soportar el castigo de tu pecado y del mío.

Repuso entonces la joven:

—Pedro, mi pecado se sabrá perfectamente; pero ten por seguro que el tuyo, si no lo dices tú, nadie lo sabrá jamás.

Entonces Pedro dijo:

—Puesto que me lo prometes, me quedaré; mas piensa en cumplir tu promesa.

La joven, que había mantenido oculto su embarazo todo lo posible, al ver que el redondeamiento de su talle no le permitía seguir ocultándolo, anegada en llanto se lo reveló un día a su madre, rogándole que la salvase. Sumamente desconsolada la dama, la llenó de injurias y quiso saber por ella misma cómo había acontecido esto. La joven, a fin de que no le resultase daño a Pedro, inventó una fábula, dando a la verdad una forma completamente distinta. Creyóselo la dama, y para ocultar la falta de su hija, la envió a una de sus posesiones. Llegada la hora crítica y como la joven gritase como suelen hacerlo las mujeres, sin pensar su madre que maese Amérigo, que casi nunca solía visitar aquellos lugares, debiera ir allá, acaeció que, volviendo éste de cazar pájaros, pasó por delante de la habitación donde su hija gritaba y sorprendido de esto, entró de rondón en la casa y preguntó qué era aquéllo. Al ver aparecer a su marido, levantóse afligida la dama y le refirió lo que a su hija le había acaecido. Menos crédulo de lo que su esposa había sido, replicó el padre que no podía ser verdad que ignorase ella quién en tal estado la pusiera, y que por lo tanto quería absolutamente saberlo; y añadió que, diciéndolo, podría su hija recobrar su gracia, y que de lo contrario, tuviese entendido que moriría sin remisión alguna. Cuanto pudo hizo la dama para lograr que su marido se diera por satisfecho con lo que ella

había dicho; pero nada consiguió. Montando en cólera, Amérigo fue con su espada desnuda en la mano adonde estaba su hija, la cual, mientras su padre estaba hablando de ella, había dado a luz un niño, y le dijo:

—O me revelas el nombre del padre de esta criatura o mueres inmediatamente.

Temerosa de la muerte la joven, quebrantando la promesa hecha a Pedro, refirió cuanto entre ella y él había pasado. Al oír esto el caballero, montó en cólera, y poco faltó para que la matase. Pero después que le hubo dicho cuanto la ira le inspiró, montó de nuevo a caballo, se fue a Trápani y habiéndole contado a un tal maese Conrado, que gobernaba allí en nombre del rey, la ofensa que Pedro le había inferido, le hizo prender cuando menos éste se lo esperaba, y puesto al tormento confesó todo cuanto había pasado.

Algunos días después condenóle el gobernador a ser azotado por las calles y ahorcado después y a fin de que a una misma hora abandonasen el mundo los dos amantes y el hijo de éstos, maese Amérigo, cuya ira no estaba satisfecha con haber hecho condenar a muerte a Pedro, puso veneno en una copa de vino y la entregó a un servidor, lo propio que un puñal desnudo diciéndole:

—Anda con estas dos cosas adonde está Violante, y de mi parte le dices que tome lo que prefiera de estas dos muertes; o la del veneno o la del puñal: de lo contrario, la haré quemar, como ha merecido, en presencia de todos nuestros conciudadanos, y hecho esto, tomarás el hijo que ha dado a luz ella, y aplastándole la cabeza contra la pared, lo arrojarás a los perros para que se lo coman.

Recibida del fiero padre esta cruel sentencia contra la hija y contra el nieto, el servidor, mejor dispuesto al mal que al bien, se alejó.

Conducido Pedro por los familiares del gobernador camino de la horca recibiendo los azotes a que había sido condenado, pasó, por haberlo dispuesto así, la comitiva por delante de una posada donde se hallaban tres nobles señores de Armenia, que enviados a Roma por el rey de Armenia para tratar con el Papa asuntos de suma importancia, habían hecho alto allí para rehacerse y descansar algunos días, siendo muy obsequiados por la nobleza de Trápani y especialmente por maese Amérigo. Éstos, al oír pasar a los que conducían a Pedro, se asomaron a una ventana para verlos. Pedro estaba completamente desnudo de la cintura para arriba y llevaba atadas las manos a la espalda, y al mirarle uno de los tres embajadores, que era un hombre anciano y de gran autoridad llamado Fineo, vio en su pecho una gran mancha roja, no artificial sino natural, por el estilo de aquellas a que las mujeres dan el nombre de rosas. En cuanto la vio, acudió inmediatamente a su memoria un hijo suyo que quince años atrás le había sido robado por unos corsarios en la playa de Lajazzio, sin haber vuelto a saber de él. Y calculando la edad del infeliz a quien estaban azotando, discurrió que su hijo si estaba vivo, debía tener la misma edad que representaba aquél, y a la vista de aquella señal púsose a sospechar que tal vez sería el mismo y presumió que si era él, debía acordarse aún de su nombre, del de su padre y del idioma armenio. Por lo cual, cuando lo tuvo cerca, le llamó por su primer

nombre de Teodoro. Al oírle Pedro, levanta súbitamente la cabeza y Fineo, hablándole en armenio le preguntó:

—¿De dónde eres y de quién eres hijo?

Los soldados que lo conducían hiciéronlo detener por respeto a su noble interpelante, y Pedro respondió:

—Soy de Armenia, hijo de uno que se llamaba Fineo y transportado aquí cuando era muy niño por no sé qué clase de gente.

Oyendo esto Fineo, ya no le cupo duda de que aquél era el hijo que perdiera; por lo cual, llorando, descendió con sus compañeros a la calle, y atravesando por entre los soldados, corrió a abrazarle, y echándole a la espalda una capa de riquísimo paño que él llevaba puesta, rogó al que lo conducía a la horca que le hiciera el favor de aguardarle allí hasta que recibiera orden de volverle a llevar al punto de donde lo sacara, y éste respondió que esperaríase gustoso. Fineo se había enterado ya de la causa por la cual el joven era conducido a la horca, pues había corrido por todas partes la noticia, por lo cual se apresuró a ir con sus compañeros y servidumbre a avisarse con maese Conrado, y le dijo:

—Señor, ese hombre a quien enviáis a la muerte como esclavo, es hombre libre e hijo mío y está dispuesto a tomar por esposa a la mujer a quien dicen ha privado de su virginidad; de consiguiente, dignaos suspender la ejecución hasta tanto que se pueda saber si ella le quiere por marido, a fin de que no os halléis luego habiendo obrado, si ella le quiere, ilegalmente.

Sorprendióse maese Conrado al saber que el reo era hijo de Fineo, y avergonzándose algún tanto de su desacierto y confesando ser cierto lo que Fineo decía, apresuróse a hacerle volver a su casa y mandó llamar a maese Amérigo para referirle lo que ocurría.

Maese Amérigo, que creía muerta ya a su hija, y a su nieto, lamentóse en gran manera de lo que había hecho, comprendiendo que si no estuviese muerta, podía enmendarse bien todo lo acaecido; sin embargo, mandó a toda prisa adonde se hallaba su hija a fin de que, si no se había dado cumplimiento a su mandato, dejara de cumplirse. El mensajero encontró al familiar que Amérigo había mandado, que había puesto delante de la joven el puñal y el veneno, y como ella no se decidía con suficiente presteza, la estaba llenando de injurias y quería obligarla a tomar una de las dos cosas. Mas, al oír el mandato de su señor, la dejó en paz y se volvió adonde se hallaba su amo y le expuso cómo se hallaba la cosa. Contento de eso maese Amérigo, fue adonde estaba Fineo y, casi llorando, se excusó lo mejor que pudo de cuanto había acaecido, pidiendo perdón y afirmando que él, si Teodoro quería por esposa a su hija, estaba muy contento de dársela.

Gustoso aceptó Fineo las excusas y respondió:

—Quiero que mi hijo tome a vuestra hija, y si él no la quisiera, cúmplase la sentencia que le ha sido impuesta.

De acuerdo, pues, Fineo y maese Amérigo fueron adonde se hallaba Teodoro, dominado aún por el pavor de la muerte y por la alegría de haber hallado a su padre, y consultaron su voluntad sobre aquel punto. Teodoro, al oír que Violante sería su esposa si él quería, tanto se alegró, que le pare-

ció saltar del infierno al paraíso, y dijo que tendría esto por una gracia especialísima, con tal que a todos ellos les acomodase. Envióse, pues, a consultar la voluntad de la joven; ésta, al tener noticia de lo que había acaecido y estaba por acaecer con Teodoro, cuando poseída de indecible dolor sólo la muerte esperaba, después de largo rato, prestando algún crédito a lo que se le decía, reanimóse un poco y respondió que si debía dejarse llevar por su deseo, nada podía acaecerle más agradable que llegar a ser la esposa de Teodoro; pero que, a pesar de eso, haría lo que su padre le mandase. Acordado, pues, el casamiento de la joven, celebráronse grandes fiestas con sumo placer de todos los ciudadanos. La joven, recobrándose y haciendo amamantar a su hijo, no tardó en hacerse más hermosa que nunca, y cuando al fin pudo abandonar el lecho y comparecer a la presencia de Fineo, cuyo regreso de Roma se esperó, le trató con la reverencia que a un padre le correspondía, y éste, muy contento con tan hermosa nuera, después de haber hecho celebrar las bodas con grandes festejos y alegría suma, la recibió y la tuvo siempre como a hija. Y algunos días después, haciendo embarcar en la galera a su hijo, a su nuera y a su nietecito, se los llevó a Lajazzio, donde tranquilos y reconfortados pasaron los amantes el resto de su vida.

Cuento octavo

El infierno de los amantes crueles

Anastasi● de los Onesti gasta sus riquezas amando a una Traversari sin ser correspondido. A ruego de los suyos se va a Chiassi; en este lugar ve a un caballero echar a una joven, matarla y devorarla dos perros. Convida a sus parientes y a aquella dama amada por él a una comida y esta dama ve despedazar a dicha joven; y temiendo que le pase lo mismo, toma por marido a Anastasi●.

Cuando Lauretta calló, Filomena habló, por orden de la reina, en estos términos:

—Así como en nosotras, amables damas, es elogiada la piedad, así también es vengada rígidamente por la divina justicia la crueldad; y para demostrarlo e induciros a arrojarla por completo lejos de vosotras, pláceme referiros una historia no menos agradable que llena de compasión.

En Rávena, antiquísima ciudad de Romagna, hubo en otro tiempo muchos hombres nobles y distinguidos, y entre ellos un joven llamado Anastasio de los Onesti, que a consecuencia de la muerte de su padre y de un tío, había quedado considerablemente rico. Este joven, como a los jóvenes les acaece, como no tuviera mujer, se enamoró de una hija de maese Pablo Traversari, joven mucho más noble que él, abrigando la esperanza de hacerse amar, haciendo cuanto estuvo en su mano para conseguirla, mas con todo y ser inmensos, loables y preciosos sus esfuerzos, no solamente no tuvieron éxito,

sino que parecía que hasta le perjudicaban; tan cruda, dura y esquivada se le mostraba la jovencita amada, habiéndose vuelto tan altiva y desdeñosa, acaso por su singular hermosura o por su nobleza que ni él ni cosa suya le agradaba.

Tan difícil de soportar le era esto a Anastasio, que varias veces, después de haberse lamentado en vano, el dolor le inspiró el deseo de matarse. Después, dominándose repetidas veces, hizo el propósito de dejarla por completo, o de procurar odiarla como ella le odiaba a él. Mas, en vano tomaba tal resolución, pues parecía que cuanto más le faltaba la esperanza, tanto más se multiplicaba su amor.

Perseverando, pues, el joven en su amor y en sus considerables dispendios, parecíales a algunos de sus amigos o parientes que estaban a punto de agotarse él y su fortuna: por cuyo motivo repetidas veces le rogaron y aconsejaron que se marchara de Rávena, y se fuera a vivir por algún tiempo a otro punto cualquiera: pues haciéndolo así, menguarían sus gastos y su amor.

No pocas veces se burló Anastasio de este consejo; pero como éstos no cesaban de porfiar, no pudiendo tantas veces oponerse, acabó por hacerlo: y mandando hacer aparatosos preparativos como si quisiera marcharse a Francia o a España, o a algún otro país lejano, montando a caballo, y acompañado por sus numerosos amigos, salió de Rávena y se trasladó a una población distante unas tres millas de Rávena, que se llama Chiassi, y mandando levantar varias tiendas, dijo a los que le habían acompañado que quería quedarse allí y que ellos se podían volver a Rávena.

Habiéndose instalado, pues, allí Anastasio, empezó a darse la vida más agradable y magnífica que jamás se diera, invitando a cenar y a comer como se solía, ora a unos, ora a otros. Ahora bien: acaeció que, a principios de mayo, en un magnífico día, se le vino a la memoria la crueldad de la mujer a quien amaba, y mandando a toda su servidumbre que le dejaran solo, para poder pensar mejor a su gusto, paso a paso y pensando siempre llegó al pinar. Y habiendo pasado ya casi la quinta hora del día, y habiendo penetrado hasta más de la mitad del bosque, sin acordarse ni de comer ni de otra cosa alguna parecida, de repente oyó un fuerte llanto y penetrantes quejidos lanzados por una mujer, por lo cual, interrumpido su dulce pensamiento, levantó la cabeza para ver lo que era, y se sorprendió al verse en el pinar; y a más de eso, mirando delante de sí, vio venir por una espesura llena de arbustos, corriendo hacia el sitio donde él se hallaba, a una hermosísima joven, desnuda, desmelenada, llena de arañazos producidos por las ramas y los zarzales, llorando y pidiendo auxilio con fuertes voces; y a más de ésa vio a ambos lados de ella dos enormes y fieros mastines que, cerrando tenazmente en pos de ella, la mordían cruelmente y repetidas veces donde la alcanzaban, y vio venir en pos de ella a un caballero con divisa oscura, montado en un corcel negro, retratada la cólera en el semblante, llevando en la mano un estoque y amenazando de muerte a la joven con aterradoras e injuriosas frases.

Esto le produjo a un mismo tiempo sorpresa y terror y finalmente compasión hacia la desventurada mujer, naciendo de esta compasión el deseo de librarla de angustia y de muerte tal, si pudiera. Pero encontrándose

sin armas, recurrió a tomar una rama de árbol en lugar de un bastón, y salió al encuentro de los perros y del jinete. Mas este último, que vio su intento, le gritó desde lejos:

—No te entrometas, Anastasio, déjanos hacer a los perros y a mí lo que esa malvada mujer ha merecido.

Y mientras él decía esto, hicieron presa los perros en los costados de la joven, la obligaron a detenerse, y reuniéndoseles el jinete desmontó del caballo. Acercándose Anastasio a él le dijo:

—No sé quién eres tú que así me conoces; pero no por eso dejo de decirte que es una gran villanía en un caballero armado querer matar a una mujer desnuda y tenerla acorralada por los perros como si fuera una fiera salvaje: ten por seguro que la defenderé cuanto pueda.

Entonces el caballero dijo:

—Anastasio, yo fui de tu mismo país y tú eras muy niño aún, cuando yo, a quien llamaron maese Guido de los Anastagi, estaba más locamente enamorado de esa mujer, de lo que ahora lo estás tú de la de los Traversari, y su fiereza y crueldad tan lejos llevaron mi desventura, que un día, con este estoque que en mi mano ves, me maté desesperado y estoy condenado a las eternas penas. Poco tiempo después, esa mujer que se alegró sobremanera de mi muerte, murió también por el pecado de su crueldad y de la alegría que le produjeron mis tormentos, como de ello no se arrepintió, porque no creía que en ésa hubiese faltado, antes bien, creía haber adquirido méritos, fue y está igualmente condenada a las penas del infierno. Y cuando ella al infierno bajó, a ella y a mí se nos impuso por castigo, a ella de huir delante mío, y a mí, que tanto la amé en otro tiempo, seguirla, no como amante, sino como mortal enemigo; y cuantas veces la alcanzo otras tantas la mato con ese estoque con que me maté, la abro por el espinazo, arranco de su cuerpo aquel corazón duro y fino, en el cual jamás pudieron entrar ni amor ni piedad, junto con las entrañas, como ahora mismo verás, y lo doy a comer a estos perros. Pocos instantes después, según quiere la justicia y el poder de Dios, resucita, como si no hubiese muerto, y de nuevo empieza la dolorosa fuga ella, siguiéndola de nuevo yo y los perros; y cada viernes a esta hora la alcanzo aquí, y aquí la destrozo como verás; no creas que los otros días descansamos, pues la alcanzo en otros sitios donde ella pensó y obró cruelmente contra mí, y habiéndome convertido de amante en verdugo suyo, como ves, tengo que seguirla en esta forma durante tantos años, como meses duró su crueldad contra mí. Déjame, pues, poner en ejecución la justicia divina, no quieras oponerte a lo que no podrías evitar.

Al oír esto Anastasio, sintióse amilanado, y no habiendo casi pelo en su cuerpo que no se le erizara, hízose atrás contemplando a la infeliz joven, esperando lleno de pavor ver lo que el caballero hacía. Éste, después que acabó de hablar, lanzóse como perro rabioso y estoque en mano contra la joven, la cual, de rodillas y fuertemente agarrada por los dos mastines, le pedía a gritos misericordia; con toda su fuerza la hirió en medio del pecho y la pasó de parte a parte.

Apenas hubo recibido este golpe, cayó la joven boca abajo, sin cesar de llorar y de gritar; el caballero, echando mano a un cuchillo, la abrió por los riñones, le sacó el corazón y cuanto había en torno de él y lo arrojó todo a los dos mastines, los cuales, hambrientos, lo devoraron en seguida.

Poco después, la joven, como si nada hubiese acaecido, púsose súbitamente de pie y empezó a correr hacia el mar y tras de ella, hiriéndola siempre los perros; el caballero, volviendo a subir a caballo y enristrando de nuevo su estoque, se puso a seguirla, y en pocos instantes de tal suerte se alejaron, que Anastasio acabó por perderles de vista.

La vista de esta escena, le tuvo durante largo rato entre compadecido y asustado; poco después, ocurriósele que esto podía servirle de mucho, puesto que acaecía todos los viernes. Por lo cual, después que hubo señalado el sitio, volvió a reunirse con su servidumbre; más tarde, cuando le pareció bien, mandó llamar a la mayor parte de sus parientes y amigos, y les dijo:

—Vosotros me habéis estimulado largo tiempo para que renuncie al amor de esa enemiga mía y ponga término a mis dilapidaciones; yo dispuesto estoy a hacerlo, si vosotros me alcanzáis una gracia, a saber, la de que el viernes próximo hagáis que maese Pablo Traversari, su mujer, su hija y todas las mujeres de su parentela, y cuantas otras os plazca, vengan aquí a comer conmigo. El porqué quiero yo esto, entonces lo veréis.

Poca cosa les pareció esto a los amigos y parientes de Anastasio; y habiendo regresado a Rávena, invitaron a su debido tiempo a las personas que Anastasio deseaba, y como pareció cosa dura el llevar sólo allí a la joven amada por Anastasio, otras varias la acompañaron. Anastasio hizo preparar un magnífico banquete; mandó poner las mesas debajo de los pinos alrededor del sitio donde había visto despedazar a la mujer cruel; y haciendo sentarse a la mesa hombres y mujeres, lo dispuso de manera que la joven amada por él fue a sentarse de frente al sitio donde debía tener lugar la escena. Hallábanse, pues, ya en el último plato, cuando empezaron a oírse los desesperados gritos de la acosada joven.

General fue el asombro, preguntando todos qué era aquello, y no sabiéndolo nadie contestar, y poniéndose todos de pie, mirando lo que podría ser en verdad, vieron a la angustiada joven, al jinete y a los perros, que no tardaron en hallarse todos en medio de ellos.

Fuerte gritería se promovió contra los perros y el caballero; muchos fueron los que se adelantaron para socorrer a la joven. Mas el caballero, hablándoles como a Anastasio hablado había, no solamente les hizo retroceder, sino que a todos llenó de espanto y de asombro; y haciendo lo que otra vez había hecho, todas las mujeres que allí estaban (entre las cuales había muchas que eran parientes de la angustiada joven y del caballero, y se acordaban del amor y de la muerte de éste) lloraban tan desconsoladamente como si a ellas les hubiese acaecido. Llegada a su término aquella escena, lejos ya la mujer y el caballero, entablóse animada y variada conversación entre los que la habían presenciado; pero entre los que más terror experimentaron fue la cruel joven amada por Anastasio, la cual lo había visto y oído perfectamente todo y comprendía que todo aquello a ella más que a

otra persona cualquiera de las allí presentes le tocaba; acordándose de la crueldad que siempre había empleado con Anastasio, por lo cual ya le parecía estar huyendo delante de su airado adorador y tener a sus costados los mastines, y fue tanto el miedo que esto le produjo, que para evitar que tal cosa le acaeciera a ella, tan pronto como pudo (que fue aquella misma tarde), transformando el odio en amor, envió a una fiel camarera amiga suya a Anastasio para rogarle en su nombre que se sirviera ir a verla, puesto que se hallaba dispuesta a hacer cuanto le pluguiera a él. Anastasio le hizo contestar que era esto muy de su agrado, pero que, como deseaba proceder honestamente, sólo podía aceptar haciéndola su esposa.

La joven, que bien sabía que sólo a ella se debía el no ser ya la esposa de Anastasio, hízole contestar que consentía.

Por lo cual, ella misma fue a decirles a su padre y a su madre que se hallaba dispuesta a ser la esposa de Anastasio, cosa de que éstos se alegraron mucho; celebradas las bodas el domingo siguiente, logró él vivir por largo tiempo feliz con ella. Y no fue únicamente éste el bien que aquel suceso produjo, sino que, tanto miedo les causó a las mujeres de Rávena, que fueron más complacientes con los hombres, de lo que hasta entonces lo habían sido.

Cuento noveno

El halcón

Federico de los Alberighi ama y no es amado, y de tal suerte consume su hacienda pretendiendo, que sólo le queda un halcón, cuyo halcón, no teniendo otra cosa, da a comer a su dama en ocasión de haber venido a su casa: al saberlo ella, muda de propósito, le toma por marido y le hace rico.

Había acabado de hablar ya Filomena, cuando la reina, habiendo visto que únicamente Dioneo había quedado sin hablar, dijo en tono jovial:

—Ahora a mí me toca hablar; voy a hacerlo con gusto, queridísimas damas, contándoos una historia parecida en parte a la anterior, no solamente para que conozcáis cuánto poder tienen vuestras gracias en los corazones sensibles, sino para que aprendáis a ser vosotras mismas, como es debido, quienes concedáis vuestras recompensas, sin dejar que sea siempre la fortuna quien haga de guía, pues ésta las más de las veces da, no discretamente, sino inmoderadamente.

Debéis saber, pues, que Coppo de Borghese Domenichi, que vivió en nuestra ciudad y tal vez aún vive, hombre de respetable y suma autoridad en nuestros días, muy esclarecido y digno de eterna fama, más por sus costumbres y virtudes que por la nobleza de su sangre, siendo ya de avanzada edad, complacíase en hablar a menudo con sus amigos y vecinos de cosas pasadas: cosa que él sabía hacer mejor con mucho mayor orden, con mejor memoria y mayor gracia que otro hombre cualquiera. Entre las demás co-

sas bonitas que contaba, solía decir que en Florencia hubo en otro tiempo un joven llamado Federico, hijo de maese Felipe Alberighi, que sobrepasaba en hechos de armas y de galanterías a todo otro doncel de Toscana.

Este joven, como a la mayoría de los hombres de corazón les acaece, se enamoró de una noble dama llamada Juana, considerada en sus tiempos como una de las más bellas y graciosas mujeres de Florencia; para conquistar su amor asistía a justas y torneos, hacía fiestas y regalos y gastaba prodigamente su fortuna.

Como gastaba más de lo que podía y nada adquiría, llegaron, como suele acontecer, a faltar sus riquezas: Federico quedó pobre, sin que le quedara otra cosa que una insignificante hacienda, con cuyas rentas con estrechez suma vivía, además de un halcón de los mejores del mundo.

Más enamorado todavía, pareciéndole que no podría seguir viviendo en la ciudad como deseaba, se fue a vivir a Campi, donde radicaba su pequeña hacienda.

Soportaba allí pacientemente como podía su pobreza, cazando pájaros y sin relacionarse con persona alguna. Pero cierto día acaeció que, cuando Federico había llegado a tal extremo, cayó enfermo el marido de Juana, y viendo acercársele la muerte, hizo testamento; y como era inmensamente rico, dejó por heredero suyo un hijo crecidity ya; y además, como había amado mucho a Juana, la nombró heredera suya, para el caso en que el hijo falleciese sin heredero legítimo; y se murió.

Habiendo quedado, pues, viuda Juana, fue a pasar el año de viudez como acostumbran nuestras damas, al campo, con este hijo suyo, a una posesión bastante próxima a la de Federico. Esto hizo que el muchacho empezara a franquearse con Federico y tomarle afición a los pájaros y a los perros, y habiendo visto volar muchas veces el halcón de Federico, cosa que le agradaba sorprendentemente, tenía vivos deseos de poseerlo; mas no se atrevía a pedirlo, porque notaba que Federico le quería mucho. En tal estado las cosas, cayó enfermo el niño; muy afligida la madre porque no tenía otro, y le quería a más no poder, no se alejaba de su lado animándole sin cesar y preguntándole repetidas veces si deseaba algo, rogándole que se lo dijera y asegurándole que si era posible obtenerlo, tuviera la seguridad de que procuraría complacerle. Como se repitieran muchas veces estas ofertas, el joven dijo:

—Si vos hacéis, madre mía, que yo alcance el halcón de Federico, creo que no tardaré en ponerme bueno.

Al oír esto la dama, permaneció unos instantes meditabunda, y púsose a discurrir lo que debía hacer.

Sabía que Federico la había amado largo tiempo sin conseguir de ella ni una sola mirada, por lo cual decía para sí: “¿Cómo voy a enviar o a ir a pedirle este halcón cuando, según he oído decir, nunca ha habido otro mejor y que por otra parte con tanta solicitud mantiene y cuida? ¿Y cómo he de ser tan desconsiderada que a un hombre a quien ningún otro gusto le ha quedado, le quiera quitar éste yo?”.

Y entregada a estos pensamientos, aun cuando estaba muy segura de que lo había de obtener si lo pedía, no sabiendo qué decir, nada le contes-

taba al hijo ni se atrevía a hacer nada. Finalmente, tanto la dominó el amor del hijo, que se resolvió para darle gusto, y sucediera lo que sucediera, no a enviar, sino a ir ella misma a ver a Federico y a pedirle el halcón, y le dijo al niño:

—Anímate, hijo mío, y haz por ponerte bueno, que yo te prometo que la primera cosa que mañana por la mañana haré, será ir a buscarlo y traerlo.

Contento de esto el muchacho, aquel mismo día dio muestras de alguna mejoría. A la mañana siguiente, la dama, llevando consigo a otra dama, se encaminó como paseando a la reducida vivienda de Federico y le hizo llamar. Éste, como en aquellos días no era a propósito el tiempo para cazar pájaros, hallábase en una huerta suya ocupado en algunas labores. Al oír que Juana le llamaba desde la puerta, lleno de asombro, se apresuró a ir allá. Al verle venir, salióle ella al encuentro con mujeril afabilidad, y como Federico la hubiera saludado ya respetuosamente, correspondióle ella y luego añadió:

—He venido a resarcirte de los perjuicios que por mi causa tuviste en otro tiempo, amándome más de lo que te hubiera correspondido, y a este fin me propongo comer esta mañana familiarmente contigo, junto con esta compañera mía.

Federico respondió con humildad:

—No recuerdo, señora, que por causa vuestra haya sufrido daño alguno, antes por el contrario, tanto bien, que si alguna vez algo he valido o he de valer, es por vuestro valor y por el amor que os he tenido. Y ciertamente ésta vuestra espontánea venida me es mucho más agradable de lo que me lo sería si nuevamente me fuese dado gastar cuanto anteriormente he gastado ya, puesto que habéis venido a visitar a un huésped pobre.

Y dicho esto, la hizo entrar, ruborizándose, en su casa y la condujo hacia el jardín, y como allí no había quien pudiera hacerle compañía, añadió:

—Señora, ya que no hay otra, os haré compañía, mientras voy a mandar poner la mesa, esta buena mujer que es la esposa de un labrador.

A pesar de que era extrema su pobreza, aún no se había dado cuenta tanto como en aquella ocasión de la falta que le hacían las riquezas que desatentadamente consumiera. Mas aquella mañana, como no hallase cosa alguna con que poder obsequiar a aquella dama, por cuyo amor antes a tan considerable número de hombres había obsequiado, se le apareció ante su vista; y extraordinariamente angustiado, interiormente maldecía su fortuna, cual si fuera de sí estuviese, yendo de un lado para otro, hallándose sin dinero y sin cosa que empeñar, haciéndose tarde y siendo grande el deseo de obsequiar con algo a la noble dama y no queriendo ir a pedirle prestado a nadie ni aun a su propia hortelana, presentósele delante los ojos su buen halcón, que se hallaba encaramado en una percha en su habitación. Como no tenía otra cosa de que echar mano, lo cogió, lo halló gordo y pensó que sería un manjar digno de tal mujer. Y por lo tanto, sin pensarlo más, le torció el pescuezo y después de pelado y aderezado, mandó a una criadita suya que, sin detenerse, lo pusiera al asador y lo asara; y puesta la mesa con blanquísimos manteles de los que le quedaba todavía alguno, volvió con sem-

blante jovial a reunirse con la dama en el jardín y le dijo que estaba dispuesta la comida que él le podía ofrecer; por lo cual, la dama y su compañera fueron a sentarse a la mesa sin saber lo que comían; en compañía de Federico, que con diligencia suma les servía, comieron el buen halcón. Y ya de la mesa levantados y después que con él hubieron permanecido un buen rato en agradable conversación, pareciéndole a la dama ser hora ya de decir a lo que había venido, dirigiéndose afablemente a Federico, expresóse en estos términos:

—Federico, acordándote de tu pasada vida y de mi honestidad, que tú tal vez tachaste de dureza y crueldad, no me cabe duda alguna de que no te sorprenderás de mi presunción al saber para lo que principalmente he venido aquí; antes bien, si tuvieras o hubieras tenido hijos y pudieras conocer cuánta fuerza tiene el amor que se les profesa, paréceme estar segura de que en parte me darías por dispensada. Pero aun cuando tú no los tengas, yo que tengo uno, no puedo renunciar a las leyes comunes de las otras madres. Y como tengo que seguir sus impulsos contra mi gusto, contra todas las conveniencias y todos los deberes, necesito pedirte un don que sé estimas en mucho (y con razón, puesto que ningún otro goce, distracción ni consuelo te ha dejado tu contraria suerte); y este don es tu halcón, con el cual tan encaprichado está mi hijo que, si no se lo llevo, temo que de tal suerte se agrave su enfermedad, que me vea en el doloroso trance, de perderle. Y por esto te ruego, no por el amor que me tienes, el cual a nada te obliga, sino por tu nobleza que en ti más que en otro cualquiera se ha revelado siempre, que tengas a bien regalármelo a fin de que yo pueda decir que, gracias a este don, he conservado la vida de mi hijo y quedo por él en el deber de estarte siempre agradecida.

Al oír Federico lo que la dama le pedía y viendo que no podía complacerla, puesto que se lo había dado a comer, púsose a llorar en su presencia sin poder articular palabra alguna.

Al principio, la dama creyó que aquel llanto era producido por el dolor de tener que separarse de su buen halcón y casi estuvo a punto de decirle que no lo quería; pero se contuvo, esperando para después del llanto la respuesta de Federico, quien así se expresó:

—Señora, después que a Dios le plugo que pusiera en vos mi amor, en muchas cosas he considerado serme contraria la fortuna y de ella me he quejado; mas todas han sido ligeras ante lo que en este momento me hace, y que para siempre jamás la hará mi enemiga: al pensar que vos habéis venido aquí, a esta pobre casa a la cual, mientras rica fue no os dignasteis venir y queréis de mí un pequeño don y tal ha llevado las cosas, que me ha hecho imposible el otorgároslo; y en breves palabras os diré el porqué de esta imposibilidad.

Quando oí que vos, vuestra merced quería comer conmigo, atendiendo a vuestra excelencia y a vuestro valor, juzgué cosa digna y conveniente deber obsequiar según mis posibilidades con el manjar que para mí fuese más caro como generalmente se emplea para las demás personas: por lo cual, acordándome del halcón que me pedisteis y de su bondad, lo conside-

ré comida digna de vos, y esta mañana lo habéis tenido asado en vuestro plato y lo tenía yo por muy bien empleado; mas al ver ahora que de otra manera lo deseabais, siento tan vivo pesar de no poderos servir, que creo no consolarme jamás.

Y dicho esto, mandó que en testimonio de verdad se le presentaran las plumas, las patas y el pico. Al ver y oír esto la dama, empezó por reprocharle por haber dado muerte a un halcón como aquél para dar de comer a una mujer; y después elogió en gran manera su grandeza de alma, que la pobreza no había podido ni podía disminuir.

Luego perdida la esperanza de obtener el halcón y dudando por esto de la salud de su hijo, llena de angustia, partió y volvió al lado de su hijo. Éste, fuera por la tristeza de no poder tener el halcón, o fuese porque a tal fin debiera conducirle la enfermedad, no tardó muchos días en pasar de esta vida a la otra, con dolor inmenso de su madre. La cual, después que por algún tiempo estuvo sumida en llanto y amargura, como hubiera quedado sumamente rica y joven todavía, se vio repetidas veces incitada por sus hermanos a que se volviera a casar.

No hubiera querido hacerlo, mas en vista de tal insistencia, acordándose del valor de Federico y de su última magnificencia, esto es, de que hubiera dado muerte para obsequiarla a una ave tan preciada, les dijo a sus hermanos:

—Yo, si fuese de vuestro agrado, gustosa me mantendría viuda; pero si preferís que tome marido, tened entendido que jamás tomaré otro que no sea Federico de los Alberighi.

Burláronse de ella sus hermanos, diciéndola:

—¿Qué estás diciendo, loca? ¿Cómo quieres a un hombre que nada posee?

Y ella les respondió:

—Ya sé, hermanos míos, que es tal como vosotros decís, pero más bien quiero hombre que necesita riqueza, que riqueza que tenga necesidad de hombre.

Oído por sus hermanos su propósito y conociendo a fondo a Federico, aun cuando fuera pobre, cediéronse la con todas sus riquezas, tal como ella quiso. Viéndose él dueño de la mujer a quien tanto había amado y además sumamente rica, terminó sus días gozosamente con ella, haciendo mejores economías que antes.

Cuento décimo

Cornudo y contento

Pedro de Vinciolo va a cenar fuera de casa; su mujer hace venir a un joven; vuelve Pedro y ella lo oculta debajo de una cesta de pollos. Pedro dice que se ha encontrado en casa de Ercolano, con quien cenaba un mancebo introducido allí por la mujer de éste: la primera censura a la segunda: por desgracia, un asno pone la pata encima de los dedos del que estaba debajo de la cesta; grita éste; Pedro acude, le ve, conoce el engaño de su mujer y acaba por hacer las paces con ella.

A su término había llegado el cuento de la reina habiendo sido elogiado por todos el Señor, que tan dignamente había recompensado a Federico, cuando Dioneo, que nunca esperaba órdenes, empezó diciendo:

—No sé si me diga que sea vicio accidental o por maldad de costumbres en los hombres, o si es defecto innato en la naturaleza, el reírse más pronto de las cosas malas que de las obras buenas y especialmente cuando aquéllas no nos atañen. Y puesto que la tarea que me he impuesto y que ahora estoy en vías de reanudar, ningún otro fin lleva que el de quitaros el mal humor y daros risa y alegría, aun cuando el asunto de mi siguiente cuento, enamoradas jóvenes, tenga en parte poco de honesto, como puede recrearos, os lo contaré; y vosotras, al escucharlo, no hagáis lo que soléis hacer cuando entráis en los jardines, que tendiendo vuestra delicada mano cogéis las rosas y dejáis las espinas; lo que haréis, dejando al hombre desgraciado con la mala suerte, es reiros de los amorosos engaños de su mujer, compadeciendo las desventuras ajenas, como es debido.

Hubo en Perusa, poco tiempo atrás, un hombre rico llamado Pedro de Vinciolo, el cual, acaso más para engañar a los demás y para disminuir la general opinión en que todos los perusianos le tenían, que por ganas que él tuviese de ello, se casó y la fortuna fue conforme a su apetito en este punto, pues la mujer que él tenía era una joven robusta, rubia y ardiente, que más bien hubiera querido dos maridos que uno, mientras que él, contra natura, tenía mayor afición a otra cosa que a ella. Conociendo ella esto en el decurso del tiempo y viéndose bella y lozana, y sintiéndose gallarda y poderosa, empezó por disgustarse y a tener algunas veces altercados y dando constante mala vida a su marido. Después, viendo que esto más bien podía traerle perjuicio a ella, que enmienda de su marido, díjose a sí misma:

—Ese desdichado me abandona, para ir con su deshonestidad por tierra seca; ya me las compondré para lograr que otro viaje por tierra húmeda. Yo lo tomé por marido, y le di crecida y buena dote, sabiendo que era hombre y creyéndole deseoso de aquello que están y deben estar deseosos los hombres: y si yo no hubiese creído que hubiera sido hombre, jamás lo habría tomado. Él, que sabía que yo era mujer, ¿por qué me tomaba por esposa si no les tenía afición a las mujeres? Esto no se puede soportar. Si yo no hubiese querido estar en el mundo, me habría hecho monja; y que-

riendo estar en él, como quiero y soy, si he de esperar gusto y placer de ese hombre, podré tal vez llegar a envejecer esperando inútilmente, y cuando sea vieja, en vano me lamentaré de haber perdido mi juventud, cuando él mismo me enseña y demuestra que debo satisfacerla, deleitándome como se deleita él: deleite que en mí será digno de alabanza mientras en él es muy digno de censura. Yo no ofenderé más que a las leyes, mientras que él ofende a las leyes y a la naturaleza.

Después que hubo hecho estas reflexiones la buena mujer, y discurrido más de una vez acaso sobre la manera de llevar secretamente a efecto su propósito, se franqueó con una vieja que andaba siempre en pos de indulgencias y nunca hablaba de otra cosa que de la vida de los santos y de las llagas de San Francisco, y casi por todos era tenida como santa, y cuando le pareció oportuno, le expuso francamente su intención. La vieja le contestó:

—Harás muy bien, hija mía, y aun cuando por ninguna otra razón lo hicieras, debierais hacerlo tú y todas las jóvenes para no perder el tiempo de vuestra juventud, pues no hay dolor alguno igual por los que tienen conocimiento, al de haber desperdiciado el tiempo. ¿Y de qué diablos servimos después que somos viejas? Nadie mejor que yo puede decirlo, que ahora que soy vieja, no sin profundas y amargas punzadas en el corazón, comprendo, sin provecho, el tiempo que desperdicié; y aun cuando no lo perdí todo (pues no quisiera que te figurases que haya sido yo una moji-gata), no hice, sin embargo, lo que habría podido hacer; y cuando de esto me acuerdo, al verme tal como me ves, no puedes figurarte el pesar que me abruma. Con los hombres no pasa lo mismo: éstos nacen buenos para mil cosas, a más de ésta, y la mayor parte de ellos valen mucho más viejos que jóvenes; pero las mujeres para ninguna otra cosa nacen más que para esto y para tener hijos, y para esto se las quiere.

Y aun cuando en otra cosa no lo observaras, debe hacértelo comprender el que nosotras siempre estamos dispuestas para eso; cosa que a los hombres no les acontece; y a más de esto, una mujer rendiría a muchos hombres, mientras que muchos hombres no pueden rendir a una mujer; y puesto que para esto hemos nacido, nuevamente te digo que harás muy bien en pegársela a tu marido, para que cuando seas vieja, tu alma no tenga que quejarse de la carne.

De este mundo cada cual tiene lo que se toma, y especialmente las mujeres, a quienes les conviene mucho más aprovechar el tiempo, cuando lo tienen, que a los hombres, pues ya puedes observar que cuando envejecemos, ni el marido ni nadie quiere vernos; antes por el contrario, nos mandan a la cocina a contar cuentos con la gata y a contar las ollas y las escudillas: y lo peor es que andamos en canciones, en las cuales se dice que a las jóvenes los buenos bocaditos y a las viejas los huesecitos; y aun les dicen otras cosas. Y para terminar, te digo que a nadie mejor podías descubrir tu corazón que a mí, y que más útil que yo te fuera; pues no hay hombre por apuesto que sea, a quien yo no me atreva a decir lo que precisa, ni tan duro o grosero, a quien yo no ablande y le induzca a lo que quisiera yo. Indícame, pues, cuál sea de tu agrado, y luego déjame hacer: pero una cosa te recuerdo, hija mía, y es

que me recompenses, pues yo soy pobre, y quiero desde ahora hacerte partícipe de todas mis indulgencias y de cuantas oraciones diga yo, para que sirvan de sufragio a tus difuntos.

Dijo la vieja y calló.

Quedó, pues, la joven, de acuerdo con la vieja, en que, si llegaba a ver a un joven que muy a menudo pasaba por aquellos barrios, cuyas señas le dio por completo, ya sabía lo que debía hacer; y dándole un trozo de carne salada, la despidió.

A los pocos días, la vieja llevó secretamente a casa de la joven el hombre a quien ella había hablado y poco tiempo después a otro, y así a medida que a la joven le iban gustando, aprovechando ella todas las ocasiones que se le presentaban, siempre procuraba recatarse del marido. Acaeció que, debiendo cierta tarde ir a cenar su marido con un joven amigo suyo que se llamaba Ercolano, la joven encomendó a la vieja que la trajera un muchacho que era de los más guapos y agradables de Perusa; y la vieja se apresuró a complacerla.

Habíanse sentado a la mesa para cenar la mujer y el joven, cuando llamó Pedro a la puerta para que se la abrieran.

La mujer, al oírle, se dio por muerta; pero queriendo, si podía ser, ocultar al joven, no acertando a despedirle, lo hace esconder en otra parte, y como hubiese una pequeña galería inmediata a la habitación donde cenaban, llevóle allá y le hizo refugiarse debajo de una jaula de pollos, le echó encima latela de un saco que aquel día había hecho vaciar, y hecho esto, se apresuró a mandar abrir a su marido. A quien cuando hubo entrado, dijo ella:

—Muy pronto habéis engullido esa cena.

Pedro respondió:

—No la hemos probado.

—¿Y cómo ha sido eso? —dijo la mujer.

Entonces Pedro repuso:

—Te diré: hallándonos ya sentados a la mesa Ercolano, su mujer y yo, oímos estornudar cerca de nosotros, de lo cual, ni la primera vez ni la segunda hicimos caso, pero como se repitieron cuatro, cinco y más veces, nos sorprendió a todos, de lo cual, Ercolano, que estaba algo enfadado con su mujer, porque nos había hecho estar largo rato a la puerta sin abrírnos, díjole casi encolerizado:

—¿Qué significa eso? ¿Quién es ése que así estornuda?

Y levantándose de la mesa, se fue hacia una escalera que había bastante cerca de allí, debajo de la cual había un cercado, junto al pie de la escalera, a propósito para guardar lo que a uno le acomodara, como todos los días vemos se mandan hacer los que hacen arreglar sus casas. Y como le pareciera que salía de allí el sonido del estornudo, abrió un ventanillo que en él había y, cuando lo hubo abierto, inmediatamente salió de él un hedor a azufre insoportable, si bien antes, habiéndolo percibido y quejándonos de él, la mujer había dicho:

—Hace poco blanquéé alguna ropa con azufre que tenía en ese sitio para que se ahumara, y la puse debajo de esta escalera, y esto hace que aun se perciba algo.

Y después que Ercolano hubo abierto el postigo y se hubo desvanecido algo el humo, miró al interior, y vio a aquel que había estornudado y estornudaba aún, obligado por la fuerza del azufre; y con los estornudos y el olor del azufre, de tal suerte se le había comprimido el pecho, que poco le faltó para que no volviera a estornudar jamás. Al verle Ercolano, gritó:

—Ahora comprendo, esposa mía, el porqué antes, cuando llegamos nos tuviste detenidos tanto tiempo fuera de la puerta sin abrírnos, pero no haya jamás cosa que mejor me plazca si por ésta no te recompensó.

Oyendo esto la mujer, y viendo que estaba descubierta su falta, escapó de la mesa sin dar satisfacción alguna, y no sé adónde se fue.

Ercolano, sin advertir que su mujer huía, díjole repetidas veces al que estornudaba que saliese fuera. Mas éste, que ya no podía más, por más que Ercolano dijera, no se meneaba. Por lo cual, Ercolano, tomándole por un pie, le sacó fuera, y corrió en busca de un cuchillo para matarle. Pero yo, temiendo verme enredado en un proceso, me levanté y no consentí que le matase ni que le hiciese daño alguno, antes bien, gritando y defendiéndole, di lugar a que acudieran los vecinos, quienes, apoderándose del abatido joven, lo sacaron de la casa y lo llevaron no sé adónde: con cuyo motivo, interrumpida nuestra cena, no solamente no la he engullido, sino que ni siquiera la he probado, como te dije ya.

Al oír esto la mujer, conoció que había otras tan listas como ella, si bien a veces a alguna le atrapaba la mala suerte, y de buena gana habría tomado la defensa de la esposa de Ercolano; pero como criticando la falta ajena le pareció facilitar mejor su libertad de acción, púsose a decir:

—¡Buena es ésa! ¡Qué mujer tan santa y buena debe ser la de tu amigo! A fe de mujer honrada, la tenía yo por mujer tan piadosa, que con ella me habría confesado: y lo peor es, que siendo ya vieja, nos da mal ejemplo a las jóvenes; maldita la hora en que vino al mundo y maldita la hora en que se dejó seducir, mujer criminal y pérfida que debe ser universal vergüenza y vituperio de todas las mujeres de esta tierra; la cual, desentendiéndose de su honestidad, de la fe prometida a su marido y de los respetos de este mundo, a él, que es tan hombre y tan respetable ciudadano y que tan bien la trata, no se ha avergonzado de ofenderle y de ofenderse a sí propia por otro hombre.

A semejantes mujeres no se les debería tener misericordia y se las tendría que quemar vivas y reducir las a cenizas.

Después, acordándose de su amante, a quien tenía bastante cerca de allí, debajo de la jaula, empezó a decirle a Pedro que se fuera a la cama porque era ya hora de acostarse.

Pedro, que tenía más ganas de comer que de dormir, pedía que le dieran algo para comer. A lo cual contestaba su mujer.

—¿Cena has dicho? ¡Como si acostumbráramos a hacer cena cuando no estás tú! ¡Como si yo fuera la mujer de Ercolano! Lo mejor que puedes hacer, por esta noche, será dormir.

Aquella noche, varios colonos de Pedro habían venido trayendo unos asnos de la hacienda, y habíanlos puesto, sin darles de beber, en un peque-

ño establo que había al lado de la galería; y uno de los asnos, que tenía mucha sed, había sacado la cabeza del cabestro y salido del establo, y andaba husmeándolo todo para ver si encontraba agua; y así andando, fue a parar al lado de la jaula, debajo de la cual se hallaba el joven.

Éste, como tuviera que estarse a gatas, tenía los dedos de una mano algo extendidos en el suelo fuera de la jaula, y quiso su fortuna, o mejor dicho, su mala suerte, que el asno le pusiera la pata encima de ellos.

El joven, no pudiendo resistir la fuerza del dolor, lanzó un estridente grito; sorprendióse Pedro al oírlo, y notó que el grito venía de dentro de la casa. Por lo cual, saliendo de la habitación y oyendo que el otro se quejaba aún, porque el asno no le había quitado todavía la pata de encima de los dedos, antes por el contrario, los apretaba con mayor fuerza, exclamó:

—¿Quién está ahí?

Y se encaminó corriendo hacia la jaula y, habiéndola levantado, vio, al joven, quien, además del dolor que sentía en los dedos oprimidos por la pata del asno, estaba temblando de miedo de que Pedro no le jugara alguna mala partida.

Como éste lo reconociera, por haberle solicitado largo tiempo para satisfacer su torpe vicio, y le preguntara:

—¿Qué haces tú aquí?

Nada le contestó el joven, limitándose a rogarle que no le hiciera daño alguno.

—Levántate —le dijo Pedro—; no temas que te haga daño alguno: pero dime cómo has venido y para qué.

El joven se lo contó todo.

Pedro, no menos contento de haberle hallado, que afligida su mujer estaba, le tomó de una mano y le llevó consigo a la habitación donde con indecible miedo estaba aguardándole su mujer. Y sentándose frente a ella, le dijo:

—Maldecías ahora mismo a la mujer de Ercolano y decías que la debían quemar viva y que era la vergüenza de todas vosotras: ¿por qué no lo decías de ti misma? ¡Ah, de ti misma no lo querías decir! Y ¿cómo tenías valor para decirlo de ella, sabiendo que habías hecho tú lo mismo que ella había hecho? A la verdad, lo único que a eso te inducía, es que todas vosotras sois iguales y con las culpas ajenas tratáis de disimular vuestras faltas; ¡lástima que no pueda caer fuego del cielo que os abraze a todas!

Viendo que en el primer ímpetu sólo de palabra la maltrataba y pareciéndole comprender que estaba contento porque tenía cogido de la mano a un joven tan guapo, se animó y dijo:

—Convencidísima estoy de que quisieras que viniese fuego del cielo, porque tienes tú tantas ganas de nosotras, como las tiene el perro de los palos; pero no te lo concederá Dios, antes bien, de buena gana tendría contigo un rato de conversación para saber de qué te quejas, y por muy contenta me daría yo con que tú me quisieras igualar a la mujer de Ercolano, la cual es una vieja hipócrita, santurrón, y tiene de él lo que ella quiere, y él la trata como debe tratarse una esposa, cosa que a mí no me acontece. Aun cuando me tengas bien vestida y bien calzada, bien sabes tú cómo estoy de

lo demás, y el tiempo que hace que conmigo no te acostaste, y yo preferiría ir andrajosa y descalza y verme tratada por ti como marido a tener todas estas cosas, tratándome como me tratas. Y ten entendido, Pedro, que yo soy mujer como las otras y tengo los mismos deseos que ellas; por lo tanto, no tienes para qué quejarte de mí si me lo proporciono, ya que tú no me lo das; cuando menos te hago honor, puesto que no me rozo con gente baja ni con roñosos.

Comprendía Pedro que iba larga la plática y que habría para toda la noche; por lo cual, sin hacerle caso, dijo:

—Basta ya, mujer; ya haré por contentarte; mucho más te agradeceremos que nos des algo que cenar, pues me parece que este muchacho se halla en el mismo caso que yo, sin haber cenado.

—Efectivamente —contestó la mujer—; no ha cenado todavía, pues cuando en mal hora viniste tú, nos sentábamos nosotros a la mesa para cenar.

—Anda, pues —repuso Pedro—; haz que cenemos, y luego arreglaré las cosas de manera que no tendrás de qué quejarte.

Viendo contento a su marido, púsose de pie la mujer y se apresuró a mandar poner de nuevo la mesa, hizo traer la cena que tenía allí preparada, y cenó alegremente en compañía de su vil marido y del joven. Lo que Pedro combinó, terminada la cena, para satisfacción de los tres, se me ha ido ya de la memoria.

* * *

Comprendiendo la reina que Dioneo había acabado ya su cuento, púsose de pie y quitándose la corona de laurel, colocóse a Elisa en la cabeza, diciéndole:

—A vos, señora, os toca mandar desde este instante.

Aceptada la distinción, hizo Elisa lo que antes habían hecho sus predecesores, que fue, ante todo, dar al senescal órdenes para lo que correspondía hacer durante el tiempo de su mando, y dijo luego con gran satisfacción de la comitiva:

—Muchas veces hemos oído ya decir que muchos han sabido picarles los dedos a los demás o alejar peligros inminentes con frases deliciosas y con respuestas prontas o rápidas prevenciones, y puesto que el asunto es bonito y puede ser útil, quiero que mañana se hable de este asunto; eso es: de quien provocado con alguna frase graciosa, toma su desquite, o con respuesta pronta o perspicaz, evita pérdida, peligro o afrenta.

Mucho elogiaron todos esta idea y la reina, poniéndose de pie, les despidió a todos hasta la hora de cenar. Al verla de pie, imitáronla todos, y cada cual, según costumbre, se dedicó a la distracción que más era de su agrado. Pero habiendo pasado ya la hora de cantar las cigarras, llamóse a todos y se fueron a cenar, y terminada la cena, pusieronse todos a cantar y a tocar. Y como Emilia, autorizada por la reina, hubiese dispuesto ya una danza, encargóse a Dioneo que cantara una canción. Éste comenzó varias de las que en aquellos tiempos se cantaban en las fiestas callejeras, y que atacaban todas más o

menos mordazmente a las mujeres. Viendo la reina que a pesar de rechazarla ella, insistía él con otras de igual jaez, poniéndose algo seria, le dijo:

—Dioneo, basta de bromas; di una canción bonita, pues de lo contrario, podrías probar la manera como sé enfadarme yo.

Al oír esto Dioneo, puso término a sus chanzas y satisfizo cumplidamente el deseo de la reina.

Cuando guardando silencio dio a entender que estaba terminada su canción, la reina mandó cantar muchas otras, no sin haber aplaudido mucho la de Dioneo. Y transcurrida buena parte de la noche, percibiendo que el fresco de la noche había dominado ya el calor del día, mandó la reina que cada cual se fuera a descansar como mejor le pluguiera hasta el siguiente día.

Jornada sexta

En la que, bajo el reinado de Elisa, se trata de aquellos o aquellas, que por gracia de su ingenio supieron vengarse de las ofensas y que por su agudeza en la respuesta o recurso inesperado, evitaron daño o pérdidas o acallaron a los tontos.

Introducción

La luna, hallándose en el centro del cielo, había perdido sus rayos y todas las partes de nuestro mundo estaban iluminadas ya por la nueva luz que se aparecía, cuando habiéndose levantado la reina y hecho llamar a los que formaban la comitiva, alejaronse todos algo, con lento paso, del precioso collado, desparramándose por la pradera cubierta de rocío, hablando de diferentes cosas, y discutiendo sobre la mayor o menor belleza de los cuentos relatados y riéndose de nuevo al recordar varios de los casos explicados, hasta que, ascendiendo más el sol y empezando ellos a sentir calor, les pareció que debían volverse hacia su morada: por lo cual, volviéndose atrás, allí se fueron.

Y como hallaran ya puestas las mesas y todo sembrado de hierbas aromáticas y de preciosas flores, antes de que arreciara el calor, por orden de la reina se pusieron a comer.

Hecho esto, cantáronse algunas bonitas y agradables canciones; luego unos se fueron a dormir, otros a jugar al ajedrez y otros a las damas. Y llegada la hora de volver a reunirse, mandados llamar por la reina como se acostumbraba, fueron a sentarse alrededor de la fuente.

Al disponerse la reina a ordenar que se empezara el primer cuento, acaeció una cosa que nunca había acaecido aún, y fue, que la reina y todos oyeron una gran algazara que en la cocina promovían los criados y servidores. Hízose llamar al mayordomo, y habiéndosele preguntado cuál fuese la causa de semejante algazara, respondió que la promovían Licisca y Tíndaro; pero que no sabía la causa, pues acababa de llegar a la cocina para hacerles callar, cuando le llamaron de parte de ella.

Ordenó la reina que hiciera venir inmediatamente a Licisca y a Tíndaro, y cuando allí estuvieron, les preguntó cuál era la causa de su disputa. Como Tíndaro quisiera responder, Licisca, que era algo entradita en años y un si es o no es orgullosa, y se había entusiasmado con los gritos, volviéndose hacia él con mala cara, le dijo:

—¡Cuidado con que donde yo esté, pedazo de animal, te atrevas a hablar antes que yo! Déjame decir a mí.

Y volviéndose a la reina, añadió:

—Señora, ése me quiere hacer conocer a la mujer de Sicofante y como si yo no hubiera tenido familiaridad con ella, quiere hacerme creer que la primera vez que Sicofante estuvo con ella, el señor Maza entró en Montenegro a la fuerza y con derramamiento de sangre, y yo digo que no es verdad, pues entró pacíficamente, y muy a gusto de los de dentro.

Y es tan bestia, que se figura que las jóvenes son tan estúpidas que pierdan su tiempo mientras están entreteniéndolas su padre o sus hermanos, que de las siete veces, las seis tardan en casarlas tres o cuatro años más de lo que debieran. ¡Aviadas estarían, hermana, si tan remolonas anduvieran! A fe de Cristo (y que bien debo saber lo que me digo cuando juro), que no tengo vecina que doncella haya ido a casarse, y hasta de las casadas, bien me sé yo cuáles y cuántas burlas hacen a sus maridos: y ese estúpido quiere hacerme conocer a las mujeres, como si yo hubiera nacido ahora.

Mientras Licisca hablaba de tal suerte, reían las mujeres, que se les habría podido sacar todos los dientes. Más de seis veces habíale impuesto silencio la reina, pero inútilmente, pues la otra no calló hasta tanto que hubo dicho lo que quiso.

Cuando hubo puesto fin a sus palabras, la reina, volviéndose hacia Dioneo, le dijo:

—Dioneo, ésta es cuestión tuya; por lo tanto, cuando hayamos terminado nuestros cuentos, quedas encargado de dictar sentencia final.

—Señora —apresuróse a responder Dioneo—, dada está la sentencia sin más oír, y digo que Licisca tiene razón y creo que es tal como ella dice; y que Tíndaro es un estúpido.

Echóse a reír Licisca al oír esto, y volviéndose a Tíndaro, le dijo:

—Bien lo decía yo; vete enhorabuena, ¿crees saber más que yo, tú, que tienes todavía la leche en los hocicos? Por fortuna no he vivido en vano.

A no haberle impuesto silencio la reina con un severo gesto, ordenándole que no hablase ni gritase más si no quería ser despedida, y haber mandado salir a ella y a Tíndaro, nada más habrían tenido que hacer aquel día que atenderla a ella. Cuando hubieron salido, la reina ordenó a Filomena que diese principio a los cuentos, y ésta, gustosa, así empezó:

Cuento primero

El mal narrador

Un caballero le dice a la señora Oretta que la llevará a caballo contándole una historia, y como la cuenta muy mal, ella le ruega que la baje del caballo.

—Jóvenes damas: así como en las noches serenas son las estrellas ornamento del cielo, y en la primavera las flores lo son de los verdes prados, y los poblados rústicos lo son de los collados, así de las costumbres laudables y de las conversaciones bellas, lo son las frases graciosas; las cuales, por lo mismo que son breves, mucho mejor les sientan a las mujeres, que a los hombres el mucho hablar. La verdad es que, sea cual fuere la causa o la maldad de nuestro ingenio, o la singular enemiga que a nuestros siglos les llevan los cielos, pocas o ninguna mujer han quedado hoy que sepan decir frase alguna en tiempo oportuno, o que, si a ellas se les dice, la sepan entender como es debido: general vergüenza de todas nosotras.

Mas como ya bastante dijo sobre este asunto Pampinea, no pretendo decir más. Sin embargo, para que veáis cuánta belleza encierran, si se dicen a tiempo, pláceme referiros la manera cortés como una gentil dama le impuso silencio a un caballero.

Según muchas de vosotras pueden haberlo visto, o pueden haberlo oído decir, hubo hace poco tiempo en nuestra ciudad una gentil e ilustrada dama que sabía expresarse, y cuyo valor bien merece que no se mantenga callado su nombre. Llamóse, pues, Oretta, y fue la esposa de maese Geri Spina.

La cual, hallándose casualmente en el campo, como nos hallamos ahora nosotras, y yendo de un lugar a otro para distraerse, junto con otras damas y caballeros a quienes aquel día tuviera a comer en su casa, y habiendo tal vez bastante distancia desde el punto de partida adonde todos se proponían ir a pie, uno de los caballeros de la comitiva, dijo:

—Señora Oretta, cuando vos gustéis, buena parte del camino que tenemos que andar, os llevaré a caballo; al mismo tiempo os contaré una de las más deliciosas historietas.

A cuya oferta, contestó la dama:

—Mucho os lo agradeceré, caballero.

Éste, a quien tal vez le sentaba mejor la espada al cinto que el contar historias a la ligera, empezó una que, en realidad, en sí era hermosísima; pero como tres, cuatro y seis veces repetía una misma palabra; y a cada momento, volvía atrás, diciendo: "no lo dije bien", y equivocaba a cada instante los nombres, poniendo unos por otros, la aburría en gran manera, sin contar con que tenía una pésima pronunciación.

Todo lo cual, a la señora Oretta, le producía a menudo un sudor y un abatimiento tales, como si estuviera enferma y se hallase a punto de morir.

Y cuando ya no pudo aguantar más, comprendiendo que el caballero había entrado en lo más enredado del cuento, y no sabía cómo desenredarse, díjole con afable tono:

—Vuestro caballo, señor, tiene demasiado duro el trote; por lo tanto, os ruego que tengáis a bien descabalgarme.

El caballero, que por fortuna era mucho más buen entendedor que narrador, entendiendo la frase, la tomó a broma, echando mano a otra historia, y dejando sin terminar la que había empezado y continuado mal.

Cuento segundo

Cisti el panadero

El panadero Cisti, con una palabra hace que maese Geri Spina se retraiga de una petición suya desacertada.

Muy elogiada fue la frase de la señora Oretta, y como la reina ordenase a Pampinea que prosiguiera, ésta dijo:

—Hermosas damas, no acierto a comprender qué sea mayor pecado; si el proporcionarle la naturaleza un cuerpo vil a un alma noble, o el darle la fortuna a un cuerpo dotado de noble ánimo un oficio bajo, como hemos podido verlo en nuestro conciudadano Cisti y en otros muchos, pues al nombrado Cisti, dotado de mucho talento, hízolo panadero la fortuna. Y no maldeciría por cierto a un tiempo mismo a la naturaleza y a la fortuna, si yo no conociera que la naturaleza es sumamente discreta, y que la fortuna tiene mil ojos, aun cuando los tontos la representen ciega. Las cuales entiendo que con ser muy listas, hacen lo que repetidas veces hacen los mortales, quienes, inseguros de lo que ha de venir, entierran para su oportunidad las cosas que más estiman en los parajes más humildes de sus casas, y las sacan de allí en sus mayores necesidades, habiéndolas guardado con más seguridad aquel paraje humilde que no lo hubiera hecho la más hermosa habitación. Y así las dos manejadoras del mundo esconden con frecuencia sus cosas más preciadas bajo la sombra de las artes tenidas por más humildes, a fin de que, sacándolas de ellas en casos necesarios, más claro aparezca su esplendor. El cual, con cuán poca cosa puso de relieve a Cisti el panadero, ha-

ciendo abrir los ojos de la inteligencia a maese Geri Spina, cuyo nombre me ha traído a la memoria la historieta de la señora Oretta, que fue su esposa, pláceme demostraros en una historieta bastante corta.

Digo, pues, que habiendo el papa Bonifacio, cerca del cual maese Geri Spina tenía gran valimiento, enviado a Florencia a algunos de sus nobles embajadores para ciertas importantes necesidades suyas, se apearon éstos en casa de maese Geri, y mientras estaban tratando con él de los asuntos del papa, acaeció que, fuera por lo que fuere, maese Spina pasaba casi cada mañana junto con los embajadores por delante de Santa María Ughi, donde el panadero Cisti tenía su horno, ejerciendo personalmente su industria. Aun cuando la fortuna le había dado profesión bastante humilde, tan propicia en ella le había sido, que había llegado a ser extraordinariamente rico, y sin querer jamás abandonarla ni cambiarla por otra cualquiera, vivía espléndidamente, teniendo siempre, entre otras cosas buenas, los mejores vinos blancos y rojos que había en Florencia o en el país. Viendo pasar cada mañana por delante de su puerta a maese Geri y a los embajadores del papa, y siendo grande el calor, creyó que sería gran atención el darles a beber de su buen vino blanco; pero teniendo en cuenta su condición y la de maese Geri, no le parecía cosa digna tener la pretensión de invitarle, y de consiguiente discurría la manera de inducir a maese Geri a que él mismo se invitara. Y llevando siempre puesta una chupa blanquísima, y un delantal sumamente limpio, cuyas prendas le daban más bien aire de molinero que de panadero, cada mañana precisamente a la hora en que calculaba que debía pasar maese Geri con los embajadores, hacía llevar frente a la puerta un jarro nuevo de estaño lleno de agua fresca, un jarrito bologneses, nuevo también, lleno de su buen vino blanco, y dos vasos tan relucientes que parecían de plata; y sentándose cuando ellos pasaban, después de haberse limpiado la garganta, poníase a saborear de tal manera aquel vino, que hasta a los muertos les habría hecho venir ganas de probarlo. Como hubiese visto esto dos o tres mañanas maese Geri, al otro día preguntó:

—¿Qué tal es ese vino, Cisti? ¿Es bueno?

Cisti se apresuró a ponerse de pie y respondió:

—Bueno es, señor, pero no podré haceros comprender su bondad, como no sea haciéndooslo probar.

Maese Spina, a quien la crudeza del tiempo, el haber trabajado más de lo habitual, o quizás la manera como veía que el panadero saboreaba su vino, habían excitado la sed, volvióse sonriendo hacia los embajadores, y les dijo:

—Señores: bueno será que probemos el vino de ese hombre, tal vez es tan sabroso que no nos arrepintamos de ello.

Y con ellos se aproximó a Cisti, el cual, haciendo traer inmediatamente de la tienda un bonito banco, les mandó que tomaran asiento, y a sus criados, que se adelantaban ya para lavar los vasos, les dijo:

—Haceos atrás, hijos míos, y dejadme hacer a mí este trabajo, pues sé tan perfectamente echar de beber como enhornar.

Dicho esto, él mismo lavó cuatro vasos preciosos y nuevos, mandó

traer otro jarrito de su buen vino y se apresuró a escanciárselo a Geri y a sus compañeros. Parecióles a éstos aquel vino el mejor que desde largo tiempo hubieran bebido, lo cual hizo que, habiéndolo elogiado mucho, mientras estuvieron allí los embajadores, casi cada mañana fue maese Geri a saborearlo con ellos. Como éstos hubiesen terminado su tarea y tuvieran que partir, maese Geri les dio un magnífico banquete, al cual invitó lo más distinguido de la población, e hizo invitar a Cisti, quien de ninguna manera quiso ir. Mandó, pues, maese Geri a uno de sus criados que fuera por una botella del vino de Cisti, y que, antes de empezar la comida, sirviera medio vasito de él a cada convidado. El criado, disgustado tal vez porque jamás había podido beber de aquel vino, tomó una botella grande, y al verla Cisti dijo:

—Hijo mío, maese Geri no te envía a mi casa.

Díjole que sí el criado, pero como el panadero no le diera otra contestación, fue a contárselo a su señor, y éste dijo:

—Vuelve allá y dile que te envío yo, y si vuelve a responder como antes, pregúntale a casa de quién te envío.

Volvió el criado a la panadería y le dijo:

—Cisti, no te quepa duda de que maese Spina es a ti a quien me envía. Cisti respondió:

—No te quepa duda, hijo, que no es así.

—¿A quién, pues, me envía? —replicó el criado.

Y Cisti repuso:

—Al río Arno.

Transmitida por el criado esta respuesta a maese Geri, inmediatamente se le abrieron los ojos de la inteligencia, y díjole a aquél:

—Déjame ver qué botella le llevas —y cuando la hubo visto, añadió:

—Cisti dice la verdad.

Y después de haberle reprendido severamente, le hizo tomar una botella proporcionada: al verla Cisti, dijo:

—Ahora sí estoy convencido de que es a mí a quien te envía.

Y se la llenó de buen grado. Y después, aquel mismo día, hizo llenar una barriquita de un vino parecido, y haciéndolo llevar con cuidado a casa de maese Spina, fue él en pos, y cuando estuvo en su presencia, le dijo:

—No quisiera, señor, que os figurarais que la enorme botella de esta mañana me haya asustado, pero, como pareció que os habríais olvidado de lo que yo en esos días os di a entender con mis pequeños jarros, esto es, que este vino no es vino de familia, os lo quise recordar. Ahora, como no tengo la pretensión de seguir guardándooslo, os lo he mandado traer todo, para que hagáis de él lo que os plazca.

Mucho estimó maese Spina el regalo de Cisti, y le manifestó lo mejor que supo su agradecimiento, y siempre le distinguió con su consideración y con su amistad.

Cuento tercero

Moneda falsa

Nonna de Pulci impone silencio con una rápida respuesta a las poco cultas bromas del obispo de Florencia.

Cuando Pampinea hubo acabado su historia y después que hubieron sido muy elogiadas la respuesta y la liberalidad de Cisti, plúgole a la reina que fuera Lauretta quien hablase, y ésta empezó a hacerlo así:

—Amables damas, Pampinea primero, y ahora Filomena, estuvieron muy acertadas sobre nuestra poca virtud y la belleza de las frases; y como no hay necesidad de volver sobre esto, fuera de lo que se ha dicho de las frases, quiero recordaros que la índole de las frases es tal, que es preciso que muerdan al oyente de la manera como muerde la oveja, no como muerde el perro: pues si la frase mordiera como el perro, no sería frase, sino ofensa. Esto hicieron admirablemente las palabras de la señora Oretta y la respuesta de Cisti.

Bien es verdad que si es como respuesta, y el que responde muerde como perro por haber sido mordido antes por otro perro, no se lo podría reprehender, como si no hubiera sido así; y por eso hay que tener en cuenta, cómo, cuándo, y con quién, y al propio tiempo dónde se bromea. Poniendo poca atención en estas condiciones, en cierta época un prelado nuestro recibió un mordisco que no le anduvo en zaga al que dio él: y de esto es de lo que hablaros quiero en esta breve historieta.

Siendo obispo de Florencia el señor Antonio de Orso, ilustre y sabio prelado, vino a Florencia un caballero catalán llamado Diego de la Rata, mariscal del rey Roberto. Siendo éste bellísimo de cuerpo y muy galanteador además, acaeció que, de entre las damas florentinas, gustóle una que era bastante hermosa y sobrina de un hermano del citado obispo. Y habiendo sabido que el marido de ésta, aun cuando de buena familia, era sumamente avaro y miserable, convino con él que le daría quinientos florines de oro a cambio de que él le dejara pasar una noche con su mujer; y haciendo dorar papolinos de plata,¹ que entonces circulaban, después que hubo pasado la noche con la mujer, aun cuando a disgusto de ella, se los entregó.

Como luego esto se supo por doquier, cayeron sobre el miserable hombre el daño y las burlas; y el obispo, como hombre de talento, fingió que nada sabía de esto. Como se relacionaron mucho el obispo y el mariscal, acaeció que, el día de San Juan, cabalgando el uno al lado del otro, viendo las mujeres por cierta calle peligrosa, vio el obispo a una mujer joven, que la peste actual nos ha arrebatado, y que se llamó Nonna de Pulci, prima de maese Alejo Rinucci y a quien todas vosotras debisteis conocer, la cual, siendo entonces una joven lozana y bella, de buen decir y de gran corazón, y casada poco tiempo antes en Porta San Piera, se la mostró al mariscal, y cuando estuvo cerca de ella, poniendo la mano en el hombro del mariscal, le dijo:

¹ El papolino era una moneda de valor de dos sueldos, con el mismo cuño del florín.

—¿Qué te parece, Norma, este caballero? ¿Te parece que lo conquistarías?

A Nonna le pareció que estas palabras mordían su honra, y debían mancharla y contaminarla en la opinión de las muchas personas que las oyeron. Por lo tanto, sin pretender purgar esta contaminación, sino devolver golpe por golpe, respondió con prontitud:

—Sería tal vez él quien no me conquistaría, pero de hacerlo me tendría que dar moneda buena.

Al oír el mariscal y el obispo esta respuesta, sintiéronse ambos igualmente heridos, el uno como autor de la acción deshonesta realizada en la sobrina del hermano del obispo, y el otro como pariente de la mencionada sobrina, y sin mirarse el uno al otro, mudos y avergonzados se marcharon sin acertar a replicar cosa alguna. Así, pues, habiendo sido mordida la joven, no le estuvo mal morder a quien de ella hacía mofa.

Cuento cuarto

Chichibio, el cocinero

El cocinero de Conrado Gianfigliuzzi, con una frase oportuna, obtiene su salvación; convierte en risa la ira de Conrado y se libra de la mala suerte con que éste le amenaza.

Callaba Lauretta ya, y de todos había sido Nonna sumamente aplaudida, cuando la reina ordenó a Neifile que continuara, y ésta lo hizo así:

—Aun cuando el ingenio fácil, cariñosas damas, proporcione con frecuencia palabras útiles y bellas a los decidores, según las circunstancias, también la fortuna, auxiliadora alguna vez de los miedosos, pone de improviso en la lengua de éstos algunas que, teniendo reposado el ánimo, no habrían sabido encontrar; lo cual pretendo demostraros por medio de esta historieta.

Conrado Gianfigliuzzi, ha sido siempre, como vosotras habéis podido ver y oír, noble conciudadano nuestro, generoso y magnífico, llevando vida caballeresca, divirtiéndose constantemente con sus perros y con sus pájaros, sin hablar de otras mayores aficiones suyas. Habiendo éste cierto día cogido en Peretola, con su halcón una grulla muerta, como la hallase gorda y tierna, la mandó a su cocinero, que se llamaba Chichibio, y era veneciano, diciendo que la asara y aderezara bien para la cena. El cocinero, que parecía un hombre insubstancial, después que aderezó la grulla la puso al fuego y empezó a cocerla con cuidado. Cuando estaba ya casi cocida y empezaba ya a oler, acaeció que entró en la cocina una mujercita del país llamada Brunetta, de la cual el cocinero estaba muy enamorado, y percibiendo el olor de la grulla y viéndola, pidióle con insistencia a Chichibio una pierna de ella. El cocinero le respondió cantando y diciendo:

—No la alcanzaréis de mí, dama Brunetta, no la alcanzaréis de mí.
De lo cual, enfadada ésta, replicó:

—Pues a fe que si no me la das, nunca conseguirás de mí cosa que a ti te plazca.

Y no tardaron en trabarse de palabras.

Al fin, Chichibio, para no disgustar a su amada, despedazando una de las piernas de la grulla, se la dio. Puesta después la grulla sin pierna delante de Conrado y de algún invitado suyo, y sorprendiéndose aquél de semejante cosa, mandó llamar al cocinero y le preguntó qué había sido de la otra pierna de la grulla. A quien el embustero veneciano contestó súbitamente:

—Señor, las grullas no tienen más que un muslo y una pierna.

Enfadándose Conrado replicó:

—¿De dónde diablos has sacado que no tienen más que una pierna y un muslo? ¿Te figuras que ésta es la primera grulla que veo?

Chichibio insistió.

—Es tal como digo, señor, y cuando os plazca, os lo haré ver en las vivas.

La presencia de los forasteros que con él comían, hizo que Conrado no quisiera volver atrás en sus palabras, pero se limitó a decir:

—Puesto que me dices que me lo harás ver en las vivas, cosa que jamás vi ni oí decir que así fuera, mañana por la mañana quiero verlo y me daré por satisfecho; pero ¡por el cuerpo de Cristo! te juro que si no es así, te haré castigar de tal manera, que mientras vivas te acordarás de mi nombre.

Terminada, pues, por aquella noche la discusión, a la mañana siguiente, al despuntar el día, Conrado, a quien durmiendo no se le había desvanecido el enojo, levantóse incomodado aún y mandó que le trajeran los caballos, y haciendo montar a Chichibio en un rocín, se lo llevó a un riachuelo a cuya orilla solían verse grullas al amanecer, diciendo:

—Pronto veremos quién mintió anoche: tú o yo.

El cocinero, al ver que todavía duraba la cólera de Conrado y que procuraba probar su mentira, no sabiendo cómo componérselas, cabalgaba junto a Conrado, presa de indecible miedo, y de buena gana habría escapado a serle posible; mas como no podía hacerlo, iba mirando hacia adelante y hacia atrás y hacia todos los lados, y todo cuanto veía antojábansele grullas que sobre sus dos patas estaban sosteniéndose. Llegados ya cerca del río, lo primero que a la vista se les presentó en la orilla, fue más de una docena de grullas que se tenían todas en un pie, como suelen hacerlo cuando duermen. Apresuróse Chichibio a mostrárselas a Conrado, diciendo:

—Ahí podéis ver, señor, perfectamente, cómo os dije anoche la verdad al asegurar que las grullas no tienen más que un muslo y un pie, con sólo que miréis las que ahí están.

Al verlas, Conrado contestó:

—Espera, que voy a probarte cómo tienen dos.

Y aproximándose algo a ellas, gritó: ¡Eh, eh! Y a este grito, las grullas, bajando la otra pata, después de dar algunos pasos pusieron todas a huir.

Volviéndose entonces Conrado a Chichibio, añadió:

—¿Qué te parece, bribón? ¿Ves como tienen dos?

Espantado casi Chichibio y sin saber él mismo lo que se decía, respondió:

—Sí, señor; pero a la de anoche vos no le gritasteis *jeh, eh!*, que si se lo hubieseis gritado, también habría sacado el otro muslo y la otra pata, como lo han hecho éstas.

Tanto le plugo a Conrado esta contestación, que toda su cólera se convirtió en risa, y dijo:

—Tienes razón, Chichibio; esto es lo que yo debí hacer.

De modo que con su pronta y satisfactoria respuesta, desvió Chichibio su mala suerte e hizo las paces con su señor.

Cuento quinto

Las apariencias engañan

Maese Forese de Rabatta y el maestro Giotto, pintor, viniendo de Mugello, burlase uno de la flaca apariencia del otro.

Cuando Neifile calló, después que las damas hubieron oído con sumo gusto la respuesta de Chichibio, así se expresó Pánfilo, por orden de la reina:

—Queridísimas damas: sucede con frecuencia que así como algunas veces la fortuna oculta inmensos tesoros de virtud en personas que ejercen industrias humildes, como poco antes nos lo ha demostrado Pampinea, así también se observa en no pocas ocasiones, que la naturaleza ha colocado ingenios maravillosos bajo formas de hombre sumamente repulsivas. Esta verdad resalta en dos conciudadanos nuestros, de quienes brevemente quiero hablarlos.

El uno, que se llamó maese Forese de Rabatta, era pequeño y contrahecho, con la cara plana y achatada, tanto, que la más transformada cara de los Baronci, comparada con la suya, habría resultado hermosa. Pero fue tan buen legista, que por los más notables hombres fue reputado por ser código viviente de Derecho Civil. El otro, que se llamó Giotto, tuvo tan excelente ingenio, que nada da la naturaleza madre y autora de todas las cosas con el continuo girar de los cielos, que él, con el lápiz, la pluma, el pincel, no pintara con tan sorprendente parecido, que más bien que semejante, se le consideraba aquello mismo que pintaba, hasta el extremo de que muchas veces en las cosas hechas por él, de tal suerte engañó la vista de los espectadores, que creían ser verdadero lo que sólo era pintado. Como había resucitado aquel arte que había estado sepultado durante muchos siglos debajo de los errores de algunos que más se ocupaban en recrear la vista de los ignorantes que en complacer la inteligencia de los sabios, puede llamársele mercedamente una de las luces de la gloria florentina, y tanto más cuanto que, siendo maestro de los demás, y viviendo de eso, la conquistó con mayor humildad, resistiéndose siempre a que se le llamase maestro.

Tanto más resplandecía en él este título que rehusaba, cuanto más codiciosamente y con más vivo afán lo usurpaban los que menos que él sabían a sus discípulos. Pero, aun cuando en el arte era un grande hombre, en figura y en semblante, no le iba en zaga a maese Forese. Y pasemos a mi cuento.

Maese Forese y Giotto tenían sus posesiones en Mugello, y como maese Forese hubiese ido a ver la suya, en la época de verano, en que los tribunales están de vacaciones, y anduviera montado cabalmente en un mal rocín, encontróse con el mencionado Giotto, quien, habiendo visto también las suyas, se volvía a Florencia.

No iba éste mejor montado que el otro, ni llevaba mejores jaeces su montura, y juntos siguieron como viejos, a paso lento, su camino. Acaeció, como vemos acaecer con frecuencia en verano, que sobrevino una pequeña lluvia; de la cual se libraron ellos, lo más pronto posible, refugiándose en casa de un labrador amigo y conocido de entrambos.

Algún rato después, como la lluvia no diera muestras de querer amainar, y ellos quisieran llegar antes de la noche a Florencia, tomáronle prestados al labrador dos capotes viejos de paño burdo y dos sombreros descoloridos ya de viejos, porque no había otros mejores, y continuaron su camino. Cuando hubieron andado algo y se vieron empapados en agua y salpicados por el barro que en abundancia hacen saltar los caballos con las patas, y como se serenara el tiempo, y hubieran permanecido largo rato silenciosos, se pusieron a conversar. Y maese Forese, cabalgando y escuchando a Giotto, que tenía muy buena conversación, púsose a contemplarlo de lado y de pies a cabeza, y al verle tan feo y tan flacucho, echóse a reír, sin tenerse en cuenta a sí propio, y dijo:

—Giotto, si nos saliese al encuentro algún forastero que jamás te hubiese visto, ¡figúrate tú si creería que fueras, como eres, el mejor pintor del mundo!

—Me figuro, señor, que lo creería en cuanto mirándoos a vos, llegase a creer que vos sabéis el A B C.

Al oír esto maese Forese reconoció su error, y se vio pagado con la moneda correspondiente al género que él había vendido.

Cuento sexto

La apuesta ganada

Miguel Scalza prueba a ciertos jóvenes que los Baronci son los hombres más nobles del mundo, y gana una cena.

Reíanse aún las damas de la pronta respuesta de Giotto, cuando la reina mandó continuar a Fiammetta, la cual empezó a hablar en estos términos:

—Jóvenes damas, el haber traído Pánfilo a la memoria a los Baronci, a quienes tal vez no conocéis vosotros como él, me ha hecho recordar una historia en la cual se demuestra cuánta sea su nobleza, y que, sin desviarnos de nuestro propósito, me place referirla.

Poco tiempo atrás, había en nuestra ciudad un joven llamado Miguel Scalza, que era el hombre más agradable y jovial del mundo, y siempre tenía a mano historias nuevas; por cuyo motivo los jóvenes florentinos se tenían por muy satisfechos, cuando se reunían en comitiva, en poderle tener entre ellos. Ahora bien, cierto día, acaeció que, encontrándose con algunos en Monte Ughi, suscitóse entre ellos la cuestión de cuáles fueran los hombres más nobles y más antiguos de Florencia.

Unos decían que eran los Uberti, otros que los Lamberti, y cada cual daba su opinión, según su modo de ser.

Oyéndoles, Scalza púsose a reír burlonamente, y dijo:

—Id diciendo, necios, id diciendo, que no sabéis lo que os decís.

Los hombres más nobles y más antiguos, no tan sólo de Florencia, sino hasta del mundo entero, son los Baronci, y en esto están acordes todos los filósofos y todos los que los conocen como yo: y lo que de otros no habéis oído decir os lo digo yo de los Baronci, vuestros vecinos de Santa María la Mayor.

Cuando los jóvenes, que se figuraban que iba a decirles otra cosa, oyeron esto, burláronse todos de él y exclamaron:

—¡Te chanceas! ¡Como si no conociéramos a los Baronci tan bien como tú!

Contestóles Scalza:

—Pues no me chanceo, antes bien, digo la verdad, y si hay alguno que quiera apostar una cena, con que obsequiar al que gane y a otros seis compañeros que sean de su agrado, aceptaré gustoso la apuesta; y aún haré más: me conformaré con la sentencia que dé quien vosotros queráis.

Uno de ellos, que se llamaba Neri Mannini, dijo:

—Dispuesto estoy ya a ganar esta cena.

Y habiendo convenido uno y otro que tendrían por juez a Piero de Fiorentino, en cuya casa se hallaban, yendo a encontrarle, seguidos de todos los demás, ganosos de ver perder a Scalza y de darle un mal rato, se lo refirieron todo.

Piero, que era un joven muy discreto, después que hubo oído hablar a Neri, volvióse a Scalza, y le preguntó:

—¿Y tú, cómo podrás probar lo que aseguras?

Scalza contestó:

—¿Lo dudas? Lo probaré con tales razones, que no solamente tú, sino hasta ése que lo niega, convendréis en que digo la verdad. Ya sabéis que cuanto más antiguos son los hombres, más nobles son; esto lo decían ésos ahora mismo: y los Baronci son más antiguos que ningún otro hombre, y por lo tanto, son más nobles; y en probándoos que son más antiguos, indudablemente habré ganado la cuestión. Vosotros debéis saber que los Baronci fueron formados por Dios en la época en que había empezado a aprender a pintar, mien-

tras que los demás hombres fueron hechos cuando Dios supo pintar ya. Y para convencerlos de que en esto digo la verdad, fijad vuestra atención en los Baronci y en los demás hombres: mientras a todos éstos les veis con las caras bien compuestas y debidamente proporcionadas, a los Baronci podéis verles, el uno con la cara muy larga y estrecha, el otro que la tiene desmesuradamente ancha, a éste con mucha nariz, al otro con poca, a alguno de ellos con la barba echada hacia fuera y vuelta hacia abajo y con unas quijadas que parecen las de un asno; y hay quien tiene un ojo mayor que el otro, y hasta quien tiene el uno más arriba que el otro, como en las primeras caras que hacen los muchachos cuando aprenden a dibujar. Por lo tanto, como llevo dicho, perfectamente se ve que Dios los hizo cuando aprendía a pintar; de modo que son más antiguos que los demás y de consiguiente, más nobles.

Recordando todo eso Piero, que era el juez, Neri, que había apostado la cena, y todos los demás, y una vez oído el delicioso argumento de Scalza, echáronse todos a reír y darle la razón, afirmando que había ganado la cena y que realmente los Baronci eran los hombres más nobles y más antiguos que hubo, no solamente en Florencia, sino en el mundo y en cuanto baña el mar. Por eso habló bien Pánfilo, al querer mostrar la fealdad del rostro de maese Forese, diciendo que habría sido guapo al lado de uno de los Baronci.

Cuento séptimo

La adúltera discreta

Felipa, sorprendida con un amante por su marido y llamada a juicio, se libra con una respuesta pronta y agradable y hace modificar la ley.

Callaba ya Fiammetta, y se reían todavía todos del argumento empleado por Scalza para declarar más nobles que todo el mundo a los Baronci, cuando la reina invitó a Filostrato a que hablara, y éste dijo:

—Hermosa cosa es, preciosas damas, saber hablar bien en toda ocasión, mas yo considero cosa hermosísima hacerlo cuando la necesidad lo exige. Esto supo hacer admirablemente una gentil dama de quien os quiero hablar, quien no solamente provocó la algazara y la risa en sus oyentes, sino que, además, se libró de los brazos de la muerte, como vais a oír.

En el país de Prato, hubo en otro tiempo una ley que, sin hacer distinción alguna, condenaba a las llamas a la mujer a quien su marido sorprendía en adulterio con algún amante, lo propio que a la que se hubiese hallado con otro hombre por dinero. Mientras regía esta ley, acaeció que una dama noble, hermosa y locamente enamorada, que se llamó Felipa, fue encontrada cierta noche en su propia habitación por Rinaldo de Pugliesi, su marido, en compañía de Lazarino de Guazzagliotri, noble y guapo joven de aquel país, a quien ella idolatraba. Al ver Rinaldo esto, montando en cólera, pudo apenas contenerse de lanzarse sobre ellos y matarles, y lo habría hecho siguiendo el impul-

so de su ira, a tener valor suficiente para ello. Habiendo, pues, dominado este intento, no pudo dominar el de encomendar a la ley de Prato lo que a él no le era lícito hacer, esto es, la muerte de su mujer. Para lo cual, como tuviera testimonios suficientes, para probar la falta de su mujer, al siguiente día, sin tomar consejo de nadie, acusó a su esposa y la hizo encarcelar. Ésta, que tenía gran corazón, como suelen tenerlo las que están enamoradas de veras, a pesar de que muchos parientes y amigos se lo desaconsejaban, resolvióse a comparecer, prefiriendo antes morir animosamente confesando la verdad, que huir cobardemente, teniendo que vivir por contumacia en el destierro y negarse digna de tal amante. Y muy bien acompañada de damas y caballeros, que no cesaban de incitarla a negar, compareció ante el podestá y preguntó con firme semblante y seguro acento qué era lo que deseaban de ella.

El podestá, al mirarla y verla hermosísima, de muy finos modales, y de gran corazón, a juzgar por lo que atestiguaban sus palabras, empezó a compadecerse de ella, temiendo que confesara cosa por la cual, queriendo salvar su dignidad, se viera obligado a condenarla a muerte. Sin embargo, como no podía dejar de preguntar sobre lo de que se la había acusado, le dijo:

—Como veis, señora, aquí está vuestro marido Rinaldo, el cual se quejella de vos, diciendo que os ha encontrado en adulterio con otro hombre; por cuya razón, pide, que yo, cumpliendo con lo que dispone la ley que aquí rige, os castigue por esta falta condenándoos a muerte; mas yo no puedo hacer esto si vos no lo confesáis, y de consiguiente, ved bien lo que respondéis, y decidme si es cierto lo de que vuestro marido os acusa.

La dama, sin amilanarse ni un segundo, respondió con voz bastante afable:

—Señor, es verdad que Rinaldo es mi marido y que esta noche pasada me halló con Lazarino, con quien muchas veces he estado movida por el bueno y perfecto amor que le profeso. Y esto jamás lo negaré: pero yo tengo la seguridad de que vos sabéis que las leyes han de ser iguales para todos y hechas con consentimiento de aquellos a quienes alcanza. Pero esta ley carece de estas condiciones; pues únicamente castiga a las infelices mujeres, que podrían satisfacer a muchos, mucho mejor que los hombres: y a más de eso, no hubo mujer alguna que cuando se hizo esta ley le diera su consentimiento, pues ni siquiera se las consultó: por cuya razón se la puede calificar, con justicia, de mala. Y si vos, en perjuicio de mi cuerpo y de vuestra alma, queréis ser ejecutor de ella, en vuestra mano está; pero me habéis de otorgar una pequeña gracia, y es que le preguntéis a mi marido si yo cada vez y cuantas veces a él le acomodaba me asumía o no a su voluntad, sin decirle jamás que no.

Rinaldo, sin esperar a que el podestá se lo preguntara, se apresuró a responder que efectivamente, su mujer se había prestado siempre a sus deseos.

—Pues entonces —prosiguió sin vacilar la dama—, pregunto yo, señor podestá, si él ha tomado de mí siempre lo que ha necesitado y ha querido, ¿qué debía o debo hacer yo de lo que le sobra? ¿Se lo debo echar a los perros? ¿No es mucho mejor servírselo a un gentilhomme que me quiere con toda su alma, que dejarlo perder o deteriorar?

Casi todos los vecinos de Prato habían acudido a aquel juicio, y al oír

tan singular pregunta, después de reír a mandíbula batiente, casi todos a la vez gritaron que la dama tenía razón y hablaba bien: y antes de salir del tribunal, a invitación del podestá, modificaron aquella cruel ley, y dejaron establecido que se entendiera únicamente para aquellas mujeres que por dinero engañaban a sus maridos. Por lo cual, Rinaldo, confuso ante tan loca empresa, se marchó del tribunal, y la dama, libre y satisfecha, resucitada casi de la hoguera, volvióse cubierta de gloria a su casa.

Cuento octavo

La preciosa ridícula

Fresco le dice a su sobrina que no se mire al espejo, si, como decía, le fastidiaba ver gentes desagradables.

El cuento referido por Filostrato, hirió al principio el corazón de las damas que lo escuchaban algo avergonzadas, según se desprendía del púdico rubor que sus semblantes cubría; y después, mirándose unas a otras, pudiendo apenas contener la risa, siguieron escuchándolo sonriendo. Cuando llegó a su fin, la reina, volviéndose a Emilia, le dijo que tomara la palabra. Ésta, soplando como si se levantara de dormir, dijo:

—Gracias damas, un pensamiento largo de contar me ha tenido a muchísima distancia de aquí por largo rato, y por eso, para obedecer a nuestra reina, tal vez me limitaré a contar una historieta más breve de lo que habría sido, si de aquí no se hubiese alejado mi pensamiento, refiriéndoos el necio error de una joven, corregida por un tío suyo con una frase delicada, si ella hubiese sido capaz de comprenderla.

Un tal Fresco de Celatico tenía una sobrina llamada cariñosamente Ciesca, la cual aun cuando era hermosa de rostro y de figura (si bien su rostro no era de ésos angelicales que con frecuencia vemos), se tenía por tanto y por tan noble, que había tomado la costumbre de criticar a los hombres y a las mujeres, y todo cuanto veía, sin tener miramiento alguno, que era cuanto más desagradable, importuna y colérica, que nada podía hacerse a su gusto, y a más de esto, era tan altanera como si hubiera pertenecido a la familia real de Francia. Y cuando andaba por la calle, tanto desdén mostraba para todo, que no hacía otra cosa que volver la cara como si todo cuanto veía o le saliese al paso oliese mal.

Ahora bien: prescindiendo de muchas otras maneras suyas desagradables y censurables, acaeció cierto día que, habiendo regresado a casa e ido a sentarse haciendo muchos melindres, no hacía otra cosa que dar resoplidos; por lo cual Fresco le preguntó:

—¿Cómo es, Ciesca, que siendo fiesta hoy, has regresado tan pronto a casa?

La joven, deshaciéndose en melindres, contestó:

—Cierto es que he vuelto pronto, porque no creo que jamás haya habido en este país hombres y mujeres tan desagradables y fastidiosos como los de hoy, ni pasa por la calle una sola persona que no me desagrade tanto como la mala suerte, y no creo que en el mundo haya mujer a quien tanto aburra el ver gente desagradable como me aburre a mí: para no verlas es por lo que tan pronto he vuelto a casa.

El tío, a quien las fastidiosas maneras de su sobrina le desagradaban en extremo, replicó:

—Hija, si te desagradan las gentes desagradables tanto como dices, si quieres vivir contenta, no te mires nunca al espejo.

Como la cabeza de la joven era hueca como una caña, ni tenía para qué compararse con Salomón, lo mismo entendió la frase de Fresco que si en griego la hubiera pronunciado. Lo único que contestó, fue que ella quería mirarse al espejo como las demás. Y siguió y sigue aún tan estúpida como antes.

Cuento noveno

Respuesta de Guido Cavalcanti

Guido Cavalcanti insulta, con buenas palabras, a varios caballeros florentinos que le habían provocado.

Viendo la reina que Emilia había acabado su historia y que únicamente a ella le faltaba hablar, descontando al que tenía el privilegio de ser el último en hablar, expresóse de esta manera:

—Aun cuando hoy, queridas amigas, me habéis quitado más de dos de los cuentos que tenía preparados, me ha quedado, sin embargo, uno, en cuya conclusión hay una frase tal, que tal vez ninguna se ha citado que tanta intención encierre.

Debéis, pues, saber, que en los tiempos pasados hubo en nuestra ciudad costumbres bastante curiosas y loables, de las cuales ninguna ha quedado hoy, gracias a la avaricia, que allí ha crecido con las riquezas, que las ha ido desterrando todas.

Entre ellas había una que consistía en que, en diferentes puntos de Florencia, se reunían los hidalgos del barrio formando comitivas de un número determinado, procurando que los que de ellas formaban parte pudieran gastar desahogadamente, y hoy uno, mañana otro, y así sucesivamente, todos daban banquetes, cada cual en su día, a todos sus compañeros. En estos banquetes obsequiaban con frecuencia, ya a hidalgos forasteros, cuando les venían a mano, ya a conciudadanos suyos. Vestíanse todos con un traje igual una vez al año cuando menos; en los días más notables, cabalgaban

juntos por la ciudad; otras veces hacían justas, especialmente en las principales festividades, o cuando llegaba a la ciudad la agradable noticia de alguna victoria u otra cosa parecida.

Entre esas comitivas había la de maese Betto Brunelleschi, a la cual, tanto maese Betto como sus compañeros, habían hecho todo lo posible para atraer a Guido de Cavalcanti. Y no era sin motivo, pues, además de que fue uno de los mejores talentos que hubo en el mundo y notable filósofo, circunstancias de las cuales poco caso hacía la comitiva, fue muy afable y educado y hombre muy decididor, el cual supo hacer mejor que nadie todo cuanto hacer quiso y a hombre de su clase correspondía; por añadidura, era riquísimo, sabiendo obsequiar hasta lo indecible a los que le parecía que lo merecían. Pero maese Betto nunca había podido lograr atraérselo; él y sus compañeros se figuraban que era porque Guido, abstraído en sus estudios, se retraía del trato con los demás. Y como que participaba algo de la opinión de los epicúreos, decíase entre el vulgo que sus estudios eran tan sólo para ver si podía llegar a averiguar que no existía Dios.

Ahora bien: cierto día en que Guido había salido de San Michele del Orto, vino a San Juan por la calle de los Adimari, que era con frecuencia su camino, alrededor de cuyo templo había grandes tumbas de mármol (que hoy están en Santa Reparada) y otras muchas; y hallándose entre las columnas de pórfido que allí hay, aquellas tumbas y la puerta de San Juan, que estaba cerrada, bajaron por la plaza de Santa Reparada, Betto y sus compañeros a caballo, y como vieran a Guido allí entre aquellas sepulturas, dijeron:

—Vamos a armarle camorra.

Y espoleando los caballos como para un asalto en broma, viniéronsele casi encima antes de que lo advirtiera él, y empezaron a decirle:

—Tú, Guido, te niegas a ser de los nuestros; pero vamos a ver: cuando hayas averiguado que no hay Dios, ¿qué habrás hecho?

Guido, al verse cercado por ellos, se apresuró a contestarles:

—Vosotros, señores, podéis decirme en vuestra casa lo que os plazca.

Y apoyando la mano encima de una de aquellas tumbas, que eran muy grandes, como era muy ligero, de un salto se tiró al otro lado, y desenredándose de ellos se marchó.

Mirándose unos a otros quedaron todos ellos, y empezaron por decirle que era un distraído, pues la respuesta que había dado no venía al caso, puesto que el sitio donde se hallaban, tanto les pertenecía a ellos como a los demás ciudadanos, y lo mismo a Guido que a cualquiera de ellos.

Pero volviéndose hacia ellos Betto, les dijo:

—Vosotros sois los distraídos, si no le habéis llegado a entender. Con buenas y pocas palabras, nos ha dirigido la mayor ofensa del mundo; pues, si os fijáis bien, estas tumbas son la casa de los muertos, puesto que en ellas se les coloca y se les deja; y al decir que son nuestra casa, viene a demostrarnos que nosotros y los demás hombres ignorantes, somos, comparados con él y con los demás hombres de saber, peores que hombres muertos; por esto, al estar aquí, estamos en nuestra casa.

Entonces comprendieron todos lo que Guido había querido decir, y avergonzados, jamás le armaron camorra, y en lo sucesivo consideraron a maese Betto como sutil y sesudo caballero.

Cuento décimo

Fray Cipolla, limosnero

Fray Cipolla promete a ciertos campesinos enseñarles la pluma del ángel Gabriel, y como en lugar de ésta hallan carbones, les dice que son de los que sirvieron para tostar a san Lorenzo.

Habiendo contado cada cual su historia, comprendió Dioneo que le tocaba hablar a él. De consiguiente, sin esperar a que se le diera la orden solemne, después que se hubo impuesto silencio a los que alababan la agudeza de Guido, dijo:

—Aun cuando tenga, graciosas damas, el privilegio de poder hablar de lo que mejor me acomode, hoy no tengo la pretensión de separarme del asunto sobre el cual tan acertadamente habéis hablado; antes por el contrario, siguiendo vuestras pisadas, quiero mostraros la cautela con que uno de los frailes de San Antonio evitó con súbita observación un lazo que dos jóvenes le habían preparado. Y no os sorprenderá que, para explicaros bien la historia que me propongo referir, me extienda algo; dado que tengo tiempo suficiente, pues si miráis al sol, veréis que se halla todavía a la mitad de su carrera.

Certaldo, según tal vez habréis oído decir, es un castillo del valle de Elsa, situado en nuestra campiña y que, aun cuando sea pequeño, fue habitado en otro tiempo por hombres nobles y acomodados.

Como en él se encontraba buena provisión, acostumbró acudir una vez al año, durante largo tiempo a recoger las limosnas que los tontos le daban, uno de los frailes de San Antonio, llamado fray Cipolla (cebolla), bien visto allí, no menos por el nombre que por otra devoción, como que aquel terreno produce cebollas muy famosas en toda la Toscana.

Este fray Cipolla era hombre de pequeña estatura, de pelo rubio y de cara afable, y el hombre de más buena pasta del mundo: y a más de esto sabio como nadie y hablaba tan pronto y bien, que quien no lo hubiera conocido, no solamente le habría considerado un gran retórico, sino que le habría tomado por el mismo Cicerón, o tal vez por Quintiliano: y era compadre, amigo, o bienquisto de todos los del país.

Una vez entre otras fue allí, como tenía por costumbre, por la mañana de un domingo del mes de agosto, en ocasión que todos los buenos hombres y las mujeres de las poblaciones del contorno habían acudido a oír misa a la parroquia; cuando le pareció oportuno, adelantóse y dijo:

—Damas y caballeros, cada año tenéis la costumbre, como sabéis, de

enviar a los pobres del noble señor san Antonio, parte de vuestro grano y de vuestro trigo, quién poco y quién mucho, según sus posibilidades y según su devoción, a fin de que el desventurado san Antonio os guarde vuestros bueyes, vuestros asnos, vuestros cerdos y vuestras ovejas, y por añadidura, soléis pagar, especialmente los que estáis inscritos en nuestra compañía, ese pequeño impuesto que se paga una vez al año.

A recoger todo eso me ha enviado mi superior, es decir, el señor abad; y a este fin, con la bendición de Dios, pasada la hora de nona, cuando oigáis sonar la campanilla, vendréis ahí fuera de la iglesia, donde os haré la plática de costumbre y besaréis la cruz, y además (por cuanto os tengo a todos por muy devotos del noble señor san Antonio), por especial favor, os enseñaré una santísima y hermosa reliquia que yo mismo traje tiempo ha de los santos lugares de la otra parte del mar; que consiste en una de las plumas del ángel Gabriel, que quedó en la habitación de la Virgen María cuando estuvo a saludarla en Nazaret.

Dicho esto, calló y prosiguió la misa. Cuando fray Cipolla decía esto, había en la iglesia entre muchos otros, uno llamado Juan de la Bragoniera y otro Blas Pizzini. Éstos, después de haberse reído un rato entre sí de la reliquia de fray Cipolla, aun cuando eran muy amigos y camaradas suyos, se propusieron hacerle alguna burla con aquella pluma.

Y habiendo sabido que fray Cipolla comía aquella mañana en el castillo con un amigo suyo, cuando supieron que estaba a la mesa, salieron a la calle y fueron a la posada donde se hospedaba el fraile, con el propósito de que Blas entretendría en conversación al criado de Juan Cipolla, y Juan buscaría entre su equipaje aquella pluma hasta dar con ella, y se la quitaría, para ver lo que luego le diría al pueblo sobre este particular.

Fray Cipolla tenía un criado a quien algunos llamaban Guccio Balena, Guccio Imbratta y hasta había quien le llamaba Guccio Porco; el cual era tan feo, que no es cierto que jamás Felipe Topo hiciera cara alguna tan grotesca, del cual fray Cipolla solía burlarse a menudo con sus compañeros, diciendo:

—Mi criado tiene en sí nueve cosas, tales que una sola de ellas bastara en Salomón, en Aristóteles o en Séneca para eclipsar todas sus virtudes, todas sus cualidades y toda su santidad. Figuraos, pues, qué clase de hombre debe ser ése.

Y como alguna vez le preguntaran cuáles fueran esas nueve cosas, contestaba:

—Os las diré: es perezoso, sucio y embustero, negligente, desobediente y maldiciente, distraído, desmemoriado y mal criado; esto sin contar con algunos otros defectillos que paso por alto. Y lo que más hace reír en él, es que en todos los sitios quiere casarse y poner casa; como tiene esa gran barba negra y luciente, se figura ser tan guapo y simpático, que cree que cuantas mujeres le ven se enamoran de él, y si se le dejara hacer, perdería la cabeza yendo detrás de todas.

Verdad es que me sirve de mucho, pues siempre que se me hace alguna pregunta sobre algo, tiene tanto miedo de que yo no sepa responder, que responde él por mí o por sí, según le parece más conveniente.

A éste había fray Cipolla dejado en la posada, encomendándole que evitara cuidadosamente que nadie tocara su equipaje y especialmente sus alforjas, en las cuales guardaba las reliquias sagradas. Pero Guccio, que tenía más ganas de estarse en la cocina, de las que tiene el ruseñor de estarse en las verdes ramas, mayormente si allí se olía alguna criada, y como en la cocina del posadero había visto una gorda, gruesa, baja, contrahecha, con una cara por el estilo de los Baronci, sudorosa, mugrienta y ahumada, abandonando la habitación de fray Cipolla y cuanto en ella tenía a su cuidado, a la manera como el buitre se lanza a la carne muerta, colóse en la cocina, y a pesar de hallarse en el mes de agosto fue a sentarse junto a la lumbre, y empezó a entablar conversación con la moza, que se llamaba Nuta y a decirle que era un caballero auténtico que tenía florines a puñados, sin los que tenía para hacer ciertos pagos, que casi subían otro tanto, que sabía hacer y decir tantas cosas, y sin parar mientes en su capuchón tan grasiento, que habría bastado para la ropa de Altopascio, y en su chupa rota, remendada, mugrienta, alrededor del cuello y por las sobaqueras, con más manchas y más colores que paño tártaro o indio, en sus zapatillas rotas, en sus calzones destrozados, le dijo, como si fuera el señor de Castiglione, que quería vestirla de pies a cabeza, sacarla de aquel miserable estado, aun cuando ella nada poseyera y hacerla esperar mejor fortuna, y muchas otras cosas que si bien dichas muy afectuosamente, se convirtieron en humo, como la mayor parte de sus empresas.

Encontraron, pues, los dos jóvenes a Guccio ocupado en hacerle el amor a Nuta: contentos de esto porque les ahorra la mitad del trabajo, sin tratar de estorbarle, penetraron en la habitación de fray Cipolla, que hallaron abierta y donde la primer cosa que se les vino a las manos fue la alforja donde estaba la pluma: abriéronla y hallaron, envuelta en un gran trozo de tafetán una cajita, dentro de la cual, encontraron una pluma de las de la cola de un loro, que presumieron debía ser la que él había prometido enseñar a los certaldeses.

Y realmente, en aquellos tiempos, podía con facilidad hacérselo creer, porque todavía no habían llegado a Toscana, sino en pequeña escala, estas rarezas del Egipto, que después han venido en abundancia suma con detrimento de toda la Italia y como eran poco conocidas, casi nada sabían de ellas los habitantes de aquel país y antes por el contrario, como todavía duraba allí la tosca hombría de bien de los antiguos, ni habían visto loros ni recordaban tan siquiera haber oído hablar de ellos.

Contentos, pues, los jóvenes, con haber encontrado la pluma, la tomaron y, para no dejar vacía la cajita, llenáronla de pedazos de carbón que vieron en un ángulo de la habitación, volviéndola a cerrar; y arreglándolo todo tal como lo habían encontrado, marcháronse con la pluma satisfechos sin haber sido vistos, y esperaron lo que diría fray Cipolla al hallar carbones en lugar de la pluma.

Los sencillos hombres y mujeres que se hallaban en la iglesia, al oír que después de nona iban a ver la pluma del ángel Gabriel, volvieron a sus casas después de oída la misa: y habiéndoselo dicho un vecino a otro y una co-

madre a otra, una vez hubieron comido todos, hombres y mujeres acudieron al castillo, donde apenas cabían, esperando anhelantes ver aquella pluma. Fray Cipolla, después de haber comido bien y dormido algo, se levantó poco después de nona, y, enterado de la inmensa multitud de lugareños que había acudido para ver la pluma, mandó a Guccio que fuera a avisarles con la campanilla y trajera sus alforjas.

Hízolo así el criado, y una vez hubo regresado jadeante, porque el mucho beber agua le había hecho crecer el cuerpo, por orden de fray Cipolla, se fue a la puerta de la iglesia y se puso a hacer sonar con fuerza la campanilla. Cuando todo el pueblo estuvo reunido, fray Cipolla, que no había advertido de que en sus cosas se hubiera realizado alteración alguna, empezó su sermón, que fue muy largo, y cuando llegó la ocasión de enseñar la pluma del ángel Gabriel, después de haber rezado antes con gran solemnidad la confesión, hizo encender dos velas y desenvolvió cuidadosamente el tafetán, no sin antes haberse quitado el capuchón y sacó al fin la cajita. Y habiendo dicho primeramente algunas frases en alabanza del ángel Gabriel y de su reliquia, abrió la cajita.

Al verla llena de carbón, no sospechó de Guccio, porque no le creía capaz de tanto, ni le reprendió por no haber evitado que otros lo hicieran, antes bien, se censuró tácitamente a sí mismo por haberle encomendado a él la custodia de sus cosas, sabiendo y conociendo su negligencia o su desobediencia, su descuido y su distracción. Sin embargo, sin que se le alterasen los colores de la cara, alzando al cielo el rostro y las manos, dijo de manera que fue por todos oído:

—¡Alabado sea para siempre, Señor Dios, tu poder!

Después, cerrando de nuevo la cajita y volviéndose al pueblo, dijo:

—Señores y señoras, debéis saber que siendo aún muy joven fui enviado por mi superior a aquellas partes del mundo por donde aparece el sol, y se me dio la orden expresa de buscar, hasta encontrarlos, los privilegios del Porcellana, los cuales son mucho más útiles para los demás que para nosotros.

Púseme, pues, en camino, partiendo de Venecia y yéndome por el Burgo de la Grecia, y cabalgando desde allí por el reino del Garbo y por Baldacca, pasé a Parione, desde donde, no sin sed, llegué poco después a Cerdeña. Mas, ¿a qué entretenerme en citaros todos esos países? Pasado el Brazo de San Jorge llegué a Truffia y a Buffia, países muy habitados y con mucha población; y desde allí pasé a tierra de Menzogna, donde encontré a muchos religiosos, de nuestra orden y de otras religiones, que huían de las privaciones y del trabajo, todo por amor de Dios, e importándoles muy poco las cuitas de los demás, a no ser que les reportaran algún provecho, y no corriendo más dinero en aquel país que una moneda sin cuño. Y desde allí pasé al país de los Abruzzos, donde los hombres y las mujeres andan con sandalias, por los montes, y revisten a los cerdos con sus propios intestinos; y poco después encontré allí gentes que llevaban el pan ensartado en bastones y el vino en las alforjas; desde allí pasé a las montañas de los Bachi, donde todas las aguas corren para abajo. Y tanto me interné en poco tiempo, que llegué ya hasta la

India Pastinaca; donde por el hábito que llevo encima os juro que vi volar las podaderas,¹ cosa increíble para quien no lo haya visto.

En lo cual no me dejará mentir Tomás del Saggio, gran comerciante que encontré ocupado rompiendo nueces y vendiendo conchas al menudeo. Pero no pudiendo encontrar lo que yo iba buscando, y como desde allí para adelante se va por el agua, volvíme atrás y llegué a aquellos santos lugares donde durante el verano el pan frío os cuesta cuatro dineros y el caliente os lo dan de balde. Y ahí encontré al venerable padre Nonmiblasmete Sevoipiace, dignísimo patriarca de Jerusalén, el cual por respeto al hábito que he llevado siempre del noble señor san Antonio, quiso que viera yo todas las santas reliquias que tenía él en su poder; y fueron tantas que, si os las quisiera contar todas, no me veríais acabar de muchas millas.

Sin embargo, para no dejaros desconsolados, os hablaré de algunas. En primer lugar, me enseñó el dedo del espíritu Santo, tan entero y sano como nunca; el copete del Serafín que se apareció a san Francisco; una de las uñas de los Querubines; una de las costillas de Verbum Caro asomadas a la ventana; ropas de la Santa Fe católica; algunos de los rayos de la estrella que se apareció a los tres Magos en Oriente; una botella de sudor de san Miguel cuando combatió con el diablo; la quijada de la muerte de san Lázaro y otras varias. Y como yo le di generosamente un ejemplar de los cantos de Monte Morello en vulgar y de algunos capítulos del Capprezio,² que él había ido buscando durante largo tiempo, me hizo partícipe de sus santas reliquias, y me dio uno de los dientes de la Santa Cruz y en un frasquito un poco del sonido de las campanas del templo de Salomón, y la pluma del ángel Gabriel de que ya os he hablado y una de las sandalias de san Gerardo de Villa Magna, la cual regalé, no hace mucho, en Florencia, a Gerardo de Bonsi, que la tiene en gran devoción: y él en cambio, me dio carbones de los que sirvieron para asar al beatísimo mártir san Lorenzo.

Todas esas cosas las traje de allí devotamente conmigo, y las tengo todas. Y por cierto que mi superior nunca ha consentido que yo las enseñara, hasta haber obtenido el certificado de su legitimidad. Mas ahora que se ha convencido de esto por ciertos milagros que ellas han hecho y por cartas recibidas del Patriarca, me ha concedido licencia para enseñarlas; pero yo, temeroso de confiarlas a otro, las llevo siempre conmigo. Verdad es que llevo la pluma del ángel Gabriel, para que no se eche a perder en una cajita, y los carbones con que tostaron a san Lorenzo en otra; pero se parecen tanto los dos, que me acaece con frecuencia tomar una por otra, y esto me ha acaecido ahora: por lo cual figurándome haber sacado la cajita donde estaba la pluma, he sacado aquella donde están los carbones.

Cosa que no considero haya sido error, antes por el contrario, me parece estar seguro de que haya sido voluntad de Dios, y que él mismo habrá puesto en mis manos la cajita de los carbones, pues me viene ahora a la memoria que de aquí a dos días es la fiesta de San Lorenzo. Y por esto, que-

¹ Podadera se llama "pennato" en italiano, y también se da este nombre a los pájaros.

² Obra ridícula de aquellos tiempos.

riendo Dios que yo envíe a vuestras almas, mostrándoos los carbones en que fue tostado el santo, la devoción que a éste le debéis tener, me hizo tomar, en lugar de la pluma que yo quería, los benditos carbones empapados en el humor de aquel santísimo cuerpo. Y por lo tanto, benditos hijos, quitaos los sombreros y acercaos devotamente aquí a contemplarlos.

Mas antes quiero que sepáis que todo aquel que toque estos carbones, haciendo con ellos la señal de la cruz, puede vivir seguro de que en todo el año, no le tocará fuego que no le escueza.

Y luego que así hubo hablado, cantó una alabanza de san Lorenzo, abrió la cajita y enseñó los carbones. Después que la necia muchedumbre los hubo admirado con reverente admiración, atropelladamente se aproximaban a fray Cipolla y le daban mejores ofrendas de las que le solían dar, rogándole todos que les dejara tocar aquellos carbones. Por lo cual, fray Cipolla, tomando en la mano los carbones, púsose a trazar enormes cruces, tan grandes como podía, encima de las blancas blusas y chupas de los hombres y encima de los velos de las mujeres, afirmando que a medida que se consumían los carbones haciendo aquellas cruces, renacían en la caja, según muchas veces había podido averiguar.

Y de esta suerte, no sin inmensa utilidad suya, llenó de cruces a todos los presentes, y merced a su pronto apercibimiento, hizo que quedasen burlados los que, quitándole la pluma, habían creído burlarse de él. Los cuales, como asistieron a su sermón y oyeron el giro que él diera de la cosa, a poco estuvieron para que no reventaran de risa. Y cuando la gente se hubo marchado, se acercaron a él y con la mayor franqueza del mundo le revelaron lo que habían hecho y le devolvieron su pluma, la cual al año siguiente le produjo cuando menos tanto como en aquel día le produjeran los carbones.

* * *

Mucho gusto y divirtió este cuento a toda la comitiva, haciéndoles reír mucho fray Cipolla, y sobre todo su peregrinación y las reliquias vistas y entregadas por él. La reina, viendo concluido el cuento y terminado asimismo su reinado, levantóse, quitóse su corona, y se la puso riendo en la cabeza de Dioneo, como diciendo: "Hora es, Dioneo, de que pruebes algo lo que cuesta el tener que mandar y guiar mujeres; sé, pues, rey y reina de tal manera, que podamos alabarte al fin de tu reinado".

Dioneo aceptó la corona y riendo contestó:

—Bastantes veces ya habéis podido ver los reyes de ajedrez que son mucho más estimados de lo que lo soy yo; y, en verdad, si me obedecéis, como se debe obedecer a un rey de veras, yo os haré gozar de aquello sin lo cual no hay fiesta completa ni alegre. Pero dejémonos de palabras: gobernaré como sepa.

Y mandando llamar, como de costumbre, al senescal, le dijo lo que debía hacer durante su reinado, y después prosiguió:

—De distintas maneras se ha hablado aquí, preciosas damas, de la industria humana y de varios casos, de suerte que si poco antes de ahora no

hubiese venido aquí Licisca, que con sus palabras me ha dado asunto para los cuentos de mañana, temo que me habría sido difícil hallar tema a propósito. Según habéis podido oír, ha dicho que no tenía vecina alguna que doncella se hubiese casado; y ha añadido que bien sabía ella cuáles y cuántas burlas les hacen hasta las casadas a sus maridos. Dejando a un lado la primera parte, que es cosa de chiquillos, considero que debe ser cosa agradable hablar sobre la segunda; y por lo tanto, quiero que mañana, puesto que Licisca nos ha dado pie para ello, se hable de las burlas que por amor o para propia salvación les han hecho a sus maridos las mujeres, habiéndose o no habiéndose dado cuenta éstos.

A alguna de las damas le parecía que el tratar de semejante asunto no era cosa para ellas, y le rogaban que cambiase el tema propuesto. Y el rey les respondió:

—Señoras: conozco lo que he señalado tanto como vosotras; y no me puedo privar de señalaros lo que vosotras me indicáis, pensando que el tiempo es tal, que, con tal que hombres y mujeres se abstengan de obrar deshonestamente, de todo se puede hablar. Además, ¿no sabéis que a consecuencia de la actual epidemia, los jueces han dejado los tribunales, que tanto las leyes divinas como las humanas guardan silencio; y que a todos se nos ha concedido amplia licencia para conservar la vida? Pues bien, si alguna vez le dais soltura a vuestra honestidad en el hablar, no para que con las obras sigáis lo que mal esté, sino para daros gusto a vosotras y a las demás, no veo el porqué se os pueda censurar sobre esto más adelante. Por otra parte, esta reunión ha sido honestísima desde el principio hasta ahora, y por mucho que se haya dicho, no creo que haya sido manchada con acto alguno, ni se manchará, Dios mediante. Y luego, ¿quién no conoce nuestra honradez, la cual no ya las conversaciones agradables, sino ni tan siquiera el terror de la muerte creo que pueda hacer que disminuya? Y, a decir verdad, quien supiese que os abstuvisteis de hablar alguna vez de tales bromas, tal vez sospecharía que sois culpables en eso y que por esta razón no queréis de esto hablar. Sin contar con que, habiéndoos obedecido yo a todas y habiéndome elegido ahora por rey vuestro, me dispensaríais una grande honra no negándoos a decir lo que yo os he señalado. Renunciad, pues, a estas pequeñeces, más propias de ánimos mezquinos que de vosotras y procuré cada cual hacer que su historia sea la más bonita.

Después que las damas hubieron oído esto, convinieron en acomodarse a su voluntad: el rey les dio licencia a todas para que hicieran lo que les acomodara hasta la hora de cenar. Muy alto estaba el sol aún, porque la sesión había sido corta; de consiguiente, como Dioneo se había puesto a jugar al ajedrez con los otros jóvenes, Elisa, llamando a un lado a las otras damas, les dijo:

—Puesto que aquí estamos, deseo llevaros a un sitio bastante inmediato de aquí, donde ninguna de vosotras creo que jamás haya estado, y llamado el Valle de las Damas, y adonde no he tenido ocasión aún de poderos llevar desde que estamos aquí, no siendo hoy en que el sol está muy alto todavía: por lo tanto, si queréis venir, no me cabe duda de que, cuando estéis allá, os alegraréis mucho de haber ido.

Respondieron las damas que estaban dispuestas a ir, y llamando a una de sus criadas, se pusieron en camino, sin decir cosa alguna a los jóvenes; apenas hubieron andado una milla, llegaron al Valle de las Damas, en el cual y por un sendero bastante estrecho corría un arroyuelo sumamente claro tanto más delicioso y agradable a la vista, cuanto que era grande el calor en aquellos días.

La parte llana del valle era tan redonda como si hubiera sido formada a compás, aun cuando se comprenda era la obra de la naturaleza y no del hombre; tenía en círculo poco más de una milla y estaba rodeada de montecillos de poca elevación, en cada una de cuyas cimas se veía un palacio hecho en forma de bonito castillo. Las laderas de estos montecillos descendían formando gradación hacia el llano, tal como vemos en los teatros, donde las gradas van viniendo sucesivamente ordenadas desde la más elevada de ellas hasta el suelo, siempre estrechando su círculo. Y estas laderas, por la parte que miraba al mediodía, estaban llenas de cepas, olivares, almendros, cerezos, higueras y otras varias clases de árboles frutales, sin que se perdiera un solo palmo de terreno. Las que miraban al norte estaban cubiertas de bosquecillos de encinas, fresnos y otros árboles sumamente verdes y tan derechos como ser podían. La llanura, sin tener más entradas que aquella por donde las damas habían penetrado, estaba llena de abetos, cipreses, laureles y algunos pinos, tan bien dispuestos y ordenados, como si los hubiese plantado el más hábil en tal materia; y por entre ellos poco o nada penetraba el sol, que entonces estaba alto, para llegar al suelo que estaba convertido en un prado de menudísima hierba y lleno de purísimas flores. Y lo que recreaba todavía más, era un arroyuelo que viniendo de uno de los valles que dos de aquellas montañitas dividían, caía saltando por entre la piedra viva y producía al caer un rumor agradable al oído y al deslizarse parecía desde lejos azogue; y cuando llegaba abajo, encauzado por una pequeña y bonita canal, iba a parar, corriendo veloz, hacia el centro del valle y formaba allí un pequeño lago, por el estilo de los estanques que en sus jardines forman los ciudadanos que son discretos en ello. Y este pequeño lago no tenía mayor profundidad que la que cubre un hombre hasta el pecho; y como no tenía composición alguna, dejábase ver un clarísimo fondo formado por menudísima arena. Y no solamente en el agua se veía el fondo, sino que se veían también recorrerla en todas direcciones tantos peces, que producía maravilloso placer el contemplarlos.

Cercaba por todas partes el prado tanto más bello en su torno cuanto mayor humedad en él aparecía. El agua sobrante la recibía otro pequeño arroyo por donde salía al exterior del valle, deslizándose hacia los puntos más bajos de él. Llegadas, pues, allí, las jóvenes damas, después que hubieron mirado por doquier y alabado mucho el sitio, como el calor era grande y vieran ante sí el pequeño lago y no había temor de que fueran vistas, decidieron bañarse en él. Y después que hubieron encargado a su criada que permaneciera en el camino por donde habían entrado y les advirtiera si veía venir a alguien, desnudáronse las siete y entraron en el lago, que no de otra manera ocultaba sus nevados cuerpos que ocultaría un sutil vidrio una en-

carnada rosa. Cuando dentro estuvieron, como a pesar de eso no se enturbiara el agua, pusiéronse a andar como podían de un lado a otro en pos de los peces, que no sabían dónde ocultarse y a hacer tentativas para tomarlos con las manos. Y después que en este juego se hubieron entretenido por algún rato, logrando alcanzar algunos, salieron del lago, volvieron a vestirse, y sin poder alabar más el sitio que alabado lo habían, como les pareciese ser tiempo de regresar a casa, pusiéronse en camino a paso lento, sin cesar de hacerse lenguas de la belleza de aquel paraje. Y llegadas a buena hora al palacio, encontraron todavía a los jóvenes jugando en el sitio donde les dejaron, y Pampinea les dijo riendo:

—Hoy sí que os hemos engañado.

—¡Cómo! —exclamó Dioneo—. ¿Empezáis antes a los hechos que a las palabras?

—Ni más ni menos —respondió Pampinea.

Y les contó extensamente de dónde venían y cómo estaba hecho el lugar, cuánto distaba de allí y lo que habían hecho.

El rey, al oír contar la belleza del sitio, deseoso de verlo, se dio prisa a mandar traer la cena y tan pronto como la hubieron tomado, se encaminaron los tres jóvenes a aquel valle, acompañados de sus criados, y fijándose en todo, pues ni ninguno de ellos había jamás estado allí, lo alabaron como una de las cosas más bellas del mundo. Y después que se hubieron bañado, como iba haciéndose demasiado tarde, regresaron a casa, donde encontraron a las damas deshaciéndose en alabanzas de él. Por cuyo motivo, el rey mandó llamar al senescal y le ordenó que a la mañana siguiente se preparara y sirviera allí la comida y se llevara algún lecho por si alguno quería dormir la siesta. Después de esto, mandando traer luces, vino y dulces, tomaron un refrigerio y ordenó que todos se dispusieran a bailar. Y habiéndose encargado voluntariamente Pampinea de una danza, el rey, volviéndose a Elisa, le dijo con afable tono:

—A tí, hermosa joven, que me has dispensado hoy el honor de la corona, quiero dispensarte yo esta noche el de la canción, y por lo tanto, canta una que sea de tu agrado.

Aceptó gustosa y sonriente Elisa, y cuando la hubo terminado con un suspiro bastante tierno, el rey, que estaba de buen temple, mandó llamar a Tíndaro, le ordenó que trajera su cornamusa y al son de ésta hizo ejecutar varias danzas.

Y cuando hubo transcurrido una buena parte de la noche, dispuso que se fueran todos a dormir.

Jornada séptima

En la que durante el reinado de Dioneo, se da cuenta de las mañas de que se sirvieron algunas mujeres con sus maridos, ya para satisfacer sus deseos o salir de un aprieto, habiéndose dado cuenta aquéllos unas veces sí y otras no, de su comportamiento.

Introducción

Todas las estrellas de la parte de Oriente habían desaparecido ya, a excepción tan sólo de la que llamamos “estrella de la mañana”, que brillaba aún en la blanquecina aurora, cuando el senescal, ya de pie, se encaminó con gran bagaje al Valle de las Damas, para disponer las cosas según había ordenado su señor. No tardó mucho en levantarse el rey, a quien había despertado el estrépito de los cargadores y de los bagajes, y levantándose, hizo levantar también a todos sus contertulios. No asomaban bien del todo aún los rayos del sol, cuando se pusieron todos en camino, y aún no les parecía haber oído alguna vez cantar tan alegremente a los ruiseñores y a los demás pájaros, como parecían hacerlo aquella mañana; y acompañados por sus cantos anduvieron hasta el Valle de las Damas, donde recibidos por mucho mayor número de pájaros, les pareció que éstos de su venida se alegraban. Recorriendo y examinando de nuevo todo el valle, les pareció tanto más bello que el día anterior, cuanto que la hora del día era más adecuada a su belleza. Y después que se hubieron desayunado con dulces y buen vino, para que en el canto no les ganaran los pájaros, pusieronse a cantar, y con ellos el valle, repitiendo siempre las mismas canciones que cantaban ellos: a cuyas canciones todos los pájaros, cual si no quisieran verse derrotados, agregaban dulces y nuevas notas.

Mas luego que llegó la hora de comer, puestas las mesas bajo los árboles inmediatos al lago, a indicación del rey sentáronse todos en torno de ellas, y mientras comiendo estaban, veían nadar los peces por el lago en considerable cantidad. Terminada la comida y quitadas las vituallas y las mesas, pusieronse los comensales a cantar más contentos todavía que antes de comer.

Y como en distintas partes del pequeño valle se hubieran dispuesto lechos discretamente rodeados y cerrados con tupidos cortinajes, pudo, quien quiso, irse a dormir; y quien dormir no quiso, se distrajo como mejor le plugo.

Llegada al fin la hora en que todos se habían levantado ya, y habiendo llegado asimismo la de dar principio a los cuentos, mandó el rey tender alfombras sobre la hierba, cerca del sitio donde comido habían, yendo todos a sentarse cerca del lago, ordenando entonces el rey a Emilia que empezase, y ésta, con risueño semblante, tomó la palabra y dijo:

Cuento primero

La cabeza de burro

Juan Lotteringhi oye llamar de noche a su puerta, despierta a su mujer y ésta le hace creer que es un fantasma; van los dos esposos a conjurarlo con una oración, y ya no se oye llamar.

—Mucho me habría gustado, señor, si a vos hubiera sido de vuestro agrado que hubieseis encomendado a otra persona el ser la primera en tratar asunto tan bonito como el de que tenemos que hablar; mas pues a vos os place que sea yo quien cuide de dar ánimos a los demás, lo haré con gusto y procuraré, queridísimas damas, decir cosa que pueda seros útil en lo sucesivo, porque si las otras no son tan miedosas como yo, y sobre todo del fantasma, el cual, en realidad, no sé lo que es ni he hallado todavía quien lo supiese, a pesar de que todas le tenemos un miedo igual, para echarlo, cuando venga a vosotras, fijándoos bien en mi cuento, podéis aprender una santa y buena oración que sirve mucho para eso.

Hubo en otro tiempo en Florencia, en la calle de San Brancazio, cierto cardador que se llamó Juan Lotteringhi, hombre más afortunado en su oficio que listo en otras cosas, pues con ser un simple, era nombrado con frecuencia jefe de los cardadores de Santa María la Nueva, y tenía superintendencia y ejercía a menudo otros varios pequeños cargos de los que estaba muy ufano: y esto le acaecía porque, como tenía buena posición, les daba con frecuencia buenas comisiones a los frailes. Y éstos, a cambio de lo que de él sacaban, enseñábanle buenas oraciones, y la canción de San Alejo y otras varias tonterías que él estimaba en mucho y guardaba muy cuidadosamente para la salvación de su alma.

Tenía éste una mujer hermosa y hechicera, que se llamó Tessa y fue hija de Manuccio de la Cuculia, mujer muy lista y avisada, la cual, conociendo la simplicidad de su marido y estando enamorada de Federico de Neri Pegolotti, que era un joven guapo y lozano, y estándolo él de ella, combinó con una criada suya que Federico la fuese a ver a una quinta muy bonita que Juan tenía en Camerata, donde pasaba ella todo el verano y adonde alguna vez iba Juan a cenar y a dormir, para volverse a la mañana siguiente a su tienda y a sus cardadores.

Federico, que no deseaba otra cosa, al anochecer del día que se le se-

ñaló, se encaminó allá, y como no fuera aquella noche Juan, cenó y pasó cómodamente allí la noche con la mujer de éste.

No creyendo ella ni él que aquella noche debiera ser la última como había sido la primera, para que no fuese menester que la criada tuviese que ir cada vez a buscarle, acordaron lo siguiente: que él, cada día, cuando iría y volvería de una quinta suya que estaba algo más arriba, fijaría la atención en una viña que había al lado de la casa donde vivía Tessa y vería allí la cabeza de un asno en la punta de un rodrigón, y que, cuando la viese con el hocico vuelto hacia Florencia, podía con toda seguridad venir a pasar la noche con ella, y si no encontraba abierta la puerta podía llamar tres veces a la misma y ella se la iría a abrir; y que cuando viese el hocico vuelto hacia Fiésolo, no viniera porque estaría Juan.

Pero en una de éstas, acació que, como Federico debiese ir a cenar con Tessa, y ésta hubiera mandado guisar dos magníficos capones, Juan, que no debía venir aquella noche, compareció a hora avanzada; mucho lo sintió ella, y los dos esposos cenaron un poco de carne salada que ella había hecho dejar aparte, y encargó a la criada que llevara envueltos en un mantel blanco los dos capones guisados, muchos huevos frescos y una botella de buen vino a un jardín al cual se podía ir sin andar por la casa, y donde alguna vez solía cenar con Federico, y le dijo que lo pusiera todo al pie de un albérchigo, que había al pie de un pequeño prado. Y fue tal su enojo, que no se acordó de decirle a la criada que aguardase hasta que viniera Federico y le dijese que Juan estaba allí y que se llevase todo aquello.

Habiendo ido ella a acostarse con su marido y hecho otro tanto la criada, poco tardó Federico en venir y llamar a la puerta, y como ésta se hallaba muy cerca de la habitación ocupada por los dos esposos, ella y él le oyeron en seguida; pero a fin de que Juan nada pudiese sospechar de ella, Tessa fingió dormir.

Al poco rato, Federico llamó por segunda vez, y sorprendiéndose de esto Juan, pellizcó ligeramente a su mujer, y le dijo:

—¿Oyes, Tessa? Parece que llaman a nuestra puerta.

La mujer, que lo había oído mucho mejor que él, fingió que se despertaba y preguntó:

—¿Qué dices?

—Digo —repuso Juan— que parece que llaman a nuestra puerta.

—¿Llaman? —repitió la mujer—. ¡Ay, Juan mío! ¿No sabes lo que es eso? Es el fantasma, que estas noches últimas me ha dado tanto miedo, que desde la primera vez que lo vi, me he tapado la cabeza sin atreverme a volverla a sacar basta que ha sido de día claro.

Dijo Juan entonces:

—Si es eso, mujer, no tengas miedo, que yo rezo tantas oraciones cuando nos vamos a acostar y le hago tantas cruces a la cama, que no hay temor de que por mucho poder que él tenga, nos pueda hacer daño alguno.

La mujer, para evitar que Federico sospechara otra cosa y se enfadase con ella, resolvió levantarse del todo y hacerle saber que Juan estaba allí, y le dijo a su marido:

—Bueno, tú le dices tus oraciones, pero yo no me tendré por segura mientras no lo conjuremos, ya que tú estás aquí.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó Juan.

Su mujer le contestó:

—Ya sé cómo se conjura, pues el otro día, cuando fui a Fiésole al jubileo, una de las santeras que es una santa mujer, al verme tan asustada, me enseñó una piadosa y eficaz oración, y dijo que la había probado muchas veces antes de ser santera, y siempre le había ido bien. Pero lo que es yo, jamás había tenido valor para ir sola a probarlo; pero ahora que estás tú, quiero que lo vayamos a conjurar.

Juan dijo que consentía gustoso, y levantándose, encamináronse ambos a la puerta, al otro lado de la cual estaba ya Federico aguardando receloso, y llegados allí, Tessa le dijo a Juan:

—Ahora, cuando te lo diga, escupirás.

—Está bien —contestó Juan.

Y la mujer pronunció esta oración:

—Fantasma, fantasma que andas de noche, con el rabo tieso viniste aquí, y con el rabo tieso te volverás: vete al huerto al pie del albérchigo grande y hallarás unto y visunto y cien cagarrontas de mi gallina: aplica la boca a la botella y márchate, y no nos hagas daño ni a mí ni a mi Juan.

Y volviéndose a su marido, añadió:

—Escupe, Juan.

Y Juan escupió.

Y Federico, que estaba a la parte de afuera y oía esto, desvanecidos sus celos a pesar de su malhumor, tenía tan grandes ganas de reír, que no podía contenerse; cuando Juan escupía, murmuraba él:

—¡Los dientes!

La mujer, después que por tres veces hubo conjurado así al fantasma, se volvió a la cama con su marido.

Federico, que contando cenar con ella no había cenado, habiendo comprendido bien las palabras de la oración, se fue al huerto, recogió los dos capones, el vino y los huevos de junto al albérchigo, se lo llevó todo a casa y cenó como un príncipe. No pocas veces después, hallándose juntos, riéronse ella y él de aquel conjuro. Verdad es que algunos dicen que la mujer se había dado buen cuidado en volver la cabeza del asno hacia Fiésole, pero un campesino, pasando por la viña, le había dado con un palo y le había hecho dar varias vueltas, habiendo quedado al fin vuelta hacia Florencia, y por eso Federico, creyendo que le llamaban, había acudido; la mujer había pronunciado la oración en estos términos:

—Fantasma, fantasma, vete en hora buena, que no fui yo, sino otro, quien volvió la cabeza del asno; yo estoy aquí con mi Juan.

Por cuya razón, Federico, marchándose, se había quedado sin posada y sin cenar. Pero una vecina mía, que es una mujer muy vieja, me dijo que una y otra cosa fueron verdad, según oyó decir ella siendo niña; pero que esto último no le había acaecido a Juan Lotteringhi, sino a un tal Juan de Vello, que vivía en la puerta de San Piero, tan tonto de capirote como Juan

Lotteringhi. Y de consiguiente, mis queridas damas, dejo a vuestra elección tomar de estas dos oraciones la que mejor os plazca, o quedaros con las dos. Tienen muchísima virtud para esas cosas, como por experiencia habéis oído: aprendedlas y aún os podrán ser de provecho.

Cuento segundo

El tonel

Peronella mete a un amante suyo en un tonel, al regresar a casa su marido; y como el marido le viera, le dice ella que ha vendido el tonel a uno que está dentro para ver si le parece bien sólido: salta el amante fuera del tonel, lo hace cepillar por el marido y llevárselo luego a su casa.

Con grandes carcajadas fue acogido el cuento de Emilia, y muy elogiada por todos la oración como piadosa y de provecho; y terminado el cuento, el rey ordenó a Filostrato que continuase, y éste lo hizo así:

—Son tantas, queridísimas damas, las burlas que los hombres, y especialmente los maridos os hacen, que cuando alguna vez acaece que alguna mujer lo mismo le hace a su marido, no solamente deberían estar contentas de que así fuera, o de saberlo o de oírse lo decir a alguien, sino que vosotras mismas deberíais ir diciéndolo por todas partes, para que los hombres comprendan que si ellos saben, también saben las mujeres: lo cual no dejaría de seros de suma utilidad, puesto que, cuando alguno sabe que otro sabe, no se mete a la ligera a quererlo engañar. ¿Qué duda, pues, que lo que hoy sobre este asunto diremos, llegando a oídos de los hombres, no les sirva en gran manera para refrenar sus burlas, conociendo que también vosotras, si queréis, sabéis burlaros de ellos? Tengo, pues, la intención de deciros lo que una jovencita le hizo a su marido, casi de repente, con todo y ser de humilde condición, para librarse de compromisos.

Poco tiempo atrás, en Nápoles, un pobre hombre tenía por esposa a una bella y graciosa jovencita llamada Peronella, y él con su oficio, que tenía el de albañil, y ella hilando, ganaban apenas para mantenerse. Acaeció que un joven galante, como cierto día viese a Peronella y le agradase mucho, se enamoró de ella, y tanto por distintos modos la solicitó, que acabó ella por aceptar su familiaridad. Y para poder estar juntos convinieron en que como el marido de ella se levantaba cada día temprano para ir a trabajar o a buscar trabajo, el joven se colocaría en sitio desde donde se le viera salir, y como el barrio Avorio, que era donde ella vivía, era muy solitario, una vez salido el marido entrarla en casa de ella, y así lo hicieron muchas veces. Pero cierta mañana acaeció que habiendo salido el buen hombre y habiendo entrado en su casa Giannello Strignario, que así se llamaba el joven, y hallándose con Peronella, poco después, siendo así que no solía volver en to-

do el día, volvió a su casa el marido, y hallando cerrada por dentro la puerta llamó, y después de llamar, se dijo:

—Loado sea Dios, que si pobre me ha hecho, a lo menos me ha consolado dándome por esposa una joven buena y honrada. Miren cómo en cuanto salí yo, ya cerró ella la puerta para que nadie pudiera entrar a importunarla.

Peronella, que en el modo de llamar conoció a su marido, exclamó:

—¡Ah! ¡Giannello mío, soy muerta, pues aquí está de vuelta mi marido! ¡Qué mala suerte tengo, y no sé lo que esto significa, pues él nunca vuelve a tal hora! Tal vez te vio entrar. Pero, como quiera que sea, métete en este tonel que aquí ves, yo iré a abrirle, y veremos lo que significa esto de volver tan pronto a casa esta mañana.

Giannello se apresuró a entrar en el tonel. Peronella fue a abrirle la puerta a su marido, y con maliciosa sonrisa, le dijo:

—¿Qué novedades hay, que tan pronto vuelves esta mañana a casa? Por lo que me parece ver, cuando te veo volver con tus herramientas, es que no quieres trabajar hoy, y si así lo haces, ¿de qué nos mantendremos? ¿Cómo tendremos pan? ¿Crees tú que consentiré que empeñes la basquiña y las demás ropas? Yo me estoy día y noche sin hacer otra cosa que hilar hasta despegarse la carne de las uñas para poder a lo menos tener el aceite necesario para que arda nuestra lámpara. Marido, marido, no hay vecina que no se sorprenda de esto y no me haga burla por el trabajo que me tomo, y tú vuelves a casa con los brazos colgando, cuando deberías estar trabajando.

Dicho esto echóse a llorar, y siguió diciendo:

—¡Ay desdichada y triste de mí! ¡En qué mal hora nací, en qué mal hora vine aquí! ¡Yo que habría podido tener un joven tan de bien y no le quise para venirme con éste, que no piensa en quien se ha llevado a su casa! Las otras se dan buenos ratos con sus amantes y ninguna hay que no tenga dos o tres, gozan, le hacen ver al marido una cosa por otra, y yo, desdichada de mí, porque soy buena y no hago caso de estas cosas, tengo todas las desgracias; no sé cómo no me decido a hacer como las otras.

Ten entendido, esposo mío, que si yo quisiera hacer el mal, fácilmente encontraría con quien hacerlo, pues hay muchos galanes que me aman, me quieren bien, me han mandado a ofrecer dinero, o trajes, joyas, sin que jamás me haya dado el corazón por escucharles, pues yo no soy hija de mujer capaz de hacer tales cosas, y tú me vuelves a casa cuando debieras estar en tu trabajo.

—Pero ¡mujer —dijo el marido—, no te hagas, por Dios, mala sangre! Ya debes creer que conozco quién eres tú; esta mañana misma he tenido ocasión de comprenderlo. La verdad es que he ido para trabajar, pero por lo visto, tú no sabes, como tampoco yo mismo lo sabía, que hoy es la fiesta de san Galeón y no se trabaja, por esto me he vuelto a casa a esta hora, pero, sin embargo, me he provisto y hallado modo de que tengamos pan para más de un mes, pues le he vendido a éste que ves aquí conmigo, el tonel que sabes que tanto tiempo ha nos está estorbando en casa, y me da cinco escudos por él.

Entonces Peronella exclamó:

—Precisamente esto es lo que me da pena: tú que eres hombre y vas por el mundo, deberías saber las cosas, has vendido un tonel por cinco florines de oro, mientras que yo, una pobre mujer que apenas jamás salí de la puerta de casa, viendo los apuros que pasamos, se lo he vendido en siete a un buen hombre que cuando tú llegaste se metió dentro de él para ver si estaba sólido.

Al oír esto el marido, púsose muy contento y le dijo al que con él había venido a este objeto:

—Amigo mío, ya te puedes marchar; pues ya oyes que mi mujer lo ha vendido por siete florines cuando tú no me dabas más que cinco.

Conformóse el buen hombre, y se marchó. Y entonces le dijo Peronella a su marido:

—Ven arriba, ya que estás aquí y arregla el asunto con él.

Giannello, que se hacía todo oídos por si tenía que temer algo y prevenirse, en cuanto oyó las palabras de Peronella, dióse prisa en saltar fuera del tonel, como si nada hubiera sabido del regreso del marido, y púsose a decir:

—¡Eh! ¿Dónde estáis, buena mujer?

El marido, que venía ya, le contestó:

—Aquí estoy yo, ¿qué quieres?

—¿Quién eres tú? —le preguntó Giannello—. Yo llamo a la mujer con quien hice tratos de ese tonel.

—Puedes hacerlos conmigo —repuso el buen hombre—, pues yo soy su marido.

Entonces Giannello dijo:

—El tonel me parece sólido, pero debéis haber tenido dentro de él heces, pues está todo embadurnado de no sé qué cosa tan seca, que ni con las uñas la puedo despegar, por lo tanto, no me lo quedaré si antes no lo veo limpio.

Dijo entonces Peronella:

—No, por eso no se deshará el trato; mi marido lo limpiará todo.

Afirmó éste lo que decía su mujer; dejando sus herramientas y aligerándose de ropa, se hizo encender una luz, dar una raedera, se metió en el tonel y se puso a rascarlo. Su mujer, como si quisiera ver lo que él hacía, metió la cabeza por la boca del tonel, que no era muy grande, uno de los brazos con todo el hombro, y empezó a decirle:

—Rasca aquí y aquí, y ahí también... Mira, ahí ha quedado un poquito.

Y mientras así estaba, le hacía indicaciones al marido. Giannello, que aquella mañana apenas había podido satisfacer sus deseos cuando llegó el marido, arreglóselas como pudo para realizarlo. A un tiempo mismo casi terminaron su tarea el amante y el marido, apartándose el primero de Peronella, y sacando éste la cabeza del tonel salió afuera el marido, y Peronella le dijo a Giannello:

—Tomad esta luz, buen hombre, y ved si está limpio a vuestro gusto.

Hízolo así el amante, dijo que estaba bien, y entregándole siete florines, se lo hizo llevar a su casa.

Cuento tercero

La oración contra las lombrices

Fray Reinaldo se acuesta con la comadre; encuéntrale el marido con ella en la habitación, y le hacen creer que él le exorcizaba las lombrices al hijo de ellos.

Cuando el rey comprendió que Filostrato había terminado su historia, díjole a Elisa que hablase. Ésta, dispuesta a obedecer, empezó así:

—Agradables damas: el conjuro del fantasma de Emilia, me ha traído a la memoria un cuento de otro conjuro que, aun cuando no sea tan bonito como aquél, lo referiré, porque de momento no se me ocurre otro adecuado a nuestro tema.

Vosotras debéis saber que en Siena hubo en otro tiempo un joven muy galante y de distinguida familia, que se llamaba Reinaldo; el cual, como amase en gran manera a una vecina suya muy bella, esposa de un hombre rico, procuró ver si podía hallar el medio de hablarle, sin infundir sospechas, para lograr de ella todo lo que deseaba; mas no viendo manera alguna, y estando encinta la mujer, pensó en ser padrino o compadre suyo; por lo que, avistándose con el marido de ella, se lo dijo de la manera más prudente que pudo, quedando acordes.

Habiéndose hecho, pues, Reinaldo compadre de la señora Inés, y teniendo así medio más disimulado para poderla hablar, se aseguró, por lo que dio a entender a ella su intención, de que ella ya mucho antes se lo había conocido en la expresión de sus ojos; pero poco le valió, por más que a ella no le desagradó oírle.

Poco después acaeció que, fuera por lo que fuera, Reinaldo se hizo fraile, perseverando en su estado. Y aun cuando él, al hacerse fraile, puso de lado el amor que profesaba a su comadre y algunas otras presunciones que tenía, sin embargo, en el decurso del tiempo, las recobró sin dejar el hábito. Empezó complaciéndose en figurar y vestir buenas ropas, en ser en todas sus cosas galante y presuntuoso, escribir canciones, sonetos, baladas y en cantar, y hacer muchas otras cosas parecidas.

Pero ¿qué digo de nuestro fray Reinaldo? ¿Cuáles son los que no hacen otro tanto?

Habiendo, pues, vuelto fray Reinaldo a sus anteriores apetitos, empezó por visitar muy a menudo a su comadre; habiéndosele aumentado el atrevimiento, empezó a solicitarla con más insistencia que antes. La buena mujer, al verse tan asediada y pareciéndole fray Reinaldo más guapo tal vez de lo que antes le parecía, viéndose cierto día muy requerida por él, recurrió a lo que hacen todas las que tienen ganas de conceder lo que se les pide, diciendo:

—¡Cómo, fray Reinaldo! ¿Tales cosas hacen los frailes?

A lo cual éste contestó:

—En cuanto me quite de encima esta capa, que muy fácilmente me la quito, os pareceré un hombre como los demás y no un fraile.

La mujer puso la cara risueña, y dijo:

—Precisamente esto es lo que me da pena: tú que eres hombre y vas por el mundo, deberías saber las cosas, has vendido un tonel por cinco florines de oro, mientras que yo, una pobre mujer que apenas jamás salí de la puerta de casa, viendo los apuros que pasamos, se lo he vendido en siete a un buen hombre que cuando tú llegaste se metió dentro de él para ver si estaba sólido.

Al oír esto el marido, ~~púsose~~ muy contento y le dijo al que con él había venido a este objeto:

—Amigo mío, ya te puedes marchar; pues ya oyes que mi mujer lo ha vendido por siete florines cuando tú no me dabas más que cinco.

Conformóse el buen hombre, y se marchó. Y entonces le dijo Peronella a su marido:

—Ven arriba, ya que estás aquí y arregla el asunto con él.

Giannello, que se hacía todo oídos por si tenía que temer algo y prevenirse, en cuanto oyó las palabras de Peronella, dióse prisa en saltar fuera del tonel, como si nada hubiera sabido del regreso del marido, y púsose a decir:

—¡Eh! ¿Dónde estáis, buena mujer?

El marido, que venía ya, le contestó:

—Aquí estoy yo, ¿qué quieres?

—¿Quién eres tú? —le preguntó Giannello—. Yo llamo a la mujer con quien hice tratos de ese tonel.

—Puedes hacerlos conmigo —repuso el buen hombre—, pues yo soy su marido.

Entonces Giannello dijo:

—El tonel me parece sólido, pero debéis haber tenido dentro de él heces, pues está todo embadurnado de no sé qué cosa tan seca, que ni con las uñas la puedo despegar, por lo tanto, no me lo quedará si antes no lo veo limpio.

Dijo entonces Peronella:

—No, por eso no se deshará el trato; mi marido lo limpiará todo.

Afirmó éste lo que decía su mujer; dejando sus herramientas y aligerándose de ropa, se hizo encender una luz, dar una raedera, se metió en el tonel y se puso a rascarlo. Su mujer, como si quisiera ver lo que él hacía, metió la cabeza por la boca del tonel, que no era muy grande, uno de los brazos con todo el hombro, y empezó a decirle:

—Rasca aquí y aquí, y ahí también... Mira, ahí ha quedado un poquito.

Y mientras así estaba, le hacía indicaciones al marido. Giannello, que aquella mañana apenas había podido satisfacer sus deseos cuando llegó el marido, arreglóselas como pudo para realizarlo. A un tiempo mismo casi terminaron su tarea el amante y el marido, apartándose el primero de Peronella, y sacando éste la cabeza del tonel salió afuera el marido, y Peronella le dijo a Giannello:

—Tomad esta luz, buen hombre, y ved si está limpio a vuestro gusto.

Hízolo así el amante, dijo que estaba bien, y entregándole siete florines, se lo hizo llevar a su casa.

Cuento tercero

La oración contra las lombrices

Fray Reinaldo se acuesta con la comadre; encuéntrale el marido con ella en la habitación, y le hacen creer que él le exorcizaba las lombrices al hijo de ellos.

Cuando el rey comprendió que Filostrato había terminado su historia, díjole a Elisa que hablase. Ésta, dispuesta a obedecer, empezó así:

—Agradables damas: el conjuro del fantasma de Emilia, me ha traído a la memoria un cuento de otro conjuro que, aun cuando no sea tan bonito como aquél, lo referiré, porque de momento no se me ocurre otro adecuado a nuestro tema.

Vosotras debéis saber que en Siena hubo en otro tiempo un joven muy galante y de distinguida familia, que se llamaba Reinaldo; el cual, como amase en gran manera a una vecina suya muy bella, esposa de un hombre rico, procuró ver si podía hallar el medio de hablarle, sin infundir sospechas, para lograr de ella todo lo que deseaba; mas no viendo manera alguna, y estando encinta la mujer, pensó en ser padrino o compadre suyo; por lo que, avistándose con el marido de ella, se lo dijo de la manera más prudente que pudo, quedando acordes.

Habiéndose hecho, pues, Reinaldo compadre de la señora Inés, y teniendo así medio más disimulado para poderla hablar, se aseguró, por lo que dio a entender a ella su intención, de que ella ya mucho antes se lo había conocido en la expresión de sus ojos; pero poco le valió, por más que a ella no le desagradó oírle.

Poco después acaeció que, fuera por lo que fuera, Reinaldo se hizo fraile, perseverando en su estado. Y aun cuando él, al hacerse fraile, puso de lado el amor que profesaba a su comadre y algunas otras presunciones que tenía, sin embargo, en el decurso del tiempo, las recobró sin dejar el hábito. Empezó complaciéndose en figurar y vestir buenas ropas, en ser en todas sus cosas galante y presuntuoso, escribir canciones, sonetos, baladas y en cantar, y hacer muchas otras cosas parecidas.

Pero ¿qué digo de nuestro fray Reinaldo? ¿Cuáles son los que no hacen otro tanto?

Habiendo, pues, vuelto fray Reinaldo a sus anteriores apetitos, empezó por visitar muy a menudo a su comadre; habiéndosele aumentado el atrevimiento, empezó a solicitarla con más insistencia que antes. La buena mujer, al verse tan asediada y pareciéndole fray Reinaldo más guapo tal vez de lo que antes le parecía, viéndose cierto día muy requerida por él, recurrió a lo que hacen todas las que tienen ganas de conceder lo que se les pide, diciendo:

—¡Cómo, fray Reinaldo! ¿Tales cosas hacen los frailes?

A lo cual éste contestó:

—En cuanto me quite de encima esta capa, que muy fácilmente me la quito, os pareceré un hombre como los demás y no un fraile.

La mujer puso la cara risueña, y dijo:

—Pero, triste de mí, vos sois mi compadre; ¿cómo puede ser esto? Sería un pecado muy grande; y en verdad, si no fuera por eso, yo haría lo que vos queréis.

—Sois una tonta —observó fray Reinaldo— si por esto os contenéis. No digo que no sea pecado, pero mayores los perdona Dios al que se arrepiente. Pero decidme: ¿quién es más pariente de vuestro hijo: yo que lo llevé a cristianar o vuestro marido, que lo engendró?

—Mi marido es más pariente suyo —dijo la mujer.

Y repuso el fraile:

—Y decís verdad; sin embargo, ¿no se acuesta con vos vuestro marido?

—Cierto que sí —respondió la mujer.

—Pues entonces —dijo el fraile— yo, que soy menos pariente de vuestro hijo de lo que vuestro marido lo es, bien puedo hacer con vos lo mismo que hace él...

La mujer, que no entendía de lógicas, fingió creer que el padre decía la verdad, por lo que respondió:

—¿Quién es capaz de responder a vuestras sabias palabras?

Y después, a pesar del compadrazgo, accedió a lo que él deseaba. Y como bajo la capa de este mismo compadrazgo eran menos fáciles las sospechas, fueron no una, sino muchas las veces que juntos se encontraron. Pero en una de estas ocasiones, habiendo ido fray Reinaldo a casa de su comadre y viendo que no había allí más que una criadita de la mujer, bastante linda y agraciada, envió a su compañero con ella al palomar para que le enseñase el Padrenuestro, y él con la mujer, que llevaba su hijo de la mano, entraron en la habitación, se encerraron dentro y se sentaron encima de un sofá que allí había, empezando a solazarse.

Mientras se hallaban así entretenidos, acaeció que volvió el compadre sin que nadie reparase en él, se fue a la puerta de su habitación y golpeó en ella llamando a su mujer. Al oírle ella, exclamó:

—Soy muerta, pues ahí está mi marido. Ahora se dará cuenta de lo que motiva nuestra intimidad.

Fray Reinaldo, que se había despojado de su capa y de su escapulario, al oír esto contestó:

—Decís verdad. Si a lo menos estuviera vestido, de algún modo lo arreglaríamos; pero si le abris y me encuentra así, no se le podrá dar excusa alguna.

Acudiósele a la mujer un rápido pensamiento, y repuso:

—Empezad por vestiros; así que lo estéis, tomad en brazos vuestro ahijado y fijaos bien en lo que yo diga a mi marido, para que vuestras palabras estén luego acordes con las mías, y dejadme.

No había acabado de llamar aún el buen hombre, cuando la esposa respondió que iba a abrirle. Y levantándose, se dirigió con cara afable a la puerta de la habitación y la abrió, añadiendo:

—Sábetе, marido mío, que nuestro compadre, fray Reinaldo, ha venido aquí; Dios nos lo mandó, pues a fe que si no hubiese venido, hoy habríamos perdido a nuestro hijo.

Al oír el bendito estas palabras, sintióse desfallecer y dijo:

—¡Cómo!

—¡Ay, marido mío! —añadió la mujer—. Le sobrevino hace un rato, de repente, un desfallecimiento tal, que me figuré se había muerto. No sabía qué hacer ni qué decir; mas en eso ha llegado nuestro compadre Reinaldo, quien tomando al niño en brazos, ha dicho: “Comadre, esto son las lombrices que tiene en el cuerpo, que le oprimen el corazón y que indefectiblemente le matarían; pero no tengáis miedo, que yo las exorcizaré y las mataré a todas. Antes que me vaya de aquí, veréis a vuestro hijo tan sano como nunca le habéis visto”. Y como te necesitábamos para decir ciertas oraciones y la muchacha no te supo hallar, se las hizo decir a su compañero en el sitio más alto de nuestra casa, y él junto conmigo, nos metimos aquí dentro. Y para que nadie nos molestase, nos hemos encerrado aquí; aún tiene el niño en brazos, no esperando otra cosa sino que su compañero acabe de decir las oraciones para estar listo, pues el muerto ha vuelto ya completamente en sí.

Creuyendo el tonto esas cosas, oprimióle tanto el cariño del hijo, que no se le ocurrió el engaño que la mujer le hacía; antes por el contrario, lanzando un gran suspiro, dijo:

—Lo quiero ir a ver.

—No vayas —objetó su esposa—, que echarías a perder lo que se ha hecho. Espera; voy a ver si puedes ir y te llamaré.

El fraile, que lo había oído todo y se había vestido desahogadamente, había tomado en brazos al niño; así que tuvo las cosas dispuestas a su manera, llamó:

—Comadre, me parece oír ahí al compadre.

Y como el hombre respondiera afirmativamente, añadió:

—Pues venid aquí.

Obedeció el marido, y dijo el fraile:

—A Dios gracias, tenéis a vuestro hijo sano, cuando hace poco no creía que lo vieseis vivo por la noche. Ya podéis mandar poner una estatua de cera tan alta como él, en acción de gracias, delante de la imagen del señor san Ambrosio, por cuyos méritos os ha sido concedida esta gracia.

El muchacho, al ver a su padre, corrió hacia él y le acarició, como hacen los pequeños, y tomándole en brazos, llorando como si le sacara de la fosa, empezó a besarle, dando gracias al compadre que se lo había curado.

El compañero de fray Reinaldo, que no uno, sino más de cuatro Padrenuestros le había enseñado a la muchachuela, le había regalado una bolsita de hilo blanco, que una monja le regalara a él y la había hecho su devota; al oír que el marido llamaba a la puerta del cuarto de su mujer, acudió a un sitio desde donde podía ver y oír lo que allí pasaba; viendo la cosa en buena situación, se fue abajo, y entrando en la habitación, dijo:

—Fray Reinaldo, aquellas cuatro oraciones que me habéis encomendado las he dicho ya.

—Buen aliento tienes, hermano —contestóle el fraile—, y has hecho bien. En cambio yo, cuando mi compadre vino, no había hecho más que

dos, pero con tu trabajo y el mío hemos obtenido la gracia de que se haya curado el niño.

El bonachón del marido hizo traer dulces y buenos vinos y obsequió a su compadre y al compañero de éste con lo que más falta les hacía a ellos que a los otros.

Después, saliendo de casa con ellos les encomendó a Dios, y mandando hacer inmediatamente la figura de cera, la mandó colgar con las otras que estaban delante de la imagen de san Ambrosio, pero no la de Milán.

Cuento cuarto

El celoso burlado

Tófano deja una noche a su mujer fuera de casa, y ésta, no pudiendo hacerse abrir por ruegos, finge que se tira a un pozo, y arroja a él una enorme piedra. Tófano sale de casa y corre allí, y ella se mete en casa y cierra dejándole fuera a él injuriándolo a gritos.

El rey, en cuanto vio que había terminado el cuento de Elisa, volviéndose sin demora hacia Lauretta, le indicó que vería con gusto que tomase ella la palabra, Por lo cual ésta empezó en seguida a decir:

—¡Oh amor, cuántas y cuáles son tus fuerzas! ¡Cuántos los consejos y cuántos los acontecimientos! ¿Qué filósofo, ni qué artista habría podido o podría mostrar jamás esas previsiones, esas perspicacias, esas demostraciones que súbitamente haces tú a quien tus huellas sigue?

Realmente la doctrina de otro cualquiera es retrasada comparada con la tuya, como bastante bien se puede comprender en cuantas cosas acaban de explicarse. A las cuales, cariñosas damas, agregaré yo una llevada a cabo por una mujer muy sencilla, tal que no sé quién pudiera habérsela inspirado como no fuera el amor.

Hubo, pues, en otro tiempo, en Arezzo, un hombre acaudalado, que se llamó Tófano. A éste se le dio por esposa una mujer hermosísima, que se llamó Ghita, de la cual no tardó él, sin saber por qué, en estar celoso.

Como de esto se diera cuenta la mujer, lo tomó a mal, y habiéndole pedido muchas veces cuál era la causa de sus celos sin que él hubiera podido señalarle ninguna, salvo alguna general y extraña, propúsose la mujer hacerle morir del mal del cual sin razón tenía miedo. Y habiendo reparado que un joven, muy buen sujeto a su parecer, la cortejaba discretamente, empezó a entenderse con él.

Y habiendo adelantado tal la cosa entre él y ella que sólo les faltaba convertir en obras las palabras, pensó la mujer hallar igualmente medio de llegar a eso. Y habiendo conocido ya entre las malas costumbres de su marido, la afición que éste tenía a la bebida, no solamente empezó a alabársela, sino con

astucia le incitaba con mucha frecuencia a ella. Y tanto se acostumbró, que casi siempre que ella quería le llevaba hasta la embriaguez; y cuando le veía bien borracho le hacía acostar. Al principio iba así a encontrarse con su amante, y después ya siguió yendo a encontrarle con menores prevenciones.

Y tanta confianza adquirió en la embriaguez de su marido, que no solamente se había atrevido a llevarse a su propia casa al amante, sino que algunas veces iba a pasar una gran parte de la noche a la casa de él, que no estaba muy distante de la suya. Y continuando de esta suerte la enamorada mujer, acaeció que el paciente marido llegó a advertir que ella, cuando le excitaba a beber, nunca bebía: esto le hizo concebir sospechas de lo que realmente pasaba, esto es, que la mujer le emborrachaba para poder luego hacer lo que le acomodase mientras estuviera dormido él. Y queriendo averiguar si realmente era así, cierta noche, sin haber bebido en todo el día, fingió, en el hablar y en el hacer, que estaba completamente borracho. Creyóselo lo mujer, y no juzgando que necesitara más vino, se apresuró a llevarle a dormir la mona.

Hecho esto, salió de casa como otras veces había acostumbrado hacerlo, se fue a la de su amante y allí estuvo hasta la medianoche. Tófano, en cuanto notó que ya no estaba su mujer, levantóse, dirigióse a la puerta de la calle, la cerró por dentro y se asomó a la ventana para ver venir a su mujer y darle a entender que se había dado cuenta de su conducta; y allí estuvo hasta que volvió la mujer.

Esta, al volver a casa y hallar cerrada la puerta, tuvo un verdadero pesar y probó de abrir a la fuerza la puerta.

Después de haberla dejado hacer por algún rato, Tófano le dijo:

—En vano te cansas, mujer, pues no podrás volver a entrar aquí. Anda, vuélvete adonde has estado hasta ahora, y ten por seguro que no has de volver aquí hasta que te haya pagado yo como mereces esta deuda en presencia de tus parientes y de los vecinos.

La mujer empezó a rogarle por amor de Dios que le hiciera el favor de abrirle, puesto que ella no venía de donde él se figuraba, sino de velar con una vecina suya, porque las noches eran largas y no podía dormir todas sus horas, y para no velar sola en casa.

Nada alcanzaron las súplicas, pues aquel estúpido prefería que todos los aretinos se enteraran de su deshonra, cuando nadie estaba enterado de ello.

Viendo la mujer, que de nada le servían las súplicas, recurrió a las amenazas y dijo:

—Si no me abres la puerta, te haré el hombre más desgraciado del mundo.

—¿Y qué me puedes hacer tú? —preguntó el marido.

La mujer, a quien Amor había aguzado ya el ingenio con sus consejos, respondió:

—Antes de que consienta yo en pasar por la vergüenza que sin razón me quieres hacer recibir, me arrojaré a este pozo que hay aquí cerca, y cuando en él luego me hallen muerta, todo el mundo creerá que has sido tú,

quien en tu borrachera me has arrojado a él, y así te verás obligado a huir, perder lo que tienes o estar desterrado o tendrán que cortarte la cabeza por haberme asesinado, pues realmente habrás sido tú.

Esas palabras no lograron sacar de su terquedad a Tófano, por lo cual, la mujer añadió:

—No puedo soportar ya por más tiempo esta situación, Dios te perdóne: ahí te dejo mi huella.

Y dicho esto, como era tan oscura la noche, que apenas unos a otros hubieran podido verse por la calle, encaminóse al pozo la mujer y, tomando una enorme piedra que al pie de éste había, la dejó caer dentro del pozo, gritando:

—¡Perdóname, Dios mío!

La piedra, al llegar al agua, produjo un gran estruendo. Tófano, al oírlo, creyó que verdaderamente su mujer se había arrojado al pozo, por lo cual, tomando un cubo y una cuerda, salió rápidamente de casa para acudir en su auxilio.

La mujer, que se había escondido junto a la puerta de su casa, en cuanto le vio correr hacia el pozo, entróse en la casa, y se encerró por dentro, luego fue a asomarse a la ventana y empezó a dar voces. Al oírla Tófano deteniéndose escamado, vuélvese hacia la puerta, y no pudiendo entrar, empieza a pedir que le abra.

La mujer, dejando de hablar en voz baja como hasta entonces había hecho, púsose a decir casi gritando:

—¡Anda, maldito borracho! Esta noche no entrarás, no puedo soportar por más tiempo esta conducta tuya; quiero que todo el mundo vea quién eres tú y a qué horas llegas a casa.

Por su parte Tófano, irritado, empezó a insultar y a gritar; al oír este alboroto levantáronse los vecinos, hombres y mujeres, se asomaron a las ventanas, preguntando qué era aquéllo. La mujer empezó a decir llorando:

—Es ese hombre criminal, que siempre llega borracho a casa, o se duerme por las tabernas y luego vuelve a casa tan a deshora; como he soportado eso por largo tiempo, no me agrada ni puedo soportarlo más, he querido hacerle pasar por la vergüenza de dejarle fuera de casa, para ver si logro que se enmiende.

Tófano, por su parte, contaba cómo había pasado la cosa y profería grandes amenazas contra ella. La mujer decía, dirigiéndose a sus vecinos:

—¡Yá veis qué clase de hombre es éste! ¿Qué diríais si yo estuviese en la calle como él, y él estuviese en casa como yo? A fe, dudo que creyerais que él dice la verdad. En esto podéis conocer bien su juicio. Precisamente dice que yo he hecho lo que yo creo que ha hecho él, pues ha querido asustarme arrojando no sé qué al pozo; pero ojalá se hubiera arrojado él de veras y se hubiera ahogado, de manera que el vino que ha bebido de más se le hubiera aguada bien.

Los vecinos, hombres y mujeres empezaron a reprender a Tófano y a darle la culpa y a insultarle por lo que decía en contra de su mujer; y de tal manera se comunicó la voz por el vecindario, que llegó al fin a oídos

de los parientes de la mujer. Acudieron éstos, y enterados de lo que pasaba por varios vecinos, tomaron a Tófano y le dieron tal paliza, que le dejaron medio muerto.

Después, entrando en su casa, agarraron todo lo de la mujer y se marcharon con ella a casa de ellos, amenazando al marido con que le harían cosa peor. Al verse tan mal parado Tófano y comprendiendo que los celos le habían llevado a tal extremo, como quería mucho a su mujer, tuvo algunos amigos que se pusieron de por medio, y tanto se esforzó, que al fin consiguió que su mujer volviera al lado de él, prometiéndole nunca más estar celoso: y a más de eso le dio licencia para que hiciera su gusto, pero con tal prudencia que nadie se diera cuenta. De modo que, después de recibido el daño, entró todavía en componendas.

Cuento quinto

El celoso confesor

Un celoso, fingiéndose cura, confiesa a su mujer y ésta le hace ver que ama a un cura que va a verla cada noche, y mientras el celoso vigila en secreto la puerta, la mujer hace entrar a un amante suyo por el techo y permanece con él.

Terminado había Lauretta su relato, y el rey, para no perder tiempo, volvióse hacia Fiammetta y le encomendó afablemente que hablase, cosa que ésta hizo en los siguientes términos:

—Nobles damas: la precedente historia me lleva a hablar también de un celoso, opinando que lo que a ellos les hacen sus mujeres, sobre todo cuando se ponen celosos sin motivo, está bien hecho. Y si a todo atendieran los que forman las leyes, juzgo que en tales casos no deberían haber impuesto a la mujer otro castigo que el que imponen al que ofende a otro en defensa propia, pues los celosos son la pesadilla de la vida de las mujeres jóvenes, y todo su empeño ponen en procurarles la muerte.

Toda la semana pasan ellas encerradas, atendiendo a las necesidades de la casa y de la familia, deseando, como todo el mundo, tener algún solaz y algún descanso en los días festivos y poder proporcionarse alguna distracción, como lo hacen los labradores del campo, los obreros de la ciudad y los que rigen las cortes: como hizo Dios que en el día séptimo descansó de todas sus fatigas; y como lo quieren las leyes sagradas y las civiles, las cuales, atendiendo a la honra de Dios y al bien común de todos, han establecido distinción entre los días de trabajo y los de descanso.

Los celosos por nada consienten en esto, antes por el contrario, los que para todos los demás son alegres, hacen que sean más tristes y dolorosos para ellas, teniéndolas encerradas no sólo en su casa, sino hasta en su habitación, cosa que sólo las infelices que lo han probado saben cuán-

ta consunción sea. Por eso, en conclusión, lo que una mujer le hace a un marido celoso sin motivo, en realidad no se debería condenar, sino alabar.

Hubo, pues, en Rímini un mercader, bastante rico en haciendas y en dinero, que como tuviera por esposa a una mujer hermosísima, púsose desmesuradamente celoso de ella; sin tener otra razón para esto, sino la de que, como él la quería mucho y la creía muy hermosa, y conocía que ella ponía todo su ingenio en complacerle, figurábase que todos los hombres la querían, y que ella a todos les parecía hermosa, y además que hacía lo posible para agradar a los otros, como a él (razón de hombre malo y de poco seso). Y celoso como estaba, tantas precauciones tomaba, y tan estrecha la tenía, que tal vez no están tan bien guardados por los carceleros los que están condenados a la pena capital. La mujer, no hay que decir que no podía ir a bodas, ni a fiestas, ni a la iglesia, ni sacar los pies de casa por ningún estilo, y aun ni siquiera osaba asomarse a ventana alguna, ni a mirar fuera de casa por cualquier motivo; llevaba, por lo tanto, una vida muy triste, y con tanta mayor impaciencia soportaba estas molestias, cuanto menos culpable se consideraba.

Por lo cual, viéndose injuriada sin razón por su marido, procuró para su propio alivio hallar modo (si alguno haber podía), de que se le hiciera con razón. Y como no se podía asomar a la ventana y así no tenía medios de poder manifestarse contenta del amor de alguno que la hubiese requerido pasando por su calle, sabiendo que en la casa que estaba al lado de la suya, había un joven guapo y agradable, discurrió que si hubiese algún postigo en la pared que dividía su casa de aquella, mirar por él a menudo, hasta que viese al joven y le pudiera hablar y darle su amor si él lo quería recibir; y si podía ver medio de encontrarse con él alguna vez y pasar de esta manera su triste vida hasta que el diablo le quitara a su marido de encima.

Recorriendo la casa de un lado a otro cuando no estaba su marido, examinando la pared vio por casualidad en un sitio muy reservado de la casa que la pared estaba algo abierta por una hendidura. Mirando por ella, aun cuando no se podía distinguir con bastante claridad la parte opuesta, reparó que aquella hendidura iba a parar a una habitación, y dijo para sí: "Si ésta fuese la habitación de Felipe (es decir, del joven vecino suyo), ya tendría medio hecha mi empresa".

Y encomendó a una criada suya, que de ella se condolía, que se pusiera cautelosamente en acecho, y supo que realmente el joven dormía solo en aquella habitación. Por lo cual, mirando con frecuencia por la hendidura, y haciendo caer cascajo y chinias por ella, cuando observaba que estaba allí el joven, tanto hizo, que al fin el joven se aproximó allí para ver qué era aquello, y entonces ella le llamó en voz baja. Reconociendo él su voz, le respondió, y ella aprovechó aquella ocasión para exponerle en pocas palabras todo su pensamiento.

Contento de esto el joven, tanto trabajó por su parte, que logró agrandar el boquete, arreglándolo de manera que nadie pudiese reparar en él; y por allí se hablaban y se daban la mano muchas veces, no pudiendo ir más adelante, por la exquisita vigilancia del celoso. Ahora bien: como se aproxima-

ban las fiestas de Navidad, díjole la mujer a su marido, que si a él no le había de saber mal, quería ir ella el día de Navidad por la mañana a la iglesia y confesar y comulgar como hacen los demás cristianos. El celoso le preguntó:

—¿Y qué pecados has hecho tú, que te quieres confesar?

—¡Cómo! —exclamó ella—, ¿crees tú que porque me tengas aquí encerrada, he de ser una santa? Bien sabes tú que yo hago pecados como las demás personas, pero no te los quiero decir a ti, que no eres cura.

El celoso concibió sospechas al oír estas palabras y viniéronle ganas de saber qué pecados podía haber hecho ella, y discurrió la manera de conseguirlo, y respondió que estaba contento, pero que no quería que ella fuese a la iglesia sino a su capilla, y que fuera muy temprano y se confesase con su capellán o con cualquier cura que el capellán le designare y no otro, y se volviera inmediatamente a casa.

Parecióle a la mujer adivinar a medias su intención, pero se limitó a contestar que así lo haría. Llegada la mañana del día de Navidad, la mujer se levantó con la aurora, se compuso y se fue al templo que el marido le había señalado. Levantóse también por su parte el celoso, y se fue a la capilla, llegando antes que ella; y habiendo hablado con el capellán de lo que se proponía hacer, metióse a toda prisa uno de los hábitos del cura, con un gran capuchón ajustado que se echó algo hacia adelante, yendo a sentarse en el coro. Llegada la mujer a la capilla, preguntó por el cura. Presentósele éste y al decirle ella que se quería confesar, dijo que él no la podía atender, pero que ya le enviaría un compañero suyo.

Y alejándose, envió al celoso, por su mal. Presentándose éste con aire muy grave, aun cuando no era muy claro el día y se había echado él el capuchón muy hacia los ojos, no supo ocultarse tan bien, que no fuera reconocido por su mujer. Al verle ésta, dijo para sí: “Me alegro de que ése se haya transformado de celoso en cura, pero descuida, que yo te daré lo que andas buscando”.

Fingiéndose, pues, no conocerle, sentóse a sus pies. El señor celoso, se había puesto algunas piedrecitas en la boca para que le impidieran algo el habla, a fin de que por ésta no le reconociera su mujer, figurándose que estaba tan desconocido en todo lo demás, que no debía haber modo de que se le reconociera. Empezada la confesión, después que le hubo dicho que era casada, entre otras cosas de que se confesó, hubo la de que estaba enamorada de un cura, que cada noche se acostaba con ella. Al oír esto el celoso, parecióle que le daban una cuchillada en el corazón, y a no haber sido las ganas de saber más, habría interrumpido la confesión y se habría marchado. Manteniéndose, pues, firme, le preguntó a su mujer:

—¡Cómo! ¿No se acuesta con vos vuestro marido?

—Sí, padre —respondió ella.

—Pues entonces —repuso el celoso—, ¿cómo puede hacerlo también el cura?

—Padre —dijo la mujer—, no sé el cura cómo se las arregla, no hay en casa puerta que por bien cerrada que esté, que no se abra en cuanto llama él; y me dice que cuando llega a la de mi habitación, antes de abrirla, dice

ciertas palabras, en virtud de las cuales mi marido se duerme en seguida, y en cuanto le oye dormir, abre la puerta, entra y se está conmigo, y esto nunca falta.

Dijo entonces el celoso:

—Señora, esto está mal hecho, y es preciso que os abstengáis por completo de ello.

Replicó la mujer:

—Padre, esto no creo poderlo hacer jamás, porque le quiero demasiado.

—Entonces —observó el celoso—, no os podré absolver.

Y replicó la mujer:

—Lo siento: yo no vine aquí para deciros mentiras: si yo creyera poderlo hacer, os lo diría.

—En verdad os digo, señora, que os compadezco —repuso el celoso— pues veo que vais a perder vuestra alma, pero yo quiero, en beneficio vuestro, tomarme el trabajo de hacer mis oraciones especiales en vuestro nombre, que tal vez os aprovechen, y de vez en cuando, os mandaré un monaguillo de mi confianza a quien le diréis si os han aprovechado o no; y si os aprovechan, seguiremos adelante.

—Padre —objetó la mujer—, no hagáis eso de enviarme persona alguna a mi casa, porque mi marido es tan celoso, que si lo llegara a saber, nadie le sacaría de la cabeza la idea de que sólo por malas intenciones iba y lo pasaríais mal.

—Descuidad, señora —insistió el celoso—, que yo me arreglaré de manera que no os diga él palabra que ofenderos pueda.

—Si tanto os empeñáis, estoy conforme —dijo entonces la mujer.

Y hecha la confesión, tomada la penitencia y puesta de pie, se fue a oír misa. El celoso, echando resoplidos por su mala estrella, fue a despojarse de los hábitos de cura, y se volvió a su casa deseoso de hallar medio de encontrar juntos a la mujer y al cura, para jugarles una mala pasada al uno y a la otra. La mujer volvió de la iglesia, y perfectamente le conoció en la cara a su marido las malas pascuas que ella le había dado; aun cuando éste hacía todo lo posible para ocultar lo que había hecho y que le parecía saber. Y habiendo resuelto estarse en la noche siguiente junto a la puerta de la calle y esperar a que viniera el cura, le dijo a su esposa:

—Esta noche tengo que ir a cenar y dormir fuera de casa, y por lo tanto, cerraré bien la puerta de la calle, la de media escalera y la del cuarto, y puedes irte a dormir cuando quieras.

—Está bien —respondió la mujer.

Y cuando llegó la hora oportuna, se fue al boquete, e hizo la seña acostumbrada, y en cuanto la oyó Felipe, compareció inmediatamente. Contó ella lo que por la mañana había hecho, y lo que después de comer le había dicho su marido, y añadió:

—Segura estoy de que no saldrá de casa, pero se pondrá de centinela junto a la puerta; y por lo tanto, mira de hallar medio de que puedas venir aquí esta noche por el techo, para que podamos estar juntos.

Muy contento el joven, le dijo:

—Dejadme hacer, señora.

Llegada la noche, el celoso se fue a ocultar sigilosamente y armado, en una habitación del piso bajo, y la mujer, después de mandar cerrar todas las puertas y especialmente la de media escalera, para que su marido no pudiera subir, se encerró en su cuarto, acudió a su lado el joven entrando por el techo, y juntos y alegremente, pasaron la noche; y llegado el día, el joven se volvió a su casa. El celoso, afligido y sin cenar, y muriéndose de frío, permaneció casi toda la noche con sus armas al lado de la puerta, aguardando la llegada del cura: y al aproximarse el día, no pudiendo resistir más el sueño, se puso a dormir en la habitación del piso bajo. Levantándose a eso de las nueve, cuando estaba abierta ya la puerta de la casa, y fingiendo que venía de fuera, subió a las habitaciones interiores y almorzó. Y poco después envió a su esposa un muchacho, simulando ser el monaguillo enviado por el cura que la había confesado, preguntándole si quien ella sabía había vuelto a ir. La mujer, que conoció perfectamente la cosa, respondió que aquella noche no había venido, y que si continuaba no viniendo, bien podría ser que ella le olvidase, por más que no tenía ganas de olvidarle. ¿Qué os diré ahora? El celoso pasó muchas noches al pie de la puerta, con el deseo de sorprender al cura a su entrada, y su mujer las pasó solazándose con su amante. Al fin, el celoso, que ya no podía aguantar más, preguntó a su mujer con airado rostro, qué era lo que al cura le había dicho aquella mañana en que se había confesado. Contestóle ella que no se lo quería decir, porque no estaba bien, y su marido dijo:

—Mala mujer, yo sé a pesar tuyo lo que le dijiste; y es absolutamente preciso que sepa yo quién es ese cura de quien tan enamorada estás, y que cada noche se acuesta contigo valiéndose de sus ensalmos, si no quieres que te corte las venas.

Contestó la mujer que no era verdad que estuviese enamorada de cura alguno.

—¡Cómo! —exclamó el celoso—. ¿No le dijiste tal o cual cosa al cura que te confesó?

Contestó la mujer:

—Tan al dedillo te lo ha contado, que, si hubieras estado tú delante, no lo sabrías mejor; pues sí que se lo dije.

—Entonces —repuso el marido—, dime quién es este cura, y no tardes. Sonrióse la mujer y dijo:

—Me gusta mucho el ver cuando a un hombre de talento le conduce una sencilla mujer como se conduce por los cuernos a un borrego al matadero: aun cuando tú no eres hombre de talento, ni lo fuiste, desde el momento en que dejaste entrar en tu pecho el maligno espíritu de los celos, sin saber por qué: y cuanto más tonto y estúpido eres tú, tanto menor es la gloria que a mí me cabe. ¿Crees tú, marido mío, que tengo yo tan ciegos los ojos de la cara, como ciegos tienes tú los de la inteligencia? No por cierto; apenas miré, conocí quién era el cura que me había de confesar, y sé que fuiste tú mismo: sólo que me propuse darte lo que ibas buscando, y te lo di. Pero si tú hubieres tenido tanto talento como te parece tienes, no

habrías tratado de saber por aquel medio los secretos de tu buena esposa, y, sin concebir sospechas vanas, te habrías dado cuenta de que era verdad lo que te confesaba, sin haber pecado en cosa alguna. Yo te dije que amaba a un cura: ¿no estabas tú, a quien yo hago la tontería de amar, convertido en cura? Te dije que ninguna puerta de mi casa se le podía tener cerrada cuando quería venir a acostarse conmigo; ¿qué puerta no se te ha abierto en tu casa, cuando has querido venir adonde estaba yo? Te dije que el cura se acostaba cada noche conmigo; ¿cuándo no te acostaste conmigo tú? Y cada vez que me has enviado tu monaguillo, te he mandado a decir que el cura no había estado conmigo. Sólo un distraído como tú, que te has dejado cegar por tus celos, no habría entendido esto. Y te has estado en casa, pasando las noches de centinela junto a la puerta de la calle, mientras a mí has querido hacerme creer que ibas a cenar y a dormir fuera de casa. Corrígete de hoy en adelante y vuelve a ser hombre como sabías ser, y no hagas que se burle de ti quien conozca como yo la conozco, tu manera de obrar y renuncia a esa exquisita vigilancia a que te entregas; pues si a mí se me antojara ponerte los cuernos, aun cuando tuvieras cien ojos, así como tienes dos, haría sencillamente lo que se me antojara, de tal modo, que no te pecatarías de ello.

El infeliz celoso a quien le parecía haber sabido atrapar el secreto de su mujer, al oír todo esto quedó avergonzado y sin saber qué contestar, y tuvo por buena y cuerda a su mujer; y precisamente cuando más celos debía tener, fue cuando los rechazó, mientras que los había sufrido cuando de ellos no tenía necesidad. Lo cual dio por resultado que aquella mujer, autorizada casi para hacer lo que le acomodara, ya no hizo venir a su amante por el techo como a los gatos, sino que, no pocas veces, lo recibió discretamente por la puerta.

Cuento sexto

Doble estratagema

Isabetta, amada por un tal Lambertuccio, es visitada por éste mientras Leonello está con ella; vuelve el marido de Isabetta y ésta le saca fuera de su casa con un cuchillo en la mano, y después el marido acompaña a Leonello.

Mucho había gustado a los presentes el cuento de Fiammetta, afirmando todos que la mujer había obrado muy bien y tal como su bestial marido merecía; pero cuando estuvo terminado el cuento, ordenó el rey a Pamphinea que continuara, y ésta lo hizo así:

—Hay muchos que, hablando tontamente, dicen que el amor quita el seso, y hace casi volver distraído a quien ama. Opinión tonta me parece y aunque bastante lo han demostrado las historias contadas, yo pretendo igualmente demostrarlo.

En nuestra ciudad, donde abunda todo lo bueno, hubo una mujer joven y agraciada y bastante hermosa, que fue la esposa de un caballero muy bueno y valeroso. Y como acaece con frecuencia, que no sienta bien siempre un mismo maridar, antes por el contrario, se desea a veces variar, como a esta mujer no le satisfacía mucho su marido, se enamoró de un joven que se llamaba Leonello, bastante agradable y fino, por más que no era de ilustre nacimiento, y él también se enamoró de ella: y como ya sabéis que raras veces deja de efectuarse lo que las dos partes quieren, no transcurrió mucho tiempo sin que dieran satisfacción a su amor. Ahora bien, como ella era una mujer bonita y atractiva, acaeció que se enamoró perdidamente de ella un caballero llamado maese Lambertuccio, a quien ella por nada en el mundo podía resolverse a querer, porque le parecía un hombre desagradable y fastidioso. Mas éste no se cansó de requerirla por medio de recados, y como nada obtuviese y era un hombre poderoso, la amenazó con vituperarla si no accedía a sus deseos. Temerosa de esto la mujer, y conociéndole, se sometió a su voluntad. Isabel, que así se llamaba la mujer, había ido, como solemos hacerlo en verano, a una preciosa hacienda que tenía en el campo, y, cierta mañana en que su marido había marchado a caballo a algún paraje donde debía pasar algunos días, ella envió a decir a Leonello que viniese a verla, cosa que éste se apresuró a hacer. Maese Lambertuccio, enterado de que el marido estaba ausente, montó solo a caballo, encaminóse a la hacienda de ella y llamó a la puerta.

La criada de la mujer, al verle, corrió a la habitación donde se encontraba ella con Leonello, y llamándola aparte, le dijo:

—Señora, maese Lambertuccio está solo aquí abajo.

Al oír esto la mujer quedó profundamente desolada, y llena de miedo, le rogó a Leonello que consintiera en ocultarse detrás de la cortina del lecho hasta que maese Lambertuccio se marchase. Leonello, que no le tenía menos miedo del que le tenía ella mandó a la criada que fuese a abrir a maese Lambertuccio: abrió ésta, desmontó él de su caballo en el patio, lo ató por una brida a una argolla y se fue arriba.

La mujer, poniéndole buena cara y saliendo a recibirle en lo alto de la escalera, le acogió tan afablemente como pudo, y le preguntó a qué iba.

El caballero, después de abrazarla y besarla le dijo:

—Supe, vida mía, que vuestro marido estaba afuera y he venido a pasar un rato a vuestro lado.

Y dicho esto, entraron ambos en una habitación y se encerraron en ella. Y mientras él la colmaba de caricias, acaeció que, contra de todo lo que la mujer se figuraba, volvió el marido. Al verle cerca la criada, corrió de nuevo adonde se hallaba su ama, exclamando:

—Señora, ahí vuelve el amo: me figuro que está ya en el patio.

La mujer al oír esto, viéndose con dos hombres en casa, y al comprender además que al caballero no se le podía ocultar, porque tenía en el patio su caballo, se dio muerta. Sin embargo, lanzándose súbitamente del lecho al suelo, tomó su partido, y le dijo a maese Lambertuccio:

—Señor, si me amáis un poco y queréis salvarme de la muerte, haced

lo que os diré. Tomad en la mano vuestro puñal desnudo, y con cara feroz y con aire de rabia, bajaréis las escaleras y os marcharéis gritando: *Juro a Dios que lo cogeré en otro sitio*; y si mi marido intentase deteneros u os preguntase algo, no le contestéis otra cosa que la que os he dicho, y montad a caballo y por nada en el mundo os detengáis con él.

Maese Lambertuccio dijo que le parecía bien: y, desenvainando el puñal y con el semblante alterado por el cansancio y por la cólera que le producía el regreso del marido, hizo exactamente lo que la mujer le indicó. El marido de ésta, al desmontar en el patio se sorprendió a la vista del caballo y cuando se disponía a ir arriba, vio bajar a maese Lambertuccio, y le sorprendieron las palabras y el semblante de éste, y le preguntó:

—¿Qué es eso, caballero?

Maese Lambertuccio, poniendo el pie en el estribo y montando a caballo se limitó a gritar:

—Juro a Dios que yo le alcanzaré en otro sitio. —Y se marchó.

El buen señor, al subir las escaleras, halló en lo alto de ésta a su esposa asustada y temblando de miedo, y le preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿A quién va amenazando tan airado maese Lambertuccio?

Su mujer, encaminándose a su habitación para que Leonello la oyera, respondió:

—¡Ay esposo mío, esposo mío!, jamás tuve un miedo igual al de hoy. Vino a refugiarse aquí dentro un joven a quien no conozco y a quien maese Lambertuccio perseguía con el puñal en la mano, y como casualmente encontró abierta esta habitación, entró en ella y me dijo temblando de pies a cabeza: “Por Dios, señora, ayudadme, para que no me maten en vuestros brazos”. Yo me levanté y quería preguntarle de quién era y qué quería, cuando veo subir a maese Lambertuccio, gritando:

—“¿Dónde estás, traidor?”

Yo me planté en la puerta de la habitación y al querer él entrar en ella le contuve, y él fue tan atento, que, cuando vio que no me acomodaba que entrase aquí, dijo muchas cosas y se volvió, como habéis visto.

—Hiciste bien, esposa mía —dijo entonces el marido—, no se habría dado poco que hablar si hubieran asesinado aquí dentro a alguna persona; y maese Lambertuccio cometió una gran indignidad, persiguiendo a una persona que se había venido a refugiarse aquí.

Entonces el caballero dijo alzando la voz:

—¿Dónde estás? Ya puedes salir sin temor.

Leonello, que lo había oído todo, salió del sitio donde se había ocultado, con aire tan asustado, como si hubiese tenido miedo de veras.

Entonces el caballero le preguntó:

—¿Qué tienes que ver tú con maese Lambertuccio?

—Nada, señor, absolutamente nada —respondió el joven—, y por eso creo firmemente que no está en su entero juicio o que me ha tomado por otro, pues al verme en la carretera, a poca distancia de este palacio, ha echado mano a su puñal y ha gritado: “¡Traidor, date por muerto!”. Yo no me

detuve a pedirle explicaciones, sino que eché a correr cuanto pude y me vine aquí, donde gracias a Dios y a esta noble dama, me he salvado.

—Vaya, pues —repuso el caballero—, fuera miedo, yo te llevaré sano y salvo a tu casa, y después tú procura hacer de averiguar lo que tengas con ese hombre.

y después que hubieron cenado y le hizo montar a caballo, le condujo a Florencia y le dejó en su casa.

Leonello, siguiendo las instrucciones que recibió de su amada, aquella misma noche habló ocultamente con maese Lambertuccio, y tan bien de acuerdo se puso con él que, aun cuando después se habló mucho de aquel suceso, jamás se enteró el caballero de la burla que su esposa le había jugado.

Cuento séptimo

Cornudo y apaleado

Ludovico descubre a Beatriz su amor; ésta envía a Egano, su marido, a un jardín en lugar de ella y recibe a Ludovico: éste, después de haber estado con ella, va al jardín y apalea a Egano.

Sorprendente consideraron todos el caso de Isabetta, referido por Pampinea. Pero Filomena, a quien el rey había ordenado que continuase, dijo:

—Amables damas: a no equivocarme, voy a referiros ahora mismo uno que me parece no es menos bonito que ése.

Debéis saber que en otro tiempo había en París un hidalgo florentino, que la pobreza había convertido en mercader; tan bien le había ido con su negocio, que se había hecho inmensamente rico. Tenía de su mujer un solo hijo, al cual había puesto por nombre Ludovico, y para que se dedicase más a la nobleza de su padre que al negocio, aquél no le había querido establecer en tienda alguna, sino que le había colocado entre otros jóvenes nobles al servicio del rey de Francia, donde había aprendido costumbres muy distinguidas y cosas muy buenas. Y mientras allí vivía, acaeció que ciertos caballeros que habían vuelto del Santo Sepulcro, como se suscitara una conversación de jóvenes, entre los cuales se hallaba Ludovico, y les oyera hablar entre sí de las hermosas mujeres de Francia, Inglaterra y de otras partes del mundo, uno de ellos dijo que, a pesar de haber buscado mucho por el mundo y de haber visto muchas mujeres, nunca había visto belleza semejante a la de la esposa de Egano de los Galluzzi de Bolonia, llamada Beatriz, en lo cual estuvieron acordes todos sus compañeros que con él la habían admirado en Bolonia.

Al oír esto Ludovico, que de ninguna mujer se había enamorado aún, sintió tan ardientes deseos de verla, que no tenía otra cosa en el pensamiento. Enteramente dispuesto a ir a verla y quedarse allá si ella le gustaba, hi-

zo creer a su padre que tenía ganas de ir al Santo Sepulcro; para lo cual éste le dio permiso de bastante mala gana.

Tomó, pues, el nombre de Anichino, llegó a Bolonia y quiso la fortuna que al día siguiente viese a aquella mujer en unas fiestas, pareciéndole extraordinariamente más hermosa de lo que se la había imaginado; por lo cual, habiéndose enamorado apasionadamente de ella, hizo el propósito de nunca más abandonar Bolonia si conquistaba su amor.

Discurriendo sobre el camino que debía tomar para lograrlo, acabó por pensar que, si pudiera llegar a ser un servidor del marido de ella, que tenía muchos, tal vez podría lograr lo que deseaba. Vendió, pues, sus caballos, despidió su servidumbre con buenas condiciones, conviniendo en que todos fingirían no conocerle, y dirigiéndose desde luego a su huésped, le dijo que con mucho gusto se pondría al servicio de algún señor de buenas circunstancias si lo pudiera encontrar.

El huésped le dijo:

—Tú eres apropiado para un caballero de este país que se llama Egano, que tiene muchos servidores y que los quiere todos que tengan una presencia por el estilo de la que tú tienes; le hablaré.

Y lo hizo tal como lo dijo; así fue, que antes de separarse de Egano, quedó admitido Anichino, que le gustó de una manera indecible. Y viviendo con Egano y teniendo ocasión de ver con frecuencia a su mujer, tan bien y tan a gusto sirvió a Egano, y éste tal cariño le puso, que nada sabía hacer sin él; llegando a encargarle el gobierno de todo.

Cierto día en que Egano había ido a cazar y Anichino se había quedado en casa, Beatriz, que aún no se había percatado de su amor, a pesar de que anteriormente le había elogiado mucho y le agradaba por haberse fijado bastantes veces en él y en sus maneras, se puso a jugar con él a las damas. Anichino, que deseaba agradarle, le dejaba ganar adrede, con gran alegría de ella. Y como se habían marchado todas las camareras de ella que contemplaban el juego, habiéndoles dejado solos, Anichino lanzó un profundo suspiro.

Mirándole la dama, preguntó:

—¿Qué tienes, Anichino? ¿Te pesa que yo te gane?

—Señora —respondió Anichino—, cosa mucho mayor que ésta fue la causa de mi suspiro.

Dijo entonces la dama:

—Por el cariño que me tienes, que me lo digas.

Cuando Anichino oyó que aquella a quien amaba sobre todas las cosas, le conjuraba *por el cariño que me tienes*, dejó escapar un suspiro mucho más profundo de lo que el primero había sido; por lo cual la dama insistió todavía más en que le dijera cuál era la causa de su tristeza.

—Señora —díjole Anichino—, mucho temo desagradaros si os lo digo; luego, temo que no se lo contéis a otra persona.

Repuso la dama:

—Ten por seguro que no has de molestarme, y de que, cosa que tú me digas, jamás se la diré a otro sino cuando a ti te plazca.

Dijo entonces Anichino:

—Puesto que me hacéis esta promesa, os lo diré.

Y casi con lágrimas en los ojos, le dijo quién era él, lo que de ella había oído decir, cuándo y cómo se había enamorado de ella y por qué había entrado al servicio de su marido. Después, humildemente, le suplicó que, si era posible, le diese el gusto de apiadarse de él y de complacerle en éste su secreto y tan ferviente deseo y que si no quería hacer esto, consintiera que la amase él dejándole cerca de ella en el estado en que se hallaba.

¡Oh singular dulzura de la sangre boloñesa! ¡Cuán digna de alabanza has sido siempre en semejantes casos! Jamás fuiste muda a las lágrimas ni a los suspiros; siempre diste piadosos oídos a los ruegos y fuiste flexible a los deseos amorosos.

—Si yo —le decía Anichino— tuviese que tributarte dignas alabanzas, mis labios se cansarían de pronunciarlas.

La gentil dama tenía fija la mirada en Anichino, mientras éste hablaba, y dando entero crédito a sus palabras, se dejó impresionar de tal modo por sus súplicas, que a su vez se puso a suspirar. Luego respondió:

—No te desanimes, tierno Anichino mío; ni dones, ni promesas, ni galanterías de noble joven ni de gran señor, ni de otro cualquiera (pues por muchos he sido y soy aún solicitada), jamás pudieron conmovier mi espíritu hasta el punto de llegar a amar a alguno de ellos; pero tú, en tan corto espacio de tiempo como tus palabras han durado, me has hecho más tuya de lo que mía soy. Considero que has ganado muy bien mi amor; por esto te lo doy, y te prometo que de él gozarás antes que transcurra del todo esta noche que viene. Y para que esto tenga efecto, procurarás venir a mi habitación a eso de la medianoche: yo dejaré la puerta abierta; tú sabes la parte del lecho que ocupo; irás allá, y si duermo harás por despertarme y te daré el consuelo que por tanto tiempo has deseado, y en fe de esto, quiero darte un beso en arras.

Y rodeándole el cuello con un brazo, le dio un amoroso beso, que Anichino le devolvió.

Dicho todo esto, Anichino se separó de la dama y fue a ocuparse en sus tareas, esperando con indecible alegría que llegara la noche.

Egano volvió de cazar; cenó, y como estaba fatigado, se fue después a dormir, yendo después la dama, quien dejó abierta la puerta de la habitación, según había prometido.

A la hora que se le había fijado, vino Anichino, y entrando cautelosamente en la habitación, cerró por dentro la puerta, se encaminó hacia el lado donde dormía la dama y la encontró despierta. Al sentirle ella a su lado, tomó su mano entre las de ella, y reteniéndola con fuerza, empezó a dar tales vueltas por la cama, que despertó a Egano. Al oírle despierto, le dijo:

—Anoche nada te quise decir porque te creía cansado; mas por tu salud, Egano, dime: ¿cuál de tus servidores tienes por el mejor, el más leal y por el que más te ama de cuantos tienes en casa?

Egano respondió:

—¿A qué viene, esposa mía, hacerme esta pregunta? ¿No lo conoces

tú? Ninguno tengo ni tuve jamás de quien tanto me fiase o me fío o quiero, como me fío y como quiero a mi Anichino. Pero ¿por qué lo preguntas?

Anichino, al oír que Egano estaba despierto y que hablaba de él, varias veces había tirado hacia sí la mano para irse, teniendo gran temor de que la dama le quisiera engañar, mas ella le tenía cogido con tal fuerza, que no le era posible alejarse.

La dama respondió a Egano en estos términos:

—Te lo diré; yo creía que era lo que tú dices y que te era más leal que otro alguno; pero me ha desilusionado, porque cuando tú te fuistes hoy a cazar se quedó aquí, y cuanto tiempo le plugo no se avergonzó de pedirme que yo accediera a sus deseos; y yo, para no tener necesidad de demostrarte con demasiadas pruebas y para que tú mismo lo vieras y tocaras, le contesté que consentía y que hoy, después de medianoche, iría yo a nuestro jardín y le esperaré al pie del pino. Ahora bien; yo, por mí no tengo ganas de ir, pero si tú quieres conocer la lealtad de tu servidor, puedes fácilmente, poniéndote encima uno de mis vestidos y un velo en la cabeza, andar y esperarle allá abajo, a ver si irá él, que estoy segura que sí.

Al oír Egano esto, repuso:

—Realmente necesito verlo.

Y levantándose, púsose a obscuras y lo mejor que supo un vestido de su mujer, cubriéndose con un velo la cabeza, se fue al jardín y se puso a esperar al pie del árbol a Anichino.

La dama, en cuanto se convenció de que él se había levantado y salido de la habitación, se levantó también y cerró por dentro la puerta.

Anichino, que nunca en su vida había sentido mayor miedo y que había hecho todos los esfuerzos imaginables para desprender su mano de las de la dama y que cien mil veces había maldecido a ella, a su amor y a sí mismo que de ella se había fiado, al observar al fin lo que había hecho ella, experimentó un indecible placer, y al volver ella a su lado dejóse llevar por ella y con ella permaneció solazándose por largo espacio de tiempo. Después, pareciéndole a la dama que Anichino no debía seguir ya a su lado, le despidió, diciéndole:

—Dulce boca mía, vas a tomar un buen palo e irte al jardín, y fingiendo haberme requerido de amores para probarme, llenarás de insultos a Egano como si a mí fuera a quien los dirigieras, y me lo apalearás de lo lindo, cosa de lo cual resultará asombroso goce y placer para nosotros.

Dirigióse Anichino al jardín llevando un tronco de sauce silvestre en la mano, y cuando estuvo junto al pino y Egano le vio venir, levantose éste y le salió al encuentro como si quisiera recibirle con gran agasajo.

Mas Anichino le dijo:

—¡Mujer infame! ¿De modo que has venido aquí y has creído que yo quería inferir esta ofensa a mi señor? ¡Mil veces mal venida seas!

Y alzando el palo, lo enarboló en el aire.

Egano, al oír estas palabras y ver el palo al aire, echó a correr sin articular palabra, seguido de Anichino que iba diciendo:

—Arre allá, mujer criminal; mala muerte te dé Dios, que mañana por la mañana se lo contaré yo a Egano.

Después de haber recibido una buena tanda de palos, Egano se volvió a toda prisa a su habitación, y como su esposa le preguntara si Anichino había ido al jardín:

—Ojalá no hubiera ido, pues creyéndose que yo era tú, me ha molido a palos y me ha dirigido más insultos de los que nunca a infeliz mujer alguna se le hayan dirigido. Ciertamente me extrañaba mucho de él que te hubiese dirigido aquellas palabras con intención de deshonrarme; lo que hay es, que como te vio tan afable y cariñosa, te quiso probar.

—Cuánto me place —exclamó entonces la dama—, que nos haya probado; él a mí, con palabras, y a ti con hechos, y creo que podrá decir que soporto yo con mayor paciencia las palabras de lo que soportas tú los hechos. Mas, pues tan leal te es, merece ser honrado.

—Realmente dices la verdad —afirmó Egano.

Y tomando pie de esto, estaba seguro de tener la esposa más leal y el servidor más fiel que caballero alguno hubiere tenido jamás. Por lo cual, como después varias veces él y ella hubiesen bromeado con Anichino sobre este suceso, Anichino y la dama se vieron con mayor libertad de la que tal vez habrían tenido para hacer su gusto mientras a él le plugo vivir con Egano en Bolonia.

Cuento octavo

La mujer astuta

Uno se pone celoso de su mujer, y ella, atándose por la noche un hilo bramante en el dedo, oye venir a su amante. Adviértelo el marido y mientras sigue a su amante, su mujer mete en la cama, en lugar de ella, a otra mujer a quien el marido pega y le corta las trenzas, y luego va en busca de los hermanos de ella, quienes al ver que eso no es cierto, le insultan.

Les parecía a todos que Beatriz había sido extrañamente maliciosa al burlarse de su marido y comprendían asimismo que debía haber sido muy grande el miedo de Anichino, cuando, fuertemente retenido por la dama, le oyó decir que él la había requerido de amores; pero cuando el rey vio que Filomena callaba, volviéndose a Neifile, dijo:

—Hablad vos.

Ésta, sonriéndose antes, empezó:

—No es poca la apretura en que me veo, hermosas damas, para lograr con una bonita historia contentaros como os han contentado las que a ésta han precedido, pero con la ayuda de Dios espero que lo conseguiré.

Debéis, pues, saber que en nuestra ciudad hubo en otro tiempo un mercader riquísimo llamado Righuccio Berlinghieri, al cual se le ocurrió la necia idea, que todavía hoy se les ocurre muy a menudo a los comerciantes, de hacerse noble por medio del matrimonio, y tomó por esposa una noble

joven, pero que no le convenía, que se llamaba Segismunda. Ésta, como que él pasaba mucho tiempo fuera de casa, como suelen hacer los comerciantes y estaba poco al lado de ella, se enamoró de un joven llamado Roberto, que la había pretendido largamente. Y habiendo tomado mucha confianza con él y obrando tal vez con poca discreción por ser sumamente de su agrado, acaeció que, o fuera porque Righuccio llegara a oír algo de lo que pasaba, o fuera por otra causa cualquiera, empezó a ponerse extraordinariamente celoso, y renunciando a salir de casa y a todos sus negocios, ocupábase exclusivamente en vigilar cuidadosamente a su mujer; nunca se iba a acostar hasta que había oído acostarse a su mujer, cosa que a ésta le causaba gran pesar porque no hallaba medio de encontrarse con su Roberto. Mucho discurrió ella para ver de hallar algún medio de avistarse con él, mayormente cuando él no cesaba de solicitarla, y al fin se le ocurrió la siguiente idea: como su habitación estaba inmediata a la calle y como muchas veces hubiese notado que a Rhiguccio le costaba mucho el dormirse, pero que luego dormía profundamente, pensó hacer venir a Roberto a eso de medianoche a la puerta de su casa, ir ella misma a abrírsele y estarse un rato con él mientras su marido dormía a pierna suelta. Y para lograr poder oírle cuando llegaba, a fin de que nadie se diera cuenta de sus entrevistas, resolvió poner un bramante que colgara fuera de la ventana de su cuarto, de manera que uno de sus cabos llegase al suelo de la calle, y el otro cabo, descendiendo desde el antepecho de la ventana por el suelo, fuera a parar disimuladamente a su cama, ocultándose entre las sábanas y cuando ella se acostara se lo ataría al dedo gordo del pie. Envió después a decir esto a Roberto, indicándole que, cuando viniese, tirara del bramante, y ella, si su marido dormía, lo dejaría y se iría abrirle, y si no dormía cogería con fuerza el bramante y tiraría de él a fin de que el otro no esperara en vano, cosa que agradó a Roberto y bastantes veces aprovechó, pudiendo algunas estar con ella y otras no.

Hacía algún tiempo que se valían de este artificio para verse y estar juntos, cuando últimamente acaeció cierta noche que mientras dormía la mujer, como el marido extendiera el pie por la cama tropezó con el bramante, por lo cual, llevando a él la mano y hallándole atado al pie de su esposa, dijo para sí:

—Esto debe ser alguna trampa.

Y reparando que el bramante salía fuera de la ventana, lo tuvo como cosa cierta; por lo cual, cortándolo cautelosamente del dedo de su consorte, lo ató al suyo y se puso alerta para ver lo que aquello significaba. No tardó mucho en llegar Roberto y tiró del bramante como solía; sintió Righuccio el tirón, pero no habiéndoselo sabido atar bien, y habiendo Roberto, por otra parte, tirado con fuerza, escapósele del dedo al marido, y el amante, al notar que el hilo se le quedaba todo en la mano, supuso que tenía que aguardar, y así lo hizo. Righuccio, levantándose precipitadamente y tomando sus armas, corrió a la puerta para ver quién era él y hacérsela pagar cara. Con todo y ser hombre de negocios, Righuccio estaba montado a la antigua, y llegado a la puerta, como no la abriese despacito como solía hacerlo la mujer, Roberto, que estaba aguardando, se dio cuenta de

lo que pasaba, esto es, de que quien abría la puerta era Righuccio; por lo cual apresuradamente echó a correr, y Righuccio fue en su seguimiento. Al fin, como Roberto hubiese continuado huyendo largo rato sin que el otro cesara de correr en pos de él, Roberto, que iba armado, desenvainó la espada, y volviéndose a hacer frente a su perseguidor, empezaron a atacar el uno y a defenderse el otro.

Despertó la mujer al abrir su marido la puerta de la habitación, y hallándose cortado el bramante que tenía atado al dedo del pie, comprendió desde luego que estaba descubierto su ardid; y oyendo que Righuccio iba persiguiendo a Roberto, apresuróse a dejar la cama y presumiendo lo que debía suceder, llamó a su criada, que lo sabía todo; tanto le suplicó, que logró colocarla en la cama en lugar suyo, rogándola que sin darse a conocer soportara pacientemente los golpes y denuestos de Righuccio, que ella se lo recompensaría tan debidamente, que no tendría motivo de quejarse. Y apagando la luz que ardía en la habitación, salió de ésta. Oculta en un lugar de la casa, aguardó allí lo que iba a suceder. Los vecinos oyeron la riña entre Righuccio y Roberto, y levantándose, empezaron a denostarles; Righuccio, temiendo ser reconocido, se volvió hacia su casa, irritado y de mal talante, dejando a aquel joven sin haber podido saber quién era, ni causarle daño alguno. Llegado a su habitación, empezó a decir con encolerizado tono:

—¿Dónde estás, mujer infame? Has apagado la luz para que no te encuentre, pero la has errado—. Y dirigiéndose al lecho, cogió a la criada, creyéndose que era su mujer, le dio tal tanda de puntapiés y puñetazos, que le magulló todo el rostro; y finalmente, le cortó los cabellos, sin cesar de dirigirle las más humillantes palabras que jamás se hayan dicho a cualquier infeliz mujer. Lloraba copiosamente la criada, como que tenía de qué, y aun cuando alguna vez exclamaba: “¡Ay de mí! ¡Piedad! ¡Oh, basta ya!”, resultaba con el llanto tan quebrantada la voz y se hallaba Righuccio tan cegado por su furor, que no podía éste distinguir si aquella voz era la de su esposa o la de otra mujer. Después que le hubo pegado de mala manera y le hubo cortado los cabellos como llevo dicho, añadió.

—Mujer malvada, no quiero tocarte más; iré a buscar a tus hermanos y les contaré tus hazañas; y luego, que vengan por ti y hagan lo que les parezca más honroso para ellos, y se te lleven, porque lo que es en esta casa ya no permanecerás más tiempo.

Y dicho esto, salió de la habitación, que cerró por fuera y se marchó a la calle. Cuando Segismunda, que lo había oído todo, observó que su marido se había marchado, abrió la habitación y encendió de nuevo la luz, encontrando a su criada en el más deplorable estado y llorando desolada; la consoló como mejor pudo y la acompañó de nuevo a su cuarto, donde la hizo servir y cuidar en secreto; la recompensó tan espléndidamente con dinero del mismo Righuccio, que la joven se dio por muy satisfecha. Y cuando hubo devuelto a la criada a su cuarto, apresuróse a rehacer la cama de su habitación, arreglándola y poniéndolo todo en orden, como si aquella noche nadie se hubiese acostado en ella; volvió a encender la lámpara y se vistió y compuso como si aún hubiese estado en la cama; y encendiendo una

linterna y tomando su labor, fue a sentarse en lo alto de la escalera y se puso a coser y a esperar lo que resultar debía de lo pasado. Righuccio, en cuanto salió de su casa, se fue a toda prisa a la de los hermanos de su mujer; tanto llamó, que al fin le oyeron y le abrieron.

Los hermanos de la dama, que eran tres, y la madre de ella, al saber que era Righuccio, se levantaron todos y haciendo encender luces, fueron a él y le preguntaron qué iba buscando solo y a tal hora. Contóles éste lo ocurrido, empezando por el bramante atado al dedo del pie de Segismunda, y acabando por lo último que había hecho y encontrado. Para dar entero testimonio de lo que había hecho, puso en sus manos los cabellos que había cortado a la mujer que creía era la suya, añadiendo que fueran por ella e hicieran lo que juzgaran conveniente a su honor, pues él no quería tenerla por más tiempo en su casa.

Los hermanos de la dama seriamente disgustados por lo que habían oído y que creían cierto, irritáronse contra ella; mandaron encender antorchas, y con intención de hacerle una mala jugada, salieron con Righuccio y se encaminaron a casa de éste. Al ver esto su madre les siguió llorando, suplicando, ya al uno o ya al otro, que no dieran tan repentino crédito a tales cosas, sin ver o saber otra cosa, porque el marido podía haberse enfadado con ella y haberla maltratado por algún otro motivo y acusarla luego de aquello para excusarse él; y añadía además, que le extrañaba mucho que pudiera haber acaecido tal cosa, puesto que conocía bien a su hija como que desde pequeña la había educado, y muchas otras cosas por el estilo. Llegados, pues, a casa de Righuccio y habiendo penetrado en ella, empezaron a subir las escaleras. Al oírles Segismunda, preguntó:

—¿Quién hay?

Uno de sus hermanos le respondió:

—Ya sabrás quién hay mujer criminal.

—¿Qué querrá decir eso? —exclamó entonces Segismunda—, Dios nos ayude.

Y poniéndose de pie, añadió:

—Bien venidos seáis, hermanos míos. ¿Qué andáis buscando los tres a estas horas?

Éstos, al verla sentada y cosiendo y sin señal alguna en la cara que denotase que la habían pegado, cuando Righuccio decía que estaba toda magullada, sorprendiéronse algo y refrenaron el ímpetu de su cólera y le preguntaron qué eran aquellas quejas que de ella daba Righuccio, amenazándola severamente si no se lo decía todo.

—No sé lo que tenga que deciros —dijo la dama ni de qué pueda haberse quejado Righuccio de mí.

Éste, al verla, la contemplaba como atontado, recordando que le había dado tal vez un millar de puñetazos en la cara y que se la había arañado y le había hecho todas las perrerías del mundo, y la veía ahora como si nada de eso hubiese acaecido. En breves palabras le refirieron a ella sus hermanos lo que el comerciante les había dicho sobre el bramante, la paliza y lo demás. Volviéndose ella a Righuccio, exclamó:

—¡Cómo! ¿Qué es lo que oigo, marido mío? ¿Por qué haces que me tengan por una mujer criminal, con vergüenza tuya, cuando no lo soy, y a ti por hombre malo y cruel, cuando no lo eres? ¿Y cuándo estuviste, tú esta noche, no ya conmigo, sino ni en esta casa? ¿Y cuándo me pegaste? Lo que es yo, no me recuerdo.

—¿Qué dices, infame? —replicó el marido—, ¿no fuimos a acostarnos juntos? ¿No volví yo después de haber corrido detrás de tu amante? ¿No te di yo muchos golpes y te corté los cabellos?

—Tú, anoche —repuso Segismunda—, no te acostaste en esta casa. Pero dejemos eso, pues no puedo dar otro testimonio de ello que mis veraces palabras, y vayamos a lo que dices de haberme pegado y cortado el pelo.

Tú nunca me has pegado, ved cuantos estáis aquí y tú mismo, si tengo en todo el cuerpo señal alguna de golpe: no te aconsejaría que tuvieras el atrevimiento de ponerme la mano encima, pues por mí fe que te desharía la cara. Ni tampoco me has cortado el cabello, que yo sepa o haya visto, pero tal vez lo hiciste sin que lo notara yo; déjame ver si los tengo cortados o no.

Y quitándose el velo de la cabeza, dejó ver que no los tenía cortados sino enteros.

Al ver y oír esto los hermanos y la madre, empezaron a decirle al marido:

—¿Qué significa esto, Righuccio? Esto no es lo que viniste a decirnos que habías hecho; no sabemos cómo nos vas a probar lo demás.

Righuccio estaba como quien ve visiones, quería hablar, pero, al ver que lo que él creía poder poner de manifiesto no era así, no se atrevía a decir palabra. Segismunda, volviéndose a sus hermanos, les dijo:

—Veo, hermanos míos, que ése ha ido buscando que yo hiciera lo que jamás quise hacer, es decir, que os contase sus miserias y maldades, y lo haré.

Creo firmemente que le habrá sucedido o habrá hecho, lo que os ha dicho él, y oíd de qué manera. Este excelente hombre, a quien en mal hora para mí me disteis por esposo, que se titula comerciante y quiere tener crédito de ser más continente que un religioso, más honesto que una doncella, son contadas las noches que no se va a emborrachar por las tabernas, a enredarse luego ya con una ya con otra mujer de mal vivir, y me tiene a mí hasta la medianoche, a veces hasta la mañana, aguardándole de la manera como me habéis encontrado.

De seguro que hallándose completamente borracho, se habrá acostado con alguna manceba suya y le habrá hallado a ella al despertarse el bramante atado al pie, luego habrá hecho todas esas hazañas que dice, acabando por volver a su lado, pegarle y cortarle el pelo, y como no hubiera vuelto aún completamente en sí, creyó, estoy segura de que lo cree todavía, haber hecho estas cosas conmigo; si os fijáis bien en su cara, veréis que todavía está medio borracho.

Pero sin embargo, sea lo que haya dicho de mí, no quiero que hagáis de él más caso que el que se hace de un borracho; puesto que le perdono yo, perdonadle también vosotros.

Al oír esas palabras la madre de Segismunda, empezó a hacer exclamaciones y a decir:

—Esto, hija mía, no se tendría que hacer; antes por el contrario, se debería matar a este perro fastidioso y estúpido, pues no fue digno de tener una esposa como tú.

¡No faltaba más! Si te hubiese recogido del fango no se portaría peor.

Y siguió dirigiendo a Righuccio una interminable sarta de frases a cual más insultadora y humillante. Y volviéndose luego a sus hijos, añadió:

—Bien os lo decía yo, hijos míos, que eso no podía ser. ¿Habéis oído cómo trata vuestro cuñado a vuestra hermana? ¡Un mercachifle de tres al cuarto! Si yo estuviera en vuestro lugar, después de lo que ella ha dicho, de haber hecho lo que hace, no me daría por contenta ni satisfecha hasta haberle sacado del mundo: si como soy mujer fuese hombre, no consentiría que otro que yo le arreglara las cuentas.

Viendo y oyendo los jóvenes estas cosas, volviéronse a Righuccio, le llenaron de insultos y acabaron por decirle:

—Te perdonamos ésta por borracho, pero ten cuidado con que de hoy en adelante y en toda tu vida volvamos a oír decir de ti semejantes cosas, pues ten la seguridad de que si vuelve a llegar la menor noticia a nuestros oídos, nos las pagarás todas juntas.

Y dicho esto, se marcharon. Righuccio quedó como atontado, no acertando a explicarse si lo que había hecho era cierto o si lo había soñado. Y sin articular palabra, dejó en paz a su mujer.

Ésta no solamente evitó el peligro con su sagacidad, sino que se facilitó el camino para poder hacer en lo sucesivo lo que le acomodara, sin volver a temer cosa alguna de su marido.

Cuento noveno

El árbol encantado

Lidia, esposa de Nicostrato ama a Pirro, el cual, para poderle creer, le pide tres cosas que ella hace, y a más de esto, se solaza con él en presencia de Nicostrato y hace creer a éste que no es cierto lo que ha visto.

Tanto había gustado el cuento de Neifile, que no acertaban las damas más que a reír y a hablar de él, por más que el rey les había impuesto varias veces silencio, habiendo mandado a Pánfilo que contase el suyo. Mas cuando al fin callaron ellas, así Pánfilo empezó:

—No creo, respetables damas, que haya cosa por grave y dudosa que sea, que no se atreva a hacer quien de veras ama. Lo cual, aun cuando se haya demostrado ya en varias historietas, creo demostraros mucho mejor con una que quiero explicaros de una dama a quien en sus actos fue sobrada-

mente más favorable la fortuna, que prudente la razón, por lo cual a ninguna aconsejaría yo que se atreviese a seguir las huellas de la de quien os quiero hablar, pues ni siempre está dispuesta la fortuna, ni en el mundo todos los hombres se dejan alucinar de igual manera.

En Argos, antiquísima ciudad de Acaya, mucho más famosa por sus pasados reyes que grande, hubo en otros tiempos un noble señor llamado Nicostrato, a quien estando ya próximo a la vejez, la fortuna le concedió por esposa a una gran mujer no menos osada que bella, llamada Lidia.

Tenía aquél, como hombre noble y rico, mucha servidumbre, perros y pájaros, y era muy aficionado a la caza; entre sus servidores tenía un jovencito apuesto, gracioso y bien formado, diestro en todo cuanto quería hacer, llamado Pirro, al cual Nicostrato quería más que a todos los otros y de quien más que de sí propio se fiaba.

Lidia se enamoró de él tan locamente, que ni de día ni de noche se lo podía quitar del pensamiento, de cuyo amor, o porque Pirro no se hubiese dado cuenta o no lo quisiera notar, ningún caso parecía hacer, cosa que a ella le producía en el ánimo intolerable disgusto; resuelta del todo a dársele a conocer, llamó a una camarera suya llamada Lusca, en quien tenía mucha confianza, y le dijo:

—Lusca, los beneficios que de mí tienes recibidos te deben hacer obediente y fiel; por lo tanto, procura que lo que ahora te diré jamás lo sepa nadie a excepción de aquel de quien yo te hablaré.

Como tú ves, Lusca, yo soy una mujer joven, lozana, espléndidamente dotada de cuanto puede desear una mujer, en una palabra: sólo de una cosa puedo quejarme y es, de que los años de mi marido, si se comparan con los míos, son demasiados, por cuya razón vivo poco contenta de aquello que más les agrada a las mujeres jóvenes; deseándolo como las otras, he tomado el partido, para obtenerlo, que nuestro Pirro, que es el hombre a quien más digno de ello considero, supla en esto a mi marido, y tanto amor en él he puesto, que sólo soy dichosa cuando lo veo o pienso en él: si pronto no puedo ser su amiga, es seguro que me moriré.

Y por eso, si mi vida te es cara, le significarás a él mi amor de la manera que mejor te parezca, suplicándole de tal manera de parte mía, que no vacile en venir a mí cuando tú vayas a por él.

Consintió gustosa la camarera, y a la primera ocasión que se le ofreció, llamando aparte a Pirro cumplió con él lo mejor que supo el encargo que su ama le había hecho.

Al oír Pirro esto, se sorprendió en gran manera como que jamás nada hubiese advertido, y temeroso de que la dama le hiciera tal vez decir esto para tentarle, de repente y con sequedad, respondió:

—Lusca, no puedo creer que estas palabras vengan de tu señora, por lo tanto, ten cuidado con lo que dices; si realmente te envía ella, no creo que te lo haga decir con el corazón, y si realmente con el corazón te lo hiciera decir, mi señor me honra más de lo que yo valgo; procura, pues, no volverme a hablar jamás de tal cosa.

Sin desanimarse por la rigidez de sus palabras replicóle Lusca:

Al oír esas palabras la madre de Segismunda, empezó a hacer exclamaciones y a decir:

—Esto, hija mía, no se tendría que hacer; antes por el contrario, se debería matar a este perro fastidioso y estúpido, pues no fue digno de tener una esposa como tú.

¡No faltaba más! Si te hubiese recogido del fango no se portaría peor.

Y siguió dirigiendo a Righuccio una interminable sarta de frases a cual más insultadora y humillante. Y volviéndose luego a sus hijos, añadió:

—Bien os lo decía yo, hijos míos, que eso no podía ser. ¿Habéis oído cómo trata vuestro cuñado a vuestra hermana? ¡Un mercachifle de tres al cuarto! Si yo estuviera en vuestro lugar, después de lo que ella ha dicho, de haber hecho lo que hace, no me daría por contenta ni satisfecha hasta haberle sacado del mundo: si como soy mujer fuese hombre, no consentiría que otro que yo le arreglara las cuentas.

Viendo y oyendo los jóvenes estas cosas, volviéronse a Righuccio, le llenaron de insultos y acabaron por decirle:

—Te perdonamos ésta por borracho, pero ten cuidado con que de hoy en adelante y en toda tu vida volvamos a oír decir de ti semejantes cosas, pues ten la seguridad de que si vuelve a llegar la menor noticia a nuestros oídos, nos las pagarás todas juntas.

Y dicho esto, se marcharon. Righuccio quedó como atontado, no acertando a explicarse si lo que había hecho era cierto o si lo había soñado. Y sin articular palabra, dejó en paz a su mujer.

Ésta no solamente evitó el peligro con su sagacidad, sino que se facilitó el camino para poder hacer en lo sucesivo lo que le acomodara, sin volver a temer cosa alguna de su marido.

Cuento noveno

El árbol encantado

Lidia, esposa de Nicostrato ama a Pirro, el cual, para poderle creer, le pide tres cosas que ella hace, y a más de esto, se solaza con él en presencia de Nicostrato y hace creer a éste que no es cierto lo que ha visto.

Tanto había gustado el cuento de Neifile, que no acertaban las damas más que a reír y a hablar de él, por más que el rey les había impuesto varias veces silencio, habiendo mandado a Pánfilo que contase el suyo. Mas cuando al fin callaron ellas, así Pánfilo empezó:

—No creo, respetables damas, que haya cosa por grave y dudosa que sea, que no se atreva a hacer quien de veras ama. Lo cual, aun cuando se haya demostrado ya en varias historietas, creo demostraros mucho mejor con una que quiero explicaros de una dama a quien en sus actos fue sobrada-

mente más favorable la fortuna, que prudente la razón, por lo cual a ninguna aconsejaría yo que se atreviese a seguir las huellas de la de quien os quiero hablar, pues ni siempre está dispuesta la fortuna, ni en el mundo todos los hombres se dejan alucinar de igual manera.

En Argos, antiquísima ciudad de Acaya, mucho más famosa por sus pasados reyes que grande, hubo en otros tiempos un noble señor llamado Nicrotrato, a quien estando ya próximo a la vejez, la fortuna le concedió por esposa a una gran mujer no menos osada que bella, llamada Lidia.

Tenía aquél, como hombre noble y rico, mucha servidumbre, perros y pájaros, y era muy aficionado a la caza; entre sus servidores tenía un jovencito apuesto, gracioso y bien formado, diestro en todo cuanto quería hacer, llamado Pirro, al cual Nicrotrato quería más que a todos los otros y de quien más que de sí propio se fiaba.

Lidia se enamoró de él tan locamente, que ni de día ni de noche se lo podía quitar del pensamiento, de cuyo amor, o porque Pirro no se hubiese dado cuenta o no lo quisiera notar, ningún caso parecía hacer, cosa que a ella le producía en el ánimo intolerable disgusto; resuelta del todo a dársele a conocer, llamó a una camarera suya llamada Lusca, en quien tenía mucha confianza, y le dijo:

—Lusca, los beneficios que de mí tienes recibidos te deben hacer obediente y fiel; por lo tanto, procura que lo que ahora te diré jamás lo sepa nadie a excepción de aquel de quien yo te hablaré.

Como tú ves, Lusca, yo soy una mujer joven, lozana, espléndidamente dotada de cuanto puede desear una mujer, en una palabra: sólo de una cosa puedo quejarme y es, de que los años de mi marido, si se comparan con los míos, son demasiados, por cuya razón vivo poco contenta de aquello que más les agrada a las mujeres jóvenes; deseándolo como las otras, he tomado el partido, para obtenerlo, que nuestro Pirro, que es el hombre a quien más digno de ello considero, supla en esto a mi marido, y tanto amor en él he puesto, que sólo soy dichosa cuando lo veo o pienso en él: si pronto no puedo ser su amiga, es seguro que me moriré.

Y por eso, si mi vida te es cara, le significarás a él mi amor de la manera que mejor te parezca, suplicándole de tal manera de parte mía, que no vacile en venir a mí cuando tú vayas a por él.

Consintió gustosa la camarera, y a la primera ocasión que se le ofreció, llamando aparte a Pirro cumplió con él lo mejor que supo el encargo que su ama le había hecho.

Al oír Pirro esto, se sorprendió en gran manera como que jamás nada hubiese advertido, y temeroso de que la dama le hiciera tal vez decir esto para tentarle, de repente y con sequedad, respondió:

—Lusca, no puedo creer que estas palabras vengan de tu señora, por lo tanto, ten cuidado con lo que dices; si realmente te envía ella, no creo que te lo haga decir con el corazón, y si realmente con el corazón te lo hiciera decir, mi señor me honra más de lo que yo valgo; procura, pues, no volverme a hablar jamás de tal cosa.

Sin desanimarse por la rigidez de sus palabras replicóle Lusca:

—De ésta y de toda otra cosa que mi señora me ordene, te hablaré, Pirro, tantas veces como me lo mande ella, tanto si te gusta como si no te gusta: pero tú eres un estúpido.

Y enojada por las palabras de Pirro, volvióse a su señora, quien al oír la tuvo deseos de morir, y algunos días después, volvió a hablar a la camarera y le dijo:

—Tú sabes, Lusca, que no cae el roble al primer golpe; por lo cual, me parece conveniente que vuelvas otra vez a ese que quiere dar muchas pruebas de lealtad en perjuicio mío, y, tomando el tiempo oportuno, le expongas enteramente mi ardor, y te ingenies de manera que la cosa tenga efecto, pues, si nada se lograra, yo me moriría y él creería que se le ha querido hacer una burla; y de donde queremos sacar amor, sólo odio alcanzaríamos.

Animó la camarera a su señora, y yendo en busca de Pirro, le halló alegre y bien dispuesto, y le dijo:

—Pocos días atrás, te manifesté, Pirro, el ardiente amor que tu señora y la mía siente por ti y ahora vuelvo a asegurarte de ello, tanto, que si no renuncias a la dureza que el otro día me demostraste, puedes estar seguro de que ella vivirá poco; te ruego, pues, que te dignes satisfacer su deseo, y si persistes en tu dureza, te tendré por tan estúpido como por hombre de gran talento te tenía. ¿A qué mayor gloria aspirar puedes que a la de ser amado sobre todas las cosas por una mujer tan bella y tan gentil como ésta? Además, ¿no puedes darte por muy afortunado al pensar que ella te ha ofrecido tal cosa y esté dispuesta a satisfacer los deseos de tu juventud y a atender de tal suerte tus necesidades? ¿A quién conoces tú que mejor esté por lo que se refiere al goce de lo que lo serás tú, si eres cuerdo? ¿A cuál otro encontrarás que pueda estar en armas y en caballos, ropas y dinero como estarás tú si quieres acceder a ella? Atiende, pues, a mis palabras y vuelve en ti; acuérdate de que la fortuna no nos sale al encuentro con rostro afable y con los brazos abiertos más que una sola vez; y que quien entonces no sabe aceptarla, después, al verse pobre y mendigo, no puede quejarse de ella, sino de uno mismo.

Además, no debe emplearse entre servidores y amos esa lealtad que se requiere entre los amigos y parientes; antes por el contrario, los servidores les deben tratar, en lo que puedan, tal como son tratados por ellos. Ya podrías esperar tú, si tuvieras mujer, madre, hija o hermana hermosas, que fuera del agrado de Nicostrato, que él no se preocupara por la lealtad que a él le quieres guardar tú tratándose de su esposa.

Loco eres si lo crees; ten por seguro que si no bastaran los halagos y las súplicas, se valdría de la fe, por más que a ti se te figure otra cosa. Trátemoslos, pues, a ellos y a sus cosas, como ellos a nosotros nuestras cosas tratan, utiliza el beneficio de la fortuna: no la rechaces, sal a su encuentro y acógela, pues, si no lo haces, ten por seguro que sin contar con que tu señora irremisiblemente no sobrevivirá a tus desdenes, tú te arrepentirás tantas veces, que llegarás a desear tu propia muerte.

Pirro, que varias veces había discurrido sobre las palabras que Lusca le dijera, había tomado el partido, de que si volvía a hablarle de lo mismo, le daría otra respuesta y consentiría en complacer a la señora, con tal que

pudiese obtener la seguridad de que no se le sometía a una prueba, y por lo tanto, respondió:

—Mira, Lusca, todas esas cosas que me dices comprendo que son verdad; mas por otra parte, sé que mi señor es muy sabio y muy previsor, y al encomendarme todos sus asuntos, temo mucha que Lidia, por consejo y voluntad de él, no haga esto para probarme; y de consiguiente, si ella consiente en hacer tres cosas que yo le pediré, tenga por seguro que nada me mandará ella después, que yo no me apesure a hacer. Y las tres cosas que quiero, son las siguientes: primeramente que mate su buen gavilán en presencia de Nicostrato; en segundo lugar, que me envíe un pequeño rizo de la barba de Nicostrato; y por último, un diente de los mejores de éste último.

Esas cosas le parecieron difíciles a Lusca y más difíciles aún a su señora, pero el amor que da fuerzas, y que es un gran consejero, le hizo decidirse a hacerlo y por su camarera le mandó a decir que haría cumplidamente y sin demora lo que él había pedido; y además, añadió, que puesto que él consideraba tan perspicaz a Nicostrato, se solazaría con Pirro en su presencia, y le haría creer a Nicostrato que no era cierto. Esperó, pues, Pirro lo que la gentil dama hacer debía: y ésta a los pocos días, habiendo Nicostrato dado una gran comida, como solía hacerlo con frecuencia, a algunos caballeros y cuando estaban levantadas las mesas, salió de su cámara vestida de terciopelo de seda verde y muy adornada, entró en la sala donde aquéllos se hallaban, y en presencia de Pirro y de todos los demás, se, dirigió a la percha, encima de la cual se hallaba el gavilán favorito de Nicostrato, y alcanzándole, cual si se lo quisiera poner en la mano, y cogiéndole por el pescuezo, lo tiró contra la pared y lo mató. Y como Nicostrato vuelto hacia ella le preguntase:

—¿Pero, mujer, qué has hecho?

—Nada —le respondió.

Mas volviéndose a los caballeros que con él habían comido, añadió:

—Señores, mal tomaría venganza de un rey que me ofendiera, si no tuviese osadía suficiente para tomarla de un gavilán. Debéis saber que este pájaro me ha arrebatado largamente todo el tiempo que los hombres deben dedicar a complacer a sus esposas; pues en cuanto suele despuntar la aurora, Nicostrato se levanta, monta a caballo con su gavilán en la mano y se va al campo libre a verlo volar, y yo, cual me veis, me quedo sola y mal contenta en el lecho: por esto varias veces he tenido ganas de hacerle lo que he hecho ahora, sin que me contuviese otro motivo que el esperar a hacerlo en presencia de hombres que sean justos jueces de mi querella, cual creo que vosotros lo seréis.

Los caballeros, que la oían, creyendo que era tanto su cariño por Nicostrato, como sus palabras lo daban a entender, riendo todos y vueltos hacia Nicostrato, que estaba encolerizado empezaron a decir:

—¡Qué bien ha obrado la señora en vengar su ofensa con la muerte del gavilán!

Y con diversas frases sobre aquel asunto, cuando la dama se había vuelto a su cámara, cambiaron en risa el disgusto de Nicostrato.

Al ver esto Pirro, dijo para sí: "Buen principio ha dado la señora a mis felices amores; ojalá perseverar".

Matado, pues, por Lidia el gavlán, pocos días después, hallándose ella en su habitación con Nicostrato, haciéndole caricias, empezó a chancearse con él, y como él en broma le tirase algo de los cabellos, le dio ocasión para efectuar la segunda cosa que Pirro le había pedido; y cogiéndole de improviso por un pequeño mechón de su barba y riendo, tiró de él con tanta fuerza, que se lo arrancó. Como de ello se quejara Nicostrato, le dijo:

—¿Qué te ha pasado, que pones tan mala cara? ¿Por haberte arrancado seis pelos de la barba? Pues no has sentido lo que he sentido yo cuando tú me tirabas de los cabellos.

Y continuando sus juegos guardó cautelosamente la señora el mechón de la barba que le había arrancado y aquel mismo día se lo envió al hombre a quien amaba.

La tercera cosa le hizo discurrir más; sin embargo, como tenía mucho ingenio y el amor se lo aumentaba, no tardó en discurrir la manera de darle cumplimiento. Y como Nicostrato tuviera dos muchachos que sus padres le habían entregado con el objeto de que, como eran nobles, aprendieran en su casa la educación que les era propia, de los cuales, uno, cuando Nicostrato comía, le cortaba la carne en un plato, y el otro le servía de beber, los mandó llamar a entrambos, les hizo creer que le apestaba el aliento y les enseñó a que, cuando sirvieran a Nicostrato, echaran atrás cuanto pudieran la cabeza, y les indicó que esto a nadie se lo dijeran. Creyéndolo los jovencitos, hicieron lo que ella les había dicho. Entonces cierto día le preguntó ella a su marido:

—¿Has notado lo que hacen esos muchachos cuando te sirven?

—Sí —respondió Nicostrato—, y hasta les he querido preguntar por qué lo hacían.

Repuso la señora.

—No lo hagas, porque ya te lo sé decir yo, y te lo he callado durante largo tiempo para no incomodarte, pero, pues reparo que otros empiezan a notarlo, no te lo he de ocultar más.

Ocurre únicamente que tu boca despidе un mal olor atroz, y no sé cuál sea la causa; pues esto no solía ser así, y ésta es una cosa muy sucia, teniendo que relacionarte con caballeros; y por eso convendría ver la manera de curarte.

Dijo entonces Nicostrato:

—¿Qué podría ser esto? ¿Tendré acaso en la boca algún diente malo?

—Puede que sí —asintió Lidia.

Y llevándose a una ventana, le hizo abrir la boca, y después que se la hubo mirado por todos los lados, añadió:

—¡Oh, Nicostrato! ¿Cómo has podido sufrir tanto? Tienes una muela de este lado que, a mi modo de ver, no solamente está echada a perder, sino que está toda podrida, y de seguro que si la conservas mucho tiempo en la boca, te echará a perder las que están a sus lados; por lo tanto, yo te aconsejaría que la echases fuera, antes que la cosa anduviese más lejos.

Dijo entonces Nicostrato:

—Pues si así lo crees, me parece bien; envíese inmediatamente por un cirujano que me la saque.

Lidia se apresuró a replicar:

—No permita Dios que para esto venga aquí un cirujano; me parece que se halla en tal estado, que yo misma, sin intervención del médico te la podré sacar perfectamente.

Por otra parte, esos cirujanos son tan crueles al prestar estos servicios, que se me anudaría el corazón sólo al verte u oírte en manos de ninguno de ellos: y por eso quiero absolutamente hacerlo yo misma; pues a lo menos yo, si te hiciera demasiado daño, te dejaría inmediatamente, cosa que el cirujano no haría.

Haciéndose traer, pues, los utensilios al efecto y después de mandar salir de la habitación a todos, conservando únicamente a Lusca, y encerrándose por dentro, hicieron tender a Nicostrato encima de una mesa, metiéndole en la boca las tenazas, y haciendo presa de uno de sus dientes, aun cuando el dolor le hacía soltar grandes gritos, aguantándole fuerte una de ellas, arrancáronle un diente a viva fuerza, y guardándose éste disimuladamente, y tomando otro excesivamente cariado que Lidia tenía en la mano, enseñáronsele a él, que estaba dolorido y casi medio muerto, diciéndole:

—Mira lo que por tanto tiempo has tenido en la boca.

Creyóselo él, y a pesar del fuerte dolor sufrido y de sus muchos lamentos, cuando tuvo fuera la muela, parecióle estar curado, y después de haberse reanimado y de habérsele aliviado el dolor, salió de la habitación.

Lidia mandó inmediatamente la muela a su amado: éste, seguro ya de su amor, ofrecióse dispuesto a complacerla en todo. Deseando ella darle mayor seguridad, y pareciéndole mil horas cada hora que tardaba en estar con él, quiso cumplirle lo que le había ofrecido; a este fin fingió sentirse enferma, y cierto día en que Nicostrato fue a visitarla después de comer, y, no viendo con él a nadie más que a Pirro, le rogó que para distraerla de su aburrimiento, la ayudara a andar hasta el jardín. Por lo cual, cogiéndola Nicostrato por un lado y Pirro por el otro, la colocaron en un pequeño prado al pie de un hermoso peral; cuando hacía algún rato que estaban allí sentados, dijo la señora a Pirro, a quien había hecho enterar de lo que debía hacer:

—Pirro, tengo un gran deseo de tener peras de ésas, y por lo tanto, súbete a este peral y echa algunas.

Pirro subió rápidamente al árbol y empezó a echar peras abajo, y mientras las echaba, se puso a decir:

—¡Eh, señor! ¿Qué hacéis? Y vos, señora, ¿cómo no os avergonzáis de consentirlo en mi presencia? ¿Creéis que estoy ciego? Hace un momento estabais sumamente enferma: ¿cómo os habéis curado tan pronto que tales cosas hagáis? Con tan bonitas habitaciones que tenéis para eso, ¿por qué no vais allá a hacerlo, y será la cosa más honesta que haciéndolo en mi presencia?

Volviéndose la dama hacia su marido, le preguntó:

—¿Qué dice Pirro, delira?

Dijo entonces Pirro:

—No deliro, no, señora, ¿creéis que no lo veo?

Sorprendióse en gran manera Nicostrato, y dijo:

—En verdad, Pirro, creo que sueñas.

Pirro le contestó:

—No sueño ni pizca, señor, ni vos soñáis tampoco: antes por el contrario, si este peral se menease como os meneáis vos, ni una sola pera quedaría en él.

Dijo entonces la señora:

—¿Qué puede ser eso? ¿Podría ser cierto que le pareciera ver lo que ha visto? Si yo estuviese buena como lo estaba antes, os aseguro que subiría al árbol, para ver qué maravillas son ésas que ése dice que ve.

Pirro, desde lo alto del árbol, insistía en sus afirmaciones, por lo cual, Nicostrato le dijo que bajara y bajó. Y luego le preguntó:

—¿Qué dices que ves?

—Creo que me tomáis por tonto o por soñador: os veía encima de vuestra esposa, y luego, al bajar, he visto que os levantabais y os sentabais donde estáis ahora.

—Decididamente estás loco, pues desde que subiste al peral, no nos hemos movido de como nos ves ahora.

—¿Qué sacamos de discutir? —exclamó Pirro—, yo os vi como dije, y lo que vi no hay que negarlo.

Tanta sorpresa le causaban las afirmaciones de Pirro a Nicostrato, que acabó por decir:

—Voy a ver si este peral está encantado y qué cosas raras ve el que está subido en él.

Y subió. Apenas estuvo arriba, Pirro y Lidia empezaron a acariciarse, y al verlo Nicostrato empezó a gritar:

—¡Ah mujer criminal! ¿Qué estás haciendo? ¿Y tú, Pirro, de quien tanto me fiaba?

Y así diciendo empezó a bajar del árbol, lo cual, visto por ellos, volvieron a sentarse en la situación en que él les había dejado. Cuando estuvo abajo y les vio donde les dejara, Nicostrato empezó a injuriarlos, y Pirro le interrumpió diciendo:

—Verdaderamente confieso ahora, Nicostrato, que, como decíais vos antes, no era verdad lo que veía mientras estaba arriba del peral, y lo comprendo porque veo y sé que vos habéis visto lo que no era cierto. Y nada os probaré tanto que digo yo la verdad, como la consideración de que vuestra esposa, que es muy honesta y prudente como no hay otra, a querer ultrajaros de esta suerte, se atreviera a hacerlo ahora a vuestra vista. Nada os diré de mí, que antes me dejaría descuartizar que pensar en ello, y menos aún en venir a hacerlo en presencia vuestra. Es cosa clara como la luz del día que la falta está en el peral; pues nada me habría hecho desdecir de lo que dije haber visto, si a vos no os oyera decir que os había parecido verme hacer lo que estoy segurísimo de no haber pensado ni haber hecho jamás.

Poniéndose de pie después Lidia, que parecía toda llena de turbación, exclamó:

—Parece mentira que me tengas por tan poco previsora que, si yo quisiera abandonarme a estas desvergüenzas que dices has visto, lo viniera a hacer ante tus ojos. Ten por seguro, de que si alguna vez me viniera ese capricho, no vendría aquí, antes bien, me parecería más apropiada una de vuestras habitaciones; de modo y de manera que dudo lo llegaras a saber jamás.

Nicostrato, a quien le parecía cierto lo que uno y otra decían de que ellos delante de él jamás se habrían atrevido a acto semejante, renunciando a tales palabras y reprensiones púsose a hablar de la novedad del hecho y del milagro de la visión, que de tal manera se le transformaba a quien al árbol subía. Pero su esposa, que mostraba estar disgustada de la opinión en que Nicostrato manifestaba haberla tenido, dijo:

—Verdaderamente, este peral jamás volverá a jugar tan vergonzosa partida, ni a mí ni a ninguna otra mujer, si yo puedo.

A este fin, Pirro, corre, ve y trae un destral y vénganos a la vez a ti y a mí cortándolo, pues mucho mejor sería pegarle con él en la cabeza de Nicostrato, que tan pronto se dejó alucinar los ojos de la inocencia sin consideración alguna; pues aun cuando a los que tiene en la cara les parezca lo que tú dices, por ningún estilo debía comprender o consentir en el juicio que fuera así.

Pirro anduvo rápidamente en busca del destral, y cortó el árbol: y Lidia, cuando lo vio caído, dijo, dirigiéndose a Nicostrato:

—Puesto que veo abatido al enemigo de mi honestidad, queda desvanecida mi cólera.

Y perdonó benignamente a Nicostrato que se lo suplicaba, exigiéndole que nunca más se le ocurriera presumir de quien más que a sí mismo le amaba, una cosa semejante.

Así el infeliz marido burlado regresó con su mujer y con el amante de ésta al palacio.

Cuento décimo

El aparecido

Dos sieneses aman a una mujer, comadre de uno de ellos: muere el compadre, y vuelve al compañero, según la promesa que le había hecho, y le cuenta cómo.

Únicamente al rey le faltaba contar su historieta, y éste, cuando vio tranquilas a las damas que se compadecían del árbol que había sido cortado sin ser culpable, dijo:

—Cosa sumamente manifiesta es el que todo rey justo debe ser el primer observador de las leyes que él ha hecho, y si alguna otra cosa hace, debe juzgársele siervo digno de castigo y no rey, en cuyo pecado y reprensión,

casi me veo precisado a caer, yo que vuestro rey soy. Y digo que la historietta del compadre y de la comadre contada por Elisa y luego la estupidez de los sieneses, tienen tanta fuerza, queridísimas damas, que, prescindiendo de las burlas de los maridos tontos por sus sabias mujeres, me inducen a referiros una historietta de aquello que, aun cuando en sí tenga algo de increíble, será escuchado, sin embargo, con gusto.

Hubo, pues, en Siena, dos jóvenes del pueblo, los cuales, el uno se llamó Tingoccio Mini y el otro Meuccio de Tura y habitaban en Puerta Salaia y casi nunca se relacionaban con nadie y al parecer se querían mucho, y yendo como hacen los hombres a las iglesias y los sermones, habían oído hablar muchas veces de la gloria y de las miserias que a las almas de aquellos que morían, según sus méritos, se les concedían en el otro mundo. Deseando tener noticia exacta de tales cosas y no encontrando medio, mutuamente se prometieron que aquel de los dos que se muriese el primero, volvería a ver al que sobreviviera, si le era posible, y le daría noticias de lo que deseaba, y esto lo afirmaron con juramento. Habiendo, pues, hecho esta promesa y continuando su intimidad como llevo dicho, acaeció que, Tingoccio vino a ser compadre de un tal Ambrosio Anselmini que vivía en Camporreggi, que había tenido un hijo de una mujer suya llamada Mita. Tingoccio visitaba algunas veces, en compañía de Meuccio, a su comadre, que era una mujer hermosísima y agraciada, y a pesar del compadrazgo se enamoró de ella, y Meuccio, como la hallare muy agradable, se enamoró de ella también. Y de este amor nada se decía el uno al otro, si bien no por igual razón. Tingoccio se abstenía de revelárselo a Meuccio por la vergüenza que a él mismo le daba el amor a su comadre; Meuccio no se lo callaba por esto, sino porque ya se había dado cuenta de que ella gustaba a Tingoccio; lo que él decía: "Si yo le descubro esto, él se pondrá celoso de mí, y pudiéndole hablar con entera libertad como compadre, excitará en lo que pueda el odio de ella contra mí, y así jamás alcanzaré de ella cosa que sea de mi agrado".

Ahora bien: amando estos dos jóvenes como se ha dicho, acaeció que Tingoccio, a quien le era mucho más fácil poder revelar a aquella mujer lo que deseaba, supo conducirse tan bien con hechos y con palabras, que de ella logró lo que pretendía: esto lo notó perfectamente Meuccio, y aun cuando le desagradó mucho, en la esperanza de poder llegar algún día al término de su deseo, a fin de que Tingoccio no tuviese motivo ni ocasión de contrariarle o impedirle algún acto suyo, fingía no advertirlo.

Amando así los dos compañeros, más afortunadamente el uno que el otro, acaeció que, encontrando Tingoccio suave el terreno en las posesiones de su comadre, tanto oró y tanto rogó, que le sobrevino una enfermedad que al cabo de algunos días se agravó de tal manera, que, no pudiéndola soportar, dejó de existir. Y una vez muerto, al tercer día (tal vez por no haberle sido posible antes), compareció cierta noche, según la promesa hecha, en la habitación de Meuccio, que dormía profundamente, y le llamó.

—¿Quién eres tú? —preguntó despertándose Meuccio. Tingoccio le contestó:

—Soy Tingoccio, que según la promesa que te hice, he vuelto aquí a darte noticias del otro mundo.

Algo se asustó Meuccio al verle; rehaciéndose, empero, le dijo:

—Bienvenido seas, hermano mío. —Y luego le preguntó si estaba perdido. Tingoccio le respondió:

—Están perdidas las cosas que no se vuelven a encontrar. Y, ¿cómo estaría yo aquí si me hubiese perdido?

—¡Ay! —exclamó Meuccio—. No es eso lo que te digo; lo que yo te pregunto es si estás entre las almas condenadas al fuego eterno del infierno.

—Eso no —respondió Tingoccio—; sin embargo, por los pecados que tengo cometidos, sufro penas muy graves y angustiosas.

Preguntóle Meuccio qué penas se daban por allá para cada uno de los pecados que aquí se cometen, y Tingoccio se las explicó todas.

Preguntóle entonces Meuccio si podía hacer algo por él en este mundo, y Tingoccio le respondió que sí, que mandase decir misas y oraciones e hiciese limosnas por él, porque estas cosas alivian mucho a los de allá. Meuccio le dijo que con gusto lo haría, y cuando su antiguo amigo se despedía de él, acordóse de la comadre, y levantando la cabeza dijo:

—Ahora que me acuerdo, Tingoccio, por lo que hiciste con la comadre cuando estabas en este mundo, ¿qué pena te han dado en el otro?

—Hermano mío, cuando llegué allá hubo uno que parecía saberse de memoria todos mis pecados, el cual me mandó ir al lugar donde lloré con inmensa pena mis culpas, y donde hallé a muchos compañeros condenados a la misma pena que yo, y hallándome entre ellos y acordándome de lo que en otro tiempo había hecho con la comadre y esperando que por esto se me impondría mayor pena de la que se me había dado, a pesar de que me hallaba en medio de una hoguera muy grande y muy abrasadora, temblaba de miedo.

—¿Qué has hecho de más tú de lo que han hecho los otros que ahí están, que hallándote en el fuego tiembles? —me preguntaron.

—¡Oh, amigo mío! —le contesté—. Tengo mucho miedo del juicio que espero por un gran pecado que cometí en otro tiempo.

Preguntóme entonces qué pecado era ése, y yo se lo conté, diciéndole que había tenido tratos con una comadre mía, y que tanto me excedí, que perdí el pellejo, y entonces él, burlándose de esto, me dijo:

—Anda, tonto, no tengas miedo, porque aquí no se toma cuenta alguna de las comadres.

Y al oír esto, recobré toda mi tranquilidad.

Y dicho esto, como se aproximara el día, añadió:

—Quédate con Dios, Meuccio, que yo no puedo estar más contigo.

Y desapareció.

Meuccio, al oír que ninguna cuenta se tomaba de las comadres, empezó a burlarse de su propia estupidez, pues había rechazado varias. Por lo cual, prescindiendo de su ignorancia, cambió de conducta en este punto.

El sol, que a la puesta se acercaba, había levantado el céfiro, cuando el rey, una vez terminado su cuento, y como ya nadie más quedara por hablar, se quitó la corona de la cabeza y la colocó en la de Lauretta, diciendo:

—Señora, os coronó a vos misma por reina de nuestra tertulia: vos ordenaréis desde ahora lo que os parezca ser más del gusto y la satisfacción de todos, como a señora que sois. —Y se volvió a sentar.

Lauretta mandó llamar al senescal, a quien ordenó, que hiciera poner las mesas en aquel agradable valle, más temprano de lo que era costumbre, a fin de que pudiesen regresar después cómodamente al palacio; luego le indicó lo que debía hacer mientras reinase ella.

Volviéndose después a sus contertulios, dijo:

—Ayer Dioneo quiso que hoy se hablase de las burlas que las mujeres hacen a sus maridos y si no fuera porque no quiero dar a entender que soy de la casta de esos perros que inmediatamente quieren tomar venganza, diría que mañana se hablara de las burlas que los hombres hacen a sus esposas. Pero dejando esto aparte, digo que cada cual piense en hablar de las burlas que todo el día hacen las mujeres a los hombres o los hombres a las mujeres, o los hombres entre sí, pareciéndome que no será menos agradable hablar de esto, que lo que hoy lo ha sido.

Y dicho esto, púsose de pie para despedir hasta la hora de cenar, a sus compañeros, pasando el resto del tiempo como solían hacerlo las demás tardes.

Cenaron a la orilla del lago, entre el canto de millares de pájaros, solazados constantemente por la suave brisa que descendía de las inmediatas colinas. Terminada la cena, dieron una vuelta por el valle, y a la caída de la tarde, regresaron con paso lento a su acostumbrada vivienda, bromeando por el camino. Tomaron allí un refrigerio, pusieron en torno de la fuente, y empezaron a cantar y a danzar hasta que, recordando la reina que el día siguiente era viernes, les dijo a sus contertulios con su habitual afabilidad:

—Ya sabéis, nobles damas, y vosotros, jóvenes, que mañana es el día consagrado a la Pasión del Señor; día que, si mal no recuerdo, fue por nosotros devotamente celebrado, siendo reina Neifile, y por lo tanto, dimos tregua a las conversaciones de recreo y otro tanto hicimos el sábado subsiguiente. Queriendo, pues, seguir el buen ejemplo que Neifile nos dio, creo que es conveniente que mañana y pasado mañana hagamos otro tanto, concentrando en dichos días nuestra mente en la salvación de nuestra alma.

Plugo a todos el levantado lenguaje de su reina, y estando ya muy adelantada la noche, previa la acostumbrada licencia, fueron todos a descansar.

Jornada octava

En la que, durante el reinado de Lauretta, se cuentan los engaños que mutuamente se hacen los hombres y mujeres, así como aquéllos entre sí.

Introducción

Aparecían ya el domingo por la mañana los rayos del sol naciente en la cima de los más elevados montes, y habiendo desaparecido las sombras por completo, todas las cosas se reconocían claramente, cuando habiéndose levantado la reina y su compañía, anduvieron primeramente por los prados cubiertos de rocío, y visitaron luego, a eso de las ocho, una pequeña iglesia inmediata, donde oyeron los oficios divinos; y de regreso a la casa, después que hubieron alegre y jovialmente comido, cantaron y bailaron algo, pudiendo luego, quien quiso, ir a descansar. Mas cuando el sol hubo pasado ya el círculo del mediodía, accediendo a las órdenes de la reina, sentados todos junto a la preciosa fuente, reanudáronse los acostumbrados cuentos, empezando Neifile, por orden de la reina, en estos terminos:

Cuento primero

Mujer codiciosa, galán estafador

Gulfardo toma dinero prestado a Guasparrudo, y habiendo acordado con la mujer de éste dárselo en cambio de su amor, se lo da, y en presencia de Guasparrudo dice que se lo dio y ella confiesa ser verdad.

—Pues a mí me toca empezar hoy, pláceme que así sea, y puesto que, cariñosas damas, mucho se ha dicho sobre las bromas hechas por las mujeres a los hombres, quiero contaros una, hecha por un hombre a una mujer, no ya porque trate de censurar lo que el hombre hizo, ni decir que no le estuviera bien a la mujer, sino para alabar al hombre y censurar a la mujer, y demostrar que también los hombres saben burlar a quien les cree, como son burlados por quien es creído por ellos; de modo que, quien quiera hablar con mayor propiedad, no llamaría burla a lo que voy a explicar sino más bien lo llamarla justicia, pues la mujer debe ser muy honesta y guardar su castidad como su vida y ha de procurar no contaminarse por razón alguna; y no siendo posible esto aun tan por completo como convendría, por nuestra fragilidad, afirmo que es digna de ser quemada viva la que se deja llevar a ella por dinero; quien a tal caso llega por amor, siendo conocidas las inmensas fuerzas de éste, merece ser perdonada por juez poco rígido, como pocos días atrás nos refería Filostrato haber observado con Felipa en Prato.

Hubo, pues, en otro tiempo, en Milán, un soldado tudesco llamado Gulfardo, hombre de buena presencia y bastante leal a aquellos a cuyo servicio se ponía, cosa, que raras veces suele acaecer en los tudescos; y como que devolvía lealmente cuanto dinero se le prestaba, habría encontrado bastantes comerciantes que le habrían prestado a bajo interés cualquier suma de dinero. Hallándose en Milán, se enamoró de una mujer bastante bonita llamada Ambrosia, esposa de un rico comerciante que se llamaba Guasparrudo Cagastaccio, el cual era muy amigo suyo; como la amaba con bastante discreción, cierto día, sin notar lo su marido ni persona alguna, le envió un mensaje, rogándole se dignara aceptar su amor, y que él por su parte estaba dispuesto a hacer lo que ella le mandase.

La mujer, tras muchísimas vacilaciones, acabó por contestar que estaba dispuesta a hacer lo que Gulfardo quisiera, mediante dos condiciones: la pri-

mera, que él jamás lo revelaría a nadie; y la segunda, que, como a ella le hacían falta doscientos florines de oro para cierto compromiso suyo, quería que él, ya que era rico, se los regalara, y después estaría siempre a su disposición. Al oír Gulfardo la codicia de aquella mujer, indignado por la vileza de aquella a quien había considerado una excelente mujer, casi sintió trocarse en odio el amor, y pensó hacerle una burla y le envió a decir que la complacería con mucho gusto entonces, y en cuanto él pudiera; y por lo tanto, le enviara a decir cuándo quería que fuese a verla, y entonces se lo llevaría; que de esto jamás sabría nadie cosa alguna, a excepción de un compañero suyo en quien tenía mucha confianza y que en cuanto hacía le acompañaba siempre. Contenta se puso la dama al oír esta respuesta, y le mandó a decir que dentro de pocos días su marido Guasparrudo tenía que ir a Génova para sus asuntos y, que entonces se lo haría saber y le enviaría a buscar. Gulfardo, cuando bien le pareció, fue a ver a Guasparrudo y le dijo:

—Tengo entre manos un asunto para el cual necesito doscientos florines de oro, que quiero que me prestes al interés a que sueles prestarme.

Accedió gustoso Guasparrudo entregándole inmediatamente dicha cantidad. A los pocos días Guasparrudo se fue a Génova, como había dicho su esposa, y de consiguiente ésta envió a decir a Gulfardo que viniera a traerle los doscientos florines de oro. El tudesco se dirigió con su compañero a casa de la mujer, y encontrándola que le estaba aguardando, la primera cosa que hizo fue poner en sus manos los doscientos florines de oro en presencia de su compañero, diciendo:

—Señora, tomad este dinero y dádselo a vuestro marido cuando vuelva.

Aceptólos la mujer, sin fijarse en el porqué le hablaba Gulfardo en aquellos términos, creyendo que lo hacía para que su compañero no se percatara de que se los daba en pago de sus favores. Por cuyo motivo respondió:

—Lo haré con mucho gusto, mas antes quiero ver cuánto hay.

Y poniéndolos encima de una mesa y hallando que había los doscientos, llena de interior contento, los guardó y se acercó a Gulfardo; se lo llevó a su habitación prestándose a sus gustos, no solamente aquella noche, sino otras muchas antes de que regresara de Génova su marido. Cuando Guasparrudo estuvo de vuelta, Gulfardo fue a visitarle acompañado de su amigo. Habiendo procurado hallar ocasión de que marido y mujer estuvieran juntos, y en presencia de esta última, dijo al primero:

—Guasparrudo, el dinero, es decir, los doscientos florines de oro que el otro día me prestaste, no los necesité, pues no pude realizar el negocio para que te los tomé, y por lo tanto, se los traje inmediatamente a tu esposa y se los di; de consiguiente, tendrás que romper mi recibo.

Guasparrudo volviéndose a su esposa, le preguntó si los había recibido. Ésta, viendo también allí al testigo, no acertó a negarlo; antes bien, dijo:

—Realmente, me los entregó, yo no me había acordado aún de decírtelo.

Entonces Guasparrudo repuso:

—Está bien, Gulfardo; andad con Dios, que yo inutilizaré vuestro recibo.

Marchóse Gulfardo y la burlada mujer entregó a su marido el deshonesto precio de su vileza.

Cuento segundo

El cura de Varlungo

El cura de Varlungo yace con Belcolora; le deja en prenda su abrigo, y después lo recupera, merced a su astucia.

Jóvenes y damas elogiaban lo que Gulfardo le había hecho a la codiciosa milanesa, cuando la reina, volviéndose a Pánfilo, le ordenó sonriendo que continuara; cosa que éste se apresuró a hacer, diciendo:

—Ocurrésemle contar, bellas damas, una historieta contra aquellos que continuamente nos ofenden, sin poder ser ofendidos igualmente por nosotros, esto es, contra los curas, los cuales tienen imperio sobre nuestras mujeres y les parece han ganado Troya cuando pueden pescar una y ganar así el perdón de toda culpa y de toda pena; cosa que los pobrecitos seculares no pueden hacer con ellos; vengan sus iras en las madres, hermanas, amigas e hijas, con no menor ardor del que con que asaltan a sus esposas. Por lo cual, quiero contaros un amorcillo de aldea, más risible por su conclusión que largo de contar, del cual podréis sacar la moraleja de que a los curas no siempre se les ha de querer en todo.

Digo, pues, que en Varlungo hubo un excelente cura, hombre de buena figura y servicial con las mujeres, que si bien no sabía leer mucho, recreaba sin embargo a sus feligreses con muy breves y santas pláticas los domingos, al pie del olmo, y mejor visitaba a sus mujeres cuando aquéllos iban a alguna parte, que otro cualquiera de los que le habían precedido, llevándoles estampitas y agua bendita y algún cabo de vela bendecida también por él.

Acaeció, pues, que entre las varias penitentes suyas que más le habían gustado, agradóle más que todas una que se llamaba Belcolora, esposa de un labrador que se hacía llamar Bentivegna del Mazzo, la cual era realmente una aldeana agradable y fresca, morenaza y membruda, y más a propósito que otra cualquiera para moler. Y además era la que sabía tocar mejor el címbalo, cantar y dirigir las danzas cuando convenía, que otra cualquiera vecina suya; por lo cual, el señor cura se prendó tanto de ella, que estuvo a punto de perder el juicio; todo el día le andaba a la zaga para poderla ver.

Cuando el domingo por la mañana la veía en la iglesia, para darse tono de gran maestro de canto, soltaba un Kyrie y un Sanctus que más bien parecía el rebuznar de un asno. Pero tan bien sabía componérselas, que ni el marido ni vecino alguno notaba nada de su querencia.

Para poder alcanzar mejor confianza con Belcolora, de cuando en cuando le hacía regalos, ya enviándole atados de ajos tiernos, que tenía los mejores del país en un huerto suyo, que él con sus propias manos cultivaba, ya un canastillo de guisantes o manojos de cebollas o de escalonias; cuando

tenía ocasión, mirándola algo de reojo, le dirigía por vía de cariño frases punzantes; pero la aldeana, fingiendo no notarlo, y bien contenta de parecer agreste, pasaba casi siempre sin detenerse: de modo que el señor cura no podía llegar adonde se proponía. Cierta día, a eso de mediodía, yendo el cura paseando sin dirección fija, encontró a Bentivegna que llevaba delante un asno cargado; acercándose le preguntó adónde iba, y Bentivegna le contestó que a la ciudad para algún asunto suyo y que llevaba aquello al señor Bonaccorri de Ginestreto, para que le ayudara en un asunto que tenía pendiente en el juzgado.

El cura le dijo:

—Haces bien, hijo mío; anda pues, con mi bendición, vuelve pronto; si vieras a Lapuccio o a Naldena, no te olvides de decirles que me traigan engarces para las fallebas de mis puertas.

Bentivegna dijo que lo haría; y mientras él andaba camino de Florencia, discurrió el cura que entonces era ocasión de ir a ver a Belcolora y probar fortuna; y echando a andar, se fue en derechura a casa de ella y entró diciendo:

—Buenos días; ¿quién hay por aquí?

Belcolora, que había subido al sotabanco, exclamó:

—Bien venido, señor cura; ¿adónde váis con ese calor?

Contestó el cura.

—Me he venido a pasar contigo un rato, porque me he encontrado a tu marido que se iba a la ciudad.

Belcolora, que había bajado, se sentó y se puso a limpiar la sementera de coles que poco antes había cortado su marido. El cura empezó a decir:

—¿De modo, Belcolora, que me has de estar siempre haciéndome morir así?

Echóse a reír la mujer, exclamando:

—¿Pero qué os hago yo?

—Nada me haces, pero no me dejas hacerte lo que yo quisiera.

Así adelantó la conversación hasta que Belcolora dijo:

—No me vendría mal atenderos si todos los curas no fueseis unos grandes avaros.

Entonces le contestó el cura:

—Pues yo no lo soy; pide y verás; ¿quieres un par de zapatillas, una cinta, o una saya de estambre? Di lo que quieres.

—Pues bien —dijo la aldeana—, de todo esto ya tengo, pero si tanto me amáis, hacedme un servicio; y yo haré lo que vos queráis.

—Di lo que desees —repuso el cura— y te lo daré con gusto.

Entonces Belcolora repuso:

—El sábado tengo que ir a Florencia a entregar lana que he hilado y a hacer recomponer mi huso, y si vos me prestaseis cinco libras, que sé que las tenéis, yo retiraría de casa del usurero mi basquiña color castaño, y el cinturón de los días de fiesta que llevaba cuando me casé, pues ya veis que no puedo ir al santo ni a ningún otro sitio, porque me hacen falta; y después yo haré siempre lo que vos queráis.

—Cabalmente —dijo el cura— no las traigo encima, pero cree que antes del sábado haré de muy buena gana que las tengas.

—Sí —replicó la aldeana—, todos prometéis mucho y luego nada cumplís. ¿Os figuráis hacer conmigo como hicisteis con la Biliuzza, que se atracó de promesas y después nada le disteis? Conmigo no lo haréis. Y pues eso la llevó a su perdición, si no tenéis el dinero encima, id a buscarlo.

—Pero mujer —exclamó el cura—, no me hagas ir a casa; ya ves que ahora he hallado la ocasión en que estamos solos, y tal vez cuando vuelva haya alguien que nos estorbe, y... ¿qué sé yo cuándo me vendría tan bien como ahora?

—Bueno —persistió la joven—; si queréis ir, id; si no, no vayáis.

El cura viendo que ella no estaba dispuesta a complacerle, sino *mediantibus illis*, y queriendo en cambio él hacerlo *sine custodia*, dijo:

—De modo que tú no crees que te los daré; pues para que me creas, te dejaré en garantía mi esclavina de paño azul turquí.

Levantó Belcolora la cabeza y replicó:

—¡Sí, esta esclavina! ¿Cuánto vale?

—¿Que cuánto vale? —replicó el cura—. Has de saber que es de paño fino de Flandes, de Duagio y hasta de Treagio, y los hay en nuestro pueblo que lo tienen por mucho mejor; pues no hace aún quince días el prendero Lotto me hizo pagar por ella siete libras, y me lo dio por menos de su coste, que no baja de cinco sueldos, según me dice Buglietto, que ya sabes entendiendo mucho en esta clase de ropa.

—¿De veras? —exclamó Belcolora—; pues nunca lo hubiera creído. Pero, en fin, dádmela.

Y aceptado el trato, entregó el cura la esclavina y obtuvo lo que tanto de ella deseaba. Después marchándose a la ligera, se volvió el cura a su iglesia. Una vez allí, discuriendo que de todos los cabos de vela que de ofrendas recibía en todo el año no salían ni la mitad de cinco libras, le pareció que había obrado mal y se arrepintió de haber dejado la esclavina, poniéndose a discurrir la manera cómo podría recobrarla sin gastar.

Y como era maliciosillo, pronto se le ocurrió la manera de recuperarla, poniéndola en ejecución: como el día siguiente era festivo, envió a un muchacho de un vecino suyo a casa de Belcolora, rogándole que le hiciera el favor de prestarle su almirez de piedra, pues aquella mañana comían con él Biguccio del Poggio y Buto Buglietti, y quería hacer salsa.

Belcolora se la envió. Y a eso de la hora de comer, el cura aprovechó la ocasión en que Belcolora y su marido estarían en la mesa, y llamando al monaguillo le dijo:

—Toma este almirez, devuélveselo a Belcolora y dila: “Dice el señor cura que muchas gracias y que le mandéis la esclavina que en prenda os dejó el muchacho”.

El monaguillo se fue a casa de Belcolora con el almirez, y la encontró sentada a la mesa con su marido y comiendo. Dejando el almirez, dio el recado del cura. Belcolora, al oír que le reclamaban la esclavina, quiso replicar; pero Bentivegna con mala cara, exclamó:

—¡Qué! ¿Le exiges prenda al señor cura? ¡Pardiez, que me dan ganas de pegarte un puñetazo! Anda, devuélvesela en seguida, ¡mala pécora!, y guárdate bien de que, sea lo que fuere lo que él quiera, aun cuando sea nuestro borrico, no se le dirá que no.

Se levanta murmurando Belcolora, va al cofre, saca de él la esclavina y se la da al monaguillo diciendo:

—Le dirás al señor cura, de mi parte, que la Belcolora dice que ruega a Dios que nunca más haga salsa en su almirez, ya que esta vez tan bien lo ha honrado.

Marchóse el monaguillo con la esclavina y le dio el recado al señor cura. Este le contestó riendo:

—Cuando la veas le dirás que si ella no me presta el almirez, yo no le prestaré a ella la mano y váyase lo uno por lo otro.

Cuento tercero

El inocente Calandrino

El inocente Calandrino es engañado cándidamente; hácenle recoger pedruscos que él cree han de hacerle invisible, y paga cara su credulidad.

Terminado el cuento de Pánfilo, que hizo reír a carcajadas, la reina encargó a Elisa que continuara, y ésta, riendo aún, empezó diciendo:

—No sé si lograré con una historieta mía, no menos cierta que deliciosa, haceros reír tanto como lo ha hecho Pánfilo con la suya; pero lo intentaré.

En nuestra ciudad, donde siempre han abundado variedad de costumbres y de gentes, hubo, no hace mucho tiempo, un pintor llamado Calandrino, hombre sencillo y de costumbres originales, que la mayor parte del tiempo andaba en compañía de otros dos pintores, llamados Bruno el uno y Buffalmacco el otro; hombres muy complacientes, mas, en cambio, cautos y sagaces, quienes tenían intimidad con Calandrino, porque gozaban mucho con sus maneras y su sencillez.

Había también entonces, en Florencia, otro joven asombrosamente agradable en todo cuanto hacía, astuto y oportuno, llamado Maso del Saggio; el cual, habiendo oído decir algo de la sencillez de Calandrino, quiso divertirse a su costa, haciéndole una burla o haciéndole creer alguna cosa extraña.

Como cierto día se encontrara con él en la iglesia de San Juan y le viera entretenido en contemplar las pinturas y los bajo relieves del tabernáculo que hay encima del altar de dicha iglesia, el cual había sido colocado allí poco tiempo antes, pensó llegada la oportunidad para realizar su intento. Enterado un compañero suyo de lo que se proponía, aproximáronse juntos al sitio donde Calandrino estaba sentado solo, y fingiendo no reparar en él, empezaron a hablar entre sí de las virtudes de varias piedras, de las cuales

Maso hablaba con tal eficacia, con tal expresión, como si fuera un consumado lapidario.

Prestó oídos Calandrino a aquella conversación, poniéndose de pie al cabo de un rato, viendo que no hablaban en secreto, se les reunió, cosa que le gustó mucho a Maso. Como éste continuase hablando, Calandrino le preguntó dónde se hallaban aquellas piedras de tan gran virtud.

Maso respondió que la mayor parte de ellas se hallaban en Berlinzone, país de los vascos, en una región que se llamaba Bengodi, donde se atan las cepas con salchichones y donde por un dinero se obtenía un pato y un ansarón por añadidura. Había una montaña toda de queso de Parma rallado, encima de la cual vivían gentes que no se ocupaban de otra cosa que de hacer macarrones y mazapanes, cocerlos en caldo de capón y luego los echaban abajo, y quien más podía pescar más tenía. Cerca de allí había un arroyo de malvasía de la mejor que se bebe, sin mezcla alguna de agua.

—Buen país es ése —exclamó Calandrino—. Pero decidme: ¿qué se hace de los capones que aquéllos cuecen?

—Se los comen los vascos todos —contestó Maso.

Preguntó entonces Calandrino:

—¿Estuviste tú alguna vez allí?

—¿Dices si estuve alguna vez? —repitió Maso—. No una, sino mil.

—¿Y cuántas millas hay desde aquí? —insistió Calandrino.

—Más de mil y otras tantas —respondió Maso.

Y repuso el pintor:

—¿Entonces debe estar más allá de los Abruzzos?

—Sí, un poco más allá.

El bueno de Calandrino, viendo que Maso decía todo esto con cara seria y sin reír, le daba el crédito que darse puede a la verdad más manifiesta; de consiguiente, lo tenía por verdadero, por lo que repuso:

—Para mí lo encuentro demasiado lejos; si estuviera más cerca, positivamente iría allí una vez contigo para ver saltar aquellos macarrones y darme un atracón de ellos. Pero, dime, si no te viene mal, ¿en aquellas regiones no se encuentra ninguna de esas piedras tan virtuosas?

—Sí —contestó Maso—, hallándose dos clases de ellas de una virtud asombrosa, las unas son las piedras duras de Settignano y de Montisci, por cuya virtud, en cuanto se las ha convertido en muelas de molino, se hace la harina; y por eso en aquellos países se dice que de Dios vienen las gracias y de Montisci las muelas de molino; pero allí hay tan gran cantidad de esas piedras, que tienen tan poco valor entre nosotros, como lo tienen entre ellos las esmeraldas, de las cuales hay allí montañas más altas que el monte Morrello, que por la noche brillan que no hay más que ver.

La otra es una piedra que nosotros los lapidarios llamamos elitropia, piedra de virtud demasiado extraordinaria, pues todo el que la lleva encima, no es visto por nadie donde está.

—Grandes virtudes son éstas —dijo entonces Calandrino—, pero y esta segunda piedra ¿dónde se halla?

Contestó Maso que se las solía encontrar en Mugnone.

—¿De qué tamaño es esta piedra? —preguntó Calandrino—: ¿de qué color es?

Maso respondió:

—Hay de varios tamaños, pues las hay mayores y menores, pero todas son de un color casi como negro.

Calandrino, después de haber tomado nota mentalmente de todas esas cosas, fingiendo que tenía que hacer, se separó de Maso y se propuso ir en busca de esta piedra; pero no quiso hacerlo sin que lo supieran Bruno y Buffalmacco, a quienes entrañablemente quería. Fue, pues, en busca de éstos para ir con ellos sin tardanza, y antes que nadie por ella, y todo el resto de la mañana les anduvo buscando.

Al fin, y después de mediodía, se acordó de que estaban trabajando en el convento de monjas de Faenza, y, aun cuando era muy fuerte el calor, dejó aparte todos sus quehaceres, fue casi corriendo a encontrarles, les llamó aparte y les dijo:

—Compañeros: si me queréis creer, podemos hacernos los hombres más ricos de Florencia, pues he oído decir a un hombre digno de crédito, que en Mugnone se halla una piedra que a quien la lleva encima le hace invisible; por lo cual, yo sería de opinión de que sin tardanza alguna, y antes de que otra persona fuese allá, fuéramos nosotros a buscarla. Positivamente la encontraremos, pues yo la conozco; y en cuanto la hayamos encontrado, no tendremos más que hacer que metérmola en la escarcela e ir a las mesas de los cambistas que ya sabéis que están siempre atestados de ducados y florines y tomar todo lo que queramos. Nadie nos verá, y así podremos enriquecernos de repente, sin tener que estarnos todo el día embadurnando las paredes como el caracol.

Bruno y Buffalmacco, al oírle, empezaron a reírse entre sí y mirarse uno a otro, aparentando grande asombro, y alabando el consejo de Calandrino; pero Buffalmacco preguntó qué nombre tenía aquella piedra. A Calandrino, que era muy duro de mollera, se le había ido ya de la memoria el nombre, y por lo tanto respondió:

—¿Qué nos importa el nombre, puesto que sabemos su virtud? Yo soy de parecer que vayamos a buscarla sin demora.

—Bueno —insistió Bruno—, ¿qué forma tiene?

—Las hay de todas formas —contestó Calandrino pero todas son casi negras: de modo que a mí me parece que tenemos que recoger todas las que veamos negras hasta que la acertemos; y por lo tanto, no perdamos tiempo, vamos.

—Aguarda —dijo Bruno, y volviéndose a Buffalmacco, añadió: —Me parece que Calandrino dice bien; pero no me parece que sea ésta hora a propósito, porque el sol está alto y dando de lleno en el Mugnone, habrá secado todas las piedras; así las habrá que parecerán blancas ahora, y que por la mañana, antes de que las calcine el sol, parecerán negras; además, hoy, como es día de trabajo, hay mucha gente por el Mugnone, y esa gente al vernos podría fijarse en lo que vamos haciendo y tal vez buscaría también, los otros podrían dar con ellas, y nosotros habríamos perdido lo que cómoda-

mente podía conseguirse, por haber ido fuera de tiempo. A mí me parece, si a vosotros os parece también, que esta operación hay que hacerla por la mañana, que es cuando se distinguen mejor las negras de las blancas, y en día de fiesta, que no habrá quien nos vea.

Aplaudió Buffalmacco el consejo de Bruno, y Calandrino lo halló conforme; acordaron que el domingo siguiente por la mañana, irían los tres juntos en busca de aquella piedra: pero Calandrino les rogó muy encarecidamente que con nadie del mundo hablaran de esto, pues a él se lo habían dicho en confianza. Después les contó lo que había oído decir del país de Bengodi, afirmando, bajo juramento, que era cierto. Cuando Calandrino se hubo marchado, acordaron los otros dos entre sí lo que tendrían que hacer sobre este particular. Calandrino esperó con afán la mañana del domingo; llegada ésta, levantóse al despuntar el día, fue a llamar a sus compañeros, y juntos salieron por la puerta de San Gallo; y llegados al Mugnone, empezaron a ir río abajo buscando piedras. Calandrino, como más afanoso, caminaba delante, pasando rápidamente de un lado a otro; en cuanto veía alguna piedra negra, se lanzaba a ella; y, recogiéndola, se la metía en el pecho. Seguíanle sus compañeros e iban cogiendo alguna que otra; Calandrino, al poco rato de andar, se había llenado ya el pecho de ellas; al cabo de otro poco rato, habíase llenado también de ellas los bolsillos y la capa. Viendo Buffalmacco y Bruno que Calandrino estaba cargado y se aproximaba la hora de comer, preguntóle el segundo al primero, según lo convenido:

—¿Dónde está Calandrino?

Buffalmacco que le veía cerca de él, empezó a mirar y a volverse a uno y a otro lado y respondió:

—No lo sé, pero ahora mismo estaba aquí delante de nosotros.

Bruno replicó:

—Aun cuando hace poco estuviera aquí me parece que se está ahora en casa comiendo y nos ha dejado a nosotros atareados en busca de las piedras negras del Mugnone abajo.

—¡Ay, qué bien ha hecho —exclamó entonces Buffalmacco— en habernos burlado y dejado aquí, ya que nosotros fuimos tan necios en darle crédito! ¡Mira tú! ¿A quién se le habría ocurrido la estupidez de creer que en el Mugnone existe una piedra de tanta virtud, sino a nosotros?

Calandrino, al oír estas palabras, se figuró que aquella piedra había ido a parar a sus manos y que por su virtud, no le veían ellos, a pesar de hallarse en su presencia.

Sumamente contento, pues, por tal suerte, pensó volverse a casa sin decirles palabra alguna, y empezó a desandar el camino. Al ver esto Buffalmacco, le dijo a Bruno:

—¿Qué hacemos? ¿No nos marchamos?

Bruno respondió:

—Marchémonos; pero juro a Dios que Calandrino no me volverá a jugar otra; si lo tuviese cerca como lo he tenido toda la mañana, le daría con esta piedra en los talones con tal fuerza, que por todo un mes se acordaría tal vez de esta burla.

Y decir estas palabras, tender el brazo y arrojar a Calandrino una piedra al pie, fue todo uno. Calandrino, al sentir el dolor, alzó el pie y se puso a soplarle, pero sin decir palabra, y siguió adelante. Buffalmacco, tomando otra de las piedras que había recogido, le dijo a Bruno:

—¡Bonito guijarro! ¡Ojalá fuese a parar ahora mismo a los riñones de Calandrino!

Y arrojándola, le dio con ella un fuerte golpe en los riñones. Y de esta suerte, entre frase y frase, le fueron apedreando desde el Mugnone hasta la puerta de San Gallo. Llegados allí y tiradas al suelo las piedras que habían recogido, se detuvieron a hablar un rato con los guardias, quienes enterados de antemano por ellos, dejaron pasar a Calandrino, fingiendo que no le veían y riéndose a mandíbula batiente. Éste se fue sin detenerse a su casa, que la tenía cerca del Canto de la Macina; y fue tan favorable la fortuna a la burla, que, durante todo el camino, nadie le dijo una palabra, por ser poca la gente que discurría, pues casi todo el mundo estaba comiendo. Cargado, pues, de esta suerte, entró Calandrino en su casa. Casualmente su mujer, que se llamaba Tessa, se hallaba en lo alto de la escalera; y algo enojada por su tardanza, al verle llegar, puso a denostarle, diciendo:

—Pero, hijo, ¿de dónde diablos vienes? —Y añadió furiosa:— Todo el mundo ha comido ya cuando tú vienes a comer.

Al oír esto Calandrino y ver que se le veía, lleno de pesar y de dolor, exclamó:

—¡Oh, mujer maldita! Me has arruinado, pero me vengaré.

Y subiendo a una pequeña habitación y después que se hubo descargado del sinnúmero de piedras que trajera, corrió angustiado hacia su mujer, y, agarrándola por las trenzas la derribó a sus pies, y mientras pudo menear brazos y pies, estuvo dándole puntapiés y puñetazos por todo el cuerpo sin dejarle cabello en la cabeza ni hueso sano, sin que de nada le valiese a ella el pedir misericordia con las manos cruzadas.

Buffalmacco y Bruno, después que hubieron estado riendo un rato con los guardias de la puerta, pusiéronse a seguir, despacio y a cierta distancia, a Calandrino, y al llegar a la puerta de la casa de éste, oyeron la cruel paliza que le daba a su mujer, y, fingiendo llegar en aquel momento, lo llamaron. Calandrino, sudando a mares, con el rostro encendido y rendido de fatiga, se asomó a la ventana y les rogó que subieran.

Dando muestras de algún enojo, subieron éstos y vieron la sala llena de piedras, y en uno de los ángulos, a la mujer desgredada, estropeada, lívida y con el rostro lleno de cardenales, llorando desconsoladamente, y por otro lado, a Calandrino, desceñido y que se dejaba caer vacilante y como rendido en una silla.

—¿Qué es esto, Calandrino? —preguntáronle después de un instante de contemplación—. ¿Quieres hacer una pared, que vemos ahí tantas piedras? —Y luego añadieron:— Y la señora Tessa, ¿qué tiene? Parece que le has pegado. ¿Qué novedades son éstas?

Calandrino, fatigado por el peso de las piedras y por la rabia con que

había pegado a su mujer y por el pesar de la suerte que le parecía haber perdido, no podía concentrar sus ideas para formular una respuesta clara.

Ante cuyo silencio, Buffalmacco prosiguió:

—Calandrino, si estabas irritado por otra cosa no la debías maltratar como has hecho; pues, después que nos habías conducido contigo a buscar piedras preciosas sin decir adiós ni al diablo, nos has dejado en el Mugnone como dos papanatas y te has venido a tu casa, cosa que hallamos muy mal hecha; pero ten por seguro que ésta será la última vez que lo haces.

A estas palabras, Calandrino respondió haciendo un esfuerzo:

—No os enfadéis, compañeros; la cosa es muy distinta de lo que os figuráis. Yo, desdichado de mí, había encontrado aquella piedra y en prueba de que digo la verdad, que la primera vez que uno a otro preguntasteis por mí, yo me hallaba a menos de diez brazas de vosotros, y al ver que os volvíais sin verme, os adelanté y constantemente he andado delante y a poca distancia de vosotros.

Y empezando desde el principio hasta el fin, les contó lo que ellos habían dicho y hecho y les enseñó cómo le habían puesto las espaldas y los pies, los guijarros que ellos habían arrojado y después continuó:

—Y al entrar por la puerta, cargado con todas esas piedras que aquí veis, los guardias, que ya sabéis cuán pesados y testarudos son en quererlo ver todo, no me han dicho una palabra; además, por la calle he encontrado a varios amigos y compadres míos, que siempre suelen hablarme y convidarme a beber y ninguno ha habido que me dirigiese ni media palabra, como si no me viesen. Por último, ese demonio de mujer, al llegar a casa, se me planta delante y me ve; porque, como vosotros sabéis, las mujeres hacen perder la virtud a todas las cosas; por esto yo, que me podía llamar el hombre más afortunado de Florencia, me he visto convertido en el más desventurado, y por esto le he estado pegando mientras he podido menear los brazos, y no sé cómo me detengo que no le arranco la vida. ¡Maldita sea la primera hora en que la vi y la hora en que la traje a esta casa!

Y montando de nuevo en cólera, quería levantarse para volver de nuevo a pegarle.

Buffalmacco y Bruno, al oír esto, fingían vivo asombro y a cada instante afirmaban lo que Calandrino decía; tantas ganas de reír tenían, que casi no podían contenerse; mas, al verle que se levantaba furioso para pegar de nuevo a su mujer, le tomaron y le contuvieron, diciendo que de estas cosas ninguna culpa tenía su mujer, sino él, que sabiendo que las mujeres hacían perder a las cosas su virtud, no le había dicho que se guardara de presentársele delante aquel día, cuya previsión le había quitado Dios o porque la suerte no debía ser suya, o porque tenía la intención de engañar a sus compañeros, a quienes, al advertir de lo que había encontrado, se lo tenía que decir. Y después de mucho hablar y reconciliarle, no sin trabajo, con su mujer, se marcharon dejándole apesadumbrado y con la casa llena de guijarros.

Cuento cuarto

El preboste de Fiésole

El preboste de Fiésole ama a una mujer viuda; no es amado por ella, y creyendo estar con ella, está con una criada suya y los hermanos de la viuda se lo hacen ver al obispo.

Había llegado Elisa al fin de su cuento, habiéndolo referido no sin gran placer de toda la compañía, cuando la reina, volviéndose a Emilia, le indicó su voluntad de que contase el suyo después de Elisa y así se apresuró a hacerlo:

—Graciosas damas: cuánto los curas, frailes y toda clase de clérigos solicitan nuestras imaginaciones, recuerdo haberse demostrado en varias historietas; mas como no se podría decir tanto de ellos, que más no fuera todavía, yo quiero agregar a ellas la de un preboste que quería que a pesar de todo el mundo, una noble dama le quisiera de buen o de mal grado, cuya dama, como mujer de talento, lo trató como él se merecía.

Como todos vosotros sabéis, Fiésole, cuyo cerro se ve desde aquí, fue una ciudad muy antigua y grande, aun cuando hoy esté toda arruinada, que nunca, ni aun ahora, ha dejado de tener obispo. Allí y cerca de la iglesia mayor, tuvo su hacienda con su pequeña casa, una noble dama, viuda, llamada Piccarda, y como no estaba demasiado acomodada, vivían con ella en la casa, la mayor parte del año, dos hermanos suyos, jóvenes atentos y de bien.

Acostumbrando ir esta dama a la iglesia mayor y siendo todavía bastante joven, bella y agradable, tan locamente se enamoró de ella el preboste de la iglesia, que no podía llegar a estarlo más. Y pasado algún tiempo, a tanto se atrevió, que él mismo se declaró a aquella dama y le rogó que aceptase su amor y le amara como le amaba él a ella. Este preboste era ya viejo de años, pero de seso muy juvenil, atrevido, altanero y presuntuoso; afectado y desagradable en sus maneras y costumbres, tan importuno y fastidioso, que nadie había que le quisiera bien, y menos todavía que nadie le quería la dama, pues no solamente no le quería ni pizca, sino que le odiaba más que a la jaqueca.

Por lo cual, como mujer prudente, le respondió:

—Señor: muy grato puede seros que me améis y debo amaros y os amaré con gusto; pero entre vuestro amor y el mío jamás ha de haber cosa deshonesta. Vos sois mi director espiritual y os acercáis mucho a la vejez y sois cura, todo lo cual debe haceros honesto y casto, y por otra parte, yo no soy una niña a quien le sienten ya bien estos enamoramientos y soy viuda; ya sabéis cuánta honestidad a las viudas se les requiere; dispensadme, pues, porque yo jamás os amaré del modo que vos deseáis ni quiero ser de vos amada así.

El preboste, no pudiendo obtener de ella otra respuesta por aquella vez, no se dio por desairado ni vencido al primer golpe; antes bien, obede-

ciendo a su presuntuosa impetuosidad, la solicitó muchas veces con cartas y con recados, y hasta por sí mismo cuando la veía en la iglesia.

Por lo cual, pareciéndole a la dama demasiado pesado y fastidioso tal enamoramiento, pensó quitárselo de encima del modo que él se merecía, ya que no podía de otro modo; pero nada quiso hacer sin consultarlo antes con sus hermanos.

Y habiéndoles dicho lo que con ella hacía el preboste y lo que ella se proponía hacer, consintieron ellos, y a los pocos días fue como solía a la iglesia. En cuanto la vio el preboste, se dirigió a ella, púsose a hablarla, como tenía por costumbre, con excesiva familiaridad.

La dama, al verle venir, le puso buena cara llamándole aparte, después que él le hubo dicho muchas palabras de las que solía, dejó escapar ella un gran suspiro y dijo:

—Muchas veces he oído decir, señor, que no hay castillo alguno tan fuerte que, si se le combate constantemente, no acabe por ser tomado, y muy bien veo que esto en mí ha sucedido.

Tanto me habéis asediado, ya con palabras dulces, ya con una o con otra galantería, que me habéis hecho quebrantar mi propósito: pues tanto os gusto, dispuesta estoy a ser vuestra.

Sumamente contento el preboste, exclamó:

—Muchas gracias, señora; a deciros la verdad, mucho me ha admirado de que tanto os hayáis resistido, al pensar que jamás me había sucedido con otra alguna, antes por el contrario, algunas veces he dicho que si las mujeres fuesen de plata, no valdrían dinero, porque no resistirían al martirio. Pero dejemos esto ahora: ¿cuándo y dónde podremos encontrarnos?

—Tierno señor mío —contestó la dama—, el cuándo, podrá ser la hora que a vos más os acomode, pues yo no tengo marido a quien le deba dar cuenta de mis noches; pero el dónde, no se me ocurre.

—¿Cómo no? —observó el preboste—. En vuestra casa.

—Señor —objetó la dama—, ya sabéis que tengo dos hermanos jóvenes, quienes de día y de noche vienen a casa con sus compañeros y mi casa no es muy grande, por esto no sería posible, a no ser que quisierais estar en ella a manera de mudo sin hacer movimiento ni acción alguna de hablar, y a obscuras, como los ciegos: si de esta manera se quisiera, se podría hacer, porque ellos no se meten en mi habitación, pero tienen la suya tan cerca de la mía, que no se puede decir palabra, por baja que se diga, que no se oiga.

Dijo entonces el preboste:

—Señora, por una o dos noches no importa; mientras tanto, yo discutiré otro sitio donde podamos estar con mayor comodidad.

—Esto, señor, de vos depende —dijo la dama—; pero una cosa os pido y es, que esto quede secreto, que jamás se sepa cosa alguna.

—Nada temáis, señora —exclamó el preboste—, y si es posible, haced que podamos vernos esta noche.

—Pláceme que así sea —repuso la dama.

Y después de indicarle cómo y cuándo tenía que ir, se marchó y se volvió a su casa. Esta dama tenía una criada que no era muy joven, que tenía

la cara más fea y contrahecha que jamás se vio, era además bizca, le lloraban los ojos, se llamaba Ciuta; y como tenía la cara tan verdosa y amarillenta, llamábanla los hombres Ciutazza. El ser contrahecha no le impedía que fuese algo maliciosilla. Llamóla, pues, la dama aparte y le dijo:

—Ciutazza, si esta noche quieres prestarme un servicio, te regalaré una bonita camisa nueva.

Al oír Ciutazza esta oferta, exclamó:

—Señora, por una camisa nueva, al fuego me arrojaría si me lo pidierais.

—Pues bien —repuso la dama—, quiero que te acuestes esta noche con un hombre en mi cama, que le acaricies, que te guardes bien de hacer ruido para que no te oigan mis hermanos, pues ya sabes que duermen ahí al lado, y después te daré la camisa.

Aceptó de buena gana la criada, y, llegada la noche, vino el señor preboste como se le había indicado; los dos jóvenes, según lo dispuesto por la dama, se hallaban en su habitación y se hacían oír perfectamente: por lo cual el preboste, entrando en silencio y a obscuras en la habitación de la viuda, se reunió allí con la Ciutazza, que estaba perfectamente aleccionada por su señora sobre lo que hacer debía. Cuando la dama hubo hecho esto, díjoles a sus hermanos que hicieran lo demás que se había convenido, y éstos, saliendo callandito de su habitación, se encaminaron a la casa del obispo; después, la fortuna, más favorable en lo que querían hacer de lo que ellos mismos deseaban, hizo que se encontraran con el obispo, quien, como hiciese mucho calor, había pensado ir paseando a casa de los jóvenes para pasar un rato y beber con ellos.

Y como los vio venir, les expuso su deseo, echó a andar con ellos y juntos penetraron en un pequeño patio fresco, donde había muchas luces encendidas, y donde bebió un excelente vino que le sirvieron.

Y después que hubieron bebido, dijeron los jóvenes:

—Señor, pues tan gran obsequio nos habéis hecho, habiéndoos dignado visitar esta nuestra casita, a lo cual íbamos a invitaros, queremos que os dignéis ver una cosita que os queremos enseñar.

Consintió gustoso el obispo, y uno de los jóvenes, tras de agarrar una pequeña antorcha encendida, tomando la delantera, se encaminó, siguiéndole el obispo y todos los demás, hacia la habitación donde se hallaban juntos la Ciutazza y el señor preboste.

Penetró el joven en la habitación, y levantando en la mano la luz, enseñó al obispo y a todos los demás al preboste, durmiendo con la Ciutazza en brazos. Despertó en esto el señor preboste, y al ver la luz y la gente que le rodeaba, cubrióse avergonzado, fuertemente atemorizado, la cabeza.

Reprendióle seriamente el obispo y le mandó que sacase la cabeza y mirase con quién había estado. El preboste, al darse cuenta de la burla de la dama, sintióse poseído del más intenso dolor, ya por esto, ya por el vituperio que le parecía haberle caído encima, y por orden del obispo se le trasladó, debidamente custodiado, a su casa, para imponerle la penitencia del pecado cometido.

Quiso después el obispo saber cómo había sido eso de ir el preboste a

citarse con la Ciutazza, y los jóvenes se lo explicaron todo. Oído esto por el obispo, colmó de elogios a la dama y también a sus hermanos que, en vez de quererse manchar las manos con la sangre de un cura, le habían tratado como se merecía. Este pecado se lo hizo purgar el obispo con cuarenta días, pero el amor y el desdén se lo hicieron purgar más de cincuenta, sin contar con que, durante mucho tiempo, no podía salir a la calle que no le señalaban con el dedo los muchachos. Por este medio se quitó de encima la noble dama la fastidiosa petulancia del preboste, y la Ciutazza ganó una camisa y una noche buena.

Cuento quinto

Los calzones del juez

Tres jóvenes le sacan los calzones a un juez de la Marca en Florencia, mientras éste estaba haciendo justicia en su sitial.

Había terminado Emilia su relato, habiendo sido muy alabada por todos la viuda, cuando la reina, dirigiéndose a Filostrato, dijo:

—A ti te toca ahora hablar.

Apresuróse éste a contestar que estaba dispuesto, y empezó diciendo:

—Deliciosas damas: el joven que poco antes nombró Elisa, a saber, Maso del Saggio, me hará dejar una historia que me proponía contar, para referir otra de él y algunos compañeros suyos, que aun cuando no sea deshonesta porque en ella se usan vocablos que vosotras os avergonzáis de usar, es sin embargo tan de risa, que os la quiero explicar.

Como habéis podido oír decir, vienen muy a menudo a vuestra ciudad gobernadores de la Marca, los cuales son hombres pobres de corazón y de vida tan extrema y miserable, que no padecen otra cosa, en todo lo suyo, que una tacañería terrible; por ésta su mezquindad y su avaricia innata llevan consigo jueces y notarios, que parecen más bien aldeanos y remendones que hombres salidos de la escuela de las leyes.

Ahora bien, habiendo venido uno por podestá, entre los otros muchos jueces que consigo llevaba había uno que se hacía llamar maese Nicolás de San Lepidio, que tenía más facha de cerrajero que de otra cosa, y a quien se colocó entre los jueces encargados de las cuestiones criminales. Y como con frecuencia acaece que, aun cuando los ciudadanos nada tengan que hacer en palacio, a veces van allá, acaeció que cierta mañana fue allá Maso del Saggio a buscar a un amigo suyo; y como se le ocurriera mirar al sitio donde maese Nicolás estaba sentado, como le pareciese que era un pajarraco nuevo, estuvo examinándolo detenidamente y, como le viese el forro del birrete completamente sucio y un pequeño tintero en el cinto y más largo el jubón que la toga y muchas otras cosas impropias de un hombre de orden y educación, fijóse entre ellas en una más notable a su modo de ver, que todas las

demás que visto había, y fue, que llevaba unos calzones, los cuales, cuando estaba sentado, le llegaban a media pierna. Sin entretenerse más en mirarle, y renunciando a lo que buscando andaba, púsose a hacer nueva requisa, y encontró dos compañeros suyos, de los cuales el uno se llamaba Ribí y el otro Matteuzzo, hombres los dos no menos divertidos que Maso, y les dijo:

—Venid, si queréis, conmigo hasta palacio, que quiero enseñaros el avechuchu más raro que jamás visteis.

Y yéndose con ellos a la Audiencia, les señaló aquel juez y sus calzones. Empezaron de lejos a reírse éstos, y aproximándose más a los bancos donde se hallaba el señor juez, vieron que era muy fácil colocarse debajo de ellos, y vieron además que las tablas donde el juez tenía los pies estaban rotas, tanto que con suma facilidad se podía meter por ella la mano y el brazo.

Entonces Maso les dijo a sus compañeros:

—Quiero que le saquemos del todo estos calzones, ya que se puede hacer muy bien.

Cuando todos sus compañeros hubieron visto la manera de hacerlo, puestos de acuerdo sobre lo que debían hacer y decir, a la mañana siguiente volvieron allí: y como la sala estuviese muy llena de hombres, Matteuzzo se metió debajo del banco, sin que nadie lo advirtiera, y fue a colocarse precisamente en el sitio donde el juez tenía los pies. Maso, aproximándose al señor juez por un costado, le tomó por el borde de la toga, y Ribí, acercándose por el otro lado, hizo, lo propio, y luego Maso empezó a decir:

—Señor, señor, os ruego por piedad, que antes que ese ladronzuelo que tenéis a vuestro lado se escape, me hagáis devolver un par de zapatos que me ha robado, y que lo niega por más que vi, no hace todavía un mes, les hacía echar suelas nuevas.

—No lo creáis, señor —gritaba Ribí—, porque es un impostor, y porque sabe que yo he venido para reclamarle una maleta que él me robó, y que ha venido aquí y habla de los zapatos que tenía yo en casa desde hace mucho tiempo, y si no me creáis, puedo daros por testigo la Tecca, mi vecina, y a la tripera la Grassa, y a uno que va recogiendo los desperdicios de Santa María de Verzaia, que le vio cuando volvía del pueblo.

Maso, desde el otro lado, interrumpía a Ribí, dando gritos y Ribí gritaba también. Y mientras el juez estaba en pie y aproximado a ellos para oírles mejor, Matteuzzo, aprovechando la ocasión, metió la mano por la abertura de la tabla, agarró el fondo de los calzones del juez y tiró de ellos con fuerza. Los calzones se vinieron inmediatamente abajo porque el juez era flaco y enjuto; éste, al darse cuenta de lo que le ocurría y sin saber lo que era, quiso tirarse para adelante las ropas, taparse y sentarse, en tanto que Ribí por un lado y Maso por el otro le tenían tomado y seguían gritando con fuerza:

—Señor, me ofendéis con no atenderme y no quererme oír, y con querer marcharos.

Y tanto siguieron teniéndole tomado por las ropas, que cuantos se hallaban en la sala se apercebieron de que le habían sido sacados los calzones. Matteuzzo, después que los había retenido por un rato, les dejó, salió de su

escondite y se marchó sin ser visto. Ribí, calculando que ya había hecho lo suficiente en su papel, dijo:

—Ahora iré a reclamar al síndico.

Y Maso, por el otro lado, soltándole la toga, añadió:

—No, yo no volveré a veros hasta que no os halle menos distraído de lo que parecéis estarlo esta mañana.

Y se fueron cada uno por su lado, lo más pronto que pudieron. El señor juez, echándose los calzones para arriba en presencia de todo el mundo como si se levantara de dormir, y dándose entonces cuenta de lo acaecido, preguntó adónde habían ido los que disputaban sobre los zapatos y la máltera, pero como no se diera con ellos, púsose a jurar que había de conocerles y de saber si en Florencia se solía sacar los pantalones a los jueces, cuando estaban sentados en el banco de la razón. Al oírle el podestá, prorrumpió en fuertes voces: pero después, habiéndole manifestado sus amigos que aquello se le había hecho tan sólo para darle a entender que los florentinos conocían que había traído borregos en vez de jueces, para darles menor salario, se calló y por aquella vez no fue más allá la cosa.

Cuento sexto

Las píldoras de acíbar

Bruno y Buffalmacco le roban un cerdo a Calandrino; lo hacen hacer el experimento de salarlo con píldoras de jengibre y con malvasía y le dan a él dos, una tras otra, amasadas con acíbar, y resulta ser él el ladrón; le obligan a que les haga un regalo si no quiere que se lo cuenten a su mujer.

Apenas hubo terminado Filostrato su cuento, que hizo reír mucho, mandó la reina a Filomena, que tomara la palabra y ésta lo hizo así:

—Gracias damas: así como el nombre de Maso le indujo a Filostrato a referir el cuento que le habéis oído, de igual manera, ni más ni menos, me induce el de Calandrino y de sus compañeros a contaros de ellos otro, que creo os gustará.

No necesito deciros quiénes fueron Calandrino, Bruno y Buffalmacco, pues sobradamente lo habéis oído, y de consiguiente, siguiendo adelante, digo que Calandrino tenía, a corta distancia de Florencia, una pequeña hacienda que su mujer le había traído en dote, de la cual, entre otras cosas que cosechaba, tenía cada año un cerdo, y allá por el mes de diciembre solían dirigirse él y su mujer a la hacienda, matarlo, y luego hacerlo salar. Cierta vez acaeció que, como su mujer no se hallara muy bien de salud, Calandrino se marchó solo a matar el cerdo: y como de esto se enteraron Bruno y Buffalmacco y supieran que no iba su mujer, fueron a casa de un cura muy amigo suyo, vecino de Calandrino, para pasar algunos días con él.

En la mañana del día en que éstos llegaron, Calandrino había matado

el cerdo y como les viese con el cura les llamó y les dijo:

—Me alegro de veros. Quiero que veais cuán buen mayordomo soy yo.

Y llevándoles a su casa les enseñó el cerdo. Vieron éstos que era magnífico y por Calandrino se enteraron de que lo quería salar para su familia.

—¡Qué tonto eres! —díjole Bruno—. Véndelo y disfrutemos del dinero que saques, y a tu mujer le dices que te lo han robado.

—No lo creería —objetó Calandrino—, y me echaría de casa; no os molestéis, que no lo haré jamás.

Mucho insistieron los otros pero sin conseguir cosa alguna. Calandrino les invitó a cenar tan de mala gana, que éstos no se quisieron quedar y de él se separaron. Bruno le dijo a Buffalmacco:

—¿Robémosle esta noche el cerdo?

Preguntó Buffalmacco:

—¿Cómo podremos?

Respondió Bruno:

—El cómo lo he visto ya, si él no lo traslada del sitio donde ahora mismo lo tenía.

—Hagámoslo, pues —asintió Buffalmacco—, ¿por qué no? Y luego nos lo zamparemos aquí juntos con el dómine.

Aceptó éste con gusto la idea, y entonces Bruno añadió:

—Aquí se requiere un poco de astucia; ya sabes, Buffalmacco, lo avaro que Calandrino es y cuán de buena gana bebe cuando otro paga; vamos, pues, y llevémosle a la taberna, y allí el cura fingirá que paga por todos para obsequiarnos y a él nada le deja pagar; así se emborrachará y luego podremos obrar muy fácilmente, porque está solo en casa.

Hízose tal como Bruno propuso. Calandrino, al ver que el cura no dejaba pagar a nadie, se puso a beber, y como no necesitaba mucho para ello, se emborrachó de veras; como era ya muy de noche cuando salió de la taberna, se fue a su casa sin querer cenar. Creyendo haber cerrado la puerta, se la dejó abierta y se fue a la cama. Buffalmacco y Bruno se fueron a cenar con el cura, y cuando hubieron cenado, tomando ciertos utensilios para entrar en casa de Calandrino adonde Bruno se había propuesto, encamináronse sigilosamente allá; mas como hallaran la puerta de la casa abierta, entraron en ella, descolgaron el cerdo, lo llevaron a casa del cura y volviéndolo a colgar allí, se fueron a dormir. Calandrino, cuando se le hubo marchado el vino de la cabeza se levantó por la mañana; al llegar abajo miró y no vio su cerdo y vio la puerta abierta; púsose a preguntar a éste y a aquél si sabían quién se había apoderado del cerdo, y como no diera con él púsose a lanzar grandes exclamaciones, lamentándose de que le hubiese sido robado el cerdo. Bruno y Buffalmacco, en cuanto se hubieron levantado, se fueron a ver a Calandrino para oír lo que del cerdo les diría. Al verles, les llamó casi llorando y les dijo:

—¡Ay de mí, compañeros míos, que me han robado el cerdo!

Bruno, acercándose a él, dijo en voz baja:

—Raro es que hayas sido listo una vez en tu vida.

—¡Ay! —suspiró Calandrino—. Hablo de veras.

—Así, así —decía Bruno—, grita mucho para que parezca que ha sido de veras.

Calandrino gritaba entonces más recio y decía:

—Te juro que digo de veras que me lo han robado.

Y Bruno repetía:

—Muy bien, muy bien; así hay que decirlo; grita mucho para que te oigan bien y parezca cierto.

—Vas a hacerme dar el alma al diablo —prorrumpió Calandrino—: tú no me crees, y así me ahorquen si no es cierto que me lo han robado.

—¿Pero cómo es posible esto? —preguntó entonces Bruno— ¿Si yo lo vi aquí ayer? ¿Te figuras hacerme creer que ha sido robado?

—Te digo que sí —insistió Calandrino—, y tanto es así, que estoy arruinado y no sé cómo volver a casa; mi mujer no me creará y si me cree, en todo este año no estaré en paz con ella.

Entonces Bruno dijo:

—A la verdad que si es cierto, está mal hecho; pero ya sabes, Calandrino, que ayer te enseñé a decir esto: no quisiera que tú te burlases a un tiempo mismo de tu mujer y de nosotros.

Calandrino volvió a ponerse a gritar y a decir:

—¿Por qué me haréis desesperar y renegar de todo cuanto hay? Os digo que esta noche me han robado el cerdo.

—Si es así —dijo Buffalmacco—, hay que buscar la manera de recobrarlo, si existe.

—¿Y qué medio podremos hallar? —preguntó Calandrino.

Contestó entonces Buffalmacco:

—De seguro que no han venido de la India a quitarte el cerdo; debe haber sido alguno de tus vecinos, y por cierto que si tú los pudieses reunir, yo conozco el experimento del pan y del queso, y veríamos en seguida quién se lo ha llevado.

—Sí —afirmó Bruno—. Bueno estás tú con tu pan y con tu queso tratándose de ciertas gentecillas que aquí hay, que de seguro alguno de ellos lo tiene y se darán cuenta de tu propósito y no querrán venir.

—¿Cómo hacerlo, pues? —preguntó Buffalmacco.

Y Bruno respondió.

—Tendría que hacerse con buenas píldoras de jengibre y con buena malvasía y convidarles a beber. Así no se recelarían y vendrían; y luego pondrás las agallas y el jengibre en lugar del pan y del queso.

—Tienes razón —asentía Buffalmacco—. ¿Y tú qué dices, Calandrino? ¿Lo hacemos?

—¡Ay, sí! —contestó éste— Si yo supiera quién se lo ha llevado, se me quitaría la mitad de la pena.

—Vamos, pues —dijo Bruno—; yo estoy dispuesto a ir hasta Florencia a buscar todo esto en obsequio tuyo, si me das el dinero.

Calandrino le dio cuarenta sueldos que tenía. Bruno se marchó a Florencia a casa de un amigo suyo boticario; compró una libra de bonitas píldoras de jengibre y mandó hacer dos de excremento de perro; que hizo ama-

sar con áloe hepático tierno; después les hizo dar una capa de azúcar como la que tenían las otras, y para no confundirlas o cambiarlas, hizo poner en ellas una pequeña señal, por cuyo medio las conocía perfectamente, y después de comprar una botella de buena malvasía, se volvió a la hacienda de Calandrino y le dijo:

—Mañana por la mañana haces por convidar a beber contigo a aquellos de quienes tienes sospecha; es fiesta y todos vendrán de buena gana, y esta noche, yo con Buffalmacco haremos los conjuros sobre las píldoras y mañana te las llevaremos a tu casa, y por el cariño que te tengo, yo mismo las daré y haré y diré lo que haya que decir y hacer.

Así lo hizo Calandrino. Reunida una buena comitiva entre jóvenes florentinos y aldeanos que en el pueblo había, a la mañana siguiente, frente a la iglesia y alrededor del olmo, llegaron Bruno y Buffalmacco con una cajita de píldoras y con la botella del vino, y haciendo colocar en círculo a todos ellos, Bruno dijo:

—Señores: debo decir el porqué os halláis aquí, a fin de que si os acaeciera cosa que agradable no os fuera, no vayáis a quejaros de mí. A Calandrino, aquí presente, le robaron anoche un precioso cerdo; no logra dar con el ladrón, y como que nadie más puede habérselo quitado si no es alguno de los que aquí nos encontramos, él, para averiguar quién haya sido, os da a comer a cada uno de vosotros una píldora de éstas y os da de beber después. Y sabed desde ahora que quien se haya llevado el cerdo no podrá tragar la píldora, antes bien, le parecerá más amarga que veneno y la escupirá, por lo tanto, antes de que se le haga pasar por esta vergüenza en presencia de tanta gente, me parece mejor que quien se lo haya llevado, se lo diga en confesión al señor cura y dejaré de hacer esta prueba.

Todos los que allí estaban dijeron que no tenían inconveniente en comer, y por lo tanto, Bruno, habiéndolos puesto en fila y colocado entre ellos a Calandrino, empezando por un extremo le fue dando a cada uno su píldora. Cuando estuvo cerca de Calandrino, tomando una de las caninas se la puso en la mano. Calandrino se la echó inmediatamente en la boca y se puso a mascarla, mas apenas la lengua sintió el acíbar, Calandrino, no pudiendo aguantar su amargor, la escupió. Mirábanse unos a otros a la cara para ver quién escupiría su píldora y seguía Bruno repartiéndolas aún, haciendo como quien no se fijaba en eso, cuando oyó que decían a sus espaldas:

—¡Cómo, Calandrino! ¿Qué significa esto?

Por lo cual, volviéndose con rapidez y viendo que Calandrino había escupido su píldora, dijo:

—Esperad, tal vez alguna otra cosa se la ha hecho escupir; toma otra.

Y le puso en la boca la segunda y acabó de dar las que quedaban por distribuir.

Si la primera le había parecido amarga, mucho más amarga encontró Calandrino la segunda, pero como le daba vergüenza el escupirla, la conservó en la boca mascándola algo, y empezaron a soltársele unas lágrimas como avellanas; al fin, no pudiendo más, la escupió como con la primera había hecho. Buffalmacco hacía que Bruno diera de beber a los allí reunidos;

unos y otros, al ver aquello, estuvieron acordes en decir que positivamente Calandrino se había robado a sí mismo; hubo quienes ásperamente le reprendieron. Cuando todos se hubieron marchado y Bruno y Buffalmacco quedaron solos con Calandrino, díjole a éste el segundo:

—Ya estaba yo seguro de que te lo habías robado tú, querías hacernos ver que te lo habían robado, para no darnos ni una vez de beber con el dinero que sacaste de él.

Calandrino, que aún no había escupido el amargor del acíbar, púsose a jurar que no lo había hecho y Buffalmacco replicó:

—Vaya, socio de buena fe, ¿cuánto te dieron? ¿Lo vendiste en seis florines?

Calandrino, al oír esto, se puso hecho una furia, y Bruno dijo:

—Vamos a cuentas, Calandrino, que de entre los que vinieron y bebieron con nosotros, hubo uno que me ha dicho que tú tienes por aquí arriba una jovencita para tu recreo y le dabas lo que podías poner de lado, y que estaba seguro de que le habías mandado ese cerdo. Nos has enseñado a ser chanceros. Una vez nos llevaste Mugnone arriba, recogiendo piedras negras; cuando nos hubiste embarcado sin provecho, tú te volviste; y después nos querías hacer creer que la habías encontrado tú; ahora te figuras también hacernos creer con tus juramentos, que el cerdo que has regalado o vendido tal vez, te lo robaron. Ya estamos acostumbrados a tus burlas y las reconocemos; ya no nos las vuelves a hacer; por eso para que lo entiendas, nos hemos tomado el trabajo de hacer el conjuro; con que o nos regalas un par de capones, o se lo decimos todo a la señora Tessa. Calandrino, al ver que no era creído, pareciéndole ser sobrada su pena y queriendo evitar los reproches de su mujer, les regaló a sus compañeros un par de capones. Y éstos, después de haber salado el cerdo, se lo llevaron a Florencia, dejando a Calandrino con el perjuicio y con la burla.

Cuento séptimo

Venganza de enamorado

Un estudiante ama a una mujer viuda, la cual, enamorada de otro, cierta noche de invierno le hace estar aguardando sobre la nieve; después él, con un consejo suyo la hace pasar todo un día del mes de julio desnuda en lo alto de una torre, expuesta a las moscas, a los tábanos y al sol.

Mucho habían reído las damas con el infeliz Calandrino, y más habrían reído aún, si la reina, al ver terminado el cuento, no le hubiese ordenado a Pampinea que contase el suyo, a lo cual ésta se aprestó, diciendo:

—Acaece con frecuencia, queridísimas damas, que la astucia se ve burlada por la astucia, y por eso es de poco seso el divertirse haciendo burlas a otro. Nosotras nos hemos reído muchas veces en varias historietas, de las

burlas hechas sin haber sido vengadas; y ahora me propongo haceros comparcer algo de una retribución justa, impuesta a una conciudadana nuestra, a quien, una burla suya le fue devuelta con otra que estuvo a punto de costarle la vida. Y no dejaré de seros útil oír esto, porque así pondréis más cuidado en burlaros de los demás y obraréis muy cuerdamente.

Pocos años atrás hubo en Florencia una joven hermosa y altanera, de familia algo distinguida, de no escasos bienes de fortuna, llamada Elena, la cual, habiendo quedado viuda, jamás se quiso volver a casar, habiéndose enamorado a su gusto de un joven guapo y apuesto; y desdeñando a todos los demás que la solicitaban, pasaba con frecuencia deliciosísimos instantes con él, secundada por una criada suya de toda su confianza. Acaeció que por aquellos tiempos, un joven llamado Rinieri, de dicha ciudad y de noble condición, que habiendo estudiado largo tiempo en París, no para vender luego su ciencia al pormenor como hacen muchos, sino para saber el porqué de las cosas y la causa de ellas, volvió de París a Florencia; y muy honrado aquí por su nobleza y su saber, vivía al estilo del país. Pero, como sucede a menudo que aquellos que más profundo saber tienen, más pronto caen en las redes de amor, esto le acaeció a Rinieri. Habiendo ido él paseando cierto día a una fiesta, presentósele ante los ojos esta Elena, vestida de negro como van nuestras viudas, tan exuberante de belleza y tan agradable a su juicio, como jamás le pareció haber visto otra alguna. Y consideró que podía tenerse por dichoso aquel que pudiese llegar a poseerla. Y mirándola cautelosamente una vez y otra vez, y conociendo que las cosas grandes y preciosas no pueden conquistarse sin fatiga, resolvió poner todo su empeño en agradarla, para que agradándole llegara a conseguir su amor y poder por este medio alcanzar sus favores. La joven viuda, que no tenía fijos en tierra los ojos; que se tenía en tanto, y hasta en más de lo que era, no cesaba de mirar intencionadamente en torno suyo; fácilmente reparaba en quien con gusto la miraba; habiéndose apercebido de Rinieri, díjose riendo interiormente.

—No en vano habré venido hoy, pues a no equivocarme, habré tomado un pichón por el pico.

Y mirándole de vez en cuando de rabo de ojo, cuando le venía bien, procuraba darle a entender que le interesaba; por otra parte, pensaba que cuantos más atrajera y prendiera con sus gracias, tanto más valor tendría su hermosura, y sobre todo para aquel a quien ella junto con su amor la había dado. El sabio estudiante, dejando a un lado los pensamientos filosóficos, consagró a ella su pensamiento todo; y enterado de donde vivía, empezó a pasear por delante de su casa, creído de que era de su agrado. La dama, vanagloriándose consigo misma de ello, por la razón dicha ya, mostraba verle con bastante agrado, por cuyo motivo, el galán halló modo de avistarse con la criada de ella, le reveló su amor, y le rogó que se interesase con su ama, a fin de poder verse correspondido. La criada fue pródiga en promesas y se lo contó a su ama, quien la escuchó riéndose, y dijo:

—¡Mira tú adónde ha venido ése a perder el juicio que de París se ha traído! Cuando le vuelvas a hablar, le dirás que yo le quiero mucho más de lo

que él me quiere a mí; pero que yo tengo que guardar mi honestidad, a fin de que pueda llevar descubierta la frente como las demás mujeres, cosa que si él es tan sabio como dicen, me debe hacer mucho más valiosa a sus ojos.

¡Desdichada! No sabía bien ella qué cosa sea tener que habérselas con un estudiante. La criada, en cuanto con él se encontró, hizo lo que su ama le había ordenado.

Contento el estudiante, reiteró sus súplicas con más ardor, escribió cartas y mandó regalos, y aunque todo era aceptado, sólo se le contestaba con vaguedades, y de esta suerte, prometiendo y no dando, le tuvo largo tiempo entretenido. Finalmente, habiéndoselo contado todo a su amante, y habiéndose enfadado éste con ella, llegando hasta a tener celos, la viuda, para probarle que sin razón de ella sospechaba, y como el estudiante la solicitaba mucho, mandóle a su criada a que le dijera de su parte que ella nunca más había tenido tiempo para poder hacer cosa que fuera de su agrado desde que él le había dado la seguridad de su cariño, pero que por las inmediatas fiestas de Navidad esperaba poder avistarse con él, y que a este objeto, en la noche siguiente de la fiesta, viniera, si le parecía bien, a su patio, adonde iría ella a buscarle tan pronto como pudiera. El estudiante, lleno de indecible alegría, a la hora indicada se dirigió a casa de la dama, e introducido por la criada en un patio y encerrado en él, quedó esperando allí a su dama.

Ésta hizo venir entonces a su amante, cenó alegremente con él y le explicó lo que aquella noche pensaba hacer, añadiendo:

—Así podrás ver cuán grande es el amor que he tenido y tengo a ése, de quien tan neciamente has estado celoso.

Con sumo e íntimo placer escuchó estas palabras el amante, deseoso de ver palpablemente lo que su dama le decía. Casualmente el día anterior había nevado mucho y la nieve lo cubría todo; por cuyo motivo el estudiante, al poco rato de hallarse en el patio, empezó a sentir más frío del que habría querido; pero con la esperanza de rehacerse, pacientemente la aguardaba. Después de algún rato, la dama dijo a su amante:

—Vamos a mí cuarto y veamos desde una ventanilla lo que hace ése de quien te has puesto celoso y lo que responderá a la criada, a quien he enviado a hablar con él.

Dirigiéndose, pues, a la ventanilla, desde donde veían sin ser vistos, oyeron a la criada que desde otra ventana le hablaba al estudiante y le decía:

—Rinieri, la señora está inconsolable porque esta noche ha venido uno de sus hermanos que se ha quedado hablando con ella, luego ha querido que comieran juntos y no se ha marchado todavía; pero yo creo que se marchará pronto; por eso no ha podido venir ella, pero no tardará en venir; te ruega que no te impacientes.

El estudiante, creyendo verdad cuanto se le decía, respondió:

—Dile a mi señora que no pase cuidado alguno hasta que pueda cómodamente venir por mí; pero que lo haga tan pronto como pueda.

La criada se metió dentro y se fue a dormir. Entonces la dama dijo a su amante:

—¿Qué te parece? ¿Crees tú que si yo le quisiera como tú temes, sentiría que se estuviese helando allá abajo?

Y dicho esto se fue acostar con su amante, que en parte estaba contento, pasando alegremente la noche y riéndose y burlándose del infeliz estudiante. Éste hacía todo lo posible para entrar en calor; andaba por el patio sin tener donde sentarse ni donde ponerse al abrigo del relente, maldecía la interminable entrevista de la dama con su hermano, y cualquier ruido que llegaba a sus oídos, figurábasele que era la puerta que la dama abría para ir en su busca; pero esperaba en vano.

Ésta, después de haber estado solazándose con su amante hasta cerca de la medianoche, le dijo:

—¿Qué te parece, vida mía, de nuestro estudiante? ¿Qué cosa te parece mayor, su juicio o el amor que yo le tengo? El frío que le hago padecer, ¿hará salir de tu pecho el que en él se te introdujo el otro día por mis actos?

El amante respondió:

—Sí, alma mía; bien conozco que así como tú eres mi bien, mi reposo, mi gozo y mi esperanza toda, así soy para ti yo.

Y después que de esto estuvieron hablando unos instantes, repuso la dama.

—¡Bah! Levantémonos un poco y vamos a ver si se ha apagado el fuego en que cada día me escribía que se abrasaba ese nuevo amante mío.

Y levantándose, se encaminaron a la consabida ventanilla, y, mirando al patio, vieron al estudiante que por encima de la nieve iba ejecutando una danza saltada, al son de un castañeteo de dientes, que, con el excesivo frío, se hacía tan frecuente y precipitada, que no habían ellos visto cosa igual. Dijo entonces la dama:

—Y bien, dulce esperanza mía; ¿ves cómo sé hacer danzar a los hombres sin acompañamiento de trompas ni de cornamusas?

A lo cual, riendo, contestó el amante:

—Sí, dicha mía.

—Quiero —repuso la dama— que vayamos hasta la puerta de abajo; tú te estarás callado, yo le hablaré, y oiremos lo que dirá; tal vez no nos divertamos menos con esto, que lo que viéndole nos hemos divertido.

Y abriendo sin hacer ruido la habitación, bajaron a la puerta; una vez allí la dama le llamó en voz queda desde un agujero que en ella había, pero sin abrir. Al oír que le llamaban, dio gracias al cielo el estudiante, creído que al fin iba a ser introducido en la casa, y arrojándose a la puerta, dijo:

—Aquí me tenéis, señora; abrid por Dios, que me estoy muriendo de frío.

—Ya sé que sois muy friolento —contestó la dama—: ¿y tanto frío sentís por haber caído un poco de nieve? ¡Como si yo no supiera que en París son mucho mayores las nevadas! No puedo abriros todavía, porque ese maldito hermano mío, que vino a cenar conmigo ayer noche, todavía no se va; pero se irá pronto y vendré a abriros en seguida. Me he escapado de él un momento, con no pocos apuros, para venir a animaros para que no os impacientéis esperando.

—¡Oh, señora! —exclamó el estudiante—; por Dios os ruego que me abráis, para que pueda estar a cubierto allá dentro, pues desde hace un instante se ha puesto a nevar copiosamente y está nevando todavía: así os aguardaré cuanto os acomode.

—¡Cuánto lo siento, dulce bien mío! —dijo la dama—: mas no puedo, porque esta puerta hace tanto ruido cuando se abre, que si os abriera, fácilmente lo oiría mi hermano; pero voy a decirle que se marche, a fin de que pueda luego venir a abriros.

—Id, pues, en seguida —repuso el estudiante— y os suplico que hagáis encender un buen fuego para que pueda calentarme así que entre, pues estoy tan helado que apenas me siento.

—Esto no puede ser —observó la dama—, si es cierto lo que varias veces me escribisteis, de que ardíais todo en mi amor; de seguro que os burláis de mí. Ahora me voy: esperad y tened ánimo.

El amante, que lo oía todo y gozaba mucho con ello, regresó con la dama a la habitación de ésta, siendo poco lo que aquella noche durmieron, pues la pasaron casi toda deleitándose y burlándose del estudiante.

Éste, dándose cuenta de que era objeto de una burla, probó varias veces de abrir la puerta, mirando si por alguna otra parte podía salir; mas no viendo la manera, daba vueltas como león enjaulado, renegaba del mal tiempo, de la maldad de la mujer y de lo interminable de la noche, al propio tiempo que de su candidez y muy irritado contra la dama trocósele en crudo y acerbo odio el inmenso y ferviente amor que le profesaba, poniéndose a discurrir largamente la manera de vengarse de ella, cosa que deseaba ahora más de lo que antes había deseado estar con ella.

Tras mucha y larga tardanza, aproximóse la noche al día y empezó a aparecer la aurora; por lo cual la criada, amaestrada por su ama, bajó al patio, y fingiendo compadecerse del estudiante, le dijo:

—¡Mal haya quien aquí se vino anoche! Nos ha estado haciendo sufrir toda la noche, y a vos os ha hecho helar. Pero ¿qué le haremos? Soportadlo con paciencia, que lo que esta noche no ha podido ser, será otra vez. Creed que no podía haber sucedido cosa que tanto le hubiese disgustado a la señora.

Desdeñosamente, el estudiante, como hombre de talento, que sabía que las amenazas no son otra cosa que armas para el amenazado, encerró en su pecho lo que la destemplada voluntad trataba de echar afuera, y sin dar muestras de enojo, contestó en voz baja:

—Verdaderamente he pasado la peor noche de mi vida; pero ya comprendo que de esto ninguna culpa ha tenido tu señora; pues ella misma compadecida de mí, ha bajado a excusarse y a darme ánimos, y, lo que tú dices: lo que esta noche no ha sido, será otra. Salúdala de mi parte y queda con Dios.

Y casi completamente aterido de frío, regresó como pudo a su casa; una vez allí, rendido de cansancio y de sueño, echóse a dormir en su cama, despertándose luego completamente molido de brazos y de piernas. Por lo cual, mandando llamar a un médico y contándole el frío que había pasado, púsose en sus manos. Con enérgicos y rápidos remedios, se logró curarle al

cabo de algún tiempo los nervios, consiguiendo que recobraran su tensión habitual: bastante mal lo habría pasado, a no ser él joven y haber sobrevenido el calor. Una vez recobrada su salud y lozanía, guardando dentro del pecho su odio, fingíase más enamorado que nunca.

Ahora bien; al cabo de cierto espacio de tiempo, acaeció que la fortuna le proporcionó al estudiante la ocasión de satisfacer sus deseos; pues, como el joven a quien la viuda amaba se enamorase de otra mujer (sin tener consideración alguna al amor que aquélla le profesaba), y no quisiera poco ni mucho decir ni hacer cosa que fuese de su agrado, consumíase ésta, sumida en el llanto y en la amargura.

La criada, que le profesaba gran cariño, no hallando medio de sacar a su señora del dolor en que la sumiera su perdido amante, como viese pasar y como solía, por la calle al estudiante, ocurriósele un pensamiento necio y fue el de que se podía obligar al esquivo amante de su señora por medio de una operación nigromántica a volver a amarla como antes. Y que el estudiante debía ser un gran maestro en eso, y se lo dijo a su señora.

Ésta, sin pensar, en su insensatez, que el estudiante, si hubiese entendido en nigromancias, habríalas utilizado en su provecho, acogió las palabras de su criada y le dijo sin vacilar que se enterase de si lo querría hacer y que le prometiese con toda seguridad que, en pago de su servicio, haría ella lo que a él le acomodase. La criada cumplió bien y diligentemente el encargo, y en cuanto la oyó el estudiante, díjose a sí propio lleno de placer:

—Ésta es la mía: ha llegado la ocasión de poder darle a esa infame mujer el castigo de la ofensa que me hizo en recompensa del grande amor que yo le profesaba.

Y le dijo a la criada:

—Le dirás a tu señora que no se preocupe por eso, pues aun cuando estuviera en la India su amante, yo se lo haré venir inmediatamente y pedirle perdón por lo que haya hecho, a despecho suyo, pero la manera cómo para lograr esto debe obrar, tengo que decírsela a ella, cuándo y dónde mejor le acomode; se lo dices así, y anímala de mi parte.

Transmitió la criada la respuesta y se acordó que juntos irían a Santa Lucía, del Prato.

Reunidos allí los dos, olvidándose ella de que le había puesto a él casi a la muerte, refirióle claramente lo que le pasaba y lo que deseaba, y por su salud le suplicó que la atendiera.

—Señora —dijo el estudiante—; efectivamente, entre las otras cosas que en París aprendí hubo la nigromancia; de la cual sé, por cierto, todo lo que se puede saber; pero como ésta desagrada mucho a Dios, yo había jurado no hacer uso jamás de ella ni para mí ni para nadie. Verdad es que el amor que os profeso es tan intenso, que no sé cómo negarme a hacer cosa que vos queráis que haga yo, y por eso, aun cuando por esto sólo tuviera que ir al infierno, dispuesto estoy a hacerlo, ya que es de vuestro agrado. Pero os advierto que lo que tenéis que hacer es cosa más desagradable de lo que os figuráis y sobre todo cuando una mujer quiere lograr que un hombre vuelva a amarla y lo mismo el hombre con la mujer, pues

esto únicamente lo puede hacer la misma persona interesada; es menester para conseguirlo, que quien lo haga tenga mucho valor, que tiene que hacerse de noche en paraje solitario y sin compañía alguna, todo lo cual no sé si vos estaréis dispuesta a intentar.

La dama, más enamorada que juiciosa, respondió:

—De tal manera me espolea el amor, que nada hay que no hiciera yo para recobrar a quien sin motivo me ha abandonado; sin embargo, dime, si te parece bien, qué es eso que tanto valor requiere.

El estudiante, que tenía malas pulgas, repuso:

—Tendré que haceros una figura de estaño en nombre de aquel a quien deseáis reconquistar, y cuando os la haya enviado, será menester que en luna nueva os bañéis desnuda siete veces con ella, en agua corriente, a las primeras horas de la noche y completamente sola, y luego, siempre desnuda, subiréis a un árbol o a una casa cualquiera deshabitada; y vuelta de cara al norte, con la imagen en la mano, tenéis que decir siete veces unas palabras que os daré escritas, y cuando las hayáis dicho, vendrán a vos dos damiselas de lo más hermoso que visteis jamás; os saludarán, y afablemente os preguntarán qué es lo que queréis que se haga. A éstas tendréis que decirles clara y detalladamente vuestros deseos, y poned cuidado en no decir un nombre por otro, y cuando lo hayáis dicho, ellas se alejarán y vos podréis bajar al sitio donde hayáis dejado vuestras ropas, ponéros las y volveros a casa. Y tened por seguro, de que antes que llegue la medianoche siguiente, acudirá llorando vuestro amante a pedir os perdón y misericordia, y sabed que, desde aquel punto en adelante, nunca más os abandonará por otra.

La dama, oídas estas cosas y prestándole entero crédito, pareciéndole ya tener de nuevo entre sus brazos a su amante, recobró en parte su alegría y dijo:

—No temáis, que yo haré perfectamente estas cosas y para hacerlas tengo la oportunidad del mundo, pues que más arriba del valle del Arno, tengo una posesión que está bastante inmediata a la orilla del río y como estamos casi en julio, dará mucho gusto el bañarse. Y recuerdo además, que a poca distancia del río hay una pequeña torre deshabitada, sólo que, a veces, los pastores suben por una escalera de castaño a una plataforma que allí hay para ver el ganado que se les extravía, sitio muy solitario y nada de paso. Y subiré a ella, y allí espero hacer lo mejor del mundo, lo que me proponga.

El estudiante, que sabía perfectamente dónde se hallaban la hacienda de la dama y la pequeña torre, contento de estar seguro de su intención dijo:

—Señora, nunca estuve en aquel país y por lo tanto no conozco la posesión ni la torre; pero, si está como decís, no puede haber cosa mejor en el mundo. De consiguiente, cuando sea la ocasión, os enviaré la figura y la oración; pero os ruego encarecidamente que cuando logréis lo que deseáis y conozcáis que os he servido bien, os acordéis de mí y de cumplirme lo prometido.

Contestó la dama que indefectiblemente lo haría, y despidiéndose de él, se volvió a su casa.

Contento el estudiante, pareciéndole que iban a ser realizados sus propósitos, hizo una figura con varios signos, al parecer cabalísticos, y escribió una parodia de oración, y cuando le pareció bien, lo envió todo a la viuda

y le mandó decir que a la noche siguiente hiciese lo que le había dicho, y después se fue secretamente con un criado a casa de un amigo suyo que vivía bastante cerca de la torre, para dar efecto a su pensamiento.

La dama, por su lado, púsose en camino con la criada y se fue a su hacienda; llegada la noche, fingiendo que se iba a la cama, mandó a la criada que se acostara, y poco antes de la medianoche, salió de casa, se fue junto a la torrecita a orillas del Arno y después de mirar mucho en torno suyo, como no viera ni oyera a nadie, bañóse siete veces con la figura y después, desnuda y con la figura en la mano, se dirigió a la torre.

El estudiante, que al hacerse de noche se había ocultado con su criado entre los sauces y otros árboles inmediatos a la torre y lo había visto todo, como pasara ella casi por su lado, al ver la blancura de aquel cuerpo que se destacaba en las tinieblas de la noche y todo aquel conjunto de perfecciones, al considerar lo que iba a ser de ella antes de poco, sintió por ella alguna compasión, y por otra parte, sugestionado por los estímulos de la carne, tuvo tentaciones de salir de su escondite e ir a alcanzarla y en poco estuvo que no se viese vencido por uno y otro sentimiento. Pero recordó de nuevo quién era él y cuál la ofensa que había recibido y el porqué de lo que estaba efectuándose: renaciendo su indignación, rechazó la compasión y el carnal apetito; se mantuvo firme en su propósito y la dejó proseguir su camino.

La dama subió a la torre y volviéndose hacia el norte, púsose a decir las palabras que el estudiante le entregara escritas: poco después, éste penetraba sigilosamente en la torre y poco a poco quitaba aquella escalera que conducía a la plataforma donde se hallaba la viuda y después esperó lo que ella diría y haría.

La dama, después de rezada siete veces la oración, quedó aguardando a las dos damiselas, y tan largo fue el esperar (sin contar con que hacía mucho más fresco de lo que ella hubiera deseado), que vio aparecer la aurora: afligida entonces, viendo, que no había acaecido lo que el estudiante le dijera, dijo para sí:

—Temo que ése me haya querido dar una noche como la que yo a él le di; pero si por esto lo ha hecho, mal se ha sabido vengar, pues ésta no ha sido una tercera parte tan larga como la suya, sin contar con que el frío fue de otro calibre.

Y para evitar que la atrapase el día allí, dispúsose a bajar de la torre; pero se encontró con que no estaba la escalera. Entonces, casi como si el mundo se le hubiese caído a los pies, perdió el valor y cayó anonadada sobre la plataforma de la torre.

Cuando recobró sus fuerzas, púsose a llorar y lamentarse lastimosamente, comprendiendo muy bien que esto debía ser obra del estudiante, comenzó a apesadumbrarse por haberle ofendido y haberse luego fiado en demasía de él, cuando debía naturalmente tenerle por enemigo, y así permaneció por muy largo espacio de tiempo.

Después miró de nuevo si hallaba por dónde poder bajar; no hallándolo, renovósele el llanto, apoderóse de ella un amargo pensamiento y se puso a decir para sí:

—¡Desventurada! ¿Qué dirán tus hermanos, tus parientes, tus vecinos y todos los florentinos en general, cuando se sepa que has sido hallada aquí desnuda? Tu recato, que en tanto era tenido, se conocerá que ha sido una mentira; si yo tratara de excusar esto con un embuste, que no sería difícil, el maldito estudiante, que lo sabe todo, no me dejaría mentir. ¡Desdichada de mí que a un mismo tiempo habré perdido el mal amado joven y la honra!

Y tan intenso fue su dolor, que estuvo a punto de arrojarle de la torre abajo. Pero habiendo salido ya el sol, y como ella se hubiese aproximado algo más a uno de los lados de la pared de la torre para ver si se aproximaba a ésta con su rebaño algún muchacho a quien poder enviar en busca de su criada, acaeció que el estudiante, que se había dormido por unos instantes al pie de un sauce, se despertó, la vio y fue visto por ella.

—Buenos días, señora —le dijo el estudiante—: ¿no han venido todavía las damiselas?

Al verle y oírle, la dama púsose de nuevo a llorar copiosamente, le suplicó que se acercara a la torre para poder hablar. Atentamente la complació en esto el estudiante, y ella tendiéndose boca abajo sobre el pavimento, sacó únicamente la cabeza por la abertura que éste tenía y donde estuviera adosada la escalera de mano, y dijo llorando:

—Verdaderamente, Rinieri, si yo os di una mala noche, bien de mí os habéis vengado, pues esta noche, aun cuando sea de julio, he temido, hallándome desnuda, que me llegase a helar: sin contar con que tanto he llorado el engaño que os hice y mi estupidez en creeros, que no se explica cómo puedo haber quedado con ojos.

Y por esto os ruego, no por amor mío, pues vos no me debéis amar sino por amor vuestro, que seáis generoso y que, para vengaros de la ofensa que os hice, os deis por satisfecho con lo que hasta este momento habéis hecho, que me hagáis entregar mis ropas, que pueda yo bajar de aquí arriba y no me queráis quitar lo que después, aun queriéndolo, no me podríais devolver, que es mi honra: pues si aquella noche os privé de estar conmigo, yo, siempre que vos queráis, puedo daros muchas en substitución de aquélla.

Básteos, pues, esto, y como hombre noble, daos por satisfecho con haberos podido vengar y habérmelo dado a conocer: no queráis ejercitar vuestras fuerzas contra una mujer: ninguna gloria es para un águila vencer a una paloma; así, pues, por vuestra propia honra, compadeceos de mí.

El estudiante, en cuya mente subsistía vivo el recuerdo de la ofensa recibida, al verla llorar y suplicar, sentía a un mismo tiempo placer y pena; el placer de la venganza, que más que otra cosa alguna había deseado, y pesar, por la compasión que la infeliz le inspiraba. Pero no pudiendo la piedad vencer la fiera del apetito, respondió:

—Señora Elena, si mis súplicas (que yo no supe bañar con lágrimas, ni hacer melosas como ahora sabéis hacer las vuestras vos) hubieseis atendido la noche en que me estaba muriendo de frío en vuestro patio lleno de nieve, consintiendo en ponerme algo bajo techado, fácil cosa me sería ahora atender las vuestras; pero si tanto más que ayer os interesa hoy vuestra honra, y os desagrada permanecer desnuda ahí arriba, dirigid estas súplicas a aquél

en cuyos brazos aquella noche que vos misma recordáis no os pesaba de hallaros desnuda, mientras me oíais andar por vuestro patio, castañeteándome los dientes y cayéndome la nieve encima; haceos ayudar por él, haceos llevar por él vuestras ropas, decidle a él que os ponga la escalera por donde bajar podáis, ingeniaos para enternecer en pro de vuestra honra a aquél por quien, ahora y otras mil veces, no habéis vacilado en poner en peligro esta misma honra. ¿Por qué no le llamáis para que venga a ayudaros? ¿A quién mejor que a él le corresponde? Vos sois suya; ¿a quién atenderá o ayudará él si no os atiende o ayuda a vos?

Llamadle, necia, y probad el amor que le tenéis, si junto al que él os tiene, puede libraros de mi estupidez, de esa estupidez que gozando con él pusisteis en parangón, preguntándole cuál le parecía mejor, aquella estupidez mía o el amor que a él le profesabais.

Ahora ni podéis otorgarme lo que no deseo yo, ni negármelo si yo lo deseara; guardaos vuestras noches y vuestro amante, si es que de aquí viva salís, ya tuve bastante con una y bástame haber sido una vez escarnecido. Y empleando la astucia en el lenguaje, tratáis aún de conquistar con alabanzas mi benevolencia, me llamáis noble y generoso, tácitamente pretendéis lograr que yo, obrando con magnanimidad, me retraiga de castigar vuestra maldad, pero vuestras lisonjas no me enturbiarán ahora los ojos de la inteligencia, como lo hicieron entonces vuestras desleales promesas: yo me conozco y no aprendí tanto a conocerme mientras en París estuve, cuanto vos, en una sola noche de las vuestras me hicisteis conocer.

Mas, presumiendo que yo fuese magnánimo, no sois vos de aquellas en quienes la magnanimidad sus efectos mostrar debe. El fin de la penitencia en las fieras salvajes como sois vos, lo mismo que el fin de la venganza, debe ser la muerte, cuando en los hombres vuestra crueldad se inculque.

Pues aun cuando yo no sea águila, conociéndoos a vos no como paloma, sino como a serpiente venenosa, como a enemiga antiquísima, quiero perseguiros con todo el odio y con toda la fuerza, por más que todo lo que os hago no pueda con toda propiedad llamarse venganza, sino más bien castigo, puesto que la venganza debe ser mayor que la ofensa y no será así: porque si yo quisiera vengarme, atendiendo el riesgo en que pusisteis mi alma, no tendría bastante yo con una vida que os quitase ni con otras ciento semejantes a la vuestra, puesto que sólo mataría a una mujerzuela vil, miserable y criminal; prescindiendo de esta pequeña porción de cara vuestra, que en pocos años se verá agostada y llena de arrugas, ¿qué diablos sois más vos que otra cualquiera infeliz criada, cuando no parasteis mientes en hacer morir a un hombre noble y generoso, como poco antes vos misma me habéis llamado, cuya vida aún le podrá ser más útil al mundo en un solo día de lo que cien mil iguales a la vuestra no podrán serlo mientras dure el mundo?

Con esta incomodidad que aguantáis, os enseñaré de consiguiente lo que sea escarnecer a los estudiantes; os daré motivo para que nunca más caigáis en tal locura si es que os libráis de ésta.

Pero si tantas ganas tenéis de bajar, ¿por qué no os echáis abajo? así, con la ayuda de Dios, rompiéndoos el cuello, os libraríais de la pena en que

creéis estar, y al mismo tiempo me haríais el hombre más dichoso del mundo. Nada más quiero deciros ahora: yo supe ingeniar me para haceros subir ahí arriba; procurad ahora saber ingeniaros vos para bajar, como supisteis entonces burlaros de mí.

Mientras el estudiante esto decía, no cesaba de llorar la dama, y transcurría el tiempo elevándose todavía más el sol. Cuando notó que callaba, dijo ella:

—¡Hombre cruel! ¡Si tan pesada fue para vos aquella maldita noche y tan grande os pareció mi falta que a piedad moverle no puede mi joven hermosura, mis amargas lágrimas, ni mis humildes súplicas, moveos algo y disminuid vuestra severa rigidez aunque sólo sea por ese acto mío de haberme fiado nuevamente de vos y haberos revelado todo mi secreto, con lo cual he dado ocasión a vuestro deseo de poder darme a conocer mi falta, y como, a no haberme fiado yo de vos, ningún medio habríais tenido para poderos vengar de mí, que es lo que con tanto ardor mostráis haber deseado. ¡Oh! deponed vuestra ira y perdonadme: si me queréis perdonar, y hacedme descender de aquí; dispuesta estoy a abandonar del todo al desleal joven y teneros a vos por único amante y señor, por más que despreciéis mucho mi hermosura, calificándola de vana y poco digna de estimación, la cual, sea lo que ella fuese, junto con la de las demás mujeres sé que cuando no por otra cosa no se debiera estimar sería porque sirve de distracción y recreo, y goce de la juventud de los hombres, y vos no sois viejo.

Y aun cuando yo sea tan cruelmente tratada por vos no por esto creo puedo que quisierais verme hacer tan deshonesta muerte, como lo sería arrojarme desesperada ahí abajo ante vuestros ojos, a los cuales, si no erais tan falso como ahora, tanto agradé. ¡Ay!, ¡compadeceos de mí! El sol empieza a ser demasiado caliente, y cual el exceso de frío me molestó esta noche, así el calor empieza a molestarme en gran manera.

El estudiante, que se complacía en sostener conversación con ella, contestó:

—Señora, vuestra confianza no se pone ahora en mis manos por amor que me tengáis, sino para recobrar lo que perdido habéis, y por esto sólo merece mayor mal, y locamente pensáis, si creéis que tenía yo únicamente este medio para realizar mi deseada venganza. Otros mil pensé y mis lazos tenía tendidos en torno vuestro fingiendo amaros, y poco tiempo faltaba para que, a no haber acaecido esto, en uno de ellos caído habríais, y en ninguno podíais caer que no os produjera mayor pena y vergüenza que éste que utilicé, no para comodidad vuestra, sino para más pronta satisfacción mía. Y aun cuando todos me hubiesen faltado, quedábame siempre la pluma, con la cual tantas y tales cosas y de tal manera de vos habría escrito, que, al saberlas vos (que las habríais sabido), mil veces al día habríais deseado no haber nacido.

Las fuerzas de la pluma son sobradamente mayores de lo que las imaginan quienes con conocimiento no las han probado. Yo juro que habría escrito de vos cosas que, avergonzándoos, no de los demás, sino de vos misma, os habrían hecho arrancaros los ojos para no poderlas ver; no reprochéis,

pues, al mar porque el pequeño arroyo lo haya hecho crecer. Vuestro amor o vuestra posesión, como os dije ya, no me ilusionan; sed de quien fuisteis, si podéis, a ése, tanto como antes lo odié, así le quiero hoy por lo que con vos ha hecho ahora. Vosotras os vais enamorando y deseáis el amor de los jóvenes, porque les veis algunas veces con las carnes más vivas y con las manos más ágiles, y andar tiesos y bailar y ajustar: todo lo cual tuvieron e hicieron los que tienen alguna mayor edad, sabiendo además lo que a aquéllos les falta aprender. Y a más de esto, les consideráis por mejores jinetes y os parece que en sus jornadas hacen más millas que los hombres de más madura edad.

Confieso que realmente éstos manejan mejor las mazas, pero los maduros, como más expertos, saben mejor dónde están las pulgas; y a la larga es preferible lo poco y sabroso a lo mucho e insípido; y el trotar fuerte magulla y cansa hasta al que es joven, mientras que el andar despacio, aun cuando alguna vez se llegue algo más tarde a la posada, conduce cuando menos más descansado.

Vosotras, animales sin inteligencia, no os dais cuenta de lo que se oculta debajo de aquel aspecto de bella apariencia. Los jóvenes no se contentan con una sino que a cuantas ven tantas desean, y les parece ser dignos de todas; y por lo tanto su amor no puede ser firme; de lo cual vos podéis dar ahora un irrecusable testimonio. Y se creen dignos de ser respetados y acariciados por sus damas; y no hay para ellos mejor gloria que la de alabarse de las que han poseído; aun cuando digáis vos que vuestros amores jamás los supo otra persona que vuestra criada y yo, lo sabéis mal, y mal lo creéis si lo creéis así, en su barrio y en el vuestro no se habla de otra cosa, sólo que las más de las veces, aquel a quien tales cosas interesan es el último a quien le llegan a los oídos. Éstos, además, os roban, mientras que los de edad madura os regalan.

Vos, pues, que mal los elegisteis, sed de aquél a quien os disteis; y a mí, de quien os burlasteis, dejadme para otra, pues yo he encontrado mujer que vale mucho más que vos, y que mejor me ha conocido de lo que vos me conocisteis. Y para que podáis llevar al otro mundo mejor certeza del deseo de mis ojos de la que al parecer os producen mis palabras, arrojaos desde luego abajo, y vuestra alma, que el diablo habrá recibido ya en sus brazos, podrá ver si mis ojos se habrán turbado o no al veros caer precipitadamente.

Mas, como creo que no me querréis dar ese gusto, os digo que si el sol os empieza a calentar, os acordéis del frío que me hicisteis sufrir, y si lo mezcláis con este calor, no os quepa duda de que sentiréis benigno el sol.

La desconsolada dama, al ver que las palabras del estudiante a ningún buen término conduelan, púsose a llorar de nuevo y exclamó:

—Puesto que nada mío os mueve a compasión, muévaos el amor que le tenéis a aquella mujer más cuerda que decís haber hallado, y de quien decís ser amado, y por su amor perdonadme y entregadme mis ropas para que pueda vestirme y hacedme bajar de aquí.

Echóse a reír el estudiante, y viendo que eran ya mucho más de las nueve, respondió:

—No sé deciros que no, habiéndomelo pedido por tal mujer; mostradme las ropas, y yo iré por ellas y os haré bajar de ahí.

Creyendo esto la dama, animóse algo y le mostró el sitio donde había puesto sus ropas. El estudiante, saliendo de la torre, mandó a su criado que no se moviera de allí, antes bien, permaneciera cerca e hiciera lo posible para evitar que entrase alguien allá hasta que él hubiese vuelto; y dicho esto, se fue a casa de su amigo, almorzó allí tranquilamente, y después, cuando le pareció bien, se fue a dormir.

La dama, que había quedado en lo alto de la torre, a pesar de sentirse un poco animada por una necia esperanza, sumamente afligida quiso sentarse, y para ello se arrimó a aquella parte del muro donde un poco de sombra había, se puso a esperar acompañada de amarguísimos pensamientos: ora pensando, ora esperando, ora desesperando del regreso del estudiante con las ropas, y vagando de uno a otro pensamiento, como que estaba vencida por el dolor y nada había dormido durante la pasada noche, se durmió. El sol, que era en extremo ardiente y había llegado ya al mediodía, dejaba caer de lleno sus rayos sobre el tierno y delicado cuerpo de Elena, y sobre su cabeza, que nada cubría, con tal fuerza, que no solamente le tostó las carnes tanto cuanto de ellas se veía, sino que se las llenó de acribilladuras, y fue tal la intensidad del dolor, que a pesar de que dormía profundamente, la obligó a despertarse. Y al sentirse tostar y moverse un poco le pareció que toda su tostada piel se le abría y desgarraba, como vemos que pasa con una piel de oveja achicharrada si alguien tira de ella; y tanto, además, le dolía la cabeza, que parecía que se la rompían, cosa que nada tenía de extraño. Y estaba tan caldeada la plataforma de la torre, que le era imposible apoyar los pies en el piso ni en otra parte alguna de su cuerpo; por lo cual, sin estar quieta iba llorando de uno a otro lado. Y como a más de esto, no hacía pizca de viento, había moscas y tábanos en inmensa cantidad, que picándole en sus abiertas carnes, tan cruelmente la herían, que a cada una le parecía que le daba una punzada con un alfiler: por lo cual, no cesaba de llevarse las manos a todos lados, renegando siempre de sí misma, de su vida, de su amante y del estudiante. Y angustiada, picada y herida por el incalculable calor, por el sol, por las moscas y los tábanos y hasta por el hambre, pero mucho más por la sed, y por la acumulación de mil enojosos pensamientos, puesta de pie, empezó a mirar si veía u oía cerca de allí algún ser viviente, totalmente dispuesta, sucediera lo que sucediera, a llamarle y a pedirle auxilio.

Pero hasta esto le había negado su adversa suerte. Los labradores habían todos abandonado los campos por el calor, sin contar con que aquel día ninguno había ido a trabajar allí cerca, porque se hallaban todos junto a sus casas batiendo sus mieses; de modo que ella oía únicamente las cigarras y veía sólo el Arno, el cual, trayéndole el deseo de sus aguas, acrecentaba su sed en vez de apagarla. Veía además en distintos puntos bosques, sombras y casas, que contribuían a acrecentar su angustia con el deseo. ¿Qué más diremos de la infortunada dama? El sol por encima, y el hervor del pavimento por debajo, las picaduras de moscas y tábanos por todos lados, de tal suerte la habían puesto, que la que en la noche pasada dominaba con su blancura las tinieblas, roja entonces como la rabia y toda man-

chada de sangre, habríale parecido a quien la hubiese visto, la cosa más repugnante del mundo.

Y mientras así permanecía, sin consejo ni esperanza alguna, sin contar ya con otra cosa que con la muerte, el estudiante, a eso de las tres de la tarde, levantóse de la cama y acordándose de Elena, se encaminó de nuevo a la torre para ver qué era de ella, y envió a comer a su criado, que estaba en ayunas todavía. Al oírle la dama, débil y angustiada, se dirigió a la abertura, sentóse junto a ella y llorando dijo:

—Bien os habéis vengado en exceso, Rinieri, pues si yo os hice helar de noche en mi patio vos me habéis hecho achicharrar de día en lo alto de esta torre y abrasarme, muriendo además de sed y de hambre; por lo tanto, por Dios os ruego que subáis aquí y que, pues yo no tengo valor para darme la muerte a mí misma, me la deis vos, porque es tal y tanto el tormento que sufro, que la deseo más que cualquier otra cosa. Y si no queréis concederme esta gracia, hacedme traer a lo menos un vaso de agua para que pueda mojar me la boca, ya que no le bastan mis lágrimas; tanta es la sequedad y el ardor que dentro de ella tengo.

Bien conoció el estudiante en su acento el abatimiento de la dama; vio además una parte de su cuerpo quemado por el sol, por lo cual y por sus humildes súplicas, sintió por ella alguna compasión, a pesar de lo cual le respondió:

—No moriréis a mis manos, mujer infame; a las vuestras moriréis si así lo queréis, y tanta agua tendréis de mí para alivio de vuestro calor, como fuego de vos tuve para aliviar mi frío. Lo que siento en gran manera es que la enfermedad producida por mi frío debió curarse con el calor, echando estiércol, mientras que la de vuestro calor, con el frío de la olorosa agua de rosas curará; y mientras yo estuve a punto de perder los miembros y la vida, vos, una vez descortezada por este calor, quedaréis nuevamente hermosa, como le pasa a la serpiente cuando se desprende de su vieja piel.

—¡Oh, desdichada de mí! —exclamó la dama—. Hermosura así adquirida, désela Dios a quien mal me quiera; pero, ¿cómo habéis podido consentir vos, más cruel que cualquier fiera, en maltratarme de esa suerte? ¿Qué más debía esperar yo de vos o de otro cualquiera, si hubiese dado yo muerte entre cruelísimos tormentos a vuestra familia toda? No sé, a la verdad, qué mayor crueldad se hubiera podido emplear con un traidor que hubiese pasado a cuchillo a una ciudad entera, que la que me habéis sometido vos haciéndome tostar por el sol y comer por las moscas y no querer darme siquiera un vaso de agua, cuando a los homicidas condenados por la ley andando camino de la muerte, se les da muchas veces a beber vino, aun cuando no lo pidan. Ahora, que, pues, os veo empeñado en vuestra acerba crueldad, sin que mis sufrimientos os puedan conmover en modo alguno, me prepararé con paciencia a recibir la muerte, para que de mi alma se compadezca Dios, a quien le ruego que mire con justos ojos esta obra vuestra.

Y pronunciando estas palabras se dirigió penosamente al centro de la plataforma, desconfiando ya de librarse de tan ardiente calor; y no una, si-

no mil veces, en medio de sus dolores, creyó abrasarse de sed, siempre llorando y lamentándose de su desdicha. Empezaba ya a obscurecer y pareciéndole al estudiante haber hecho bastante, mandó a su criado que tomara las ropas de Elena y haciendo envolver éstas en la capa del criado, encaminóse a la morada de la dama donde encontró desconsolada, triste y sin consejo a la criada de ésta, sentada en el umbral de la puerta, y le dijo:

—Buena mujer, ¿qué es de tu señora?

—No lo sé, señor —contestó ella—; yo me figuraba encontrarla esta mañana en la cama, donde anoche me había parecido verla ir, pero no la he encontrado aquí ni en otra parte, ni sé qué ha sido de ella, lo cual me tiene sumamente afligida: ¿sabríais vos, señor, decirme algo de ella?

Dijo el estudiante:

—¡Ojalá te hubiese tenido a ti junto con ella donde a ella la he tenido, para castigarte de tu culpa como la he castigado a ella de la suya! Pero positivamente, no te librarás de mis manos sin que te pague de tal suerte tu trabajo, que no le hagas burlas a hombre alguno sin que de mí te acuerdes.

Dirigiéndose luego a su criado, le dijo:

—Dale estas ropas y dile que vaya por ella si quiere.

Cumplió el criado su mandato: la criada, tomándolas y reconociéndolas, en cuanto oyó lo que se le decía, tuvo gran miedo de que la hubiera matado, y se puso a lanzar fuertes gritos. En cuanto se hubo marchado el estudiante, echó a correr con las ropas y llorando hacia la torre.

Aquel día, a uno de los colonos de la dama se le habían extraviado dos cerdos, y mientras los iba buscando, llegó a aquella torre poco después de la partida del estudiante. Mientras iba mirando por todas partes por si veía a sus cerdos, oyó el plañidero llanto de la desdichada dama, por lo cual subió a la plataforma y se puso a gritar tan recio como pudo:

—¿Quién llora ahí?

Elena conoció la voz de su colono y llamándole por su nombre, le dijo:

—¡Ay! Anda por mi criada y haz que venga a reunírseme aquí tan pronto como pueda.

—¡Oh, señora! —exclamó el colono reconociéndola—. ¿Quién ahí arriba os llevó? Vuestra criada os ha estado buscando todo el día; ¿pero quién se hubiera figurado que debierais estar ahí?

Y tomando la escalera por sus dos palos, la levantó como debía estar y se puso a atar los travesaños con cordel. Y en esto llegó la criada, la cual, entrando en la torre, y no pudiendo contenerse, comenzó a dar palmadas y a gritar:

—¡Ay de mí, tierna señora mía! ¿Dónde estáis?

Al oírla, Elena respondió, esforzando la voz:

—Aquí estoy, hermana mía; no llores, pero dame pronto mis vestidos.

Oyéndola hablar, cobró ánimos la criada, subió por la escalera casi del todo arreglada por el colono, y ayudada por éste, llegó a la plataforma y viendo a su señora que parecía más bien un tronco quemado que un cuerpo humano, completamente pálida y abatida, tendida desnuda en el suelo, cla-

vándose en el rostro las uñas, se echó a llorar sobre ella como si estuviera muerta. Mas la dama le rogó por Dios que se callara y la ayudara a vestir. Y enterada por ella de que nadie sabía dónde había estado, a excepción de los que le habían llevado las ropas y el colono que allí estaba presente, algo aliviada por esto, rogóles por Dios que jamás a persona alguna hablasen de esto. Tras muchas exclamaciones y demostraciones de asombro, tomó el labrador en brazos a la dama, que no podía andar, y la condujo sin daño alguno fuera de la torre.

La infeliz criada, que había quedado detrás, bajó con menos cuidado, resbaló y cayó de la escalera al suelo y se rompió el muslo, arrancándole el dolor rugidos tales que parecían los de un león.

Colocando a la dama sobre el césped, fue el labrador a enterarse de lo que a la criada le pasaba, y habiéndola encontrado con el muslo roto, colocóla también sobre la hierba, al lado de su señora. Al ver Elena agregado esto a los males que acaecido le habían, y que tenía roto el muslo aquella de quien más que de otra persona alguna esperaba auxilio, poseída de indecible dolor, púsose a llorar de nuevo con tal angustia, que no solamente no podía el labrador consolarla, sino que también empezó a llorar. Pero, como iba ya el sol hacia el ocaso, para que no les sorprendiera allí la noche, el labriego, con el consentimiento de su señora, se fue a su casa, llamando a sus dos hermanos y a su mujer; y regresando allí con una tabla, colocaron encima de ella a la criada y la llevaron a casa; después de reanimar a la dama con un poco de agua fresca y con buenas palabras, el labrador la levantó, la tomó en sus brazos y la llevó a su habitación.

La mujer del labrador le dio de comer pan mojado; después la desnudó, la acostó, y ella y la criada fueron conducidas aquella noche a Florencia. Allí la dama, gran maestra en el arte de mentir, inventando una fábula totalmente distinta de lo que tanto a ella como a su criada les había acaecido, hizo creer a sus hermanos, hermanas y a todo el mundo, que por parte del diablo les había acaecido aquello. Acudieron los médicos, mas no sin considerable angustia y afán de la dama, que toda su agrietada piel dejó en las sábanas, la curaron de una violenta fiebre y de los demás accidentes; y asimismo curaron también el muslo a la criada.

La dama, habiendo olvidado a su amante, en lo sucesivo tuvo la prudencia de abstenerse de hacer burlas y de amar.

El estudiante, al saber que se le había roto el muslo a la criada, juzgó suficientemente completada su venganza y no volvió a ocuparse de ella.

Este resultado le dieron a la necia joven sus burlas, creyendo poder divertirse con un estudiante lo mismo que con otro lo hubiera hecho, sin hacerse cargo de que algunos (no digo todos, pero si la mayor parte), saben dónde tiene el rabo el diablo. De consiguiente, amigas mías, guardaos de hacer burlas y de hacérselas sobre todo a los estudiantes.

Cuento octavo

Venganza y reconciliación

Dos son amigos; el uno se hace amigo de la mujer del otro; el otro lo advierte, hace que su mujer encierre a su amante en una caja, y encima de la misma se conviene con la mujer del que está dentro.

Agradables y desagradables sucesivamente habían sido a las damas los casos de Elena; pero como que consideraban que en parte lo había merecido, habíanlo escuchado con moderada compasión, si bien consideraban al estudiante rígido y cruelmente constante. Mas como Pampinea hubiese concluido, la reina ordenó a Fiammetta que continuara, y ésta, deseosa de obedecer, dijo:

—Como se me figura, agradables damas, que la severidad del ofendido estudiante debe haberos molestado algo, juzgo conveniente suavizar el irritado espíritu con algo más agradable; y por eso me propongo contaros una historieta de un joven que recibió con ánimo más sosegado una injuria y la vengó de una manera muy moderada.

En Siena hubo dos jóvenes bastante acomodados y de buena familia, llamados Spinello Tavena, el uno, y Zeppa de Mino el otro, y tenían ambos sus casas en Camollía, una al lado de la otra.

Esos dos jóvenes iban siempre juntos, y al parecer, se querían tanto o más que si fueran hermanos; cada uno tenía por esposa a una mujer bastante bella.

Ahora bien, acaeció que Spinello, como frecuentara mucho la casa de Zeppa, en presencia y ausencia del mismo, adquirió tal franqueza con la esposa de éste, que acabó por hacerla su amiga, sin que por largo tiempo de ello se enterara nadie. A la larga, sin embargo, hallándose cierto día Zeppa en casa sin saberlo su mujer, vino Spinello a llamarle. La criada dijo que no estaba en casa; Spinello, al saberlo, corrió arriba, y encontrando en la sala a la mujer y viéndola sola, empezó a cambiar caricias con ella.

Zeppa, que esto vio, se mantuvo quieto, y permaneció oculto para ver adónde llegaba el juego, y, en una palabra, vio a su mujer y a Spinello dirigirse, tomados del brazo, a una habitación y encerrarse en ella, cosa que le causó fuerte enojo. Pero, comprendiendo que con mover escándalo no por eso resultaría menor la ofensa, antes por el contrario, aumentaría la vergüenza, púsose a discurrir la venganza que pudiera tomar para quedar él satisfecho, sin que lo supieran los demás; y, tras mucho discurrir, pareciéndole haber hallado el medio, continuó escondido todo el tiempo que Spinello estuvo con su mujer.

Cuando éste se hubo marchado, entró él en la habitación, donde encontró a su mujer, que no había acabado aún de arreglarse el cabello que Spinello, bromeando, le había despeinado.

—¿Qué haces, esposa mía? —le preguntó él.

—¿No lo estás viendo? —contestóle ella.

—Sí, ya lo veo —repuso Zeppa—; y todavía he visto otra cosa que haber visto no quisiera.

Y se puso a hablar con ella de lo que había pasado, y ella, poseída de indecible miedo, tras mucha conversación, acabó por confesar que no podía negar su intimidad con Spinello, y le pidió perdón llorando.

—Mira, mujer —díjole Zeppa—, tú has obrado mal, y sí quieres que te perdone, tienes que hacer enteramente lo que yo te exigiré, a saber: quiero que digas a Spinello que mañana por la mañana, a eso de las nueve, halle cualquier pretexto para separarse de mí y venir a encontrarte a ti; cuando él esté aquí, yo volveré, y en cuanto me oigas, le haces entrar en esta caja y le encierras dentro; después, cuando hayas hecho esto, te diré lo demás que tienes que hacer; y haz esto sin miedo alguno, que yo te prometo que ningún daño te haré.

La mujer, para satisfacerle, dijo que lo haría, y así lo hizo. Al día siguiente, hallándose juntos Zeppa y Spinello, a eso de las nueve, Spinello, que había prometido a la mujer de su amigo que iría a verla a aquella hora, dijo a éste:

—Esta mañana tengo que comer con cierto amigo, de quien no me quiero hacer esperar, y de consiguiente, adiós.

—Todavía falta mucho para la hora de comer —observó Zeppa.

Mas Spinello replicó:

—No importa: tengo que hablar con él de un asunto mío, y por esto me conviene ir temprano.

Separándose luego de Zeppa y haciendo un rodeo, fue a reunirse con la esposa de éste; y apenas habían entrado en la habitación de ella, cuando volvió Zeppa; al oírle su mujer, dio muestras de estar muy asustada e hizo esconder a su amante en la caja que su marido le indicara, le encerró dentro y salió de la habitación.

Zeppa, llegado arriba, dijo.

—Esposa mía, ¿es hora de comer?

—Sí, ahora mismo —respondió la mujer.

Repuso entonces Zeppa:

—Spinello ha ido a comer esta mañana con un amigo suyo y ha dejado sola en casa a su mujer; asómate a la ventana y llámala; dile que venga a comer con nosotros.

La mujer, temiendo por sí propia y hecha obediente por esta misma razón, hizo lo que el marido le ordenó.

La esposa de Spinello, muy solicitada por la de Zeppa, sabiendo que su marido no debía comer en casa, pasó a la de sus vecinos. Cuando estuvo allí, Zeppa, haciéndole muchas caricias y tomándola familiarmente por una mano, mandó en voz baja a su mujer que se marchara a la cocina y llevó consigo a aquella a su habitación, y cuando en ella estuvo, volviéndose atrás, cerró con llave la puerta. Cuando la mujer vio cerrar por dentro la habitación, preguntó:

—¡Cómo Zeppa! ¿Qué significa eso? ¿Para esto me habéis hecho venir? ¿Es éste el cariño que le tenéis a Spinello, y el leal compañerismo que tenéis con él?

Zeppa, arrimándose a la caja donde estaba encerrado el marido de aquélla, y teniéndola bien tomada, contestó:

—Antes de que te quejes, mujer, escucha lo que te quiero decir: yo he querido y quiero a Spinello como a un hermano, y ayer encontré, sin que él lo sepa, que la confianza que en él he tenido había llegado al extremo de que él usa con mi mujer de los mismos derechos que contigo; ahora bien, como que le quiero, me propongo vengarme de él, empleando el mismo medio con que él me ha ofendido; él ha poseído mi mujer, y yo quiero poseerte a ti. Si tú no quieres, preciso será que yo le sorprenda, y como no quiero dejar impune esta ofensa, le jugaré una partida que ni a él ni a ti os ha de gustar.

Al oír esto la mujer y después que Zeppa le hubo dado muchas seguridades de lo que él le había dicho, le dio crédito y le dijo:

—Zeppa mío, puesto que sobre mí debe caer esta venganza, estoy conforme, con tal de que con lo que conmigo hagas, me hagas quedar en paz con tu mujer, como yo, a pesar de lo que ella me ha hecho, quiero quedar con ella en paz.

—Así lo haré —contestó Zeppa—; y a más de esto te regalaré una joya tan bonita como ninguna otra mujer la tenga.

Y sentándose juntos encima de la caja donde estaba encerrado su marido, mutuamente se solazaron cuanto les plugo.

Spinello, que estaba en la caja y había oído todas las palabras de Zeppa y las respuestas de su mujer, al notar todo lo que encima de su cabeza acaecía, sintió un dolor tan agudo e intenso que parecía deber llevarle a la muerte, y a no haber sido porque tenía miedo de Zeppa, desde dentro de su encierro le habría dirigido a su mujer un aluvión de insultos. Pero considerando que la ofensa la había comenzado él y que Zeppa tenía razón haciendo lo que hacía, que se había portado con él humanamente y como compañero, dijo para sí que quería ser más amigo que nunca de Zeppa, si éste quería.

Zeppa, después que hubo estado cuanto le plugo con la mujer de Spinello, bajó de la caja y como aquélla le pidiera la joya prometida, abrió la puerta de la habitación, hizo venir a su mujer, quien no dijo otra cosa sino:

—Señora, vos me habéis devuelto pan por hogaza.

Y dijo esto riendo:

—Abre esta caja —dijo Zeppa.

Hízolo la mujer así y dentro de ella pudo la mujer de Spinello ver a su marido.

Largo sería de contar cuál de los dos se avergonzó más: si Spinello viendo a Zeppa y sabiendo que él sabía lo que había hecho a la mujer de aquél o ésta viendo a su marido y comprendiendo que él había oído y sentido lo que ella encima de su cabeza le había hecho.

Zeppa le contestó:

—Ésta es la joya que te regalo.

Spinello, saliendo de la caja y sin entrar en explicaciones, dijo:

—Zeppa, estamos iguales y por lo tanto, bueno es, como le decías poco antes a mi mujer, que seamos tan amigos como antes, y puesto que

entre nosotros sólo la mujer está dividida, propongo que también éstas sean comunes.

Consintió Zeppa y los cuatro comieron juntos en la más deliciosa armonía.

Y desde entonces cada una de aquellas dos mujeres tuvo dos maridos y cada uno de éstos tuvo dos mujeres, sin que por esto se promoviera jamás cuestión ni riña alguna.

Cuento noveno

El médico burlado

Un crédulo doctor es víctima de dos alegres pintores, que le juegan una mala pasada, enseñándole a tener seso.

Después que las damas hubieron bromeado del comunismo de las mujeres, acordado por los dos sieneses, la reina, que era la única a quien faltaba hablar, para no disgustar a Dioneo, dijo:

—Bien se ganó Spinello, cariñosas damas, la burla que Zeppa le hizo; por lo tanto, no me parece que deba reprenderse con acritud, como Pampinea poco antes nos quiso demostrar, a quien hace alguna burla a aquel que la va buscando o que se la merece.

Spinello la mereció, y yo quiero hablaros de uno que se la fue buscando; considerando que los que se la hicieron no de censura, sino de elogio dignos son. Y ése a quien se hizo fue un médico que, siendo un hombre ignorante, volvió de Bolonia a Florencia doctor en medicina.

Nuestros conciudadanos vuelven de Bolonia, según todos los días vemos, el uno juez, el otro médico y el de más allá notario, con largas y holgadas togas con pieles y escarlata, con mucha presunción, cuyos efectos tocamos cada día.

Uno de ellos nos volvió, no ha mucho, vestido de escarlata y con un gran bonete, doctor en medicina, según él mismo decía, y tomó casa en la calle que hoy llamamos la Vía del Cocomero.

Este doctor, que se llamaba Simón de Villa y era más rico en bienes heredados que en ciencias, recién llegado, como queda dicho, tenía, entre sus otras costumbres suyas dignas de ser notadas, la de preguntar a quien con él se hallaba, quién era cualquier hombre que viese pasar por la calle, como si de los actos de los hombres debiese componer las medicinas que tenía que dar a sus enfermos, fijábase en todos y todo lo recogía.

Entre los varios en quienes con mayor eficacia fijáronse sus ojos, hubo dos pintores de quienes hoy dos veces se ha hablado aquí, Bruno y Bufalmacco, quienes estaban siempre juntos y eran vecinos suyos. Y pareciéndole que éstos de nada se preocupaban y vivían muy tranquilos, como realmente lo hacían, preguntó a muchos sobre su condición.

Y como todos le dijeran que eran pobres y pintores, metiósele en la cabeza que no podía ser que pudiesen vivir tan satisfechos en su pobreza, antes bien, presumiendo que, siendo astutos como le habían dicho, debían sacar grandes beneficios de alguna otra parte que nadie sabía, le vinieron ganas de adquirir familiaridad, si le era posible, con entrambos o con uno cuando menos; y realmente logró familiarizarse con Bruno.

Y éste, conociendo en las pocas veces que había estado con él, que aquel médico era un estúpido, comenzó a pasar con él los instantes más deliciosos del mundo con sus necedades, y el médico, a su vez, comenzó a tomar extraordinario gusto de él.

Y habiéndole invitado algunas veces a comer, y creyendo que por esto podía hablar con él familiarmente, le manifestó la sorpresa que él y Buffal-macco le causaban, de ver que, siendo pobres, viviesen tan dichosos, y les rogó que le enseñaran cómo lo hacían.

Al oírle Bruno parecióle la pregunta otra de sus estupideces y desplantes, se echó a reír y pensó responderle como correspondía a su estupidez y dijo:

—Doctor, no le contaría yo a muchas personas la manera cómo lo hacemos, pero a vos, que sois amigo y sé que a nadie se lo habéis de decir, no tengo en decíroslo inconveniente. Verdad es que mi compañero y yo vivimos tan alegremente y tan bien como podáis imaginaros: ni de nuestra profesión ni del producto que sacamos de algunas posesiones, tendríamos con qué poder pagar ni siquiera el agua que consumimos: y no quiero por esto que os figuréis que vamos a robar, pero vamos al corso y de éste sacamos todo lo que nos conviene para nuestro recreo y necesidades, sin hacer daño a nadie, y a esto se debe que vivamos satisfechos como veis.

Al oír esto el médico, y creerlo sin saber lo que aquello era, extraordinariamente se sorprendió, y de repente le sobrevino el ardiente deseo de saber qué era eso de ir al corso, y le rogó con gran insistencia que se le explicara; dándole palabra de que a nadie se lo diría jamás.

—¡Cuánto lo siento, doctor! —exclamó Bruno— ¿Qué me pedís? Es un secreto demasiado importante el que queréis saber y es cosa de arruinarme y de perder la vida, pero es tan grande el cariño que os tengo y la confianza que me inspiráis, que no puedo negaros cosas que vos deseáis, y de consiguiente os lo diré, con la condición de que me juréis que, como me lo habéis prometido, a nadie se lo habéis de decir.

Hízolo así el doctor y Bruno añadió:

—Debéis saber, pues, mi queridísimo doctor, que poco tiempo atrás hubo en esta ciudad un gran maestro en nigromancia, que se llamó Miguel Scotto, porque era de Escocia, y recibió muchísimas distinciones de muchos caballeros, de los cuales pocos viven hoy; y como se quisiera marchar de aquí, accediendo a sus ruegos, nos dejó dos entendidos discípulos suyos, a quienes ordenó que estuvieran dispuestos siempre a complacer en todo a aquellos caballeros que tanto le habían distinguido. Servían, pues, aquéllos a los citados caballeros en ciertas aventuras de amor y otras cositas por el estilo; después, como les agradase la ciudad y las costumbres de sus mora-

dores, quisieron fijar aquí su residencia, y contrajeron grandes y estrechas amistades con algunos, sin parar mientes en que tales amigos fuesen nobles o no lo fuesen, o fuesen ricos o pobres, y sí solamente que fuesen hombres conformes a sus costumbres. Y para complacer a estos tales amigos suyos, dispusieron una sociedad de unos sesenta y cinco hombres que debían reunirse, dos veces a lo menos cada mes, en algún lugar por ellos señalado: y cuando allí estaban, cada cual les exponía sus deseos, y ellos se apresuraban a proporcionárselos por aquella noche.

Como Buffalmacco y youviésemos especial amistad y franqueza con esos dos, fuimos incluidos en aquella sociedad y aún pertenecemos a ella. Y cada vez que nos reunimos, digo, es cosa sorprendente de ver las colgaduras que hay alrededor de la sala donde comemos y las mesas regiamente puestas, y el número de nobles y guapos servidores de ambos sexos que están a la disposición de todos los allí reunidos, y las fuentes, las vasijas, las botellas, las copas y toda la demás vajilla de oro y plata en que comemos y bebemos, y a más de esto los muchos y variados manjares al gusto de cada cual que sucesivamente se nos pone delante. Jamás podría explicaros cuáles y cuántos son los dulces sonidos de infinitud de instrumentos y los cantos llenos de melodía que allí se oyen; ni podría deciros cuántas sean las velas que en estas cenas arden, ni cuántos los dulces que se consumen, ni cuán preciosos sean los vinos que allí se beben. Y no vayáis a creeros que vayamos allí con estas ropas ni con estos vestidos que nos veis puestos; ninguno hay tan miserable que no os parezca un emperador; tan ricamente vestidos y tan preciosamente adornados vamos. Pero sobre todos los demás placeres que allí hay, existe el de las hermosas mujeres que instantáneamente se nos traen de cualquier parte del mundo, con sólo desearlas.

¿Pero qué os estoy diciendo? Después que se ha bebido y comido y se ha hecho una o dos danzas, cada una de ellas se va a su cuarto con aquella cuyas instancias ha sido llamada; y por cierto que los que mejor servidos están, a mi entender, en cuanto a mujeres, somos Buffalmacco y yo, pues Buffalmacco, las más de las veces, hace venir para sí a la reina de Francia y yo, para mí, a la de Inglaterra, que son dos de las mujeres más hermosas del mundo; y tal nos hemos sabido ingeniar, que somos nosotros los preferidos. Para que podáis calcular por vos mismo si podemos vivir y estar más satisfechos que los demás, básteos saber que tenemos el amor de dos reinas de tal calibre, sin contar con que, cuando queremos un millar o dos millares de florines, los tenemos. Y a esto es a lo que nosotros llamamos ir al corso, pues así como los corsarios toman la ropa de todos, nosotros hacemos lo mismo, sólo que nos diferenciamos de ellos en que ellos nunca la devuelven, y nosotros la devolvemos cuando la hemos hecho servir. Ya tenéis entendido, pues, mi buen doctor, qué cosa sea eso a que nosotros llamamos ir al corso. Bien podéis figuraros cuán secreto conviene que esto sea, y por esto no os digo más ni insisto en reclamar vuestra reserva.

El maestro, cuya ciencia no llegaba más allá que a medicar la caspa de los niños de teta, dio tanto crédito a las palabras de Bruno, como a cualquier verdad debiera habérsela dado; tan ardientes deseos tuvo de ser admi-

tido en aquella sociedad, como pudiera anhelar otra cosa cualquiera más deseable. Por lo cual respondió a Bruno que realmente no era extraño que anduvieran tan satisfechos, y tuvo que hacer un esfuerzo sobre sí mismo para contenerse de pedirle que le hiciese entrar en la sociedad, hasta tanto que, habiéndole obsequiado más, pudiera con mayor confianza pedirselo.

Continuó, pues, teniendo con él mayor franqueza y teniéndole consigo a comer mañana y tarde y manifestándole extraordinario cariño; y era tan grande y continua esta familiaridad, que no parecía sino que el doctor no supiera ni pudiera vivir sin Bruno. Para corresponderle éste, a fin de no parecer ingrato a las atenciones que el médico le dispensaba, habíale pintado en su sala la Cuaresma y un Agnus Dei a la entrada de su cuarto, y encima de la puerta de la calle un bacín, para que los que necesitaran consultarle no lo confundieran con los otros médicos.

Y a más de esto decíale a veces al doctor cuando no había cenado con él, que había estado en la tertulia; y tales cosas le decía a veces para más incitarle, que cierta tarde en que al señor doctor le pareció haberle conquistado con sus obsequios, resolvió ponerle de manifiesto sus intenciones; y como solos estuvieran, le dijo:

—Bruno, como hay Dios que no existe hoy persona alguna por quien hiciera yo todo como por ti lo haría; y hasta si me dijese que fuese de aquí a Peretala, creo que iría; por eso no quiero que te extrañes de lo que voy a pedirte con franqueza y en confianza. Como sabes no hace mucho tiempo que me hablaste de lo que hacíais en vuestra agradable sociedad y tan vivos deseos me han venido le pertenecer a ella, que no hay cosa en el mundo que desee tanto. Y no es sin motivo, como verás, si a ella llego a pertenecer; pues desde ahora quiero que te burles de mí si no os hago venir la criada más hermosa y más buena moza que hayas visto jamás y que yo vi en Cacavincigli y que me gustó mucho; por cierto que le ofrecí diez boloñesas grandes si consentía en mis deseos, y no las quiso. Y con toda mi alma te ruego que me enseñes lo que tengo que hacer para poder entrar y que hagas todo lo posible para lograrlo, y la verdad, tendréis en mí un compañero bueno, fiel y respetable. Y a más de eso soy doctor en medicina, que no creo que tengáis ninguno; sé muchas y muy bonitas cosas y canciones deliciosas, como que te voy a cantar una.

Y se puso a cantar. Bruno tenía tantas ganas de reír, que no cabía en su pellejo; pero se contuvo. Y cuando el doctor, terminada su canción, le preguntó qué tal le había parecido:

—En verdad —contestó el pintor— que no es posible cantar con más perfección ni estar dotado de más agradable voz.

—Todavía sé muchas otras —agregó el doctor—, pero ahora dejemos esto. Ahí donde me ves, mi padre fue noble, si bien vivió en el campo; yo desciendo, por mi madre, de los Vallecchio; y, como has podido ver, tengo los más buenos libros y las mejores ropas que médico alguno de Florencia tenga. Traje tengo que, contado todo, costó cerca de cien libras de *bagattini*,¹

¹ Era una antigua moneda veneciana.

hace ya más de diez años: por lo tanto, encarecidamente te ruego que hagas que yo sea de esta sociedad; y si lo haces, ya puedes ponerte tan enfermo como quieras, que yo no he de cobrarte dinero alguno por mis servicios.

Bruno, al oírle, túvole, como ya otras veces le tuvo, por un estúpido.

—Querido doctor, muchas son las cosas que por mí habéis hecho, lo comprendo, pero la que vos me pedís, aun cuándo para la magnitud de vuestro talento sea pequeña, es muy grande para mí, y no sé persona alguna en el mundo por quien, pudiendo, lo hiciese si no lo hiciese por vos, ya porque os quiero cuanto os merecéis, o ya porque vuestras palabras tan sesudas son; y cuanto más con vos me trato, más sabio me parecéis. Y digo, además, que si otra cosa no me hiciese quereros bien, os querría porque veo que estáis enamorado de tan bella cosa como decís. Pero debo deciros que yo no puedo hacer en eso lo que vos os figuráis, y por esto no puedo hacer lo que vos necesitaríais; pero si vos me prometéis sobre vuestra grande e inalterable palabra guardarme el secreto, os diré la manera cómo lo podéis conseguir, y me parece seguro que teniendo tan bonitos libros y tan buenas cosas como me habéis dicho, lo conseguiréis.

—Puedes hablar con seguridad —respondió el doctor—; veo que no me conoces bien y no sabes aún cómo sé guardar un secreto. Pocas eran las cosas que hiciera maese Gaspar de Saliceto cuando era juez del podestá de Forlímpópoli, que no me las enviara a decir, porque me consideraba un buen secretario. Baste decir que yo fui el primero a quien él dijo que se quería casar con Bergamina: ¡ya ves tú!

—Está bien, pues —dijo Bruno—; si ése se fiaba, bien puedo fiarme yo. Ved lo que tenéis que hacer. Nosotros, en nuestra sociedad, tenemos siempre un capitán con dos consejeros, que se cambian cada seis meses; y a primero de mes, sin falta, Buffalmacco será capitán y yo consejero; el que es capitán puede hacer mucho para meteros y hacer que se meta quien quiera él; y para eso me parece que convendría que en lo posible alcanzaseis la confianza de Buffalmacco y le obsequiaseis. Él es hombre que viéndoos tan sabio se prenderá de vos en seguida y cuando con vuestro juicio y estas buenas cosas que tenéis, hayáis logrado algo su confianza, se lo podréis pedir; él no sabrá deciros que no; yo le he hablado ya de vos y os estima mucho; cuando vos hayáis hecho esto, dejadme a mí hacer con él.

—Mucho me place lo que dices —repuso entonces el doctor—; y si es hombre que goce con los sabios y habla un poco conmigo, yo haré que me ande buscando siempre, porque tengo tanto talento, que podría abastecer de él una ciudad, y me quedaría aún de sobra.

Acordado esto, Bruno se lo contó todo a Buffalmacco, y a éste hácíasele ya siglos las horas para poder hacer lo que el doctor Scipa¹ iba buscando. El médico, que ansiaba ir al corso, no descansó hasta que se hubo hecho amigo de Buffalmacco, cosa que no le fue difícil conseguir, y empezó a darle las cenas y comidas más ricas del mundo, y a Bruno también con él.

Cuando al doctor le pareció ocasión oportuna, pidióle a Buffalmacco

¹ Majadero.

lo que a Bruno habíale pedido; Buffalmacco dio muestras de vivo enojo y le movió un gran escándalo a Bruno, llamándole traidor, porque no podía ser otro que él quien estas cosas al doctor le hubiese revelado. Excusábale el doctor con gran esfuerzo diciendo y jurando que lo había sabido por otro lado; tras muchas de sus sabias palabras, logró pacificarle; volviéndose Buffalmacco al doctor, le dijo:

—Bien se ve, mi querido doctor, que habéis estado en Bolonia y que habéis mantenido cerrada la boca hasta aquí; más os digo aún: que vos no os quedasteis en ella a hacer, como muchos tontuelos suelen hacer; y si no me equivoco fuisteis bautizado en domingo, y como que, aun cuando Bruno me haya dicho que estudiasteis allí en medicina, paréceme a mí que lo que estudiasteis fue a aprender a robar hombres; cosa que con vuestro talento y vuestras palabras sabéis hacer mejor que nadie.

El médico, interrumpiéndole, le dijo a Bruno:

—Lo que es hablar y tratar con sabios. ¿Quién habría comprendido tan pronto todas las especialidades de mis sentimientos, tan perfectamente como ese excelente hombre lo ha hecho? Tú no te diste cuenta tan pronto de lo que yo valía como se la dio él; pero di al menos lo que te dije yo cuando me dijiste tú que a Buffalmacco le gustaban los sabios. —Y volviéndose de nuevo a Buffalmacco prosiguió—: Otra cosa hubieras dicho si me hubieras visto en Bolonia, donde no había grande ni pequeño doctor ni estudiante que no me adorasen por lo bien que sabía conquistármelos con mis palabras y mi talento. Y más te diré, que jamás dije palabras que no hiciesen reír a todos, de tanto como les gustaban; cuando me marché, lloraron todos a moco tendido y todos querían que me quedase, mas yo no quise, porque estaba dispuesto a venir aquí a encargarme de la magnífica herencia que tengo y que me viene de familia.

—¿Qué te parece? —preguntó entonces Bruno a su compañero—. Tú no me querías creer cuando te lo decía. En esta tierra no hay médico como éste; no hallarías otro de aquí a París.

—Bruno dice la verdad —interrumpió el médico—, sólo que yo no soy conocido. Vosotros sois más bien rudos que sabios; pero yo quisiera que me vieseis entre doctores.

Dijo entonces Buffalmacco:

—Verdaderamente, doctor, sabéis más de lo que yo nunca habría creído, por lo cual, hablándoos como se quiere hablar a sabios como vos, francamente os digo que procuraré positivamente que seáis de nuestra sociedad.

Los obsequios hechos por el médico a los dos compañeros después de esta promesa, multiplicaron; por lo cual ellos se divertían haciéndole creer las mayores necesidades del mundo, prometiéndole le darían por pareja a la condesa de Civillari, que era la cosa más bonita que existía en todo el género humano. Preguntó el médico quién era esta condesa y Buffalmacco le contestó:

—Es una gran mujer; pocas cosas hay en el mundo donde ella no tenga alguna jurisdicción; y, sin citar otros, los frailes Menores le rinden tributo a son de atabales.

Siguió dándole una porción de detalles sobre la supuesta condesa, y terminó diciéndole que esta gran mujer sería la que, a no equivocarse, pondría entre sus brazos. Dióse por contento el médico, y poco después de esta conversación, anunciaron los pintores que quedaba admitido.

Llegado el día en que debían por la noche reunirse, el médico les tuvo a entrambos a comer, y cuando hubieron comido, les preguntó cómo debía presentarse en la sociedad. Buffalmacco le contestó:

—Mirad, doctor, es preciso que tengáis mucho ánimo, pues si no lo tuvierais os podría resultar impedimento y nos perjudicaríais mucho. Esta noche, a eso de las doce, tenéis que encontraros en una de esas tumbas altas que poco tiempo atrás se construyeron en las afueras de Santa María la Nueva, llevando puesto uno de vuestros mejores trajes, para que por la vez primera comparezcáis bien vestido ante la sociedad, y además, porque como sois noble, hará que la condesa trate de haceros caballero bañado, a sus costas, os esperaréis allí hasta que venga por vos la persona que nosotros enviaremos. Para que estéis enterado de todo, vendrá por vos una bestia negra y cornuda, muy grande, que andará por la plaza delante de vos, dando resoplidos y saltos con el fin de espantaros; pero cuando vea que no os asustáis, se os acercará mansamente; cuando se os haya acercado, bajad de la tumba sin miedo alguno, y sin encomendaros a Dios ni a los santos, montad en ella y cuando lo hayáis hecho, con los brazos cruzados poneos las manos en el pecho, sin tocar poco ni mucho al animal. Entonces éste echará a andar suavemente y os llevará a nosotros; pero desde ahora os digo, por si queréis encomendaros a Dios o a los santos o tenéis miedo que el animal podría arrojaros o haceros chocar en paraje donde os pudriríais; por lo tanto, si creéis no estar bien seguro de vuestros ánimos, no vengáis, pues os haríais daño a vos mismo sin darnos a nosotros provecho alguno.

—No me conocéis aún —contestó el médico—; tal vez os fijáis tan sólo en que gasto guantes y voy de tiros largos. Si supierais lo que en otro tiempo he hecho en Bolonia, cuando yo iba de conquista con mis compañeros, os asombraríais. Cierta noche, como no quisiera venir con nosotros una chica flacucha y menguada, empecé por darle una tanda de puñetazos, la tomé a plomo y creo que así la llevé un tiro de ballesta y así logré que se uniera con nosotros. Otra vez recuerdo que sin estar conmigo más que mi criada, pasé, poco después del Ave-María, junto al cementerio de los Menores, donde aquel mismo día habían enterrado a una mujer, y no tuve miedo alguno; podéis, pues, estar tranquilos, que soy valiente y animoso de sobra, y para presentarme respetable, me pondré mi traje de escarlata con que fui doctorado; a ver si la sociedad se alegra al verme y me hace capitán sobre la marcha. Ya veréis cómo irá la cosa; cuando yo lo sea, dejadme hacer.

—Habláis muy bien —repuso Buffalmacco—, pero ved que no nos hagáis la burla de no venir o de que no se os encuentre cuando se os vaya a buscar; y digo esto, porque hace frío y porque vosotros, los señores médicos, os guardáis mucho de él.

—Yo no soy de esos frioleros —replicó el doctor—; no le temo al frío, no faltaré.

Marcháronse, pues, los dos pintores, y cuando llegó la noche, el doctor se excusó con su mujer, sacó a escondidas su hermoso traje, y cuando le parecía ser la hora, se lo puso y se fue a una de las tumbas indicadas y acurrucándose encima de aquellos mármoles, por ser intenso el frío, púsose a aguardar a la bestia.

Buffalmacco, que era alto y fornido, se proporcionó una de esas caretas que solían emplearse en ciertos juegos que hoy no se hacen ya, y una piel negra al revés; se compuso de tal suerte, que parecía un oso, sólo que la careta tenía cara de demonio y era cornudo. Así disfrazado, siguiéndole Bruno para ver cómo iría la cosa, se encaminó a la plaza de Santa María la Nueva. Cuando notó que el señor doctor estaba allí, púsose a brincar y a dar horrorosos gritos por la plaza, a aullar y a gritar como si estuviera furioso.

Al oír y ver esto el doctor, erizáronsele los cabellos y se puso a temblar, más asustado que si fuera una mujer, y hubo momento en que más habría querido estar en casa que allí.

Pero como ya había ido, se esforzó en dominarse, impulsado por el afán de llegar a ver las maravillas que se le habían contado. Buffalmacco, después de un rato de hacerse el furioso, fingió apaciguarse, se acercó a la tumba, encima de la cual estaba el doctor, y se quedó inmóvil. El doctor, que temblaba de miedo, no sabía si montar o estarse quieto; mas al fin, temiendo que le hiciese daño, substituyó con nuevo miedo el miedo que tenía antes y bajó de la tumba, diciendo en voz baja:

—¡Dios me ayude!

Se subió encima, se acomodó bien, y sin cesar de temblar, cruzó los brazos como se le había dicho.

Entonces Buffalmacco se encaminó despacio hacia Santa María de la Scala y andando a gatas, le condujo hasta cerca de las monjas de Ripole.

Había entonces por aquellos sitios, unos hoyos, en los cuales los labradores de aquellos campos vaciaban las inmundicias para abonar sus tierras. Cuando cerca de ellos estuvo Buffalmacco, acercándose a la orilla de uno de ellos, puso la mano en uno de los pies del médico, quitóselo súbitamente de encima y lo arrojó de cabeza a él y se puso a hacer crujir los dientes, a saltar o enfurecerse y a alejarse de Santa María de la Scala en dirección del prado Ognissanti, donde estaba Bruno, que había huido por no poder contener la risa; y con gran jolgorio pusiéronse a mirar desde lejos lo que haría el emporcado médico.

El señor doctor, al verse en tan abominable sitio, hizo esfuerzos para levantarse y salir de allí y cayendo y levantándose, afligido y humillado y todo sucio de pies a cabeza, no sin haber tragado algo de aquella substancia, salió al fin dejando en el hoyo el birrete, y limpiándose con las manos lo mejor que pudo y no sabiendo qué partido tomar, se volvió a su casa donde mucho tuvo que llamar para que le abriesen. Apenas se hubo vuelto a cerrar la puerta, después de haber entrado el apestado tonto, acercáronse a ella para oír cómo recibiría al médico su mujer, y oyeron a ésta llenarle de improperios y decirle:

—Te está bien: habías ido a ver a alguna otra mujer te querías presentar muy respetable con tu traje e escarlata. ¿No te bastaba yo? No a ti sino

a todo un pueblo le bastaría; ¡ojalá te hubiesen ahogado los que te arrojaron al lugar donde merecías ser arrojado! ¡Vaya un médico honrado, que tiene mujer propia, y anda de noche con las mujeres ajenas!

Y con éstas y otras palabras le estuvo zarandeando su mujer mientras se lavaba él, no cesando de atormentarle hasta la medianoche.

A la mañana siguiente, Bruno y Buffalmacco, habiéndose pintado todas las carnes de manchas a manera de cardenales, se fueron a casa del médico y le hallaron que se había levantado ya; habiendo entrado en su habitación percibieron que olía mal, pues no se le había podido limpiar todo.

Al oírles llegar, les salió el médico al encuentro dándoles los buenos días, contestándole los dos compañeros, según convinieron de antemano, con irritado semblante:

—No os decimos otro tanto, antes le pedimos a Dios que os los dé tan malos que muráis de mala muerte como el viviente más desleal y más traidor que exista, pues, por culpa vuestra y por querer honraros y complaceros, poco ha faltado para que no se nos matara como a perros. Y tal paliza hemos llevado por vuestra deslealtad, que con menos palos iría a Roma un asno, sin contar con que hemos estado a riesgo de ser echados de la sociedad donde habíamos acordado haceros admitir y si no nos creéis, ved cómo tenemos el cuerpo.

Y desabrochándose las ropas, le mostraron sus pintarrajeados pechos, volviéndose a abrochar en seguida.

Quería el médico excusarse y explicar sus desventuras, cómo y dónde había sido arrojado. Mas Buffalmacco le interrumpió, diciendo:

—Yo quisiera que desde el puente os hubiese arrojado al Arno. ¿Por qué os encomendabais a Dios y a los santos? ¿No se os previno de antemano?

—Confieso —contestó el médico— que no me acordé.

—¡Cómo! —exclamó Buffalmacco—. ¿No os acordasteis? Mucho que os acordabais; pues nuestro mensajero dijo que temblabais como un azogado y no sabíais dónde estabais. Buena nos la habéis pegado: pero nadie más nos engañará y a vos os honraremos todavía como merecéis.

Púsose a pedir perdón el médico y a rogarles por Dios que no le vituperasen y procuró apaciguarles como mejor supo. Y por miedo de que hicieran público lo que le había pasado, les obsequió en lo sucesivo, mucho más aún de lo que hasta entonces obsequiado les había; así, pues, como habéis oído, se le enseña a tener seso a quien no lo aprendió en Bolonia.

Cuento décimo

Trampa por trampa

Una siciliana le quita ingeniosamente a un mercader lo que ha traído a Palermo; éste, fingiendo haberse vuelto a marchar con mucho más género del que antes trajera, le pide dinero y le deja agua y borra.

No hay que preguntar si el cuento de la reina hizo reír en distintos países a las damas; ninguna hubo a quien de tanto reír no se le vinieran veinte veces las lágrimas a los ojos. Cuando ella hubo terminado, Dioneo, que sabía que a él le tocaba el turno, dijo:

—Cosa manifiesta es, graciosas damas, que tanto más agradan las artes, cuanto más ingenioso es el artífice que es artificiosamente burlado por ellas. Y por eso, aun cuando todas habéis contado cosas preciosísimas, yo me propongo contar una tanto más agradable que cualquiera de las referidas, cuanto que aquella que fue burlada, mayor maestra era en el arte de burlar a los demás, de lo que otro cualquiera de los burlados fueron en vuestros cuentos.

Solía existir y, tal vez existe todavía hoy en todos los países de la costa que tienen puertos, la costumbre de que los mercaderes que a ellos llegaban con mercancías, al hacerlas descargar, las pongan todas en unos lugares que en muchos sitios se llaman aduanas y que pertenecen al municipio o al señor de aquel país. Y allí, dando a los que de eso cuidan una lista de todos los géneros y de sus precios, le entregan éstos al mercader un almacén donde él pone su género y lo encierra bajo llave, y después, estos aduaneros inscriben en el libro de la aduana, según la declaración del mercader, toda su mercancía, haciéndole pagar luego a éste los derechos por toda o parte de la mercancía que sacó de la aduana.

Y por medio de este libro de la aduana, entérnanse con bastante frecuencia los agentes, de la calidad y de la cantidad de las mercancías que allí hay, lo propio que de quiénes sean los mercaderes que las tienen y luego, cuando se les presenta ocasión, hablan con ellos de cambios, trueques, ventas y de otras cosas por el estilo.

Esa costumbre existía también en Palermo de Sicilia, donde había igualmente y aún hay bastantes mujeres hermosísimas, pero enemigas de la honestidad, a quienes, quien no las conoce, las tomaría y toma por grandes y muy honradas damas. Y como se dedican no sólo a afeitar sino a despelejar hombres, en cuanto ven un mercader forastero, por el libro de la aduana, se enteran de lo que él tiene y de cuánto puede hacer, y después, con sus halagos, cariños y palabritas dulces, procuran atraer a tales mercaderes y enamorarles; a muchos se han atraído ya, a quienes han quitado de las manos una buena parte de sus mercancías y a no pocos, todas: los ha habido que han dejado allí sus mercancías, la embarcación, el jugo y los huesos; tal ha sido la suavidad con que han sabido manejar sus navajas barberas. No hace todavía mucho tiempo que llegó allí, enviado por sus amos, un joven

florentino llamado Nicolás de Cignano, a quien llamaban Salabaetto, con tan grande partida de paños de lana que se le habían proporcionado en la feria de Salerno, que bien podían valer unos quinientos florines de oro, y dada la nota de ellos a los aduaneros, los almacenó y sin mostrar gran prisa en venderlos, empezó a solazarse por todo el país; como fuese blanco y rubio y muy gracioso además de buena presencia, acaeció que una de esas barberas que se hacía llamar la señora Blancaflor, como oyera decir algo de él, le echó encima los ojos.

Dándose cuenta él de eso y presumiendo que era una gran señora, agradóse de su hermosura, trató de conquistarla con gran cautela, y sin decir a nadie cosa alguna, empezó a pasar por delante de la casa de ella. Habiéndolo notado ésta, después que durante algunos días le hubo estado incitando con sus miradas, fingiendo desvivirse por él, le envió secretamente una sirvienta suya que sabía muy bien el arte del rufianismo.

Ésta, después de mucha conversación, díjole casi llorando que tanto había flechado con su belleza y su gracia a su señora, que no descansaba de noche ni de día; que por esto deseaba ella ardientemente poder encontrarse con él, cuando a él le pluguiera, secretamente, en un baño; después, sacando de la bolsa una sortija, se la regaló de parte de su señora. Al oír esto Salabaetto, no cupo en sí de gozo y tomando el anillo, se lo frotó por los ojos, lo besó, se lo colocó en el dedo y le contestó a la buena mujer que si la señora Blancaflor le amaba, bien correspondida estaba, pues él la amaba más a ella que a su propia vida, y estaba dispuesto a ir donde fuese de su agrado a todas horas.

Volvió la emisaria a su ama con esta contestación y sobre la marcha se le dijo a Salabaetto el baño donde al día siguiente, después de anochecer, la tenía que aguardar.

El joven mercader se apresuró a ir allí a la hora señalada, sin decirle a nadie cosa alguna, y halló que la dama había tomado ya el baño.

Apenas estuvo allí, cuando vinieron dos esclavas llevando la una en la cabeza un bonito y grande colchón de algodón, y la otra una enorme cesta llena de cosas: tendido el colchón en una pieza contigua al baño, encima de un armazón de cama, pusieron un par de sábanas finísimas orladas de seda, cubriendo el todo con una colcha de brocado de Chipre muy blanco y dos almohadas magníficamente bordadas. Y desnudándose después y entrando en el baño, le lavaron y limpiaron perfectamente.

Poco después llegó la dama con otras dos esclavas; apenas le vio le llenó de agasajos y caricias, y le dijo:

—No sé quién sino tú podría haberme inducido a esto; tú me has puesto el fuego en el corazón, toscano mío.

Y después de haberse bañado tomaron dulces y preciosos vinos, despidieron a las esclavas, permanecieron solos durante una hora larga, haciéndole ella a Salabaetto tales demostraciones que éste la creyó realmente loca de amor por él. Luego, llamando de nuevo a las esclavas, cuando a ella le plugo, nuevamente tomaron vinos y dulces, laváronse el rostro y las manos con aguas aromáticas y al despedirse, díjole la mujer a Salabaetto:

—Si a ti había de serte agradable, yo tendría un gran placer en que esta noche vinieras tú a cenar y a dormir en mi casa.

Salabaetto, que estaba ya prendado de su hermosura y de su artificiosa afección, no dudando de su amor, le respondió:

—Todo lo que a vos os guste, señora, me gusta a mí, por lo tanto, no solamente esta noche, sino siempre haré lo que a vos os plazca y lo que me mandéis.

Volvióse, pues, a su casa la mujer, hizo adornar con sus ropas y aderezos su habitación, mandó hacer una espléndida cena y esperó a Salabaetto. Apenas hubo anochecido, encaminóse éste allí, donde fue recibido con grande agasajo y se le sirvió abundante cena.

Después, cuando entraron en la habitación, percibió el maravilloso aroma de palo álce, vio el lecho abundantemente provisto de pajaritos ciprianos, y muchas ropas colgadas de las perchas. Todas esas cosas juntas, cada una de por sí, le hicieron suponer que ella era una dama rica y principal.

Y aun cuando hubiese oído pregonar de ella lo contrario sobre su vida, por nada del mundo lo habría creído: de haber oído algo de que ella hubiese burlado ya a alguno, por nada del mundo creer podría que esto le debiera acontecer a él. Pasó con gran placer la noche a su lado, cada vez más enardecido, y llegada la mañana ciñóle ella un bonito y gracioso cinturón de plata con una preciosa bolsa, y le dijo:

—Me recomiendo a ti, dulce Salabaetto mío: así como mi persona está a tu albedrío, así lo está lo que aquí hay: lo que de mí depende a tus órdenes está.

Salíó Salabaetto de la morada de aquella mujer y se fue adonde se reunían los otros mercaderes. Y familiarizándose cada vez más con ella, sin costarle cosa alguna, cada vez más enamorado, acaeció, que vendió él sus paños al contado, con buen beneficio: lo cual ella inmediatamente supo, no por él sino por otro.

Y habiendo ido Salabaetto a pasar con ella una noche, empezó ésta a chancearse, a jugar con él y acariciarle, manifestándose tan enardecida, cual si debiera morir de amor en sus brazos; como quisiera ella regalarle dos preciosísimas copas de plata que tenía, rehusóselas por haber recibido él ya más de treinta florines de oro en presentes, sin lograr que ella de él aceptase cosa que un ochavo valiese.

Al fin, habiéndole ella enardecido, mostrándose ella apasionada y generosa, una de sus esclavas, previamente prevenida la llamó: por lo cual ella salió de la habitación y después de permanecer fuera unos instantes, volvió a entrar llorando y se arrojó boca abajo sobre el lecho prorrumpiendo en los más dolorosos lamentos. Sorprendido Salabaetto, la abrazó y se puso a llorar con ella y a decir:

—¿Qué os acaece, corazón del cuerpo mío? ¿Cuál es la causa de este dolor? ¡Oh, decídmelo, vida mía!

Después de haberse hecho bastante de rogar, contestó ella:

—¡Ay de mí, dulce dueño mío! No sé qué hacer ni qué decir: acabo de recibir carta de Mesina y mi hermano me escribe que, aunque tenga que ven-

derlo y empeñarlo todo, le envíe sin falta, antes de ocho días, mil florines de oro, pues de lo contrario le cortarán la cabeza; yo no sé lo que puedo hacer para poderlos tener con tanta prontitud: si yo tuviese quince días de tiempo, hallaría medio de sacarlos de algún sitio donde tengo muchos más, o vendería alguna de nuestras posesiones; pero no pudiendo, quisiera morir-me antes de que recibiera tan mala nueva.

Y dicho esto, dio vivas muestras de tribulación, no cesando de llorar. Salabaetto, a quien el amor había quitado una buena parte del debido juicio, creyendo verdaderas aquellas lágrimas y todavía más verdaderas las palabras, dijo:

—Señora, yo no podría servirle mil florines, pero quinientos sí, si creéis que me los podéis devolver dentro de quince días y gran suerte es para vos el que ayer vendiera yo mis paños, pues a no ser así no os podría prestar ni un ochavo.

—¡Cómo! —exclamó Blancaflor—, ¿has estado escaso de dinero? ¿Por qué no me lo pediste? Aun cuando no tengo mil florines podía darte ciento y hasta doscientos: así me has quitado todo el valor para aceptar el servicio que me ofreces.

Cada vez más sojuzgado por las palabras de aquella mujer, replicó Salabaetto:

—No quiero, señora, que esto os contenga, pues si yo hubiese tenido esta necesidad como la tenéis vos, os lo hubiera pedido.

—¡Ay, Salabaetto mío! —exclamó ella—, bien conozco que tu amor hacia mí es verdadero y perfecto, cuando, sin esperar a que te pida tan importante cantidad de dinero, tan generosamente acudes a mi necesidad. Toda tuya era yo sin esto y mucho más con esto lo seré; jamás llegaré a olvidar que a ti te debo la vida de mi hermano. Pero bien sabe Dios que no por mi gusto los admito, pues considero que eres un mercader y que todos hacen todos sus negocios con dinero; sin embargo, como la necesidad me apremia y tengo firme esperanza de devolvértelo en seguida, para el pago, si no hallo más pronto medio, lo empeñaré todo.

Y diciendo esto, abrazó llorando a Salabaetto, quien la consoló; y volviendo por la noche, para darle pruebas de su abnegación, sin esperar a que se los pidiera ella, le llevó quinientos hermosos florines de oro que ella recibió con risa en el corazón y llanto en los ojos, contentándose Salabaetto con una simple promesa suya.

Quando la mujer tuvo el dinero, empezaron a cambiarse las condiciones; y así como antes Salabaetto iba a ver a Blancaflor siempre que le parecía bien, empezaron entonces a sobrevenir motivos, merced a los cuales, de cada siete veces apenas una entrar podía, sin que se le pusiera aquel semblante ni se le hicieran aquellas fiestas y caricias de antes. Y habiendo pasado uno y dos meses después del término señalado para recobrar su dinero, cuando éste se lo pedía, se le pagaba con palabras. Por lo cual, dándose cuenta Salabaetto de la astucia de aquella malvada mujer y de su poco talento, y conociendo que de ella nada más podía decir que lo que a ella le acomodara, puesto que no tenía de ello ni documentos ni testigos, avergon-

zándose de quejarse a persona alguna, ya porque de antemano había sido advertido, ya por las burlas que merecidamente esperaba se harían de su bestialidad, extraordinariamente afligido y a solas consigo mismo, lloraba su estupidez. Y como varias cartas recibido hubiese de sus principales, diciéndole que cambiase aquel dinero y se lo mandase, resolvió marcharse de allí a fin de que, no cumpliendo él sus órdenes, no fuese descubierta aquí su falta; y embarcándose en un mal barco, se fue, no a Pisa como debía, sino a Nápoles. Estaba allí en aquel tiempo, nuestro compatriota Pedro de Canigiano, tesorero de la señora emperatriz de Constantinopla, hombre de gran inteligencia y de penetrante ingenio, y muy amigo de Salabaetto y de los suyos, con quien, como hombre muy discreto, se lamentó algunos días después Salabaetto, contándole lo que había hecho y su desgraciado accidente y pidiéndole ayuda y consejo para poder aquí vivir, afirmando que no pensaba volver más a Florencia. Lamentando estas cosas, díjole Canigiano:

—Mal hiciste: mal te has portado, mal has obedecido a tus principales, demasiado dinero has gastado de una vez en la lascivia; pero hemos de ver si hallamos medio de reparar lo que has hecho.

Y como hombre previsor, pronto hubo pensado lo que se tenía que hacer y se lo dijo a Salabaetto, quien, agradándole la idea, se puso en disposición de seguirla, y con algún dinero que tenía, y con alguno más que Canigiano le prestó, hizo algunos fardos bien atados y bien cubiertos, y comprando veinte barricas de aceite, y llenándolas, lo embarcó todo y se volvió a Palermo; habiendo entregado a los aduaneros la nota de bultos, el coste de las barricas y hécholo inscribir todo a su nombre lo almacenó, diciendo que no quería tocar nada hasta que llegaran otras mercaderías que esperaba. Enterada de esto Blancaflor y oyendo decir que lo que consigo había traído él valía más de dos mil florines de oro, sin contar lo que esperaba, que valía más de tres mil, contando corto, pensó restituírle los quinientos, para poder adquirir la mayor parte de los cinco mil y le mandó llamar.

Salabaetto acudió al llamamiento.

Ella, fingiendo que nada sabía de lo que había traído él, le obsequió mucho, y le dijo:

—Tal vez estás enfadado conmigo, porque no te devolví en su día tu dinero.

Salabaetto se echó a reír, interrumpiéndola y diciendo:

—Realmente, señora, me desagradó un poco puesto que hasta el corazón me habría arrancado para dároslo, si hubiese creído con esto daros gusto, pero quiero que oigáis la manera como estoy con vos enfadado. Es tanto y tal el amor que os profeso, que he mandado vender la mayor parte de mis posesiones, y he traído aquí mercancías por valor de más de dos mil florines, y de Poniente espero otra partida que valdrá más de tres mil; me propongo poner en esta tierra una tienda y vivir aquí, para poder estar siempre cerca de vos, pareciéndome estar más contento yo de vuestro amor que de lo que estarlo pueda del suyo cualquier otro enamorado.

—Mira, Salabaetto —contestóle ella—, mucho me agrada tu resolución, porque te amo más que a mi vida, y me place en gran manera que hayas

vuelto aquí con intención de quedarte, porque esto me hace esperar que pasaré todavía contigo muy buenos ratos. Pero quiero darte alguna satisfacción por las veces, que queriendo no pudiste verme, o viéndome, no fuiste tan bien tratado como yo solía; y además, porque no te devolví tu dinero en la época señalada. Debes saber que entonces estaba yo muy afligida, y quien en tal disposición se halla, por mucho que ame a uno, no le puede poner tan buena cara ni le atiende como el otro quisiera; debes saber además, que a una mujer le es muy difícil encontrar mil florines de oro, y se nos dicen muchas mentiras; luego no nos cumplen lo que nos han prometido, y por esto nos vemos obligadas a mentirles a los otros; ésta y no otra fue la causa de que no te devolviera tu dinero: lo obtuve poco después de tu partida, y, si yo hubiera sabido dónde enviarlo, ten por seguro de que te lo habría enviado, pero como no lo he sabido, te lo he guardado.

Y haciéndose traer una bolsa donde estaban aquellos mismos quinientos florines que él le entregara, se los puso en la mano; y añadió

—Mira si hay quinientos.

Jamás estuvo tan contento Salabaetto, y después de haberlos contado y hallado completos, se los guardó, diciendo:

—Comprendo, señora, que decís la verdad, pero habéis hecho bastante; y os digo que por esto y por el amor que os tengo, no habrá cantidad que a mi alcance esté, que no me apresure a proporcionaros siempre que la necesitéis, y cuando yo esté aquí, establecido, podréis hacer la prueba.

Y habiendo reanudado de esta manera su amor de palabra, volvió Salabaetto a familiarizarse con ella y a recibir las mayores complacencias y las mayores atenciones. Mas queriendo Salabaetto castigar su engaño con otro engaño, habiéndole ella enviado a decir el día en que podía ir con ella a cenar y a dormir, fue allá él, con aire tan melancólico y triste, que parecía próximo a la muerte. Llenándole de caricias Blancaflor, le preguntó la causa de su melancolía y él, después de haberse hecho mucho de rogar, le dijo:

—Estoy disgustado porque el buque en que viene la mercancía que yo esperaba ha caído en poder de los corsarios de Mónaco, y habiendo sido rescatado por diez mil florines de oro, de los cuales me tocan pagar mil a mí, yo no tengo ni un ochavo, pues los quinientos que me devolvisteis, los mandé inmediatamente a Nápoles para invertirlos en telas que han de venir aquí; y ahora si quiero vender el género que aquí tengo, como no es tiempo de venderlo, apenas sacaría la mitad de su valor, y no soy aún bastante conocido, para encontrar quien me preste, de modo que no sé qué hacer ni que decir; y si no envío pronto ese dinero, temo que el género sea llevado a Mónaco y no podré recobrar nada.

La mujer, muy disgustada por esto, por parecerle que iba a perderlo todo, pensó cómo debía hacerlo para que el género no fuese a Mónaco, y dijo:

—Cree que por tu amor lo siento; pero, ¿a qué atribularse tanto? Si yo tuviese ese dinero, en seguida te lo prestaría; pero no lo tengo. Verdad es que hay cierta persona que la otra vez me proporcionó los quinientos florines que me faltaban, pero me pidió un interés muy usurario, pues no me pidió

menos de a razón de treinta por ciento; si tú los quisieras de esta persona, habría necesidad de buena garantía, y yo, por mi parte, estoy dispuesta a empeñar por ti todas estas ropas y mi persona por lo que se quiera prestar encima para poderte servir: pero el resto, ¿cómo lo garantizarías tú?

Salabaetto comprendió el motivo que inducía a Blancaflor a prestarle este servicio, y no le cupo duda de que los dineros prestados debían ser suyos; así, pues, empezó por darle gracias llorando y luego dijo que no dejaría de tomar el dinero aun cuando fuera a crecido interés, ya que la necesidad le apremiaba; y luego añadió que lo garantizaría con las mercancías que tenía en la aduana, haciéndolas inscribir a nombre de quien le prestara el dinero; pero que él quería guardar la llave de los almacenes, ya para poder enseñar la mercancía si se le pidiera, ya para que nada se le pudiese tocar o cambiar.

Contestó ella que esto estaba bien dicho y que era una garantía bastante buena; y por lo tanto, cuando llegó el día, mandó llamar a un agente en quien tenía ella mucha confianza, y después de tratar este asunto con él, le entregó mil florines de oro que el agente prestó a Salabaetto, e hizo inscribir a su nombre en la aduana lo que Salabaetto tenía allí; y hechas a un mismo tiempo las escrituras y contraescrituras y puestos de acuerdo, esperarían los prestamistas el resultado de su operación. Salabaetto, embarcándose lo más pronto que pudo con mil quinientos florines de oro fue a reunirse en Nápoles con Pedro de Canigiano, y desde allí remitió buenas e íntegras cuentas a sus principales y después de pagar a Pedro y a cuantos algo debía, largo tiempo habló con Pedro de la partida que a la siciliana había jugado.

Después, no queriendo ser más mercader, pasó a Ferrara. Al ver que Salabaetto había desaparecido de Palermo, empezó Blancaflor a extrañarse y a concebir sospechas; y después de haberle aguardado por dos meses largos, viendo que no volvía, hizo que el agente hiciera descerrajar los almacenes. Y catadas primeramente las barricas, que se creían llenas de aceite, encontró que estaban llenas de agua de mar, habiendo en cada una de ellas cosa de un barrilito de aceite encima cerca de la abertura. Después, desatando los bultos, los halló todos llenos de borra, a excepción de dos que contenían paños, de modo que todo lo que allí había no valía más allá de doscientos florines. Blancaflor lloró amargamente los quinientos florines devueltos, y mucho más aún los mil prestados, diciendo repetidas veces:

—Quien tiene que habérselas con toscano, listo ha de ser.

Y así quedó con el daño y con las burlas.

* * *

Cuando Dioneo hubo acabado su cuento, conociendo Lauretta terminado su reinado, se quitó de la cabeza la corona y se la puso a Emilia con galanura:

—Señora, no sé si tendremos en vos una reina deliciosa, pero bella, sí la tendremos: haced, pues, que vuestras obras correspondan a vuestra hermosura.

Y se volvió a sentar. Emilia se ruborizó algo, no tanto por haber sido nombrada reina como por verse alabada en público, por lo que más les halaga a las mujeres, y tal se puso su semblante como son las nacientes rosas al despuntar la aurora. Mas después que por unos instantes hubo tenido entornados los ojos y hubo desaparecido su rubor, le dio al senescal las órdenes de costumbre, y luego dijo:

—Estimables damas, bastante manifiesto vemos que después que los bueyes hanse fatigado una parte del día sometidos al yugo, en cuanto se les quita el yugo y se les suelta, pueden ir a do les plazca, se les deja ir por los bosques a pacer; y vemos, además, que no son menos bellos, sino mucho más, los jardines atestados de variadas plantas, que los bosques donde sólo vemos robles: por lo cual, considero yo, teniendo en cuenta cuántos días hemos hablado teniendo que ceñirnos a determinada ley, que no solamente sea útil, sino oportuno, vagar algo y vagando recobrar fuerzas para volver a someterse al yugo. Y por esto, lo que mañana tenga que decirse, contando a vuestro gusto no quiero restringiros a especialidad alguna, antes bien, cada cual hablará de lo que más le agrade teniendo la seguridad de que la variedad de las cosas que se dirán no serán menos graciosas que si se hubiese hablado de una cosa sola; y habiéndolo hecho así, quien después de mí venga en el reinado, podrá volver a someteros con mayor seguridad, como más fuerte, a las acostumbradas leyes.

Y dicho esto concedió libertad a todos hasta la hora de cenar. Elogiaron todos a la reina por lo que dicho había, dando muestras de talento y poniéndose de pie, cada cual se distrajo en lo que le plugo, las damas jugueteando y haciendo guirnaldas, los jóvenes cantando y jugando, y así pasaron hasta la hora de cenar: llegada ésta, cenaron alegremente en torno de la fuente y después se cantó y bailó como de costumbre, hasta que terminada una canción entonada por Pánfilo en la que éste con voz tan dulce como tierna, dio las gracias al Amor por haberse dispuesto a satisfacer sus deseos conmoviendo el corazón de la más bella y adorable de las mujeres, dispuso la reina que todos se dirigiesen a sus lechos.

Jornada novena

En la que, durante el reinado de Emilia, cada uno habla de lo que gusta.

Introducción

La luz, cuyo resplandor la noche aleja, había cambiado ya todo el octavo cielo de azul fuerte en azul celeste, Y empezaban a erguir sus tallos por los prados las florecitas, cuando Emilia, habiéndose levantado, mandó llamar asimismo a sus compañeras y a los jóvenes. Llegados éstos, y siguiendo los lentos pasos de la reina se fueron a un bosquecito no muy lejos del palacio y penetrando en él vieron a los animales, tales como corzos, ciervos y otros por el estilo, casi al abrigo de los cazadores, tras de los que corrieron a su alcance divirtiéndose por algún rato en hacerles correr y saltar. Mas como subiera ya el sol parecióles a todos que debían volverse. Iban todos enguinaldados de hojas de roble, llevando las manos llenas de flores y de hierbas aromáticas; y quien les hubiera visto, no habría podido decir otra cosa que:

“O éstos no serán vencidos por la muerte, o ella les matará contentos.” Así, pues, paso a paso, cantando, bromeando y diciendo chistes, llegaron al palacio donde todo se hallaba dispuesto y hallaron alegres y retozones a sus servidores. Tomaron allí algún descanso, y antes de sentarse a la mesa, ellos y ellas cantaron seis cancioncitas, a cuál más jovial: después de lo cual, lavadas las manos, sentáronse a la mesa donde comieron alegremente las viandas que se les sirvieron; y luego, pusieron por algún tiempo a bailar y a tocar hasta que por orden de la reina, se fue a descansar quien quiso. A la hora convenida reuniéronse todos en el sitio de costumbre, y una vez allí, la reina, mirando a Filomena, le dijo que diera principio a los cuentos de aquel día, y Filomena empezó, sonriendo, de esta suerte:

Cuento primero

Los amantes desengañados

Una hermosa dama compromete en una aventura a dos galanteadores suyos, logrando su objeto de desengañarlos.

—Mucho me agrada, señora, puesto que a vos os place que por este campo abierto y libre, en el cual nos ha colocado vuestra magnificencia, el ser yo quien primero lleve la palabra, cosa que, quienes me sigan, harán tan bien o mejor que yo. Muchas veces, graciosas damas, se ha demostrado en nuestras historietas cuántas y cuáles son las fuerzas del amor; mas no creo que se haya dicho plenamente ni se habría dicho todavía si de aquí a un año no hablásemos de otra cosa que de esto: y como esto no solamente conduce a varios peligros de muerte a los amantes, sino que hasta les induce a entrar por muertos en la mansión de los muertos, pláceme contaros sobre esto una historieta, con la cual, no solamente comprenderéis el poder del amor, sino el buen juicio demostrado por una graciosa dama para quitarse de encima a dos que a disgusto suyo la querían.

Digo, pues, que hubo en otro tiempo en la ciudad de Pistoya, una hermosísima viuda, a quien dos conciudadanos nuestros, que vivían allí desterrados, llamados el uno Rinuccio Palermini y el otro Alejandro Chiarmontesi, que casualmente enamorados de ella, sin saberlo uno del otro, la amaban en extremo, trabajando cautelosamente cada cual para conquistar su amor. Y como se viera asediada por mensajes y súplicas de ambos, la gentil dama, llamada Francisca de Lazzari y como les hubiese incautamente dado oídos varias veces y queriendo cuerdamente retraerse y no siéndole posible, acudióle un pensamiento, encaminado a quitarse de encima a aquellos importunos, y fue el de pedirles un servicio, en la creencia de que ninguno de ellos se lo haría, aun cuando fuera posible, a fin de que no haciéndoselo, tuviera ella plausible y decoroso motivo de no querer oír más sus mensajes; y el pensamiento fue el siguiente:

En el día en que este pensamiento le acudió había fallecido en Pistoya un individuo que a pesar de descender de noble familia, era reputado por el peor hombre, no digo de Pistoya sino de todo el mundo, y a más de esto era en vida tan contrahecho, y de rostro tan monstruoso, que quien no lo hu-

biese conocido habríale tenido miedo de momento, y este hombre había sido enterrado en una tumba fuera de la iglesia de los frailes Menores, y ella discurrió que ese muerto debía darle ocasión favorable para llevar a efecto su propósito. Por lo cual, le dijo a una criada suya:

—Tú sabes el fastidio y angustia que constantemente me producen los mensajes de esos dos florentinos, pues no estoy dispuesta a concederles mi amor, y para quitármelos de encima me he propuesto, en vista de las grandes ofertas que hacen, ponerles a prueba en una cosa que estoy segura no harán, y así me libraré de su importunidad: y oye cómo. Ya sabes que esta mañana han enterrado al Scannadio (así se le llamaba al hombre de quien más arriba hablamos), que, no sólo muerto, sino aun vivo, les causaba miedo a los hombres más animosos de esta tierra; pues bien, tú irás en secreto primeramente a ver a Alejandro, y le dirás que tu señora te envía a decirle que ha llegado la ocasión de conquistar su amor que tanto ha deseado él por este medio. Por motivos que más adelante sabréis, le dirás, tiene que llevarse a su casa esta noche por un pariente de ella el cadáver de Scannadio que fue enterrado esta mañana, y como mi señora, aun muerto como está le tiene miedo, no lo querría, por lo tanto os ruego que, como un gran servicio, tengáis la complacencia de ir hoy antes de medianoche y entrar en la tumba donde Scannadio está enterrado, poneros sus ropas y estar allí como si fuerais él hasta que vengan a buscaros, y sin decir ni hacer cosa alguna os dejaréis sacar de allí y llevar a su casa donde ella os recibirá y después estaréis con ella y podréis marcharos cuando queráis. Si él dice que lo hará, bueno; pero si dijera que no lo quiere hacer, le dices de mi parte que no se me presente jamás delante, y si estima en algo su vida se abstenga de volver a enviarme mensaje alguno. Y después irás a Rinuccio, y le dirás:

—Mi señora dice que está dispuesta a hacer enteramente vuestro gusto, si vos le prestáis un gran servicio; a saber, que hoy, a eso de medianoche, vayáis a la tumba donde esta mañana fue enterrado Scannadio y sin decir palabra alguna de cuanto veáis u oigáis lo saquéis cuidadosamente de allí y se lo llevéis a casa, y una vez allí, ya veréis para qué lo quiere, y ella accederá a vuestros deseos, que si no os gusta hacer esto no volváis a enviarle jamás ni mensajes ni mensajeros.

La criada fue a ver entrambos y les dijo a cada uno lo que se le había ordenado, contestándole ambos que no a una tumba, sino hasta al infierno irían, cuando a ella le pluguiera. Esta contestación le trajo la criada a su ama, quien aguardó a ver si harían esta locura. Llegada, pues, la noche y a la hora ordenada, Alejandro se quitó sus ropas saliendo de su casa para ir a ocupar en la tumba el puesto de Scannadio, y mientras andaba, acudióle un pensamiento muy pavoroso y empezó a decirse:

—¿Qué estúpido soy! ¿Adónde voy? ¿Qué sé yo si los parientes de ella, enterados tal vez de que la amo, creyendo lo que no hay, la hacen hacer esto para matarme en aquella tumba? Si esto acaeciera, yo me quedaría con el daño, sin que jamás se supiera cosa que a ellos les dañase; ¿y qué se yo si tal vez algún enemigo mío, a quien ella tal vez ama y quiere servir, me ha preparado este lazo?

Y luego añadió:

—Aun dejando que nada haya de eso y que sus parientes me deban llevar a su casa, debo creer que éstos no quieren el cadáver de Scannadio para tenerlo entre sus brazos, o ponerlo en brazos de ella; más bien es de creer que quieran hacer en él algún desaguisado, por haberles tal vez él en vida jugado alguna mala pasada. Ella dice que no haga caso de cualquiera cosa que me pase. ¿Y si éstos me sacaran los ojos o me arrancaran los dientes, o me cortaran las manos o me hicieran alguna otra mala partida, cómo quedaría yo, o cómo podría estarme quieto? Y si hablo, me conocerán y pueden hacerme daño, o si no me lo hacen, nada habré hecho, pues no me van a dejar con ella; y después ella dirá que he quebrantado su mandato y nunca hará mi gusto.

Y así diciendo, estaba por volver a casa; pero su grande amor le impedía adelante con argumentos opuestos y de tanta fuerza, que le condujeron a la tumba. Llegado allí, la abrió, penetró en ella y desnudando a Scannadio y vistiéndose él, cerró sobre sí la tumba y se puso en lugar de Scannadio, empezando a recapacitar sobre quién había sido éste y sobre las cosas que antes había oído decir acaecidas de no che, no solamente en las tumbas de los muertos, sino hasta en otros sitios, empezándole a ponérsele de punta todos los pelos y pareciéndole a cada momento que Scannadio se iba a incorporar y a estrangularle allí mismo. Mas ayudado por su ferviente amor, dominó éstos y otros no menos pavorosos pensamientos, permaneciendo como si estuviera muerto y esperando lo que le debía suceder.

Rinuccio, al acercarse la medianoche salió de su casa para hacer lo que su dama le había enviado a decir, y por el camino asaltáronle muchos y variados pensamientos sobre las cosas que le podían acontecer, ya el que pudiera caer en manos de la Señoría con el cadáver de Scannadio a cuestras y ser condenado a la hoguera por brujo, o ya atraerse el odio de sus parientes, si se llegaba a saber, y otros pensamientos por el estilo que casi le hicieron desdecirse. Mas luego, reanimándose, dijo:

—¡Cómo! ¿Le diré que no, a la primera cosa que me pille esa gentil dama, a quien tanto he amado y amé, mayormente, debiendo conquistarme sus favores? Aun cuando debiera hallar una muerte segura, yo he de hacer lo que le prometí.

Y siguiendo adelante llegó a la tumba y la abrió sin dificultad. Alejandro, al oírla abrir, estuvo quieto a pesar del gran miedo que tenía.

Rinuccio penetró en la tumba y creyendo que cogía el cuerpo de Scannadio, cogió a Alejandro por los pies y tiró de él hacia afuera y cargándolo a hombros, echó a andar hacia la vivienda de la gentil dama, y andando así sin parar mientes en él, hacíale chocar con frecuencia contra algún banco de los que había a los lados del camino, pues la noche era tan oscura y tenebrosa, que no podía distinguir por dónde iba. Y cuando Rinuccio llegó al pie de la puerta de la gentil dama, quien se hallaba a la ventana junto con su criada para ver si Rinuccio traía a Alejandro, preparada ya para despedirles a entrambos, acaeció que los esbirros de la Señoría, que estaban apostados en aquella calle esperando sigilosamente la ocasión de atrapar a un bandido, al oír el ruido que Rinuccio hacía con los pies, sacaron de impro-

viso una luz para ver quién andaba por allí y moviendo sus rodelas y sus lanzas gritó uno de ellos:

—¿Quién va?

Al reconocerles, Rinuccio, sin tiempo para entretenerse en pensarlo, soltó a Alejandro y echó a correr.

Alejandro se levantó a toda prisa y aun cuando las ropas del difunto que llevaba puestas le venían muy largas, echó a correr también.

La dama, que merced a la luz sacada por los de la ronda había visto perfectamente a Rinuccio con Alejandro a cuestras y se había dado cuenta igualmente de que Alejandro iba vestido con las ropas de Scannadio, admiróse en gran manera del atrevimiento de ambos, mas a pesar de todo su asombro, rió de veras al ver en el suelo a Alejandro y al verle huir después.

Y muy contenta de tal accidente y dando a Dios gracias por el embrollo de que la había sacado, metióse adentro y se fue a su habitación, convencidas, ella y la criada, de que indudablemente uno y otro la querían mucho, cuando, como se veía, habían hecho lo que ella les había exigido.

Rinuccio, afligido y renegando de su aventura, no se volvió por eso a casa, antes bien, en cuanto se hubo alejado la ronda, volvió al sitio donde había tirado a Alejandro y empezó a buscarlo a tientas para llevar a término su servicio; pero no encontrándolo, supuso que los de la ronda se lo habían llevado y se volvió contrariado a su casa.

Alejandro, no sabiendo qué hacer y sin haber conocido a quien se lo había llevado, se marchó también a su casa apesarado por semejante contrariedad.

A la mañana siguiente, como apareciese abierta la tumba de Scannadio y no se viera dentro el cadáver de éste por haberlo metido Alejandro en el fondo, largamente se habló de ello en todo Pistoya, presumiendo los estúpidos que se lo habían llevado los demonios.

Sin embargo, cada uno de los dos amantes le manifestaron a la dama lo que había hecho y lo que había sucedido: excusándose con esto de no haber cumplido plenamente su mandato y le pidieron su gracia y su amor. Mas ella, fingiendo no darles crédito, se los quitó de delante, contestándoles con sequedad que jamás quería hacer por ellos cosa alguna, ya que ellos no habían hecho lo que ella les pidiera.

Cuento segundo

La cofia de la abadesa

Una monja es sorprendida con un joven en su celda por la abadesa del convento, que no puede castigarla por haber unos calzones por medio.

Callaba ya Filomena y había sido elogiado por todos el talento con que Francisca se había quitado de delante a aquellos a quienes no quería

amar, considerando al mismo tiempo todos que la atrevida presunción de los pretendientes era más bien locura que amor, cuando la reina le dijo graciosamente a Elisa que continuara, apresuróse ésta a decir:

—Sabidamente supo la viuda, queridísimas damas, librarse de lo que la importunaba; pero una joven monja, con el auxilio de la fortuna, consiguió verse libre, hablando graciosamente, de un peligro que la amenazaba. Y como sabéis, son muchos los que, siendo extraordinariamente necios, se constituyen en maestros y censores de los demás. A éstos, como podréis comprender por mi historieta, les vitupera alguna vez mercedamente la fortuna y esto le acaeció a la abadesa, bajo cuya obediencia se hallaba la monja de que os debo hablar.

Debéis saber, pues, que existía en Lombardía un monasterio que tenía gran fama de santidad y de religión, entre cuyas religiosas había una joven de sangre noble y dotada de maravillosa belleza, llamada Isabel, la cual, habiendo un día ido a visitarla un pariente suyo, se enamoró de un guapo joven que iba con él. Y éste, al verla tan hermosa, habiendo comprendido por sus miradas su pasión, enamoróse igualmente de ella y no sin gran pesar para entrambos, sostuvieron sin fruto y por largo tiempo este amor. Al fin, como ambos tenían igual afán, vio el joven un camino por donde poder llegar muy ocultamente hasta su monja, y consintiendo ella, la visitó, no una sino muchas veces, con gran placer para entrambos. Pero como esto siguiera efectuándose, cierta noche acaeció que él fue visto por una religiosa despidiéndose de Isabel y alejándose sin que ni él ni ella lo notasen. La religiosa se lo comunicó a otras compañeras suyas y juntas pensaron en acusarla a la abadesa, que se llamaba la señora Usimbaldá, buena y santa mujer, según la opinión de las religiosas y de cuantos la conocían. Mas luego pensaron que para que Isabel no lo pudiera negar, lo mejor era hacer que la abadesa la sorprendiera con el joven. Y guardando silencio, repartiéronse entre sí el espionaje para atraparla.

A Isabel, que no recelaba de esto ni sabía cosa alguna, le acaeció que cierta noche hizo venir a su amante, cosa que supieron en seguida las que la acechaban. Éstas, cuando les pareció la hora oportuna, ya muy adelantada la noche, se dividieron en dos bandos, poniéndose unas a guardar la puerta de la celda de Isabel, mientras las otras iban corriendo a la de la abadesa, y llamando a su puerta le dijeron:

—Levantaos en seguida, madre, que hemos hallado que Isabel tiene un joven en su celda.

Aquella noche, la abadesa estaba acompañada por un cura que con frecuencia se hacía traer en una caja, y al oír esto, temiendo que las religiosas, en su precipitación, empujaran tanto la puerta que ésta se abriese, levantóse a toda prisa, vistióse a obscuras como mejor supo, y creyendo tomar ciertos velos plegados que llevan en la cabeza y les llaman el salterio, cogió los calzones del cura y tanta fue la prisa que, sin darse cuenta de ello, se los echó en la cabeza en lugar del salterio y salió de la celda, cerrando apresuradamente la puerta tras sí y diciendo.

—¿Dónde está esa miserable?

Y con las otras, que tan ávidas estaban de hacer coger in fraganti a Isabel, que no se dieron cuenta de lo que la abadesa llevaba en la cabeza, llegó a la puerta de la celda y ayudada por las demás, echó abajo la puerta y entrando en la celda, hallaron juntos a los dos amantes, quienes aturdidos ante tal sorpresa y no sabiendo qué hacer, no se movieron.

La joven fue cogida inmediatamente por las otras monjas y llevada a capítulo por orden de la abadesa.

El joven se había quedado en la celda, esperando ver el fin que tendría la cosa, con intención de jugarles una mala pasada a cuantas lograrse atrapar, si algo malo se le hacía a su amante y llevarse a ésta consigo.

La abadesa, sentada en la presidencia, en presencia de todas las monjas, que sólo para la culpable tenían ojos, empezó a dirigir a ésta las injurias mayores que jamás a mujer alguna se hayan dicho, como si hubiese contaminado la santidad, la honestidad y la buena fama del monasterio con sus excesos y con sus vituperables acciones, si llegaba a saberse fuera de allí; y a las injurias añadía gravísimas amenazas.

La joven, tímida y avergonzada, como culpable, no acertaba a responder; antes bien, callando, excitaba la compasión de las demás, y como la abadesa multiplicara sus denuestos, ocurriósele a la joven levantar la cabeza y vio lo que aquélla llevaba en la cabeza y los cordones que por uno y otro lado le colgaban.

Y dándose cuenta de lo que aquello era, animóse la joven y dijo:

—Por Dios, señora, anudaos la cofia, y luego decidme lo que queráis.

La abadesa, que no la entendía, exclamó:

—¿Qué cofia, mujer infame? ¿Ahora te atreves a venir con bromas? ¿Parécete haber hecho algo que merezca aplauso?

—Señora —repitió la joven—, os ruego que os anudéis la cofia, luego decidme lo que os acomode.

Esto dio lugar a que muchas de las monjas levantaran la cabeza y miraran la de su superiora y a que también ésta se llevara allí las manos, y se diera cuenta del porqué Isabel hablaba así. Al notar la abadesa su propia falta, comprendiendo que todas la veían y no había modo de ocultarla, cambió de lenguaje, se puso a hablar de manera muy distinta de la que hasta entonces empleara, diciendo, en conclusión, que era imposible sustraerse a los esímulos de la carne y que por lo tanto cada cual se aprovechara cuando pudiese, con el sigilo con que hasta entonces se había hecho.

Y dejando libre a la joven, volvióse cada cual a su celda a descansar, reuniéndose de nuevo Isabel con su amante, a quien hizo venir después muchas veces, a despecho de las que envidia le tenían. Y las que no tenían amante, procuraron satisfacer sus gustos como mejor supieron.

Cuento tercero

El varón preñado

Calandrino es acometido súbitamente de extraña enfermedad. Gracias a Bruno y Buffalmacco, sus fieles amigos, se ve él sano y salvo, y éstos ahitos y satisfechos.

Cuando Elisa hubo terminado su historia, la reina ordenó a Filostrato que continuara, y éste sin esperar nueva orden, se puso a decir:

—Bellísimas damas: el mal educado juez de la Marca, de quien os hablé ayer, me privó de contaros una historia de Calandrino que me proponía referir. Y como que lo que de él se cuenta no puede dejar de regocijar la fiesta, a pesar de que mucho se ha dicho de él y de sus compañeros, os contaré hoy lo que ayer me proponía contar.

Bien a las claras se ha visto quién fuera Calandrino y los otros de quienes debo hablar en este cuento; por lo tanto, sin más preámbulos, digo que acació que se murió una tia de Calandrino, dejándole doscientas libras: por lo cual Calandrino empezó a decir que quería comprar una hacienda; entablaba tratos que siempre se deshacían cuando se llegaba al precio de la finca pedida, con todos los agentes de Florencia, como si se tratara de gastar diez mil florines de oro.

Bruno y Buffalmacco, que esto sabían, habíanle dicho varias veces que mejor haría en divertirse en compañía de ellos que en pensar en comprar tierra; pero ni habían logrado esto, ni conseguido que una vez tan siquiera les invitase a comer. Lamentándose cierto día de ello y habiéndoseles reunido un compañero suyo llamado Nello, pintor, resolvieron los tres juntos hallar el modo de darse un buen atracón a costa de Calandrino: habiendo acordado sin demora entre sí lo que debían hacer, apostáronse a la mañana siguiente cerca de casa de Calandrino para verle salir, y apenas había andado éste algunos pasos, cuando le salió al encuentro Nello y le dijo:

—Buenos días, Calandrino.

Devolvióle Calandrino el saludo, y después Nello, deteniéndose un poco, púsose a mirarle a la cara. Calandrino le preguntó:

—¿Qué miras?

Y Nello le dijo:

—¿Te ha pasado algo esta noche? Estás desconocido.

Asustóse Calandrino y exclamó:

—¡Cómo! ¿Te parece que tengo algo?

—¡Oh! no lo digo por esto —contestó Nello—; pero me pareces enteramente cambiado, aunque tal vez no será nada.

Y le dejó. Calandrino siguió adelante, todo preocupado a pesar de que nada sentía. Pero Buffalmacco, que estaba a corta distancia, cuando vio que se había separado de Nello, le salió al paso y, saludándole, le preguntó si se sentía indispuerto. Calandrino contestó:

—No sé, ahora mismo Nello me decía que me hallaba totalmente cambiado; ¿podría ser que tuviese algo?

—Sí —contestó Buffalmacco—, ¡no te digo nada! Si pareces medio muerto.

A Calandrino le parecía tener ya calentura. En esto comparece Bruno y lo primero que le pregunta es:

—¿Qué cara es ésa, Calandrino? Pareces un desenterrado, ¿qué te pasa?

Al oír Calandrino que todos le decían lo mismo, ya no le cupo duda de que estaba malo, y les preguntó asustado qué debía hacer.

—A mí —contestóle Bruno—, me parece que deberías volverte a casa, meterte en la cama, hacerte abrigar bien y enviar tu orina al doctor Simón, que, como tú sabes, es íntimo amigo nuestro: él te dirá en seguida lo que tienes que hacer.

Y reuniéndoseles Nello, volviéronse con Calandrino a casa de éste, que entró azorado en su habitación y le dijo a su mujer:

—Ven a abrigarme bien, porque me siento muy malo.

Cuando se hubo acostado envió sus orines al doctor Simón, que a la sazón se hallaba en una tienda del Mercado Viejo haciendo ostentación de su talento.

—Vosotros —les dijo Bruno a sus compañeros—, os quedáis aquí con él, mientras yo voy a saber lo que dice el médico, y lo traeré aquí si es menester.

—¡Ay sí, compañero mío! —exclamó Calandrino anda y vuelve a decirme lo que hay, pues siento no sé qué aquí dentro.

Bruno se fue adonde estaba el doctor Simón, llegando antes que la muchacha, y pudo enterarle de lo que había. Por lo cual, cuando hubo llegado la muchacha y hubo examinado el médico los orines, díjole a ésta:

—Anda y dile a Calandrino, que conserve bien el calor, que yo iré en seguida a verle, le diré lo que tiene y lo que debe hacer.

Así le dijo la criada; poco después llegaron Bruno y el doctor, y, sentándose éste al lado del enfermo, le tomó el pulso, y al cabo de un rato, hallándose presente su mujer, dijo:

—Mira, Calandrino, hablándote como amigo, te diré que todo tu mal se reduce a que estás encinta.

Al oír esto Calandrino, púsose a gritar dolorosamente y darle las culpas a su mujer, la cual, como era una persona muy honesta, al oír los términos en que su marido se expresaba, se ruborizó avergonzada, y bajando la cabeza, salió de la habitación sin decir palabra, prorrumpiendo entonces él en nuevas exclamaciones de cólera y de dolor, diciendo tales bestialidades, que sus tres compañeros tenían que hacer grandes esfuerzos para contener la risa. El doctor reía de tal suerte que se le habrían podido arrancar todos los dientes.

Mas, al fin, Calandrino le rogó al médico que le diera consejo y auxilio, y éste le dijo:

—No te asustes por eso, Calandrino, porque afortunadamente nos hemos dado cuenta tan pronto del caso, que te libraré con poco trabajo y en pocos días, pero hay que gastar algo.

—¡Oh, mi querido doctor! —exclamó Calandrino—, ¡lo que convenga! Aquí tengo doscientas libras que destinaba a la compra de una hacienda: tomadlas todas si hacen falta, con tal que no tenga que llegar a aquel extremo, pues no sé cómo me las arreglaría, y antes creo que me moriría que no lo consiguiera.

Dijo entonces el médico:

—No pienses en esto, yo te haré una bebida destilada muy buena y agradable al paladar, que en tres mañanas lo resolverá todo y quedarás más sano que un pez; pero después has de ser prudente, y no has de volver a caer en estas tonterías. Ahora, para esa agua necesitamos tres pares de capones buenos y gordos, y para otras cosas que se requieren, entregarás tres libras a uno de éstos para que las compre, y me lo mandará todo a la botica, y yo mañana te mandaré un brebaje destilado y empezará a beber de él cada vez un vaso bien grande.

Al oír esto, Calandrino dijo:

—Esto, señor doctor, es cosa vuestra.

Y entregando a Bruno cinco libras y dinero para los pares de capones, le rogó que se tomase la molestia de hacerle este favor. El médico, en cuanto hubo marchado, le mandó hacer una bebida emoliente y se la envió.

Bruno compró los capones y otras cosas necesarias para su intento, y se los comió en compañía del médico y de sus dos amigos.

Calandrino, tomó tres mañanas consecutivas la ratafía, el médico le fue a visitar junto con sus compañeros y después de tomarle el pulso, dijo:

—Calandrino, estás completamente curado, y ya puedes dedicarte de nuevo a tus ocupaciones, y salir de casa cuanto quieras.

Contento se levantó Calandrino y se fue a su tarea, elogiando mucho siempre que le venía a mano hablar de esto con alguien, la magnífica cura que en él había operado el doctor Simón, habiéndole quitado sin pena alguna su preñez. Y Bruno, Buffalmacco y Nello, quedaron contentos de haber ingeniosamente sabido burlar la avaricia de Calandrino, a pesar de que la señora Tessa, que adivinó la partida, regañó mucho con este motivo a su marido.

Cuento cuarto

El criado jugador

Fortarrigo juega a Angiulieri tan mala pasada, que éste se ve obligado a quedarse en camisa en medio de un camino.

Con grandes carcajadas de todos los contertulios habían sido oídas las lamentaciones de Calandrino con respecto a su mujer; mas en cuanto calló Filostrato, tomó la palabra Neifile a indicación de la reina, y dijo:

—Gracias a las damas: si no les fuera a los hombres más difícil mostrar a los demás su sensatez y su virtud de lo que lo es la estupidez o el vicio, en

vano se cansarían muchos en poner freno a sus palabras. Y esto os ha to bastante de manifiesto la estulticia de Calandrino, quien para nada necesitaba, al querer sanar del mal en que su simplicidad le hacía creer, el poner y hacer públicos los recreos secretos de su mujer. Lo cual me ha traído a la memoria un hecho opuesto al anterior, ya que la malicia de uno superaba la sensatez de otro, con grave daño y afrenta del superado, que es lo que me place referiros.

Había pocos años atrás, en Siena, dos hombres de edad ya madura, llamados ambos Cecco, si bien el uno descendía de los Angiulieri y el otro de los Fortarrigo; los cuales, si bien de costumbres muy diferentes, tan acordes estaban en un punto, esto es, en el de odiar a sus padres, que habían llegado a hacerse muy amigos. Mas pareciéndole al Angiulieri, que era guapo y fino, que no podía vivir bien en Siena con lo que su padre le pasaba, enterado de que había llegado a la Marca de Ancona como legado del Papa, un cardenal con quien estaba muy bien relacionado, resolvió ir a reunírsele, creyendo que mejoraría de condición. Y habiéndoselo dicho a su padre, convino con él que le entregaría de una vez lo que en seis meses le debía entregar, a fin de que pudiera vestirse y proporcionarse cabalgadura y presentarse debidamente. Y buscando alguien a quien poder llevar a su servicio, llegó esto a noticias del Fortarrigo, quien se presentó inmediatamente al Angiulieri y le rogó, de la mejor manera que supo, que le llevara consigo, pues estaba dispuesto a ser criado, servidor o lo que fuera, sin más salario que los gastos.

El Angiulieri le respondió que no se lo quería llevar no porque no le conociera perfectamente apto para cualquier servicio, sino porque jugaba, y además se emborrachaba alguna vez.

Ofreció el Fortarrigo que de una cosa y otra se abstendría positivamente y se lo afirmó con sendos juramentos, añadiendo tantas súplicas, que, dominado al fin el Angiulieri, dijo que consentía. Y habiéndose puesto en camino cierta mañana, fueron a Buonconvento.

Después que hubieron comido, el Angiulieri, como hiciese mucho calor, hízose preparar una cama en la posada y, desnudándose, se fue a dormir ayudado por el Fortarrigo, diciéndole que a eso de las tres le llamara.

Mientras el Angiulieri dormía, el Fortarrigo bajó a la taberna, y después de haber bebido algo, púsose a jugar con algunos, que en poco rato le ganaron el poco dinero que tenía y además toda la ropa que llevaba puesta: deseoso él de rehacerse, se fue, en camisa como estaba, donde dormía el Angiulieri, y viendo que dormía profundamente, sacóle de la bolsa todo el dinero que tenía, y volviendo a jugar, lo perdió como había perdido lo demás. El Angiulieri, habiéndose despertado, se levantó, se vistió y preguntó por el Fortarrigo, y como no se le encontrara, presumió el Angiulieri que estaría durmiendo borracho en algún sitio, como otras veces había acostumbrado hacer.

Por lo cual, resolvió dejarlo y haciendo ensillar su caballo y ponerle encima su maleta, pensando proveerse de otro criado en Corsignano, al querer pagar al posadero para marcharse, se encontró sin dinero: armó gran vocerío poniendo a todos los de la posada en alarma, diciendo que allí dentro

le habían robado, y amenazando con hacerlos ir a todos presos a Siena; y en esto llegó el Fortarrigo, que venía a llevarse las ropas como con el dinero había hecho.

Y al ver al Angiulieri preparado para montar a caballo, dijo:

—¿Cómo es eso, Angiulieri? ¿Tenemos que marchar ya? Aguarda un poco: dentro de poco ha de venir aquí uno que ha empeñado mis ropas por treinta y ocho sueldos: seguro estoy de que nos las devolverá en treinta y cinco pagándole en el acto.

Y mientras estaba hablando llegó un individuo que aseguró al Angiulieri que el Fortarrigo era quien le había quitado su dinero, indicándole a cuánto ascendía lo que éste había perdido. Por lo cual el Angiulieri, sumamente irritado, llenó de insultos al Fortarrigo y a punto estuvo de pasar a vías de hecho: y amenazándole con hacerle ahorcar o desterrar de Siena bajo pena de muerte, montó a caballo.

El Fortarrigo, como si el Angiulieri no le dirigiera a él sino a otra persona aquellos insultos, exclamaba:

—Dejemos en buena hora, Angiulieri, estas bagatelas; pensemos en esto: las recobramos por treinta y cinco sueldos recogiendo ahora inismo, mientras que, si lo aplazamos para mañana, no querrá menos de los treinta y ocho que me prestó, y hazme este favor, porque yo los aposté al juego, siguiendo su consejo. ¿Por qué no hemos de beneficiarnos de estos tres sueldos?

Desesperábase el Angiulieri al oírle hablar así, y mayormente al ver que le miraban todos los que en torno suyo estaban, pareciéndole que creían, no que el Fortarrigo se hubiese jugado el dinero del Angiulieri, sino que éste tenía aún dinero de él, y le decía:

—¿Qué me importan tus ropas? Así te ahorquen, ya que no solamente me has robado y te has jugado lo mío, sino que por añadidura me has impedido el viaje, y aun te burlas de mí.

El Fortarrigo permanecía impávido, como si nada se le dijera a él y añadía:

—Pero, ¿por qué no me quieres dejar ganar estos tres sueldos? ¿Crees tú que no te los puedo volver a prestar? Hazlo, hombre, si te interesas por mí; ¿por qué llevas esta prisa? Ya llegaremos temprano a Torrenieri. Anda, saca la bolsa, ya sabes que aunque buscara por toda Siena, no hallaría otro traje que me sentara tan bien; ¡y decir que se lo he dejado a ése por treinta y ocho sueldos! Vale todavía cuarenta o más, de modo que me perjudicaría de dos maneras.

El Angiulieri, presa de vivísimo dolor, viéndose robar por él y salirle ahora con discursos, hizo volver la cabeza al caballo, sin volverle a contestar, y emprendió el camino a Torrenieri. El Fortarrigo, que tenía formado su plan, echó a trotar en camisa detrás de él, y habiendo ya andado más de dos millas, siempre hablando el Fortarrigo de sus ropas, espoleando el Angiulieri su caballo a fin de librarse de aquel importuno, cuando viendo el Fortarrigo a unos labradores en un campo inmediato al camino, delante del Angiulieri, se puso a decir a grandes voces:

—¡Cogedle! ¡Cogedle!

Todos corren presurosos, quién con una azada, quién con un pico, y cortan el paso a Angiulieri, imaginándose que había robado al que en camisa y gritando le seguía. En vano fue que el jinete les contara todo lo sucedido. Mas llegando en esto el Fortarrigo dijo con ceñudo rostro:

—No sé cómo no te mato, ladrón, desleal, que te escapabas con lo mío.

Y volviéndose a los aldeanos, añadió:

—Mirad en qué traje me había dejado en la posada; después de haber jugado todo lo suyo, bien puedo daros gracias a Dios y a vosotros, porque logro recobrar esto y os quedará reconocido toda la vida.

Decía lo contrario el Angiulieri, mas no eran escuchadas sus palabras. El Fortarrigo, ayudado por los aldeanos, le desmontó de su caballo y desnudándole, vistióse con su ropa y montó a caballo, dejando al Angiulieri en camisa y descalzo y se volvió a Siena; diciendo en todas partes que le había ganado al Angiulieri el caballo y los vestidos. El Angiulieri, que se figuraba ir rico a reunirse con el cardenal en la Marca, regresó pobre y en camisa a Buonconvento, sin atreverse por entonces a volver a Siena, pero habiéndosele prestado ropas y montado en el rocín en que cabalgaba Fortarrigo, se fue a Corsignano, a casa de unos parientes suyos, con quienes permaneció hasta que su padre le volvió a proveer.

Y ved ahí cómo la malicia del Fortarrigo perjudicó el buen criterio del Angiulieri, aun cuando no quedó impune en su día tan villana acción.

Cuento quinto

El enamorado burlado

Calandrino se enamora de una joven; Bruno le hace un papel con el cual, cuando él la toca, ella va con él; encuéntralo su mujer, y tiene con él gravísimas cuestiones.

Terminado el breve cuento de Neifile, sin que hiciera reír ni hablar gran cosa a los contertulios, la reina volviéndose a Fiammetta, le ordenó que tomara la palabra, y ésta, obedeciendo gustosa, dijo así:

—Gentilísimas damas: como me figuro sabéis que de nada se habla tanto que siempre más nos agrada, cuando quien de ello hablar quiere, sabe elegir debidamente el tiempo y el lugar que aquello requiere. Y por esto, si me fijo en lo para que aquí nos hallamos, puesto que nos hallamos aquí para divertirnos y darnos buena vida, y no por otra cosa, opino que tiene aquí su debido lugar y tiempo todo lo que pueda proporcionar placer y distracción; no se debe hablar aquí de otra cosa que de lo que nos deleita, aun cuando cien veces de ello hayamos hablado ya. Por esto, aun cuando varias veces nos hayamos ocupado de las aventuras de Calandrino, atendiendo, co-

mo poco antes dijo Filostrato, a que éstas son todas divertidas, me atreveré, a pesar de lo que ya se lleva dicho, a contaros otra nueva, que, si yo hubiera querido o quisiera apartarme de la verdad del hecho, habría sabido y habría perfectamente arreglarla y contarla, aplicándole nombres distintos; pero como apartarse de la verdad de las cosas pasadas, al contarlas, es disminuir en gran manera el deleite de los oyentes, os la referiré en su propia forma, apoyándome en la razón antes expuesta.

Nicolás Cornacchini fue conciudadano nuestro y hombre muy rico, y entre sus otras posesiones, tuvo una muy bonita en Camerata, en la cual mandó hacer una magnífica y preciosa quinta; convino con Bruno y Buffalmacco que éstos se la pintaran toda; y ellos, como el trabajo era mucho, llevaron consigo a Nello y a Calandrino, y se pusieron a trabajar. Aun cuando había alguna habitación provista de cama y de las demás cosas oportunas y habitaba allí una criada vieja, encargada de guardar la casa, como no había otra servidumbre, un hijo de dicho Nicolás, que se llamaba Felipe y era joven y soltero, solía llevar allí de vez en cuando, para su recreo, alguna mujer, teniendo un día o dos y despidiéndola después.

Ahora bien: una de estas veces acaeció que llevó una que se llamaba Nicolasa, la cual prestaba temporalmente un miserable, a quien llamaban el Mangione (comilón) que la tenía a sus expensas en una casa de Camáldoli. Tenía ésta buena figura, vestía bien y, atendiendo a su condición, era bastante educada y bien hablada. Como cierto mediodía saliera ella de su habitación en basquiña blanca y suelta la cabellera y fuera a lavarse las manos y la cara en un estanque que había en el patio de la quinta, acaeció que Calandrino fue allí por agua, saludándola con familiaridad. Ella le contestó; se puso a mirarle, más porque Calandrino le parecía un hombre nuevo que porque le gustara. Púsose a mirarla Calandrino. Pareciéndole bonita, empezó a hallar pretextos de hablar con ella, y no iba a traerles el agua a sus compañeros; pero como no la conocía, nada se atrevía a decirle.

Ella, que había notado sus miradas, mirábase alguna vez para cazarlo, lanzando algún suspiro, por lo cual, Calandrino se enamoró súbitamente de ella, y no se marchó del patio hasta que Felipe la llamó a ella desde el cuarto. Calandrino, vuelto a su trabajo, no hacía otra cosa que soplar, y como de ello se diera cuenta Bruno, que nunca dejaba de observar lo que hacía, porque se divertía mucho con él, dijo:

—¿Qué diablos te pasa, amigo Calandrino, que no haces más que soplar?

Calandrino le contestó:

—Amigo, si tuviera quien me ayudase, estaría a las mil maravillas.

—¡Cómo! —exclamó Bruno.

—No se lo digas a nadie —repuso Calandrino—: allí abajo hay una joven, más bonita que una ninfa, que está locamente enamorada de mí: lo he notado ahora mismo cuando he ido por el agua.

—¡Eh! —observó Bruno—; cuidado que no sea la mujer de Felipe.

—Así lo creo —afirmó Calandrino—, pues él la ha llamado y ella se le ha ido a reunir en el cuarto; pero, ¿eso qué le hace? En estas materias me

gusta pegársela, no digo a Felipe, sino al más pintado. La verdad, amigo, me gusta lo indecible.

—Yo me enteraré de quién es ella —dijo entonces Bruno—; y si es la mujer de Felipe, yo arreglaré tu asunto en dos palabras, pues tengo mucha franqueza con ella. Pero, ¿cómo lo haremos para que Buffalmacco no lo sepa? Nunca puedo hablar con ella, que no esté él conmigo.

—Buffalmacco me tiene sin cuidado —dijo Calandrino—, de quien hemos de guardarnos es de Nello, porque es pariente de mi mujer y lo echaría a perder todo.

—Está bien —contestó Bruno.

Éste sabía quién era ella, como que la había visto llegar, y además, Felipe se lo había dicho. De consiguiente, como Calandrino hubiese dejado unos instantes el trabajo y hubiese salido para verla, Bruno se lo contó todo a sus compañeros y reservadamente acordaron los tres lo que tenían que hacer con aquel amor. Y cuando el otro volvió, le preguntó Bruno en voz baja si la había visto, y Calandrino respondió:

—¡Oh, sí! Me ha enloquecido.

—Voy a ver si es la que me figuro —repuso Bruno—; y si lo es, déjame hacer.

Fuése, pues, Bruno abajo y reuniéndose a Felipe y a Nicolasa, les dijo quién era Calandrino, y lo que le había dicho, y se puso con ellos de acuerdo para lo que cada cual debía hacer y decir, a fin de divertirse con el amor de Calandrino. Y volviéndose a reunir con éste, le dijo:

—Ella es, en efecto: y de consiguiente hay que proceder con mucho tacto, porque si Felipe lo advirtiera, toda el agua del Arno sería poca para lavarnos. Pero, ¿qué quieres que le diga de tu parte si llego a hablarla?

—¡Toma! —respondió Calandrino—, desde luego le dices que la quiero con todos mis cinco sentidos; después, que estoy a su servicio para lo que ella quiera: ¿me has entendido bien?

—Sí —dijo Bruno—, déjame hacer.

Llegada la hora de la cena, dejaron todos el trabajo y bajaron al patio, donde se hallaban Felipe y Nicolasa, y empezaron a ocuparse allí de Calandrino. Éste empezó a mirar a Nicolasa y hacer tales cosas y tantas, que un ciego se habría percatado de ellas. Por su parte, la joven hacía cuanto podía para que creyese él que le deseaba, y siguiendo las instrucciones de Bruno, divertíase de lo lindo con él, mientras Felipe y los demás pintores hacían como que hablaban y no se daban cuenta de lo que pasaba. Al cabo de un rato se marcharon con gran contrariedad de Calandrino y, mientras iban camino de Florencia, díjole Bruno a éste:

—En verdad que la estás haciendo derretir como hielo al sol: si tú tomas tu rabel y le cantas algunas de tus canciones de amor, la harás que se tire de la ventana abajo para venir a ti.

—¿Créeslo tú, amigo? —preguntó Calandrino—; ¿te parece que lo traiga? Bruno le dijo que sí, y Calandrino añadió:

—Tú no me has querido oír cuando te lo decía; y por cierto, amigo mío, que estoy viendo que lo sé hacer mejor que otro cualquiera; ¿quién ha-

bría sabido enamorar tan pronto, mejor que yo, a una mujer como ésa? Ahora quiero que me veas en el rabel; ya verás cómo lo manejo: fíjate en que no soy tan viejo como te parezco, y ella ya lo ha notado, y más lo ha de notar, si le pongo la mano encima, porque entonces le haré tal juego, que se vendrá detrás de mí como una loca.

—¡Oh! —exclamó Bruno—, tú le echarás el anzuelo; ya me parece verte cómo con esos dientes como clavijas le muerdes aquella boca bermejiza y aquellas mejillas que parecen dos rosas, y cómo luego la robas y te la llevas.

A Calandrino le parecía hallarse ya en el juego, al oír estas palabras, e iba cantando y saltando tan contento, que no cabía en su pellejo. Al día siguiente, trajo el rabel y con gran satisfacción de todos cantó varias canciones acompañándose con él, y tanta agitación le produjo en breve la vista de Nicolasa, que en vez de trabajar, se pasaba el día ya asomado a la ventana, ya junto a la puerta, o corría al patio para verla: ella, siguiendo las instrucciones que Bruno le daba, astutamente encontraba ocasiones de que la viera. Por su parte Bruno le respondía a sus recados y a veces lo hacía en nombre de ella: y cuando ella no estaba, que era la mayor parte del tiempo, le daba cartas suyas, en las cuales hacía le concebir grandes esperanzas, fingiendo que se hallaba en casa de sus padres, adonde él no podía ir a verla. Y de esta suerte llevaban Bruno y Buffalmacco que corrían con el negocio, el asunto de Calandrino, divirtiéndose mucho con él, haciéndose a veces dar, como pedido por la joven, ya un peine de marfil, ya una bolsa, o unas tijeras, y otras cosas por el estilo, entregándole en cambio algunas sortijas de oro falso, de ningún valor, que llenaban de satisfacción a Calandrino y les producía a ellos buenas meriendas y otros obsequios por el estilo para que atendieran con solicitud a sus asuntos.

Después de haberle hecho pasar más de dos meses así, sin haber hecho nada, como Calandrino viera que iba, concluyéndose el trabajo, y comprendiera que si no llevaba a buen término sus deseos antes de que el trabajo terminara, ya no lo podría realizar jamás, púsose a apremiar y a instar mucho a Bruno. Por lo cual habiendo venido allí la joven, Bruno, después de hablar con Felipe y con ella sobre lo que se tenía que hacer, le dijo a Calandrino.

—Oye, amigo, esa mujer me ha prometido más de mil veces hacer lo que tú quisieras, y luego nada hace, me parece que se está burlando de ti; de consiguiente, ya que ella no cumple lo que promete, nosotros se lo haremos cumplir, que quiera o que no quiera, si quieres tú.

—¡Vaya si lo quiero! —exclamó Calandrino—; y cuanto más pronto mejor.

—¿Tendrás valor —preguntó el primero—, para tocarla con un papel que te daré?

Respondió Calandrino que lo tendría, y Bruno entonces añadió:

—Pues mira, procura darme un poco de pergamino virgen, un murciélago vivo, tres granos de incienso y un cirio bendito; lo demás déjalo de mi cuenta.

Calandrino estuvo toda la velada de aquel día valiéndose de todas sus artes para coger un murciélago, y cuando al fin logró atraparlo, se lo llevó

a Bruno con todo lo demás. Éste se retiró a una habitación, escribió en el pergamino ciertas frases mezcladas de algunos signos cabalísticos, y luego se lo entregó, diciéndole:

—Ten entendido, Calandrino, que, si la tocas con este escrito, se marchará inmediatamente detrás de ti, y hará lo que tú quieras. De consiguiente, si Felipe va hoy a algún sitio, acércate tú a ella, y tócala, y ve a la troje, que está ahí al lado, que es el sitio mejor porque nadie suele ir jamás allá: ya verás cómo ella te sigue; y cuando esté allí, ya sabes tú lo que tienes que hacer.

Calandrino tomó el pergamino con indecible alegría, y dijo:

—Déjala de mi cuenta.

Nello, de quien Calandrino se recataba, se divertía tanto con esto como los demás y de acuerdo con ellos burlábase de él: y por lo tanto, cuando siguiendo las órdenes de Bruno, se fue a Florencia, a casa de la mujer de Calandrino, le dijo:

—Tessa, ya recuerdas la paliza que Calandrino te dio sin ton ni son el día que llegó a casa con las piedras del Mugnone, y por lo tanto, quiero que te vengues y si no lo haces, no me tengas más ni por pariente ni por amigo. Allá arriba se ha enamorado de una mujer, y ella es tan miserable que se entiende con él muy a menudo, y por eso quiero que tú vengas allá y lo veas y les castigues como se merecen.

Cuando oyó esto la mujer, lo tomó en serio y se puso a exclamar:

—¡Oh, ladrón público! ¿Hacerme esto a mí? Descuida, que no la vas a llevar al molino.

Y tomando su abrigo y haciéndose acompañar por una criada, se fue inmediatamente arriba con Nello. Bruno, al verla venir desde lejos, le dijo a Felipe:

—Ahí viene nuestro amigo.

Felipe, yendo donde Calandrino y los demás estaban trabajando, les dijo.

—Maestro, me conviene ir a Florencia ahora mismo; trabajad de firme!

Y marchándose, se fue a esconder en un paraje, desde donde podía ver sin ser visto, lo que haría Calandrino.

Éste, en cuanto presumió que Felipe se habría alejado algo, bajó al patio, donde halló sola a Nicolasa y entabló conversación con ella. La joven, que sabía perfectamente lo que tenía que hacer, se le acercó, mostrándole alguna mayor familiaridad de la que solía. Calandrino la tocó con el papel y en cuanto la hubo tocado, echó a andar sin decir palabra hacia la troje, siguiéndole Nicolasa detrás, y cuando estuvo dentro, cerró la puerta, abrazó a Calandrino, le arrojó al suelo encima de la paja que allí había, y cabalgando sobre él y apoyándole las manos en los hombros, sin dejar que se le acercara a la cara, mirábele como anhelante, diciendo:

—¡Oh, tierno Calandrino mío, alma mía, bien mío; cuánto tiempo he deseado poseerte y poderte estrechar contra mi pecho! Con tus galanterías me has sacado de mis casillas; tú me has encadenado el corazón con tu rabel: ¿es posible que te tenga aquí?

Calandrino, que apenas se podía menear, exclamaba:

—¡Ay, dulce alma mía! Deja que te abrace.

—Qué prisa llevas —objetaba Nicolasa—; déjame antes verte en mis brazos; déjame saciar los ojos en la contemplación de este delicioso rostro tuyo.

Bruno y Buffalmacco habían ido a reunirse con Felipe y los tres juntos lo veían y oían todo.

Cuando Calandrino estaba ya a punto de abrazar a Nicolasa, compadecieron Nello y Tessa, y esta última, en cuanto llegó dijo:

—Apuesto a que están juntos.

Y en cuanto hubieron llegado a la puerta de la troje, ella, que estaba rabiosa, le dio un empujón a su pariente y entró, viendo a Nicolasa encima de Calandrino. Esta, al ver a la mujer, se levantó rápida, huyó y fue a reunirse con Felipe. Tessa se lanzó sobre Calandrino que aún no se había levantado; le arañó todo el rostro con las uñas y cogiéndole por los cabellos, empezó a tirar de él de un lado a otro, dirigiéndole a gritos una larga serie de improperios e insultos.

Calandrino, al ver llegar a su mujer, quedó más muerto que vivo, sin atreverse a oponerle resistencia, antes por el contrario, después de haberse dejado arañar y traquetear, púsose en pie y empezó a rogar humildemente a su mujer que no gritara, si no quería que le cortaran a pedazos, pues, quien con él estaba, era la mujer del dueño de la casa.

Accedió Tessa, no sin echarle maldiciones a Nicolasa. Bruno y Buffalmacco que con Felipe y Nicolasa habían reído de lo lindo con esta escena, acudieron allá como atraídos por el vocerío y después de haber logrado apaciguar a Tessa, aconsejaron a Calandrino que se marchase a Florencia y no volviese más, para que Felipe, si llegaba a saber algo de eso, no le diera qué sentir. Triste y cariacontecido, pelado y arañado volvióse Calandrino a Florencia sin atreverse a volver a la quinta, molestando y agobiado día y noche por los reproches de su mujer, y renunció a su amor después de haber dado mucho que reír a sus compañeros, a Nicolasa y a Felipe.

Cuento sexto

La cuna

Pinuccio, que pretende acostarse con una joven, lo logra, en el mismo aposento de los padres, sin que por su atrevimiento ocurra mayor percance.

También esta vez rieron mucho los contertulios a costa de Calandrino, y cuando al fin callaron las damas, la reina le ordenó a Pánfilo que hablara, y éste lo hizo así:

—Laudables damas: el nombre de Nicolasa, amada de Calandrino, me ha traído a la memoria un cuento de otra Nicolasa, que quiero contaros, porque en ella veréis la manera acertada con que una buena mujer evita un gran escándalo.

En el llano de Mugnone hubo tiempo atrás un buen hombre que daba de comer y beber, por dinero, a los viandantes, y como era pobre y tenía pequeña la casa, sólo en casos muy apurados admitía a dormir a alguna persona conocida. Tenía este hombre por esposa a una mujer bastante bonita de la cual tenía dos hijos; de éstos, el uno era una jovencita linda y agraciada, de unos quince o dieciséis años de edad, soltera todavía, y el otro era un pequeño que no llegaba todavía a un año y que su madre amamantaba. A la joven había puesto los ojos encima, un jovencito agraciado, afable y de buena familia de nuestra ciudad, que frecuentaba mucho el país y la amaba apasionadamente, y ella, que estaba muy orgullosa de verse amada por un joven como aquél, esforzabase en retenerle en su amor, poniéndole buen semblante y acabó por enamorarse de él y no pocas veces habrían dado rienda suelta de buen grado uno y otra a su pasión, si Pinuccio (que así se llamaba el joven), no hubiera temido tanto por su honra y la de su amada. Sin embargo, como de día en día se acentuara el ardor, viniéronle ganas a Pinuccio de encontrarse con ella y se le ocurrió la idea de hallar medio de ir a hospedarse en casa del padre, suponiendo, pues como conocía la disposición de la casa de la joven, que si lo hacía así, podría estar con ella sin que nadie lo advirtiera, y tal como lo pensó lo puso sin demora en ejecución. A este fin, él, en unión de un fiel compañero suyo, llamado Adrián, que estaba enterado de su amor, tomaron, a la caída de la tarde, dos caballos de alquiler y poniéndoles encima dos maletas llenas tal vez de paja, salieron de Florencia, y dando un rodeo, llegaron cabalgando al llano de Mugnone, cuando ya era de noche, y una vez allí, volviéronse atrás como si viniesen de Romagna; se dirigieron hacia el poblado y llamaron a la puerta del buen hombre; éste, como les conocía perfectamente a entrambos, se apresuró a abrir la puerta.

—Mira —le dijo Pinuccio—, tienes que darnos hospedaje esta noche; creíamos poder entrar esta noche en Florencia y no hemos sabido ir bastante de prisa, de modo que hemos llegado aquí a la hora que ves.

—Ya sabes tú, Pinuccio —le contestó el posadero—, la situación en que me hallo para poder hospedar hombres de vuestra clase; sin embargo, ya que os ha cogido aquí esta hora y no es ocasión de poder ir a otra parte, os hospedaré gustoso y lo mejor que pueda.

Desmontaron, pues, los dos jóvenes, y entrando en la posada, acomodaron primeramente sus rocines y después, como llevaban consigo buenas provisiones de boca, cenaron junto con el posadero.

Éste no tenía más que una habitación bastante reducida, donde había instalado de la mejor manera posible, tres pequeñas camas, sin que hubiese quedado gran espacio libre, pues dos de ellas estaban pegadas a una de las paredes de la habitación y la tercera frente a aquéllas, de modo que sólo con gran dificultad se podía andar por allí.

De estas tres camas mandó arreglar la menos miserable para los dos jóvenes y les hizo acostar; algún rato después, cuando los dos jóvenes, que no dormían, fingieron dormir, el posadero hizo acostar a su hija en una de las dos camas que habían quedado, y en la tercera se acostó él con su mujer; ésta puso la cuna, donde dormía su hijito, al lado de la cama donde dormía ella.

Una vez así dispuestas las cosas, Pinuccio, que lo había visto, dejó transcurrir algún tiempo. Cuando le pareció que dormían todos, se levantó sigilosamente y pasó a la cama donde estaba acostada su amada y se le puso al lado; ésta le acogió de buen grado, aunque con mucho miedo, permaneciendo juntos largo rato. Mientras estaban juntos los dos, acaeció que una gata hizo caer algo y despertándose la mujer, lo oyó; temiendo que no fuera otra cosa, saltó a oscuras de la cama y se fue adonde oyera el ruido.

Adrián, que no se había fijado en esto, sintió alguna necesidad natural y se levantó; pero al querer ir a satisfacerla, se encontró con la cuna puesta allí por la posadera, y como no podía pasar sin apartarla, la sacó del sitio donde estaba y la puso al lado de la cama donde dormía él; una vez satisfecha su necesidad, volvió a acostarse sin pensar más en la cuna.

La mujer, después que hubo buscado y encontrado que lo que había caído no era lo que ella se temía, ya no se cuidó de encender la luz para verlo, sino que después de haber ahuyentado a la gata, se volvió a la habitación y a tientas se encaminó directamente a la cama donde dormía su marido. Pero como no encontrase allí la cuna, dijo para sus adentros:

—¡Ay, pobre de mí, mira lo que iba a hacer! Me encaminaba directamente a la cama de mis huéspedes. Y adelantándose un poco y hallando la cuna, se acostó en la cama que había al lado de ella, con Adrián, creyendo que se acostaba con su marido. Adrián, que no se había dormido aún al notar esto la acogió de muy buen grado. Entretanto, Pinuccio, temeroso de que le sorprendiera el sueño al lado de su amada, separóse de ella para ir a dormir a su cama, y encaminándose a ella, como tropezase con la cuna, supuso que aquella era la del posadero; por lo cual, acercándose un poco más, se acostó al lado de éste, que despertó al sentirle entrar.

Pinuccio, creyendo que a quien tenía al lado era Adrián, empezó a hablarle de Nicolasa y a contarle cuanto entre ella y él había pasado. El posadero, al oír estas explicaciones, que no eran muy de su agrado, empezó a decirse a sí mismo:

—¿Qué diablos hace éste aquí?

Después, cediendo más a la cólera que a la prudencia, añadió en alta voz:

—Pinuccio, eso es una gran infamia; no sé por qué has tenido que hacermelo a mí, pero juro que me la has de pagar.

Pinuccio, que no era hombre de gran talento, al notar su error, no acertó a enmendarlo de la mejor manera posible, antes por el contrario, preguntó:

—¿Que te he de pagar? ¿Qué podrás hacerme tú?

La mujer del posadero que se figuraba estar con su marido, le dijo a Adrián:

—Oye a nuestros huéspedes, parece que disputan.

—Déjales hacer —contestó riendo Adrián—, debieron beber demasiado anoche.

A la mujer le parecía que era su marido quien regañaba, y al oír a Adrián, inmediatamente comprendió dónde y con quién había estado; por lo

cual, obrando como mujer prudente, saltó en seguida de la cama sin decir palabra, tomó la cuna de su hijo y como todo estaba a oscuras en la habitación, la llevó junto a la cama donde dormía su hija y se acostó con ella, mas fingiendo haber despertado a los gritos de su marido, le llamó y le preguntó qué era lo que estaba disputando con Pinuccio. El marido respondió:

—¿No oyes tú lo que dice que le ha hecho esta noche a Nicolasa?

—Miente como un bellaco —dijo la mujer—, pues no se ha acostado con ella, puesto que con ella me acosté yo y desde aquel instante no he podido dormir más... Tú eres un bestia en creértelo. Vosotros bebéis tanto durante la velada, que después por la noche soñáis y vais de un lado para otro sin despertaros y luego os figuráis hacer maravillas. ¡Qué lástima que no os rompáis la crisma! ¿Pero qué hace ahí Pinuccio? ¿Por qué no está en su cama?

Adrián, por su parte, viendo la cordura con que la mujer cubría su vergüenza y la de su hija, dijo:

—Pinuccio, cien veces te lo he dicho que no duermas fuera de casa, porque este vicio que tienes de levantarte durmiendo y de decir luego como ciertas las mentiras que sueñas te darán cualquier día algún disgusto. Vente aquí y a ver si nos dejas tranquilos a todos.

El posadero, al oír lo que decía su mujer y lo que Adrián decía, empezó a creer de veras que Pinuccio soñaba, y cogiéndole por la espalda, puso se a menearle y llamarle, diciendo:

—Pinuccio, despiértate, vuélvete a tu cama.

Pinuccio, habiendo tomado nota de lo que se había dicho, hizo como si siguiera soñando y empezó a decir desatinos, excitando las carcajadas del posadero. Al fin, sintiéndose menear, aparentó despertarse y llamando a Adrián le preguntó:

—¿Es ya de día, que me llamas?

—Si —respondió Adrián—, ven acá.

El primero, fingiendo estar soñoliento, acabó por levantarse del lado del posadero e ir a acostarse con Adrián. Llegado el día, cuando se hubieron levantado, el posadero se puso a reír y burlarse de Pinuccio y de sus sueños. Y mientras iba hablando, ensillaron los dos jóvenes sus caballos, pusieron sus maletas, y después de beber con el posadero, montaron sobre ellos y se volvieron a Florencia, no menos contentos del modo como había acaecido la cosa, que del efecto de la cosa misma.

Después, Pinuccio halló otros medios de encontrarse con Nicolasa, la cual aseguraba a su madre que positivamente el otro había soñado. Pero la madre, recordando su aventura con Adrián, a solas consigo misma, afirmaba que había estado bien despierta.

Cuento séptimo

El sueño cumplido

Talano de Molese sueña que un lobo desgarrar toda la garganta y la cara a su mujer; le dice que se guarde de los lobos; ella no lo hace y le acontece lo soñado por él.

Terminada la historieta de Pánfilo y alabada por todos la sensatez de la posadera, dícele la reina a Pampinea que cuente la suya, y ésta empieza en estos términos:

—Otra vez se ha hablado entre nosotros, estimables damas, de las verdades puestas en evidencia por los sueños de que muchos hacen burla; lo cual no impedirá que yo os explique con una historieta bastante corta lo que poco tiempo atrás a una vecina mía le acaecía, por no haber creído uno que de ella tuvo su marido.

No sé si conocisteis a un tal Talano de Molese, persona bastante respetable. Éste había tomado por esposa a una joven llamada Margarita, extraordinariamente caprichosa, displicente y terca, hasta el punto de que nada quería hacer de lo que otros le aconsejaban; cuyos defectos, aun cuando eran muy penosos de consentir, soportábase los Talano, porque no había otro medio. Cierta noche acaeció que hallándose él con su esposa en el campo, en una hacienda suya, soñó él mientras dormía, ver a su mujer que andaba por un bosque muy bonito, que tenían a corta distancia de su casa; mientras la veía pasearse, parecióle que de un punto del bosque salía un enorme y feroz lobo que se lanzaba rápidamente al cuello de Margarita y la arrojaba al suelo, y que ella esforzabase en huir pidiendo auxilio a gritos y que al fin le pareció que le había desgarrado todo el cuello y todo el rostro. A la mañana siguiente, después que se hubo levantado, díjole él a su esposa:

—Mira, mujer, aun cuando tu terquedad no me haya permitido tener contigo un día bueno, sentiría que ocurriera cualquier desgracia; y por esto si creyeras mi consejo, hoy no saldrías de casa.

Ella le preguntó el porqué, y él le contó su sueño; y ella, sacudiendo la cabeza, dijo:

—Quien mal te quiere, mal te sueña; tú aparentas tenerme piedad, y piensas de mí lo que querías ver; y a la verdad, ya me guardaré yo ahora y siempre de que tengas que alegrarte de éste o de otro cualquier mal mío.

—Ya sabía yo —repuso Talano—, que me contestarías así, porque esto se gana en hacer bien a los ingratos; pero tú cree lo que te parezca, que yo por tu bien te lo digo, y aun te lo vuelvo a aconsejar, que te quedes hoy en casa, o que a lo menos te abstengas de ir a nuestro bosque.

—Bueno —consintió la mujer—; lo haré así.

Y luego dijo para sí:

—¿Has visto tú como ése se figura haberme metido miedo en el cuerpo? Debe haberle dado cita allá a alguna mala mujer, y no quiere que le vaya a sorprender. A mí no me la pega y tonta sería si no le conociese y cre-

yese. Pero no lo conseguirá, es preciso que yo vea, aun cuando tenga que pasar allí todo el día, qué negocio sea el que hoy quiere hacer él.

Dicho esto, como su marido saliese de casa por un lado, salió ella por otro lo más sigilosamente posible y se fue a toda prisa al bosque, y se ocultó en el paraje más frondoso de él, poniendo atención y mirando hacia todos lados, por si veía venir a alguien. Y mientras así estaba, sin ni remotamente acordarse de los lobos, salió de un espeso matorral un lobo enorme y terrible, y apenas pudo, después que reparó en él, decir "ayúdame, Señor", cuando el lobo le saltó al cuello, y cogiéndola con fuerza, comenzó a llevársela como si hubiera sido un corderito.

Tan apretado tenía el cuello, que no podía gritar ni defenderse de ninguna manera; por lo cual, el lobo que se la llevaba, habríala estrangulado indudablemente, si no se hubiese encontrado con unos pastores que gritando le obligaron a soltarla; aquella infeliz y desdichada, reconocida y llevada a su casa por los pastores, se curó después de haber trabajado mucho los médicos, mas no tanto que no le quedara toda la garganta y una parte de la cara desfiguradas de tal suerte, que mientras antes era hermosa, pareció después siempre deforme y contrahecha.

De ahí el que, avergonzándose de presentarse donde la pudieran ver, amargamente lloró con bastante frecuencia su terquedad y el no haber querido dar crédito, cuando tan poco le costaba, al profético sueño de su marido.

Cuento octavo

El burlador burlado

El glotón Ciacco se venga de Biondello por no haberle dejado comer unas lampreas, enviándole a beber cierto vino de maese Felipe.

De acuerdo estuvieron todos los contertulios en afirmar que lo que Taliano había visto durmiendo no había sido sueño, sino visión, cuando tan exactamente se había cumplido.

Pero callando todos al fin, la reina ordenó a Lauretta que continuara, y ésta dijo:

—Los que han hablado antes que yo, sensatas damas, casi todos han tomado pie para sus cuentos de algo dicho anteriormente, y yo, a mi vez, tomo pie de la rígida venganza del estudiante, referida ayer por Pampinea, para hablar de otra bastante pesada para quien la soportó, aun cuando no por esto fue tan cruel.

Y por eso digo que habiendo en Florencia un sujeto a quien todos llamaban Ciacco, hombre tan glotón como jamás hubo otro alguno, y no pudiendo de sus recursos sostener los gastos que su glotonería exigía, y como por otra parte era muy bien educado y se expresaba en bonitos y agradables términos, se dedicó a ser no totalmente un cortesano, pero sí un maldicien-

te, y a frecuentarse con los que eran ricos y los que gozaban comiendo manjares exquisitos; con éstos iba con harta frecuencia a comer y a cenar aun cuando a veces no se le convidara. En aquellos tiempos había igualmente en Florencia otro sujeto, a quien llamaban Biondello, bajo de estatura, elegante y más pulido que una mosca, con su caperuza en la cabeza y con una pequeña cabellera rubia que no tenía ni un cabello fuera de lugar; que se dedicaba a lo mismo que Ciaccio. Habiendo ido Biondello, cierta mañana de cuaresma, adonde se vende el pescado, y comprado dos enormes lampreas para maese Vieri de Cerchi, vióle Ciaccio, y, aproximándose a él, le preguntó qué significaba aquéllo. Biondello le contestó:

—Anoche se mandaron otras tres mucho más hermosas que éstas y un esturión a maese Corso Donati, y como no le bastaran para una comida que quiere dar a unos caballeros, me ha hecho comprar estas otras dos; ¿no irás tú?

—Ya sabes que sí —contestó Ciaccio.

Y cuando le pareció la hora oportuna, se fue a casa de maese Corso, y le encontró con unos vecinos suyos, que todavía no se habían sentado a comer. Como éste le preguntara qué se le ofrecía, contestóle Ciaccio:

—Yo, señor, vengo a comer con vos y con vuestros amigos.

—Bien venido seas —díjole maese Corso—, y ya que es hora de comer, vamos allá.

Sentados a la mesa, sirviéronse primeramente garbanzos y atún salado, después pescado frito del Arno, y nada más.

Ciaccio vio la burla de Biondello; irritado interiormente en gran manera, propúsose resarcirse; y no pasaron muchos días sin que se encontrara con el que ya había hecho reír a muchos con esta burla. Al verle Biondello, le saludó y le preguntó riendo cuántas habían sido las lampreas de maese Corso. A lo cual contestóle Ciaccio:

—Antes de ocho días lo sabrás decir mejor tú que yo.

Y sin pérdida de momento, separándose de Biondello, púsose de acuerdo con un ganapán, y entregándole un frasco de vidrio, le llevó cerca del mercado de Cavicciuli, y le mostró allí a un caballero llamado maese Felipe Argenti, hombre alto, nervudo y fuerte, desdeñoso, iracundo y pronto más que nadie a pasar a vías de hecho, y le dijo:

—Te dirigirás a él con este frasco en la mano y le dirás así: “Señor, Biondello me envía a vos y os ruega que tengáis la bondad de llenarle este frasco de vuestro buen vino rojo, porque quiere darse un buen rato con sus amigos”. Y ten cuidado de que no te ponga las manos encima, porque te daría un mal rato y habrías desbaratado mi plan.

El recadero preguntó:

—¿Tengo que decir algo más?

—No —respondió Ciaccio—; anda, y cuando hayas dicho esto, vuelve a encontrarme aquí con el frasco, y yo te pagaré.

Echó a andar, pues, el recadero, y le dio el recado a maese Felipe.

Éste, hombre muy propenso a sulfurarse, creyendo que Biondello, a quien conocía perfectamente, quería burlarse de él, con el rostro encendido exclamó:

—¿Qué llenar y qué amigos son éstos? ¡Mala peste con él y contigo!

Y se puso de pie, y tendió el brazo para coger con la mano al recadero; mas éste, que ya estaba prevenido, fue listo y escapó, y dando un rodeo volvió a reunirse con Ciacco, que lo había visto todo y le repitió lo que maese Felipe le había dicho. Ciacco, satisfecho, pagó al ganapán, y no descansó hasta que se hubo encontrado de nuevo con Biondello, a quien le dijo:

—Es lástima que no hayas estado hoy en el mercado de Cavicciuli.

—No he estado —dijo Biondello—; ¿por qué lo dices?

—Porque maese Felipe te hace buscar —contestó Ciacco—, no sé lo que quiere.

—Bueno —repuso Biondello—, voy allá, a ver lo que me dice.

Habiéndose alejado Biondello, fue Ciacco detrás de él, para ver cómo iría la cosa. Maese Felipe, que no había podido alcanzar al recadero, había quedado irradísimo, y se le consumía la sangre, porque de las palabras del ganapán, solamente podía sacar en claro que Biondello se había burlado de él.

En cuanto le vio, le salió al encuentro y le pegó en la cara un tremendo puñetazo.

—¡Cómo! —exclamó Biondello—, ¿qué es eso?

Maese Felipe, cogiéndole por los cabellos y destrozándole la caperuza, iba golpeándole con fuerza, diciendo:

—Traidor, ya verás lo que es: ¿qué “llenarme” y qué “amigos” me envías a decir? ¿Te figuras que soy un niño y que te has de burlar de mí?

Y así diciendo, le descompuso la cara con los puños, que parecían de hierro, y no le dejó cabello sano en la cabeza, y arrastrándole por el fango todas las ropas le destrozó; tan ocupado estaba en esta tarea, que ya desde el principio no pudo Biondello decirle ni una palabra, ni preguntarle el porqué hacía aquello.

Al fin, después que maese Felipe le hubo apaleado bien, y hubo acudido gente a su alrededor, con gran trabajo lograron quitárselo de entre las manos y decirle el porqué maese Felipe le había maltratado así, reprendiéndole porque le había hecho dar tal recado, diciéndole que bien debía conocer a maese Felipe y saber que no era hombre con quien se pudieran gastar bromas. Biondello se excusaba llorando y que jamás había mandado a buscar vino a maese Felipe. Pero luego que se hubo repuesto algo, se volvió triste y molido a su casa, comprendiendo que eso debía haber sido obra de Ciacco.

Y cuando al cabo de muchos días, habiéndole desaparecido ya del rostro las señales de los golpes, empezó a salir de casa, encontróse Ciacco con él y le preguntó riendo:

—¿Qué tal te pareció, Biondello, el vino de maese Felipe?

—¡Ojalá —respondióle Biondello—, te hubiesen parecido a ti tan sabrosas las lampreas de maese Corso!

Entonces Ciacco le dijo:

—Ya lo sabes para en adelante; siempre que me quieras dar de comer tan bien como lo hiciste, yo te daré de beber tan bien como bebiste.

Biondello, que conocía que era más fácil quererle mal a Ciacco que hacérselo, procuró estar en paz con él y se abstuvo de hacerle desde aquel día nuevas burlas.

Cuento noveno

Los consejos del rey Salomón

Refiere la reina una interesante y curiosa historia, sugerida por la de la tercera esposa de Talano.

Ya sólo a la reina le faltaba hablar, queriendo conservar a Dioneo su privilegio, y ésta, después que las damas se hubieron reído bastante del desdichado Biondello, púsose a hacerlo de esta suerte:

—Si se mira amables damas, con mente sana el orden de las cosas, con bastante facilidad se conocerá la universal multitud de mujeres que por la naturaleza, por las costumbres y por las leyes, están sometidas a los hombres y que deben regirse y gobernarse según la discreción de éstos, y por esto toda aquella que quiere estar en sosiego, solaz y reposo con aquel hombre a quien pertenece, debe ser humilde, sufrida y obediente, a más de ser honesta, que éste es el mayor y más especial tesoro de toda mujer sensata.

Y cuando no nos amaestran en esto las leyes que en todas las cosas miran el bien común, y los usos y costumbres, cuyas fuerzas son inmensas y dignas de veneración, con bastante claridad nos lo manifiesta la naturaleza, que nos ha hecho delicadas y mórbidas de cuerpo, tímidas y miedosas de espíritu, y nos ha dado escasas las fuerzas corporales, agradable la voz, y suaves los movimientos de los miembros, cosas todas testificantes de que necesitamos del gobierno ajeno.

Y quien necesita ser ayudado y gobernado, exige toda razón que debe ser obediente, sumiso y reverente con su gobernante. ¿Y quiénes nos gobiernan y ayudan a nosotros sino los hombres? A los hombres, pues, debemos someternos, honrándoles en gran manera, y la que así no lo hace, considero que es muy digna no tan sólo de grave reprensión, sino de áspero castigo.

Y a esta consideración, que ya habré hecho otra vez, me ha llevado de nuevo lo que poco ha Pampinea ha contado de la tercera esposa de Talano, a la cual Dios envió aquel castigo que su marido no la había sabido dar, a mi juicio son dignas, como dije ya, de severo y áspero castigo, aquéllas que renuncian a ser afables, benévolas y dóciles como la naturaleza, las costumbres y las leyes exigen.

Por esto pláceme daros un consejo dado por Salomón, como medicina útil para curar a aquéllas que de tales males adolecen. Cuyo consejo ninguna que no sea digna de tal medicina considere que para ella sea dicho, por más que los hombres tengan la costumbre de decir que bueno y mal caballo necesita acicate y buena o mala mujer necesita palo. Cuyas palabras, quien quisiera interpretarlas a su antojo, de ligero admitiría que en todas es cierta tal afirmación. Pero queriéndolas entender moralmente, digo que se deben conceder.

Todas las mujeres son naturalmente frágiles y fáciles de inclinar, y por esto, para corregir la iniquidad de aquéllas que se dejan llevar demasiado fuera de los límites que les están señalados, conviene el bastón que las castigue, y para sostener la virtud de las otras que no se dejan arrastrar, conviene el bastón que las sostenga y las asuste. Pero dejando ahora los sermones y pasando a lo que me propongo, comienzo diciendo:

Habiéndose extendido ya casi por todo el mundo la fama del maravilloso talento de Salomón, muchos, de diversas partes de la tierra acudían a él en demanda de consejo en sus apremiantes y arduas necesidades, y entre otros de los que a eso iban, fue un joven muy noble y muy rico llamado Meliso de la ciudad de Lojazzo, de donde era, y donde habitaba. Y cabalgando hacia Jerusalén, acaeció, que al salir de Antioquía con otro joven llamado Giosefo, que hacía el mismo camino que él, cabalgó, por algún espacio de tiempo, y, como es costumbre entre los caminantes, empezó a entrar en conversación con él.

Habiendo sabido Meliso, la condición y patria de Giosefo, preguntóle adónde iba y para qué; contestóle Giosefo que iba a ver a Salomón para pedirle consejo sobre el camino que tenía que seguir con su esposa, mujer incomparablemente perversa y testaruda, a quien ni con ruegos, ni con halagos, ni por ningún otro medio podía curar de su terquedad. Después le preguntó igualmente éste a aquél de dónde era, adónde iba y para qué. Y Meliso le respondió:

—Yo soy de Lojazzo y tengo una desgracia como tú tienes; yo soy un joven rico y gasto mi dinero en banquetes y en obsequiar a mis conciudadanos, y me extraña y sorprende el pensar que con todo esto no puedo hallar un hombre que bien me quiera; por esto voy donde vas tú, para que me aconseje Salomón la manera cómo puedo llegar a ser querido.

Caminaban, pues, juntos los dos compañeros; llegados a Jerusalén, y por mediación de los siervos de Salomón, fueron introducidos en presencia de éste; Meliso le expuso brevemente su objeto, y Salomón le respondió:

—Ama.

Dicho esto, Meliso, fue sacado de la presencia del sabio rey. Giosefo le dijo el porqué estaba allí y Salomón se limitó a responderle:

—Vete al Puente de los Gansos.

Y dicho esto, también Giosefo fue sacado inmediatamente de la presencia del rey, y reuniéndose con Meliso, que le aguardaba, le contó la respuesta que había obtenido. Pensando uno y otro en aquellas palabras, y no pudiendo comprender su significado ni el fruto que podría darle para su objeto, pusieron de nuevo en camino, casi descorazonados, para volverse atrás. Después que hubieron andado algunas jornadas, llegaron a un río encima del cual había un magnífico puente y como cruzaba por él una numerosa caravana de mulos y caballos cargados, les fue preciso esperar que pasara aquélla para pasar ellos. Y cuando ya casi había pasado toda la recua, hubo casualmente un mulo que se espantó, como con frecuencia vemos que les pasa, y que por ningún estilo quería pasar adelante, por lo cual, el mulero, sumamente irritado, empezó a darle con la estaca, una granizada de palos, ya en la cabeza, ya en los costados o ya en la grupa, pero todo inútilmente.

Meliso, y Giosefo, que estaban viendo esto, decíanle al mulero:

—¿Pero qué haces, miserable? ¿Lo quieres matar? ¿Por qué no procuras acarrearlo con más suavidad? Te obedecería más pronto que apaleándolo como estás haciendo.

Y el mulero les respondió:

—Vosotros conocéis vuestros caballos; yo conozco mi mulo; dejadme hacer.

Y dicho esto, púsose de nuevo a apalearle, y tanto le dio en todas partes del cuerpo, que al fin el mulo pasó adelante y el mulero se salió con la suya.

Cuando se disponían los dos jóvenes a seguir su camino, Giosefo le preguntó a un buen hombre que estaba sentado a la entrada del puente, cómo se llamaba éste; el buen hombre respondió:

—Señor, aquí le llaman el Puente de los Gansos.

Apenas hubo oído Giosefo esto, se acordó de las palabras de Salomón, y dijo, volviéndose a Meliso:

—Ahora te digo, compañero, que el consejo dado por Salomón, podría no ser bueno y verdadero, pues en a las claras comprendo que yo no sabía pegarle a mi mujer, pero este mulero me ha enseñado lo que hacer debo.

Habiendo llegado, al cabo de algunos días, a Antioquía, retuvo Giosefo consigo a Meliso para que descansara unos cuantos días; como su mujer le recibiera de bastantes malos modos, le dijo que mandase hacer una cena a gusto de Meliso; éste, al ver que así lo deseaba su amigo, aceptó en pocas palabras. La mujer, persistiendo en su modo de obrar, hizo, no lo que Meliso había dicho, sino casi todo lo contrario. Al notarlo Giosefo díjole irritado:

—¿No se te ha dicho la manera cómo debías mandar hacer esta cena?

La mujer, volviéndose hacia él con altivez, replicó:

—¿Qué quiere decir eso? Se me dijo otra cosa, pero a mí me pareció bien hacerla así, si te agrada, bien, y si no, no comas.

Sorprendióse Meliso de la réplica de aquella mujer y la censuró mucho. Giosefo, al oír esto, dijo:

—Mujer, tú sigues siendo la misma; pero ten entendido que yo te haré cambiar.

Y volviéndose a Meliso, añadió:

—Pronto veremos, amigo mío, qué tal resultado dará el consejo de Salomón; pero te ruego no tomes a mal lo ponga en ejecución delante de ti y que no creas sea cosa de juego lo que yo haga. Y para que no me pongas impedimento, acuérdate de la respuesta que nos dio el mulero cuando nos interesamos por su mulo.

—Estoy en tu casa —dijo Meliso— y me propongo no contrariarte.

Como Giosefo hallara a mano una rama de fresno, verde aún, se fue a la habitación donde su mujer encolerizada se había ido murmurando, después de haberse levantado de la mesa, y cogiéndola por el pelo, la arrojó a sus pies y se puso a apalearla de lo lindo. La mujer empezó primero a gritar y luego a amenazar; pero viendo que a pesar de todo, Giosefo no cesaba de pegarle, púsose a pedir misericordia por Dios y a rogarle que no la matase,

añadiendo que nunca más se opondría a su voluntad. No se dejaba enter-
necer Giosefo, antes por el contrario, cada vez más irritado, seguía apaleán-
dole todo el cuerpo, sentándole las costuras y sin parar hasta que estuvo
cansado, y no le hubo dejado en el cuerpo parte sana. Y hecho esto, fue a
reunirse con Meliso, y le dijo:

—Mañana veremos qué efecto habrá hecho el consejo del hombre del
Punto de los Gansos.

Después que hubo descansado algo y se hubo lavado las manos, cenó
con Meliso y después, cuando les plugo, se fueron a acostar.

La infeliz mujer se levantó del suelo con gran trabajo y se echó en la
cama, donde descansó lo mejor que pudo. A la mañana siguiente se levantó
muy temprano e hizo preguntar a Giosefo qué quería que se hiciera para co-
mer. El marido, riéndose de eso con Meliso, lo dispuso, y al volver a casa a
la hora de comer, lo hallaron todo perfectamente dispuesto según las órde-
nes dadas, por lo cual elogiaron en gran manera aquel consejo que al prin-
cipio no habían sabido entender.

Al cabo de algunos días, despidióse Meliso de Giosefo, y volviéndose
a casa contóle a cierto hombre de talento lo que Salomón le había contesta-
do, y éste le dijo:

—Nadie podrá darte consejo mejor y más exacto. Tú sabes que a na-
die amas y les obsequias; y los servicios que haces, háceslos, no por amor
que les tengas a los demás, sino por ostentación. Ama, pues, como te dice
Salomón, y serás amado.

Cuento decimo

La yegua de Pedro

Juan, a instancias del compadre Pedro, hace un conjuro para convertir a su
mujer en yegua, y cuando va a pegar la cola, el compadre Pedro, diciendo
que no quería cola, echa a perder todo el encantamiento.

Esta historieta, contada por la reina, hizo murmurar algo a las damas
y reír a los jóvenes; pero en cuanto se hubo restablecido el silencio, Dioneo
empezó a hablar así:

—Gracias a las damas: en medio de muchas palomas blancas, aparece
más hermoso un cuervo negro de lo que lo estaría un nevado cisne; y asi-
mismo, entre los muchos sabios, a veces otro menos sabio, no solamente le
da mayor esplendor y belleza a su madurez, sino que a más de esto, les re-
crea y divierte. Por lo cual, siendo todas vosotras sumamente discretas y mo-
deradas, yo, que tengo poco seso, al hacer resaltar más vuestra virtud, con
mi defecto debo inspiraros mayores simpatías que si siendo yo más bueno
os la hiciera aparecer más obscura; de consiguiente, debo tener más amplio
arbitrio en manifestarme tal cual soy y debo ser por vosotras más paciente-

mente soportado de lo que serlo debiera si más cuerdo fuese y para esto os contaré, pues, una historietita no muy larga, con la cual comprenderéis con cuánta diligencia deben observarse las cosas exigidas por aquellos que hacen algo por fuerza de encantamiento y con cuánta facilidad se echa a perder todo el trabajo del encantador con la más pequeña falta que en ellas se cometa.

El año pasado hubo en Barletta un cura llamado don Juan de Barolo, el cual como tenía una iglesia pobre, se dedicó, para mantenerse, a llevar con una yegua mercancías por las ferias de Puglia, y a comprar y vender.

En estas correrías, trabó estrecha intimidad con un tal Pedro de Tresanti, que hacía aquel mismo negocio con un borrico, y en prueba de aprecio y de amistad, siguiendo la costumbre fullera, le llamaba sencillamente compadre Pedro: cada vez que venía a Barletta, llevábale siempre a su iglesia y le hospedaba en ella, y le obsequiaba lo mejor que podía.

Por su parte, el compañero Pedro, como era muy pobre y tenía una pequeña casita en Tresanti, suficiente apenas para él, para su joven y bonita esposa y para su asno, cada vez que don Juan iba a Tresanti, se lo llevaba a su casa; en agradecimiento de los obsequios que de él recibía en Barletta, le obsequiaba como podía. Pero por lo que se refería a hospedarle, como compadre, Pedro no tenía más que una pequeña cama, donde dormía con su linda mujer, no podía hacerlo como hubiera querido, sino que el buen cura tenía que dormir encima de alguna paja al lado de su yegua, en un reducido establo donde ésta era instalada, y que estaba inmediato al que ocupaba el asno.

La mujer, enterada de las atenciones que el cura le tenía a su marido en Barletta, había querido muchas veces, cuando el cura iba allá, ir a dormir con una vecina suya, que se llamaba Zita, a fin de que el cura pudiera dormir en la cama con su marido, y muchas veces se lo había dicho a don Juan, pero éste nunca lo había consentido, y cierta vez, entre otras, le dijo:

—No te apures por mí, comadre Gemmatta, que yo estoy muy bien, porque cuando me acomoda, convierto esta yegua en una linda muchacha, y me estoy con ella; después, cuando quiero, la hago volverse yegua, y por esto no me separaría de ella.

Sorprendióse la joven y lo creyó, y se lo dijo a su marido, añadiendo:

—Si es tan amigo tuyo como dices, ¿por qué no le haces tú que te enseñe este encantamiento para que puedas convertirme a mí en yegua y hacer tus negocios con la yegua y con el asno, y así ganarías el doble, y cuando hubiéramos vuelto a casa podrías volver a hacerme mujer como soy?

Compadre Pedro, que era muy inocentón, creyó esto, fue de este mismo parecer y empezó a solicitar de la mejor manera que supo, a don Juan, para que le enseñara aquel procedimiento.

Don Juan hizo todo lo posible para distraerle de semejante tontería, mas no pudiéndolo conseguir, dijo:

—Ya que tanto os empeñáis, mañana nos levantaremos como de costumbre antes que sea de día, y os enseñaré cómo se hace. Eso sí, lo más difícil en esto es, como verás, el pegarle la cola.

El compadre Pedro y la comadre Gerninatta, era tanto el afán con que esperaban aquello, que apenas durmieron toda la noche, y poco antes del amanecer, se levantaron y llamaron a don Juan, el cual, levantándose en paños menores, acudió a la pequeña habitación del compadre, y dijo:

—A nadie en el mundo le hice esto, más que a vosotros; lo haré porque os empeñáis; pero es preciso que hagáis lo que yo os diré, si queréis que se realice la cosa.

Ellos contestaron que harían lo que él les dijera; entonces don Juan, tomando una luz, se la puso en la mano al compadre Pedro, y le dijo:

—Mira bien lo que haré; conserva bien en la memoria lo que diré, y por todo lo que te es más caro guárdate bien de echarlo a perder todo; veas lo que veas y oigas lo que oigas, no digas ni una palabra; ruega al cielo que se pegue bien la cola.

El compadre Pedro tomó la luz y dijo que lo haría así.

Después don Juan hizo desnudar completamente a la comadre Gemmatta y la hizo poner de cuatro pies, de la manera que están las yeguas, encomendándola asimismo que no hiciese movimiento alguno, acaeciera lo que acaeciese; empezando a tocarle con las manos la cara y la cabeza, dijo:

—Sea esta hermosa cabeza de yegua.

Tocándole los cabellos, añadió:

—Éstos sean preciosas crines de yegua.

Y así siguió con todas las restantes partes del cuerpo.

Mas al ir a aplicarla la cola, el compadre Pedro, que hasta entonces lo había ido mirando atentamente todo, exclamó:

—¡Oh, don Juan! ¡Yo no quiero cola, no quiero cola!

Y don Juan, retrocediendo, le dijo:

—¿Qué has hecho, compadre Pedro? ¿No te dije que no te movieras por nada? Estaba a punto de quedar hecha la yegua, pero tu charla lo ha echado a perder todo, y ya no hay medio de poderlo rehacer.

—¡Bueno! —replicó el marido—, yo no quería aquella cola: luego me hubierais podido decir a mí que la pegara.

—Tú, por la primera vez, no habrías sabido pegarla como yo —repuso don Juan.

La joven, al oír esta discusión, se enderezó y díjole sin malicia alguna a su marido:

—¡Qué bestia eres! ¿Por qué has echado a perder tus negocios y los míos? ¿Has visto al una yegua sin cola? Eres pobre, pero merecerías serio mucho más.

No habiendo, pues, posibilidad de convertir a la joven en yegua, por las palabras que el compadre Pedro había pronunciado, volvió a vestirse ella afligida y descontenta, y el compadre Pedro siguió haciendo con un asno su acostumbrado negocio; él y don Juan fueron juntos a la feria de Bitonto, sin que jamás volviese a pedir otro jumento.

* * *

No hay que decir si el cuento aquel excitó la risa. Pero terminado éste y empezando ya a entibiarse el sol, comprendiendo la reina que había terminado el fin de su reinado, púsose de pie, quitóse la corona y se la puso en la cabeza a Pánfilo, que era el único a quien faltaba distinguir con este honor, y le dijo sonriendo:

—Gran cargo te queda, señor mío, con tener que enmendar siendo tú el último, mis faltas y las de los demás que han ocupado el lugar que tú ocupas, para lo cual te ayude Dios como me ha ayudado a mí, haciéndote rey.

Pánfilo, recibiendo alegremente aquel honor, respondió:

—Vuestra virtud y la de los demás súbditos míos, hará que se me elogie a mí, como elogiados han sido los demás.

Y siguiendo la costumbre de sus antecesores, dio las órdenes habituales al senescal, y, volviéndose luego hacia las damas que esperaban oírle, añadió:

—Enamoradas damas, la discreción de Emilia, que ha sido en este día nuestra reina para dar algún reposo a vuestras fuerzas, os dio pie para hablar de lo que mejor os ha acomodado. Hallándose ya reposados los ánimos, considero que importa volver a la ley acostumbrada; por lo tanto, quiero que mañana cada una de vosotras discurra algo que decir sobre el siguiente asunto: referir de quien espléndida o magníficamente haya hecho algo relativo a asuntos de amor o de otra cosa. Diciendo y haciendo estas cosas, indudablemente vuestros ánimos bien dispuestos se animarán a obrar con valentía: pues nuestra vida, que forzosamente ha de ser breve en el cuerpo mortal, se perpetuará en la loable fama, lo cual, en todo aquel que no únicamente sirve a su vientre, como hacen los irracionales, debe, no solamente desear, sino buscar y hacer con todo empeño.

Agradó el tema a la jovial tertulia que, previa la licencia del nuevo rey, abandonó sus asientos y se entregó a los distracciones que mejor le plugo, hasta la hora de cenar. Y terminada la cena, cantaron y bailaron como de costumbre, hasta que, ya muy adelantada la noche, dispuso el rey que se fueran todos a descansar hasta el nuevo día.

Jornada décima

En la que, durante el reinado de Pánfilo, se cuentan hermosos ejemplos de amistad y otras bellas acciones.

Introducción

Aún aparecían rojas algunas nubecillas en Occidente, habiéndose convertido ya las de Oriente en sus extremidades parecidas a oro luminoso, merced a los rayos solares que acercándoseles mucho las herían, cuando Pánfilo, habiéndose levantado, hizo llamar a las damas y a su compañeros. Y llegados todos y habiéndose acordado con ellos adónde podían ir para distraerse, echó a andar con lento paso acompañado de Filomena y de Fiammetta, siguiéndoles todo el resto de la comitiva, y hablando largamente de su futura vida, anduvieron paseando por largo rato, y después de hecha una dilatada jira, como el sol empezase ya a calentar demasiado, regresaron al palacio y allí, haciendo lavar los vasos en torno de la clara fuente, bebió quien quiso, yendo después a solazarse hasta la hora de comer por entre las agradables sombras del jardín. Y después que hubieron comido y dormido, como solían, reuniéronse cuando al rey le plugo y éste ordenó a Neifile que empezase a contar, como así lo hizo en estos términos:

Cuento primero

El caballero Figiovanni

Un caballero sirve al rey de España; créese mal recompensado, por lo cual el rey le demuestra con indudable experimento, que no es suya la culpa, sino de su mala fortuna, recompensándole luego espléndidamente.

—A honra debo tener, respetables damas, el que nuestro rey me haya hecho ser la primera en hablar de cosa tan grande como es la munificencia, la cual, así como el sol es belleza y ornamento del cielo todo, es claridad y luz de toda otra virtud. Referiré, pues, sobre esto, una historieta bastante graciosa, a mi entender, cuyo recuerdo no podrá dejar de ser útil.

Debéis, pues, saber que, entre los más esforzados caballeros que desde mucho tiempo para acá han existido en nuestra ciudad, hubo uno, tal vez el más excelente de todos, llamado Ruggieri de Figiovanni, el cual, siendo rico y muy inteligente y como viera que, atendida la manera de vivir o las costumbres de Toscana, poco o nada podría demostrar su valor viviendo allí, resolvió pasar algún tiempo al lado de Alfonso, rey de España, cuya fama de valiente excedía a la de todos los demás soberanos de aquellos tiempos.

Después de permanecer largo tiempo allí, fijando mucho su atención en la conducta del rey, parecióle que éste regalaba con demasiada poca discreción, ora a uno, ora a otro, castillos, ciudades y baronías, dándolas a quien no las merecía, y como a él, que conocía su propio valer, nada se le regalaba, consideró que esto menguaba mucho su fama, por lo cual, resolvió marcharse y solicitó del rey el consentimiento. Consintiólo éste y le regaló una de las mejores mulas que jamás se montara y al propio tiempo la más hermosa, regalo que le agradó a Ruggieri en atención al largo camino que debía hacer.

Después de esto, el rey encargó a un discreto servidor suyo que, valiéndose del medio que mejor le pareciera, procurase cabalgar con Ruggieri, pero de modo que éste no pudiera sospechar que lo hacía por orden del rey y que recogiera todo lo que Ruggieri dijera de él, de tal suerte que se lo pudiera repetir después; ordenándole que a la mañana siguiente regresara con él, y se viniese de nuevo adonde el rey quedaba.

El servidor, atento a su comisión, en cuanto Ruggieri salió del país, se

arregló de manera que se fue en su compañía, haciéndole creer que iba hacia Italia.

Cabalgando, pues, Ruggieri, en la mula que le diera el rey y hablando de distintas cosas, al aproximarse la hora de tercia, dijo:

—Me parece que haríamos bien en dar un poco de descanso a los animales.

Y entrando en un establo, orinaron todos los animales menos la mula.

Siguieron su camino, atento siempre el escudero a las palabras de Ruggieri, llegaron a un río y al abreviar allí a sus bestias, la mula orinó en el río.

Al notarlo Ruggieri, exclamó:

—Mala suerte tengas, bestia; que eres hecha como el señor que te regaló.

Recogió el familiar esta frase y como muchas otras recogiera en el camino durante todo el día, ninguna otra le oyó decir que no fuera en gran elogio del rey.

A la mañana siguiente, cuando hubieron montado a caballo, al disponerse Ruggieri a seguir cabalgando hacia Toscana, manifestóle el familiar la orden del rey, por lo cual, Ruggieri volvió inmediatamente atrás.

Enterado ya el rey de lo que éste había dicho de la mula, mandóle llamar; le recibió con semblante afable, y le preguntó por qué le había comparado con su mula, o más bien había comparado la mula con él, y Ruggieri le contestó con llaneza:

—La comparé con vos, señor, porque así como vos regaláis a quien no lo merece, y a quien lo merece no le regaláis, de igual manera ella no orinó donde debía y donde no debía hacerlo allí lo hizo.

—Ruggieri —replicó entonces el rey—, el no haberos regalado, como lo he hecho con muchos, que comparados con vos nada son, no ha sido porque yo no os hubiera conocido esforzadísimo caballero y digno de todo valioso regalo, sino por vuestra fortuna que no me ha permitido regalaros. Ella es quien ha fallado, que no yo: y de que os digo la verdad, manifestamente os voy a dar la prueba.

—Señor —contestó Ruggieri—, no me quejo de no haber recibido dádí-va vuestra, pues no la necesitaba, porque soy rico, sino de no haber recibido de vos por algún modo una demostración de mi valor; tengo, sin embargo, por buena y noble vuestra excusa, y dispuesto estoy a ver lo que os plazca, por cuanto sin necesidad de prueba alguna os creo.

Condújole, pues, el rey a un gran salón, donde en cumplimiento de órdenes de él dadas de antemano había dos grandes cofres cerrados, y en presencia de muchos, le dijo:

—Ruggieri, en uno de estos cofres está mi corona, el cetro y la bola, y muchos y preciosos cinturones míos, broches, sortijas y todas las demás preciadas joyas que poseo; el otro está lleno de tierra; tomad, pues, uno de ellos, y el que toméis vuestro sea y podréis ver quién ha sido ingrato con vuestro valor, si lo he sido yo o lo ha sido vuestra fortuna.

Ruggieri, cuando vio que así le placía al rey, tomó uno, que el rey mandó abrir y resultó ser el que estaba lleno de tierra. Por lo cual, el rey dijo riendo:

—Ya podéis ver, Ruggieri, que es verdad lo que os digo de la fortuna;

pero realmente vuestro valor merece que yo me oponga a sus fuerzas. Sé que no tenéis intención de haceros español, y por lo tanto, no quiero regalaros aquí ni castillo ni ciudad, pero en cambio, ese cofre que la fortuna os ha negado, a despecho de ella sea vuestro, a fin de que podáis llevároslo a vuestro país y podáis gloriaros con vuestros compatriotas de vuestro valor, mostrando mis dádivas como merecido testimonio de él.

Tomólo Ruggieri, y después de dar al rey las gracias correspondientes a tan valiosa dádiva, contento con ella se volvió a Toscana.

Cuento segundo

Ghino de Tacco

Ghino de Tacco roba al abad de Cluny, le da un remedio para el dolor de estómago y después lo deja. De regreso a la corte de Roma, se reconcilia con el Papa Bonifacio y éste le nombra caballero hospitalario.

Elogiada había sido ya la munificencia del rey Alfonso para con el caballero florentino, cuando el rey, a quien mucho había gustado, ordenó a Elisa que continuara, y ésta se apresuró a hacerlo, diciendo:

—Delicadas damas: el haber sido munífico un rey y el haber empleado su munificencia con quien servídole había, no se puede decir que no sea una lección laudable y grande: pero ¿qué diremos de lo que se nos refiere de un clérigo que usó de admirable munificencia para con aquel a quien, si como enemigo le hubiese tratado, de nadie censurado hubiera sido? Indudablemente se diría que la del rey fue virtud y la del clérigo milagro, puesto que éstos son todos muy avaros, sobradamente más de lo que lo son las mujeres y enemigos encarnizados de toda liberalidad. Y aun cuando todos los hombres apetezcan naturalmente venganza de las ofensas recibidas, sabido es que los clérigos, a pesar de que predicán la paciencia y recomiendan en gran manera el perdón de las ofensas, se dejan llevar a la venganza más fogosamente que los demás hombres. Y respecto de cómo fue munífico un clérigo, podréis conocerlo claramente en la historieta que os voy a contar.

Ghino de Tacco, hombre bastante famoso por su fiereza y por sus latrocinios, expulsado de Siena y enemigo de los condes de Santa Fiore, rebeló a Radicofani contra la Iglesia de Roma, y residiendo en dicha ciudad, hacía robar por sus mesnaderos a cuantos pasaban por aquellas cercanías. Ahora bien, siendo Bonifacio VIII papa de Roma, presentóse en la corte el abad de Cluny, el cual es uno de los más ricos prelados del mundo; y como allí se le echara a perder el estómago, aconsejaronle los médicos que se fuera a los baños de Siena y que infaliblemente se curaría.

En su consecuencia, habiéndoselo permitido el Papa, púsose en camino con gran aparato de arneses, equipajes, caballos y servidumbre, sin hacer caso de la fama de Ghino de Tacco. Al saber éste su venida, tendió las

redes y encerró en un lugar estrecho al abad con toda su servidumbre y todos cuantos con él iban, sin que se le escapara ni el más insignificante de sus criados. Y hecho esto, envió al abad con buen acompañamiento a uno de los suyos, que mejor sabía expresarse, a que de su parte le dijera, lo más afablemente posible, que tuviese a bien de apearse en su castillo. Al oír esto el abad, respondió encolerizado que no quería ir porque nada tenía que hacer en él; antes bien, continuaría su camino, y que le gustaría ver quién se lo impediría. El embajador repuso con humilde entonación:

—Señor, vos habéis venido a un sitio donde para nosotros, nada hay temible, fuera del poder de Dios, y donde las excomuniones y los interdictos están a la orden del día, y por lo tanto, tened a bien complacer a Ghino lo mejor que podáis.

Mientras se cruzaban estas palabras, todo el sitio aquél había sido rodeado por los mesnaderos, por lo cual, el abad, al verse preso con los suyos, se encaminó con aire sumamente desdeñoso acompañado por el emisario al castillo, y toda su comitiva y sus bagajes con él; y cuando se hubo apeado, fue alojado por orden de Ghino en una habitacioncita oscura e incómoda de un palacio, y los demás, según su categoría, fueron bastante bien instalados en el castillo, y los caballos y todo el equipaje fueron puestos a buen recaudo, sin tocar cosa alguna. Hecho esto, Ghino fue a visitar al abad, y le dijo:

—Señor, Ghino, de quien sois huésped, os ruega que os dignéis indicarle adónde ibais, y a qué ibais.

El abad, que como hombre sensato había depuesto ya su altivez, le indicó lo que el otro deseaba. Al enterarse de esto, Ghino se retiró y concibió la idea de curarle sin baños, y haciendo arder constantemente en la pequeña habitación un buen fuego y vigilarlo bien, no volvió a verle hasta la mañana siguiente: y entonces le envió en una servilleta blanquísimas, dos rebanadas de pan tostado y un gran vaso de malvasía de Corniglia de la del abad mismo, y le dijo a éste:

—Señor, cuando Ghino era más joven, estudió medicina y dice que aprendió, que ninguna medicina es mejor para el dolor de estómago que la que él os hará, de la cual, esto que os traigo es el principio, y por lo tanto, tomadla y animaos.

El abad, que tenía más ganas de comer que de bromear, aun cuando con desagrado lo hiciese, se comió el pan y se bebió la malvasía, y después con mucha altanería, preguntó sobre muchas cosas y aconsejó otras muchas y en especial pidió poder ver a Ghino. Al oír estas palabras, el mensajero no hizo caso de ellas, y las dejó por inútiles; y respondió con bastante cortesía, afirmando que Ghino le visitaría lo más pronto que pudiese, y dicho esto, se despidió de él. Mas no volvió hasta el día siguiente, con otro par de rebanadas de pan tostado y con otro vaso de malvasía; y así lo tuvo por algunos días, hasta que el abad se dio cuenta de que había comido habas secas que el otro, de intento y a escondidas, había llevado y dejado allí. Por lo cual, le preguntó él de parte de Ghino qué tal le parecía hallarse del estómago, y el abad respondió:

—Pareceríame estar bien, si estuviera libre de sus manos. Y después de esto tan bien me han curado sus medicinas, que no deseo otra cosa que comer.

Ghino, pues, habiendo hecho arreglar con sus propios muebles y por su misma servidumbre una bonita habitación, y hecho preparar un buen banquete, al cual asistieron muchos hombres del castillo y toda la servidumbre del abad, fue a visitar a éste en la mañana siguiente y le dijo:

—Señor, puesto que os halláis bien, hora es de salir de la enfermería.

Y tomándole por la mano, condújole a la habitación preparada, y dejándolo en ella con sus mismos servidores, fue a disponer que el banquete fuese magnífico. El abad se recreó algo con los suyos, y les contó cuán admirablemente obsequiado había sido por Ghino.

Llegada la hora de comer, el abad y todos los demás fueron servidos debidamente, con buenos manjares y buenos vinos, sin darse todavía Ghino a conocer al abad. Mas cuando éste hubo pasado algunos días de esta manera, mandó Ghino traer a una sala todo su equipaje, y a un patio que debajo de aquélla había, todas sus caballerías hasta el más miserable rocín, y yendo a la habitación del abad, le preguntó cómo le parecía hallarse y si le parecía sentirse con fuerzas para cabalgar.

El abad respondió que estaba bastante fuerte y bien curado del estómago y que estaría bueno en cuanto se hallara fuera de las manos de Ghino.

Entonces éste le condujo a la sala donde estaban sus equipajes y toda su servidumbre, y haciendo acercársele a una ventana desde donde podía ver todas sus caballerías, dijo:

—Señor abad, debéis saber que el ser noble y arrojado pobre de su casa, el tener muchos y poderosos enemigos, es lo que ha conducido a Ghino de Tacco, que soy yo, a ser ladrón de caminos y enemigo de la corte romana, no por mala índole, sino para poder defender su vida y su nobleza; pero, como vos me parecéis un excelente señor, habiéndoos curado yo del estómago como lo he hecho, no me propongo apropiarme de nada de lo que os pertenece, como haría con cualquiera otro que cayese en mis manos, como caísteis vos; antes por el contrario, quiero que vos mismo, considerando mis necesidades, me entreguéis aquella parte de vuestras cosas que vos mismo me queráis entregar.

Ellas están enteramente todas ahí a vuestra vista, desde esta ventana podéis ver en el patio vuestras cabalgaduras; por lo tanto, tomad la parte o el todo, como mejor os plazca, y desde este instante sois libre de marcharos o de quedaros.

Asombróse el abad al oír tan generosas palabras en boca de un ladrón de caminos, y agradándole en extremo tal conducta, depuso súbitamente su ira y su desdén, que se trocaron en benevolencia y convirtiéndose en verdadero amigo de Ghino se echó en sus brazos, diciendo:

—Juro a Dios que, para ganar la amistad de un hombre tal como desde ahora juzgo que eres tú, consentiría en recibir ofensa mucho mayor de la que hasta ahora considero que me has inferido. ¡Maldita sea la fortuna que a tan vituperable oficio te obliga!

Y después de esto, hizo separar de su equipaje lo más indispensable, haciendo otro tanto con las cabalgaduras y dejándole todo lo demás se vol-

vió a Roma. El Papa había sabido la detención del abad, y como lo sintiera mucho, al verle le preguntó cómo le habían probado los baños.

—Santo Padre —contestóle sonriendo el abad—, antes de llegar a los baños encontré a un excelente médico que me ha curado muy bien.

Y le contó la manera cómo le había curado, de lo cual el Papa se rió.

El abad, continuando su conversación, movido por un generoso impulso, le pidió al Papa una gracia y éste, no sospechándose lo que le iba a pedir, ofreció incondicionalmente hacer lo que pidiese.

—Padre Santo —dijo entonces el abad—, lo que os quiero pedir, es que devolváis vuestra gracia a Ghino de Tacco, mi médico, pues entre los hombres de valer y dignos de ser estimados que yo he conocido en toda mi vida, él es indudablemente uno de los mejores, y el mal que él hace, se lo achaco mucho más a la fortuna que a él: y si esta fortuna cambiáis dándole algo, con lo cual vivir pueda según su condición, no me cabe duda alguna de que antes de poco tiempo le juzgaréis como lo juzgo yo.

El Papa, que era hombre de corazón y amante de los hombres de valer, al oír esto dijo que lo haría con gusto si tanto valía aquel hombre como él decía, y que le hiciera venir sin temor alguno.

Vino, pues, Ghino a la corte, fiando en la promesa de que ningún daño se le haría, cuando al abad le plugo; y poco después el Papa, que le consideró hombre de valer, lo volvió a su gracia y le hizo don de un gran priorato de la orden de los Hospitalarios, habiéndole hecho caballero de dicha orden. Cuyo priorato conservó mientras vivió, amigo y servidor de la santa Iglesia y del abad de Cluny.

Cuento tercero

Mitridanes y Natán

Natán, celoso de la generosa fama de Mitridanes, intenta matarle, mas la nobleza de éste confunde a Natán y le desarma.

Un milagro parecíales realmente a todos haber oído contar, que un clérigo había hecho magníficamente alguna cosa; mas cuando las damas hubieron cesado de hablar, el rey mandó a Filostrato que prosiguiera, y éste se apresuró a hacerlo, en estos términos:

—Grande fue, nobles damas, la munificencia del rey de España y cosa tal vez nunca oída la del abad de Cluny; pero tal vez no menos maravilloso os parezca el oír que un sujeto, para usar de liberalidad con otro que su sangre deseaba, se dispusiera a entregársela cautamente; y lo habría hecho, si él la hubiese querido tomar, como me propongo en mi historieta demostrároslo.

Es cosa que no admite duda alguna (si se puede dar crédito a las palabras de algunos genoveses, y de otros hombres que en aquellas regiones han estado) que en el Catay hubo en otro tiempo un hombre de linaje noble e in-

comparablemente rico llamado Natán, el cual vivía cerca de un camino, por el cual pasaban casi por necesidad, todos los que de Poniente a Levante y de Levante a Poniente querían dirigirse, y teniendo un corazón grande y generoso y deseando ser conocido de obra, mandó construir allí en poco tiempo uno de los más hermosos, grandes y ricos palacios que jamás visto se hubieran, y lo hizo proveer de todo lo necesario para recibir y obsequiar a gente noble, y como tuviese numerosa y excelente servidumbre, hacía recibir y obsequiar con afabilidad y galantería a cuantos iban y venían.

Y tanto perseveró en esta loable costumbre, que ya no solamente el Levante sino casi todo el Poniente le conocía por la fama. Y siendo ya de avanzada edad, mas no cansado todavía de ser cortés y munífico con los demás acaeció que su fama llegó a oídos de un joven llamado Mitridanes, de un país no muy distante del suyo, el cual, conceptuándose no menos rico que Natán, concibió envidia de su fama y de su virtud y se propuso anular u ofuscar su esplendidez con otra mayor. Y mandando construir un palacio semejante al de Natán, empezó a hacer los obsequios más desmesurados que hombre alguno jamás hiciera a cuantos iban y venían por allá, y realmente en poco tiempo adquirió celebridad.

Ahora bien, cierto día en que el joven se hallaba completamente solo en el patio de su palacio, entrando una mujercilla por una de sus puertas, le pidió limosna y la obtuvo, y volviendo a entrar por la segunda puerta, se la volvió a pedir y la obtuvo también, y así sucesivamente hasta doce veces, y como volviera por la puerta décimotercera, Mitridanes le dijo:

—Buena mujer, muy tenaz eres en el pedir.

Y sin embargo, le dio limosna.

Al oír estas palabras, la viejecita exclamó:

—¡Oh, liberalidad de Natán; cuán maravillosa eres! Pues habiendo entrado yo por las treinta y dos puertas que tiene su palacio, como éste, jamás dio él a entender que me reconociera y siempre me la dio, y aquí no he entrado más que por trece puertas y he sido reconocida y amonestada.

Y esto diciendo, se alejó sin volver a entrar.

Mitridanes, cuando hubo oído las palabras de la vieja, como lo que oía de la fama de Natán lo conceptuaba disminución de la suya, encendido en rabiosa ira, púsose a decir:

—¡Desdichado de mí! ¿Cuándo igualaré yo la generosidad de las grandes obras de Natán, ya que no sobrepugarlas, como pretendo, cuando en las insignificantes no me puedo aproximar? Verdaderamente en vano me fatigo, si no le saco del mundo: lo cual, puesto que la vejez no se lo lleva, precisa que lo haga yo a no tardar, con mis propias manos.

Y levantándose poseído de este furor, sin comunicar a nadie su resolución, montó a caballo, con poco séquito, y tres días después, llegado a la morada de Natán y dando orden a sus acompañantes de que aparentasen no ir con él ni conocerle y que se proporcionasen estancia hasta nueva orden suya, habiendo llegado solo allí, a la caída de la tarde, a corta distancia del magnífico palacio, encontró completamente solo a Natán que estaba paseándose sin traje alguno aparatoso.

Mitridanes, que no le conocía, le preguntó si podía enseñarle dónde vivía Natán, y éste le respondió con afable tono:

—Hijo mío, nadie en este país te lo puede enseñar mejor que yo; por lo tanto, te acompañaré allí cuando gustes.

Dijo el joven que le sería muy agradable esto, pero que a ser posible, no quería ser visto ni conocido de Natán, y éste añadió:

—También en esto te serviré, ya que lo deseas.

Desmontó, pues, Mitridanes, y se encaminó con Natan, que no tardó en entablar con él muy agradable conversación, al magnífico palacio de éste.

Llegados allí, Natán dijo a uno de sus servidores que tomara el caballo del joven, y acercándosele al oído, le ordenó que les dijera inmediatamente a todos los de la casa, que nadie informara al joven de que él fuera Natán, y así se hizo.

Cuando estuvieron en el palacio, alojó a Mitridanes en una preciosa habitación donde nadie le veía, a excepción de los que él había puesto a su servicio, y haciéndole obsequiar en gran manera, él en persona le acompañaba.

Mitridanes, a pesar de que le trataba con respeto como si fuera su padre, le preguntó quién era él, y Natán le respondió:

—Yo soy un humilde servidor de Natán, que desde mi niñez he envejecido con él sin que me haya ascendido nunca a más alto cargo del que tengo; por lo cual, mientras todos se hacen lenguas de su generosidad, yo no me puedo felicitar gran cosa de él.

Estas palabras le dieron a Mitridanes alguna esperanza de llevar a efecto con acierto y seguridad su perverso designio.

Natán le preguntó a su vez con suma cortesía quién era él y qué amistad le llevaba allí, ofreciéndole sus consejos y ayuda en lo que le fuera posible.

Mitridanes tardó algo en contestar, y al fin, resuelto a fiarse de él, le pidió con largos rodeos que le prometiera guardar silencio, dándole además sus consejos y su ayuda; luego le reveló completamente quién era, a lo que había ido y los móviles de su resolución.

Natán, al oír las explicaciones y el cruel propósito de Mitridanes, llenóse de asombro, pero casi en seguida con firmeza en el corazón y en las facciones, le dijo:

—Mitridanes, noble hombre fue tu padre, de quien tú no quieres degenerar, cuando has llevado a cabo tan gran empresa como la de ser generoso con todos y mucho alabo la envidia que te inspira la virtud de Natán, puesto que si existieran muchos seres como él, el mundo, que es sumamente miserable, pronto se volvería bueno. Tu propósito, que me has indicado permaneció indudablemente oculto, y a él más bien puedo prestarle consejo útil, que gran ayuda. Y mi consejo es éste: Desde aquí, puedes acaso ver a cosa de media milla, un bosquecito, al cual Natán va cada mañana completamente solo, paseándose largo rato por él, de modo que te será fácil encontrarle y hacer de él lo que te acomode. Si le matas, para que puedas volver sin obstáculo a tu casa, no vayas por el camino por donde viniste, sino por ése que ves sale fuera del bosque por la izquierda, porque si bien es algo más agreste, está más inmediato a tu casa y es más seguro para ti.

Mitridanes, después de recibidos estos datos y después que Natán se hubo marchado, comunicó reservadamente a sus compañeros que se hallaban igualmente allí dentro, el paraje donde tendrían que aguardarle al siguiente día.

Llegado éste, Natán, sin que el consejo dado a Mitridanes le hiciera variar de propósito, se dirigió solo al bosquecito, dispuesto a morir.

Mitridanes, habiéndose levantado y tomado su daga y su espada, pues otras armas no tenía, montado a caballo se dirigió al bosquecito y desde lejos vio a Natán, paseándose por él enteramente solo y queriendo verle y oírle hablar antes de acometerle, corrió hacia él, y cogiéndole por la capucha que cubría su cabeza, gritó:

—¡Viejo, eres muerto!

Natán se limitó a responder:

—Lo habré merecido.

Mitridanes, al oír su voz y mirarle a la cara, reconoció en seguida al que afablemente le había recibido, familiarmente le había acompañado y lealmente le había aconsejado; por lo cual, súbitamente desapareció su furor y su cólera se convirtió en vergüenza.

Arrojando lejos de sí la espada que había desenvainado para herirle, desmontó del caballo, corrió llorando a los pies de Natán, y dijo:

—Claramente conozco, amadísimo padre, vuestra liberalidad, al ver con cuánta cautela habéis venido para darme vuestra vida, de la cual, sin razón alguna a vos mismo manifesté estar deseoso; pero Dios, más solícito que yo mismo a mi deber, me ha abierto los ojos de la inteligencia en el instante en que mayor necesidad de ellos tenía por habérmelos cerrado la miserable envidia. Y cuanta mayor prontitud habéis mostrado vos en complacerme, tanto más reconozco la penitencia a que mi error me ha hecho acreedor; tomad, pues, de mí, aquella venganza que juzguéis corresponda a mi pecado.

Natán hizo poner en pie a Mitridanes, le abrazó y besó con ternura, y le dijo:

—No hay necesidad, hijo mío, de pedir ni otorgar perdón a tu empresa, aun cuando tú lo quieras, ni darle el nombre de crimen u otro cualquiera, puesto que no lo llevabas a efecto por odio, sino para que se te tuviese por mejor.

Vive, pues, seguro de mí, y ten por cierto que no hay ser viviente alguno que tanto te quiera como yo, teniendo en cuenta la grandeza de tu ánimo que no está entregado a amontonar dinero como lo hacen los miserables, sino a gastar lo amontonado. Y no te avergüences de haber querido matarme para adquirir fama, ni creas que de ello me admiro; los grandes emperadores y los reyes no han ensanchado de otro modo sus dominios; por consiguiente, su fama vino casi valiéndose del arte de matar, no a un hombre, como tú querías hacer, sino a una infinidad de hombres, de incendiar países y demoler ciudades; de modo que, si tú, para adquirir mayor fama, a mí únicamente me querías matar, no hacías una cosa sorprendente ni nueva, sino muy en uso.

Mitridanes, no excusando su perverso deseo, antes bien, alabando la noble excusa hallada por Natán, llegó a decirle a éste que se admiraba ex-

traordinariamente de cómo Natán se hubiera podido disponer a morir, y darle medio y consejo a este fin encaminados.

—Mitridanes —contestóle Natán—, no quiero que te admires de mi consejo y de mi disposición, porque desde que fui libre de mis acciones y estuve dispuesto a hacer eso mismo que tú te has propuesto hacer, nadie hubo jamás que a mi casa llegara a quien yo no contentase cuanto podía en lo que por él se me pidiera. Viniste tú ansioso de mi vida, y yo, al oírtela pedir, para que no fueras tú el único a quien dejara marcharse sin otorgarle lo que pedía, resolví inmediatamente regalártela, y para que la obtuvieras te di el consejo que me parecía bueno para que pudieses tener la mía y no perder la tuya; y por esto te digo y ruego todavía, que si ella te place la tomes y te satisfagas a ti mismo: yo no sé cómo puedo emplearla mejor. Ochenta años me he servido ya de ella y la he gastado en delicias y placeres; y sé que siguiendo el curso de la naturaleza como los demás hombres y generalmente todas las cosas, poco tiempo he de poder disponer de ella; por esto juzgo ser mucho mejor regalarla, como he regalado y gastado siempre mis tesoros, que quererla conservar para que me sea quitada contra mi voluntad por la naturaleza. Regalar cien años es un regalo pequeño, ¡cuánto menor regalo es, por lo tanto, ceder los seis u ocho que me faltan vivir! Tómala, pues, si ella te agrada, te lo suplico; pues mientras he vivido, a nadie he encontrado todavía que la haya deseado, ni sé cuándo podré encontrar a alguien si tú que la pides no la tomas. Y si yo debiera hallar alguno, comprendo que cuanto más la guarde, menos valor tendrá; por lo tanto, antes de que valga menos, tómala, te lo suplico.

Mitridanes, sumamente avergonzado, dijo:

—Permita Dios que cosa tan preciada como es la vida vuestra, no que la tome yo, separándola de vos, sino hasta que la desee, como la deseaba hace poco. No disminuiría yo esos años, antes por el contrario, agregaría gustoso de los míos.

—Hazlo si puedes —se apresuró a replicar Natán—, y me harás hacer contigo lo que con nadie jamás he hecho, a saber: robarte cosas tuyas como jamás a nadie las robé.

Éstas y otras más agradables conversaciones sostuvieron Natán y Mitridanes, hasta que, cuando al primero le plugo, juntos regresaron al palacio, donde Natan obsequió en gran manera durante varios días a Mitridanes, y con gran ingenio y saber le animó en su alto y noble propósito.

Cuento cuarto

El amante desprendido

Maese Gentil, que ama a la hermosa Catalina, la salva de la muerte, rescatándola de la tumba.

Cosa sorprendente les pareció a todos que hubiera quien tuviera la generosidad de dar su propia sangre, y verdaderamente afirmaron que Natán había sobrepujado la generosidad del rey de España y la del abad de Cluny. El rey, después que mucho se hubo hablado sobre esto, dirigió una mirada a Lauretta, indicándole su deseo de que ella hablara; por lo tanto, ella se apresuró a decir:

—Magníficas y bellas cosas han sido, jóvenes damas, las referidas, y me parece que nada nos queda por decir, como no echemos mano de las historias de amor, las cuales proporcionan abundantísima cantidad de materiales para cualquier asunto; de consiguiente, tanto por esto como por lo que a principalmente inducirnos debe nuestra edad, pláceme referiros la munificencia de un enamorado que, todo bien considerado, tal vez no os parecerá menor que alguna de las referidas, si es cierto que los tesoros se dan, las enemistades se olvidan y la propia vida, la honra y la fama, que es mucho más, se exponen a mil peligros para poder poseer el objeto amado.

Hubo, pues, en Bolonia, nobilísima ciudad de Lombardía, un caballero respetado por sus virtudes y por la nobleza de su sangre, que se llamó maese Gentil Carisendi, cuyo joven se enamoró de una bella dama llamada Catalina, esposa de un tal Nicolás Caccianimico, y como no era correspondido por la dama, desesperado casi por esto, nombrado podestá de Módena, se fue allá. En este tiempo, no hallándose Nicolás en Bolonia y habiendo ido la dama por hallarse encinta, a vivir a una posesión suya distante tres millas de la ciudad, acaeció que de improviso le sobrevino un cruel accidente, que tal y de tanta fuerza fue, que hizo desaparecer en ella toda señal de vida, lo cual hizo que hasta algún médico la creyese muerta, y como sus más próximos parientes dijeran que según ella les había manifestado no estaba tan adelantado su embarazo que pudiera ser perfecta la criatura, sin tomarse molestia alguna y después de mucho haber llorado, la sepultaron tal como estaba, en una tumba de una iglesia inmediata.

Este suceso fue súbitamente comunicado por un amigo a maese Gentil, quien lo sintió mucho, a pesar de la indiferencia de que había sido objeto por parte de Catalina, diciendo al fin para sí:

—Has muerto ya, Catalina; mientras viviste, jamás pude obtener de ti una mirada; ahora que no te puedes defender, quiero, muerta como estás, robarte un beso.

Y dicho esto, siendo ya de noche, mandó que se tuviese oculta su partida, y montando a caballo con un criado suyo, llegó sin detenerse adonde la dama estaba sepultada, y habiendo abierto la tumba, penetró rápido en ella, tendiéndose a su lado, aproximó su rostro al de ella y la besó llorando re-

petidas veces. Pero como ya vemos que el apetito de los hombres jamás llega a saciarse, antes bien, desea ir más allá, y muy especialmente el de los amantes, cuando se disponía Gentil a marcharse, dijo:

—¿Por qué no la toco yo un poco en el pecho, ya que aquí estoy? No la he de tocar jamás, ni jamás la toqué.

Cediendo, pues, a este apetito, púsole en el pecho la mano, y como allí la mantuviera por algún espacio de tiempo, parecióle notar que a la muerta le latía un poco el corazón. Cuando hubo arrojado de sí toda sombra de miedo, buscó con más atención y halló que la dama no estaba realmente muerta, aun cuando le pareciera débil y poca la vida que en ella había, por lo cual, con la ayuda de su criado, la sacó de la tumba tan suavemente como pudo, y colocándola delante del caballo, condújola tan secretamente como pudo a su casa de Bolonia.

Estaba allí la madre de él, señora animosa y prudente, quien, después que se lo hubo hecho explicar todo minuciosamente por su hijo, sintióse movida a piedad, y cuidadosamente hizo recobrar a la joven con mucho calor y con algún baño la desviada vida.

Al volver en sí Catalina, lanzó un gran suspiro, y exclamó:

—¡Ay de mí! ¿Dónde estoy?

A lo cual, la excelente señora contestó:

—Anímate, estás en buen sitio.

Vuelta ésta en sí y habiendo mirado en torno suyo, no conociendo bien dónde se hallaba, y viendo delante de ella a maese Gentil, suplicó llena de asombro a la madre de éste que le dijera cómo había ido a parar allí: maese Gentil se lo explicó absolutamente todo.

Apesurada ella de momento, poco después le expresó como supo su gratitud; luego le rogó por aquel amor que antes él le había profesado, y por la honra de él mismo, que no le hiciese en su casa cosa que dejara de ser honrosa para ella y para su marido: y que cuando hubiese llegado el día, a su propia casa la dejara regresar.

—Señora —respondió Gentil—, cualesquiera que hayan sido mis deseos en otros tiempos, no pretendo ni ahora ni jamás en lo sucesivo (puesto que Dios me ha concedido la gracia de habérmeos devuelto de muerte a vida, merced al amor que os había tenido), trataros ni aquí ni afuera de aquí, más que como una querida hermana; pero este servicio que en vos he ejecutado esta noche, merece alguna recompensa; por lo tanto, quiero que no me neguéis una gracia que yo os pediré.

Benévolamente dijo Catalina que estaba dispuesta a concedérsela, con tal que ella pudiese y fuese digna. Entonces maese Gentil añadió:

—Señora, todos vuestros parientes y toda Bolonia cree y tienen por cierto que estáis muerta; por lo tanto, nadie hay que en casa os espere ya; siendo así, la gracia que de vos deseo es, que os dignéis quedaros ignorada aquí con mi madre, hasta que yo regrese de Módena, que será pronto. Y el motivo porque esto os pido, es porque me propongo que vos, en presencia de los mejores conciudadanos de este país, le hagáis un precioso y solemne regalo.

Comprendiendo la dama que le estaba obligada al caballero, y que era honesta su demanda, aun cuando deseaba vivamente devolver a sus parientes la alegría, viéndola viva, consintió en hacer lo que Gentil le pedía; así se lo prometió bajo palabra. Apenas acabada esta conversación, sintió llegada la hora del parto: por lo cual, tiernamente auxiliada por la madre de Gentil, no tardó mucho en dar a luz un niño; lo cual aumentó considerablemente la alegría del joven y de la dama.

Gentil mandó que se dispusiera todo lo necesario, y que se le sirviera a ella como si fuese su propia esposa, y se volvió secretamente a Módena. Cuando hubo terminado el tiempo de su cargo y tuvo que volver a Bolonia, dispuso que en la mañana del día en que debía entrar en su ciudad, se dispusiera en su casa un magnífico banquete al que asistieran muchos y muy notables señores de Bolonia, y Nicolás Caccianimico entre ellos; cuando hubo regresado, se hubo apeado y se hubo encontrado con ellos, habiendo hallado igualmente a la dama más hermosa y más sana que nunca, y visto que su hijo estaba bien, hizo sentar a la mesa con incomparable alegría a sus invitados y les hizo servir magníficos manjares. Y cuando estaban ya casi al fin de la comida, habiendo dicho antes a la dama lo que se proponía hacer y convenido con ella el modo de llevarlo a cabo, comenzó a expresarse en estos términos:

—Recuerdo, señores, haber oído decir alguna vez que existe en Persia una costumbre, muy digna de elogio en mi opinión, que consiste en que, cuando alguien quiere obsequiar en gran manera a un amigo suyo, y, una vez allí, le enseña lo que tenía en más estima: como su mujer, su amiga, su hija, o cosa parecida, asegurando que, así como aquello le enseña, con mucho mayor gusto le enseñaría su corazón; esta misma costumbre me propongo observar en Bolonia. Vosotros os habéis dignado honrar mi banquete, yo quiero honrarlos al estilo de Persia, mostrándoos la cosa que más quiero en el mundo o que jamás tanto haya querido. Pero antes de que lo haga, os ruego que me deis vuestro parecer sobre una duda que os indicaré. Hay alguna persona que tiene en su casa a un servidor suyo bueno y muy fiel, el cual cae gravemente enfermo: este tal, sin aguardar la muerte del servidor enfermo, le hace llevar al medio de la calle y no se cuida más de él; llega un extraño, compadécese del enfermo, se lo lleva a su casa y con gran solicitud y grandes gastos, le hace recobrar su anterior salud.

Ahora, yo quisiera saber si teniéndola en casa y utilizando sus servicios, puede su señor lamentarse o quejarse razonablemente, si al reclamarlo aquél, éste no se lo quisiera devolver.

Los comensales, después de haber largamente hablado entre sí y haber sido todos de un mismo parecer, encomendaron la respuesta a Nicolás Caccianimico, porque era apuesto y sabía hablar bien. Éste, después de elogiar la costumbre de los persas, dijo que él y todos los demás allí reunidos, opinaban que el primer señor ningún derecho tenía ya sobre su servidor, después que en tal circunstancia lo había no solamente abandonado, sino echado de su casa, y que en virtud de los beneficios recibidos del segundo, parecía justo que hubiese pasado a ser servidor suyo, y que por consiguiente

te, ninguna incomodidad, ninguna imposición, ninguna injuria le hacía al primero reteniéndolo.

Todos los demás que a la mesa se hallaban, entre los cuales había hombres de gran saber, dijeron que hallaban justo y razonable lo que Nicolás había contestado.

Contestó el caballero a tal respuesta, y como Nicolás fuera quien la hubiese dado, dijo que él era también de esta opinión; luego añadió:

—Ahora es tiempo ya de que os honre según lo prometido.

Y habiendo llamado a dos de sus servidores, los envió a la dama a quien él había hecho vestir y adornar suntuosamente, diciéndoles que le rogasen se dignara venir a honrar con su presencia a aquellos señores.

Catalina, tomando en brazos a su hermosísimo hijo, presentóse en el salón acompañada por dos criados; accediendo a los deseos de Gentil, fue a sentarse junto a un ilustre caballero; entonces maese Gentil, dijo:

—Señores: ésta es aquella cosa que más estimo y considero debo estimar más que otra cualquiera; ved si os parece que tengo razón.

Los caballeros, después de haberla honrado, alabado mucho, y de haberle afirmado al caballero que la debía estimar, empezaron a mirarla, y había muchos que habrían dicho que era ella quien realmente era si no la hubiesen tenido por muerta. Pero quien más que todos la miraba era Nicolás, el cual, como Gentil hubiese salido por un instante, ansioso de saber quién fuese ella, le preguntó, sin poderse reprimir, si era boloñesa o forastera.

La dama, al oírse interrogada por su marido tuvo que hacer grandes esfuerzos para no responderle; no obstante, fiel a la promesa que había hecho, nada contestó.

Alguien le preguntó si era suyo aquel niño, y otro, si era esposa de maese Gentil o si estaba emparentada con él, sin que ninguno de ellos respueste alguna obtuviese.

Al reaparecer maese Gentil, díjole alguno de sus convidados:

—Señor, es muy hermosa, pero parece muda; ¿lo es realmente?

—Señores —respondió Gentil—, el no haber hablado ella ahora, os da una grande prueba de su virtud.

—Decidnos, pues, vos —añadió el primero—, quién es ella.

Entonces el caballero dijo:

—Gustoso lo haré, pero con tal de que me prometáis que diga yo lo que diga, nadie se moverá de su sitio hasta que yo haya terminado mi relato.

Todos uno a uno lo prometieron, y habiéndose levantado las mesas, Gentil fue a sentarse al lado de la dama, y prosiguió:

—Señores: esta dama es aquel leal y fiel servidor, sobre el cual ha poco os consulté, porque ella, poco estimada por los suyos, y echada en medio de la calle como cosa vil e inútil ya, fue recogida por mí y con mi solicitud y con mis fuerzas la arrebaté a la muerte, y Dios, secundando mis buenos designios, convirtiómela de espantoso cuerpo en este dechado de hermosura.

Pero a fin de que más claramente comprendáis cómo me ha acaecido esto, en breves palabras os lo voy a explicar.

Y empezando por la pasión que por ella había sentido, refirió distin-

tamente todo lo acaecido hasta entonces, con gran asombro de todos, y luego añadió:

—Por todo lo cual, si desde entonces para acá no habéis cambiado de parecer, y especialmente Nicolás, esta mujer me pertenece de derecho y nadie con justo título me la puede reclamar.

Nadie respondió a esto, antes por el contrario aguardaban todos lo que maese Gentil debía añadir después.

Nicolás, algunos de los que allí estaban y la dama vertían lágrimas de compasión, y entonces maese Gentil, poniéndose en pie y tomando en brazos al pequeñín y a la dama por una mano, se fue hacia Nicolás y le dijo:

—Levántate, compadre, no te devuelvo tu mujer, a quien tus parientes y los suyos echaron de casa, pero quiero regalarte esta mujer, comadre mía, con este hijito suyo que estoy seguro que lo engendraste tú, y que yo llevé a la pila bautismal dándole el nombre de Gentil, y te ruego que, aun cuando ella haya permanecido en mi casa cerca de tres meses, no por esto le tengas menos cariño; pues yo te juro por aquel Dios que tal vez hizo que me enamorara en otro tiempo de ella, para que mi amor fuese, como lo ha sido, causa de su salvación, que jamás vivió más honestamente con sus padres ni contigo, de lo que ha vivido en mi casa al lado de mi madre.

Y dicho esto, volvióse a la dama y añadió:

—Señora: desde este instante os relevo de cuantas promesas me hicisteis y os dejo libre de reuniros con Nicolás.

Y poniendo a la mujer y al niño en brazos de Nicolás, volvió a tomar asiento. Anhelante recibió Nicolás a su mujer y a su hijo, tanto más contento, cuanto más distante de esperarla estaba, y dio las gracias al caballero de la mejor manera que pudo y supo; todos los demás, que lloraban enterrecidos, llenaron de elogios al caballero.

La dama fue recibida en su casa con grandes festejos, y los boloñeses la miraron durante largo tiempo con asombro y casi como resucitada; y maese Gentil vivió siempre amigo de Nicolás, de sus parientes y de los de la dama.

Cuento quinto

El jardín embrujado

Dianora pide a maese Ansaldo un jardín de enero hermoso como si fuera de mayo. Maese Ansaldo, comprometiéndose con un nigromante se lo da; el marido consiente en que ella dé gusto a maese Ansaldo, el cual, al oír la liberalidad del marido le absuelve de la promesa, y el nigromante absuelve a maese Ansaldo, sin querer cosa alguna por su trabajo.

Elogiado hasta el cielo había sido ya maese Gentil por todos los de la tertulia, cuando el rey ordenó a Emilia que continuase, y ésta, como deseosa de hablar, así empezó:

—Delicadas damas: nadie dirá con razón que maese Gentil obró muníficamente, pero, si otro decir quisiera que más muníficamente no se puede obrar, no sería difícil demostrar que verdaderamente se puede; y esto me propongo referiros en mi historieta.

En Frioli, país aun cuando frío, alegre por sus hermosas montañas, numerosos ríos y claras fuentes, hay una villa llamada Udine, donde en otro tiempo hubo una hermosa y noble dama, llamada Dianora, esposa de un hombre muy rico llamado Gilberto, bastante amable y bonachón. Y esa dama, por su valor, mereció ser extraordinariamente amada por un noble y grande barón llamado maese Ansaldo Gradense, hombre de calidad y conocido de todos por su valer y su cortesía.

Como la amaba con ardor y hacía cuanto le era posible para ser amado por ella, solicitábala a menudo por medio de mensajes, que ella no atendía. Y como a la dama le disgustara la insistencia del barón, y viera que, a pesar de que ella le negaba todo lo que le pedía, no cesaba él de amarla ni de solicitarla, resolvió quitárselo de encima pidiéndole una cosa extraña y a su juicio imposible. A cuyo fin, cierto día le dijo a una mujer que con frecuencia venía a verla de parte de él:

—Muchas veces me has asegurado, buena mujer, que maese Ansaldo me ama más que todas las cosas, y de parte de él me has ofrecido regalos maravillosos, que no he querido aceptar porque jamás consentiría yo en amarle ni en complacerle en cambio de ellos; y si yo pudiera estar segura de que me ama tanto como dices, indudablemente consentiría en amarle, y en hacer lo que él quisiera.

—¿Qué es, señora —preguntó la buena mujer—, lo que deseáis que haga él?

Contestó la dama:

—Oye lo que deseo: quiero junto a esta villa y en el mes de enero que viene, un jardín lleno de verdes hierbas, de flores y de árboles frondosos, ni más ni menos que si estuviéramos en mayo; y si no hace esto, que nunca más os vuelva a enviar ni a ti ni a nadie más, porque si continuara importunándome, así como hasta ahora nada les he dicho ni a mi marido ni a mis parientes, procuraría quitármelo de encima quejándome a ellos.

Al oír el caballero la petición y la oferta de Dianora, aun cuando le pareció cosa grave y casi imposible de hacer, conociendo que ella le pedía esto con el único objeto de quitarle toda esperanza, propúsose, sin embargo, hacer lo que jamás pudiera hacerse en esta materia, y envió a varias partes del mundo para ver si se daba con alguien que pudiese ayudarle y aconsejarle; y vínole a la mano uno que, si le pagaba bien, se ofrecía a hacerlo por arte de encantamiento.

Habiéndose concertado maese Ansaldo con él por una crecidísima suma de dinero, esperó tranquilo la época que se le había fijado.

Llegado éste, siendo muy intensos los fríos y estando todo lleno de nieve y de hielo, nuestro mago hizo que, en un hermosísimo prado inmediato a la ciudad, en la noche que seguía a las calendas de enero, apareciera a la mañana siguiente, según atestiguaban los que lo veían, uno de los jardines

más hermosos que jamás nadie visto hubiera, con hierbas, con árboles y con frutas de toda especie.

Cuando maese Ansaldo lo hubo visto, mandó coger de las más hermosas frutas y de las flores más bonitas que allí había las hizo presentar ocultamente a Dianora, invitándole a ver el jardín por ella pedido, a fin de que por él pudiera comprender cuánto la amaba y recordase la promesa que le había hecho, afirmada con juramento, y procurase luego cumplírsela como mujer leal. La dama, al ver las flores y las frutas, y habiendo oír hablar a muchos de aquel sorprendente jardín, comenzó a arrepentirse de su promesa. Pero a pesar de todo su arrepentimiento, como tenía deseos de ver cosas nuevas, fue a ver el jardín con muchas otras damas de la ciudad, y no sin asombro lo elogió, volviéndose luego a su casa incomparablemente afligida, pensando en lo que por aquello se veía obligada: fue tal su pesar, que, no pudiendo ocultarlo, fue preciso que apareciéndosele al exterior, se diese cuenta de ello su marido, y quisiera resueltamente saber de sus labios la causa de aquella pesadumbre.

La dama, avergonzada, lo calló por largo tiempo, mas obligada al fin, se lo manifestó todo. De momento, Gilberto, al oír esto, se enojó en gran manera; después, considerando la buena intención de su mujer, renunciando con mejor acuerdo a su cólera, dijo:

—Dianora, no es de mujer cuerda y honesta dar oídos a mensaje alguno de esta clase, ni pactar bajo condición alguna su castidad con nadie. Las palabras recibidas por los oídos del corazón, tienen mayor fuerza de lo que muchos se figuran, y a los enamorados casi todo les es posible: mal obraste, pues, primero en escuchar y después en pactar; pero como yo conozco la pureza de tu corazón, para librarte del compromiso de tu promesa, te concederé lo que acaso nadie más concedería; induciéndome principalmente a esto el miedo al nigromante, a quien tal vez maese Ansaldo, si tú te burlases, le encomendaría que nos hiciera algún mal juego. Quiero que vayas a él y hagas todos los posibles para que, salvando tu honestidad, quedes relevada de tu promesa, y si no hay otro remedio, le concedas por esta vez el cuerpo, mas no el corazón.

La dama, al oír a su marido, lloraba y se negaba a admitir tal gracia de él, pero Gilberto, a pesar de la empeñada resistencia de su mujer, quiso que así fuese. Por lo cual, a la mañana siguiente, al despuntar la aurora, se dirigió la dama a casa de maese Ansaldo, precedida de dos servidores suyos y con una camarera al lado. Al oír éste que Dianora había estado en su casa, sorprendióse en gran manera, y levantándose y haciendo llamar al nigromante, le dijo:

—Quiero que veas la conquista que tu arte me ha proporcionado.

Y saliendo al encuentro de la dama, sin dejarse llevar de apetito alguno desordenado, con delicada respetuosidad la recibió, y entrando todos en una magnífica habitación donde ardía un gran fuego, y haciéndola sentar a ella, dijo:

—Señora, si el largo amor que os he profesado merece alguna recompensa, os ruego que no os abstengáis de ponerme de manifiesto el motivo verdadero que os ha hecho venir a tal hora y con tal compañía.

La dama, ruborosa y casi con lágrimas en los ojos, respondió:

—Caballero: no me traen aquí ni el amor que os tenga, ni mi palabra empeñada, sino el mandato de mi marido, el cual, respetando más las dificultades empresas de vuestro desordenado amor, que su honra y la mía, me ha hecho venir aquí; y por mandato suyo estoy dispuesta, por esta vez, a complacerlos.

Maese Ansaldo, si se sorprendió al principio al oír a Dianora, mucho más se sorprendió después; y conmovido por la liberalidad de Gilberto, transformóse en compasión su anhelo, y dijo:

—No permita Dios, señora, puesto que es tal como decís, que yo manche la honra de quien de mi amor se compadece; y por lo tanto, mientras aquí permanezcáis, que permanecer podéis cuanto os plazca, será como si fuerais hermana mía, y podréis marcharos libremente cuando os acomode; y a vuestro marido le daréis las gracias que juzguéis por convenientes, teniéndome siempre y en todo tiempo por hermano y servidor.

Al oír esto la dama, loca de alegría, exclamó:

—Nada pudo hacerme creer jamás atendiendo a vuestras costumbres, que otra cosa resultar debiera de mi venida que lo que veo que resulta, y de ello os quedará siempre reconocida.

Y despidiéndose respetuosamente acompañada, se volvió a su casa y le refirió a Gilberto lo que acontecido había, lo cual unió a éste y a maese Ansaldo en una estrecha y leal amistad. El nigromante, a quien maese Ansaldo se disponía a entregar la cantidad ofrecida, al ver la liberalidad de Gilberto para con maese Ansaldo y la de éste para con Dianora, dijo:

—No permita Dios, ya que he visto a Gilberto dadivoso de su honra y a vos dadivoso de vuestro amor, que no lo sea también yo de mi recompensa; y por lo tanto, conociendo que lo que he hecho es de vuestro agrado, quiero que vuestro sea.

Avergonzóse el caballero y procuró hacerle tomar el todo o parte de lo que le correspondía, mas viendo que en vano se esforzaba, y como al tercer día destruyera el nigromante su obra y se dispusiera a partir, le despidió, y habiendo arrojado del corazón el concupiscente amor que sintiera por Dianora, quedó inflamado de honesto cariño.

Cuento sexto

Las pescadorcillas

El rey Carlos el Viejo se enamora de una jovencita y avergonzándose de su loco pensamiento, casa honrosamente a ésta y a una hermana suya.

Difícil sería exponer las variadas conversaciones que entre sí tuvieron las damas, sobre cuál de los tres se mostrara más espléndido. Después que el rey hubo permitido que se discutiera esto, mirando a Fiammetta, ordenó-le que cortase la discusión tomando la palabra, y ésta se apresuró a efectuarlo, diciendo:

—Espléndidas damas: yo opiné siempre que en reuniones como las nuestras, se debería tan ampliamente hablar, que la excesiva estrechez de la intención de las cosas dichas no diese asunto para discutir. Esto es más propio de las escuelas y de los estudiantes que de nosotras, que apenas bastamos para la rueca y el huso, y por eso yo, al veros disputar por lo ya dicho, renunciaré a ciertas dudas que me habían asaltado y os contaré, no ya de hombre de poca calidad, sino de un valeroso rey, lo que caballerosamente hizo, sin apartarse en nada de la senda del honor.

Todas vosotras podéis haber oído mencionar algunas veces al rey Carlos el Viejo o Carlos I, por cuya magnífica empresa, y luego por la gloriosa victoria obtenida sobre el rey Manfredo, fueron arrojados de Florencia los Gibelinos y volvieron a ella los Güelfos. Por cuyo motivo un caballero llamado maese Neri de los Uberti, que de allí saliera con toda su familia y con mucho dinero, no quiso someterse sino al rey Carlos, y para vivir en lugar solitario y terminar allí en reposo sus días, partió a Castello de Mare de Distabia, donde compró un magnífico terreno plantado de olivos, nogales y castaños, que son los árboles que más abundan en aquel país; levantó en él un edificio bonito y espacioso, y al lado de él un delicioso jardín en medio del cual, como tuviera agua en abundancia, construyó un gran vivero a nuestra usanza, claro y hermoso y lo llenó fácilmente de muchos peces.

Y no atendiendo a otra cosa que a embellecer más cada día su jardín, acaeció que el rey Carlos, para descansar algo, se trasladó en el verano a Castello de Mare; y habiendo oído hablar del hermoso jardín de maese Neri, tuvo deseos de verlo. Sabiendo a quién pertenecía, pensó que militando el caballero en el partido de sus contrarios, debía tratarlo con mayor familiaridad para congraciarse con él y atraérselo a su partido, y le mandó decir que a la noche siguiente iría sin aparato alguno a cenar con cuatro compañeros suyos en el jardín.

Mucho le plugo esto a maese Neri, y habiendo dispuesto magníficamente y ordenado a su servidumbre lo que se debía hacer, lo mejor que supo y pudo recibió al rey en su hermoso jardín. El rey, después que hubo visto y elogiado todo el jardín y la casa de maese Neri, estando puestas las mesas al lado del vivero, sentóse después de lavado a una de ellas, y ordenó al conde Guido de Monforte, que era uno de sus compañeros, que se sentase a uno de sus lados y a maese Neri al otro, y a los tres caballeros restantes que con ellos habían venido, les ordenó que se instalaran en los sitios dispuestos por maese Neri. Delicados fueron los manjares y exquisitos los vinos, y el orden magnífico y muy digno de elogio, sin aparato y sin incomodidad, cosa que el rey alabó mucho. Mientras estaban comiendo tranquilamente y ponderando aquel solitario lugar, penetraron en el jardín dos jovencitas de unos quince años de edad, rubias como el oro y con el cabello todo ensortijado y adornado con una ligera guirnalda de vinca pervinca, pareciendo sus rostros, por lo delicados y bellos, más bien rostros de ángel que de mujer; iban vestidas con un ropaje de lino finísimo y blanco como la nieve, que desde la cintura para arriba era sumamente estrecho y de la cintura para abajo, ancho a manera de

pabellón y largo hasta los pies. La que iba delante llevaba en los hombros un par de redes de pescar que sostenía con la mano izquierda, y en la derecha llevaba un largo bastón.

La que venía detrás llevaba a la espalda izquierda una sartén, y debajo de aquel mismo brazo un hacecito de leña, y en una mano una trébede, y en la otra mano una aceitera de barro y una pequeña antorcha encendida.

Sorprendióse el rey al verlas y esperó suspenso ver lo que significaba aquello. Adelantándose tímidas y ruborosas las jovencitas, saludaron al rey; después, encaminándose al sitio por donde se entraba en el vivero, la que llevaba la sartén la colocó en el suelo con todo lo demás, tomó el bastón que la otra llevaba y llegadas ambas al vivero, cuya agua les llegaba hasta el pecho, penetraron en él.

Uno de los servidores de maese Neri se apresuró a encender el fuego, y puesta la sartén encima de la trébede y vertido aceite en ella, quedó aguardando que las jovencitas le echaran pescado. Una de ellas sondeaba en aquellos sitios donde sabía que los peces se escondían, y la otra paraba las redes con sumo placer del rey, que miraba atentamente aquello; en breve espacio de tiempo cogieron bastantes peces; y echándoselos al criado, que casi vivos los ponía en la sartén, como estaban amaestradas, pusieronse a coger de los más bonitos y a echarlos encima de la mesa delante del rey, del conde Guido y de su padre. Estos peces saltaban por encima de la mesa, cosa que causaba maravilloso placer al rey, quien cogiéndolos a su vez, se los arrojaba cortésmente a las jóvenes. Este juego continuaron hasta tanto que el criado hubo frito los que se le había dado, plato que por orden de maese Neri, púsose delante del rey, más bien como un entremés que como un manjar exquisito y delicioso.

Las niñas, al ver fritos los peces y habiendo pescado lo bastante, salieron del vivero, llevando enteramente pegadas al cuerpo sus blancas y sutiles vestiduras, de tal suerte, que ninguna de sus formas se les disimulaba, y después de recobrar cada cual las cosas que trajera, pasando ruborosas por delante del rey, se volvieron a su casa.

El rey, el conde y los demás servidores habían examinado atentamente aquellas jovencitas, y para sus adentros habían elogiado mucho su belleza y sus buenas formas, además de su afabilidad y educación; pero a quien especialmente habían agradado, era al rey, el cual tan atentamente las había contemplado al salir ellas del agua, que si en aquel instante le hubieran pinchado, no lo hubiera notado, y pensando cada vez más en ellas, sin saber quiénes fuesen sintió despertar en su corazón un ardentísimo deseo de agradecerlas, por lo cual, perfectamente comprendió que se enamoraría si no se ponía en guardia, sin saber él mismo cuál de las dos era la que le gustaba más, por ser tanta la semejanza entre una y otra.

Después que hubo estado largo rato pensando en esto, volviéndose a maese Neri, le preguntó quiénes eran aquellas dos damiselas. Maese Neri le respondió:

—Son dos hijas mías, gemelas, monseñor, de las cuales la una se llama Ginebra la bella, y la otra Isotta la rubia.

Elogiolas mucho el rey, animándole a que las casara, de lo cual se ex-

cusó maese Neri en su falta de posibilidades. A todo esto, no faltando servir en la cena no más que las frutas, vinieron las dos jovencitas vestidas de precioso tafetán, llevando dos grandes platos de plata en las manos, llenos de frutas de la estación, colocándolos encima de la mesa delante del rey.

Hecho esto, haciéndose algo para atrás, entonaron una canción para el rey, con tanta dulzura y gracia, que éste con deleite las miraba y escuchaba, pareciéndole que todas las jerarquías angélicas habían bajado a cantar allí. Terminada su canción arrodilláronse y pidieron reverentemente permiso al rey para marcharse; éste, aun cuando su partida le apenaba, aparentemente satisfecho, se lo dio.

Concluida la cena, y después que el rey y sus acompañantes se hubieron despedido de maese Neri y montado a caballo, regresaron al palacio real, hablando de distintas cosas. El rey, manteniendo oculta su pasión, y, no pudiendo olvidar, aun en medio de sus importantes asuntos, la hermosura y la gracia de Ginebra la bella, por cuyo amor también de igual manera amaba a la hermana de ella, tanto se dejó prender en las amorosas redes, que casi no podía pensar en otra cosa; pretextando otras razones, tenía una estrecha familiaridad con maese Neri, y con bastante frecuencia visitaba su hermoso jardín para ver a Ginebra.

No pudiendo dominarse más, habiéndosele ocurrido el pensamiento, por no saber dar con otro medio, de quitarle al padre, no solamente una, sino las dos hijas, manifestó su amor y su intención al conde Guido, el cual, como era un hombre de pro, le dijo:

—Mucho me sorprende, monseñor, lo que me decís, y es tanto mayor mi sorpresa, cuanto me parece haber conocido mejor que nadie vuestras costumbres desde vuestra juventud hasta ahora, y no habiéndome parecido jamás en vuestra juventud, durante la cual el amor debía clavaros más fácilmente sus uñas, que tal pasión hubieseis conocido, al oíros ahora que estáis próximo a la vejez, tal necesidad y extrañeza me causa el que estéis enamorado, que casi me parece un milagro; si a mí me estuviera bien el reprenderos por esto, bien sé lo que os diría, atendiendo a que estáis aún arma al brazo en el reino nuevamente conquistado, en una nación desconocida, llena de engaños, de traiciones y enteramente ocupado en arduos negocios y elevados asuntos, aun cuando no habéis podido ponerlos a descansar, y en medio de tan importantes cosas, le habéis hecho plaza al provocativo amor. Esto no es acto de rey magnánimo, sino de pusilánime jovencito. Y a más de esto, decís, lo cual es mucho peor, que habéis resuelto quitarle sus dos hijas al pobre caballero que en su casa os ha obsequiado más de lo que podía y que para mejor honraros os las ha presentado casi desnudas, testificando con esto cuánta sea la confianza que en vos tiene y que cree firmemente que vos sois rey y no lobo rapaz. ¿Tan pronto se os ha ido de la memoria que las violencias hechas por Manfredo a las mujeres, os han abierto la entrada en este reino? ¿Qué traición se cometió jamás más digna de eterno suplicio, de lo que sería ésta de quitarle vos a quien os honra, la honra suya, su esperanza y su consuelo? ¿Qué diría de vos, si esto hicierais? Vos juzgáis tal vez que sería excusa suficiente el de-

cir: "lo hice porque es gibelina". ¿Es que ahora la justicia de los reyes es que deba tratarse de esta suerte a aquellos, sean quienes fueren, que en tal forma se ponen bajo su amparo? Yo os recuerdo, monseñor, que es inmensa vuestra gloria en haber vencido a Manfredo, pero es mucho más inmensa todavía el vencerse a sí mismo; de consiguiente, vos, que tenéis que corregir a los demás, venceos a vos mismo, refrenad este apetito, y no echéis a perder con semejante mancha lo que habéis conquistado gloriosamente.

Estas palabras hirieron amargamente el ánimo del rey, y tanto más le afligieron, cuanto más verdaderas las comprendía; por lo cual, después de un profundo suspiro, dijo:

—Conde, verdaderamente considero que todo otro enemigo por fuerte que sea, es más fácil de vencer con algún valor y experiencia que el domar uno de sus propios apetitos; pero aun cuando sea grande el afán y necesite incalculable fuerza, tanto me han aguijoneado vuestras palabras, que, antes de que pasen muchos días, he de haceros ver, por mis actos, que si sé vencer a los demás, también sé sobreponerme a mí mismo.

Pocos días después de esta conversación, volvióse el rey a Nápoles, y ya para quitarse a sí propio de cometer alguna villana acción, o bien para premiar al caballero por los obsequios recibidos de él, y aun cuando fuese para él cosa dura hacer que poseyera otro aquello que él en gran manera deseaba para sí, propúsose, sin embargo, casar a las dos jóvenes, y no como hijas de maese Neri, sino como a sus propias hijas.

Y habiéndolas dotado magníficamente, con viva satisfacción de maese Neri, cedió Ginebra la bella por esposa a maese Maffeo de Palizzi, e Isotta la rubia, a maese Guillermo de la Magna, nobles caballeros y grandes barones ambos; una vez destinadas marchóse con viva pena a Puglia, y tanto maceró con incesantes fatigas su fiero apetito, que rotas al fin las amorosas cadenas, quedó libre de tal pasión por todo el resto de su vida.

Cuento séptimo

La dama del rey de Aragón

El rey Pedro, sabedor del ardiente amor que le profesa Lisa, enferma, la anima y después la casa con un noble joven, y besándola en la frente, titúlase después siempre su caballero.

Terminado había Fiammetta su historia: muy alabada había sido la viril munificencia del rey Carlos, aun cuando alguna gibelina que allí había no le quisiera alabar, cuando Pampinea, por orden del rey, empezó a decir:

—Nadie discreto habría, estimables damas, que no dijera lo que vosotros decís del buen rey Carlos, si no por otra razón mal le quisiera; pero, como me anda por la memoria una cosa tal vez no menos digna de alabanza

que ésta, hecha por un adversario suyo en una conciudadana nuestra, os la voy a referir.

En la época en que los franceses fueron arrojados de Sicilia, había en Palermo un conciudadano nuestro, boticario, llamado Bernardo Puccini, hombre sumamente rico, quien de su esposa tenía una hija única, hermosísima y casadera ya; habiendo venido a ser señor de la isla el rey Pedro de Aragón, celebraba maravillosas fiestas con sus barones en Palermo. Como en dichas fiestas justaran a la catalana, acaeció que la hija de Bernardo, que se llamaba Lisa, le vio tornear desde una ventana, donde se hallaba con otras damas; tan maravillosamente le plugo, que mirándole una y otra vez, se enamoró apasionadamente de él. Terminadas las fiestas, hallándose ella en casa de su padre, no podía pensar en otra cosa que en aquel su magnífico y elevado amor.

Lo que tocante a esto más la afligía, era el conocimiento de su ínfima condición, que apenas esperanza alguna le dejaba tener en que lograra satisfacer sus anhelos; mas no por eso quería renunciar a su amor, si bien por temor de mayor pena no se atrevía a ponerlo de manifiesto.

El rey no lo había advertido ni se preocupaba por ella, lo cual a ella le causaba un pesar tan grande, como no es posible imaginar. Por lo cual, acaeció que, aumentando continuamente el amor en ella y sobreponiéndosele una a otra las angustias, la hermosa joven acabó por caer enferma y, a ojos vistas, consumíase de día en día como la nieve al sol.

Sus padres, apesarados con esto, le prodigaron los cuidados que juzgaron necesarios; mas todo era en vano, pues ella, desesperando de su amor, estaba decidida a no seguir viviendo. Como su padre le ofreciera todo cuanto le agradaba, ocurriósele la idea de hacer saber al rey, si era posible, su amor y su propósito antes que muriera; a este fin, cierto día rogó a su padre que hiciera venir a Minuccio de Arezzo.

Minuccio era tenido en aquellos tiempos como notable cantor y músico y muy bien visto del rey Pedro. Bernardo le dijo que Lisa deseaba oírle tocar y cantar algo. El artista, que era muy complaciente, se apresuró a acudir, y después que la hubo animado algo con cariñosas frases, tocó suavemente con su viola alguna sonata y cantó después alguna canción; todo lo cual era fuego y llama para el amor de la joven, cuando él se imaginaba proporcionarle algún alivio.

Cuando Minuccio hubo dejado de cantar, indicó la joven que quería decirle a él solo algunas palabras; y cuando solos hubieron quedado, díjole ella:

—Minuccio, te he elegido a ti para fidelísimo guardador de un secreto mío, esperando, primeramente, que a nadie más que a quien yo te diga, se lo manifestarás jamás; y después, que me ayudarás en lo que puedas; así te lo ruego. Debes saber, pues, amigo Minuccio, que el día en que nuestro señor el rey Pedro hizo las grandes fiestas de su exaltación, le vi yo mientras él torneaba; en tan crítico momento, se produjo en mi alma tal fuego de amor hacia él, que me ha conducido al estado en que me ves; comprendiendo yo cuán mal le acomode mi amor a un rey, y no pudiendo, no digo arrojarlo, sino ni disminuirlo, y no siéndome posible por más tiempo soportarlo, he decidido morir para aminorar duelos, y así lo haré. La verdad es que me iría terriblemen-

te desconsolada de este mundo, si antes no lo supiera él, y no sabiendo por quién poderle dar a conocer mejor que por ti, esta misma disposición a ti te la quiero encomendar y te ruego que no te niegues a hacerlo, y que cuando lo hayas hecho, me lo hagas saber, a fin de que yo, muriendo consolada, me libre de estas penas.

Y dicho esto llorando, se calló. Admiróse Minuccio de la grandeza de ánimo de aquella joven y de su terrible propósito, compadeciéndola en gran manera; pensando cómo honestamente la podía servir, le dijo:

—Te doy mi palabra, Lisa, de la cual puedes estar segura que jamás te faltaré, y alabándote por tan alta empresa como es la de haber dedicado tu corazón a tan gran rey, te ofrezco mi ayuda, con la cual espero obrar de tal modo, si tú quieres animarte, que antes de que pasen tres días, te podré dar noticias que te serán sumamente gratas y para no perder tiempo, quiero hacerlo ahora mismo.

Lisa, rogándole de nuevo mucho que lo hiciera y prometiéndole animarse, le despidió. Habiéndose marchado Minuccio, encontró a un tal Mico de Siena, bastante buen poeta de aquellos tiempos, y con sus ruegos le indujo a componer una cancioncita, sobre cuyas palabras compuso una suave y plañidera música, tal como el asunto requería; y tres días después se fue a palacio, hallándose comiendo aún el rey Pedro; éste le dijo que cantase algo, acompañándose con su viola.

Púsose Minuccio a cantar esta canción con tal dulzura, acompañándose, que cuantos se hallaban en la real estancia, parecían atónitos, tan callados y atentos estaban todos, el rey casi tanto como los demás. Cuando Minuccio hubo acabado de cantar, preguntóle de dónde había sacado aquello, que le parecía no habérselo oído cantar nunca.

—Monseñor —contestó Minuccio—, hace apenas tres días que se compusieron la letra y la música.

Y como el rey le preguntara quién era su autor, respondió:

—No me atrevo a revelarlo como no sea a vos solo.

Deseoso el rey de saberlo, una vez terminada la comida, se fue con él a su habitación, y allí Minuccio le refirió detalladamente todo lo que habéis oído. Mucho lo celebró el rey, y elogiando a Lisa, dijo que quería compadecerse de tan animosa joven; que a este fin fuese de su parte a animarla, y le dijese que aquel mismo día sin falta, al anochecer, iría a visitarla.

Contentísimo Minuccio de llevar tan agradable noticia a la joven, fue a verla sin detenerse, llevando su viola; hablando a solas con ella, le contó todo lo acaecido; luego le hizo oír la canción acompañándose con la viola.

Tanta dicha y contento experimentó la joven con esto, que desde luego aparecieron en ella evidentes señales de mejoría; y sin que nadie de la casa supiera o presumiera el motivo, esperó ansiosa la hora en que debía ver a su señor.

El rey, que era generoso y benévolo, después que hubo pensado más detenidamente en lo que oyera de Minuccio, y conociendo muy bien a la joven y su hermosura, sintióse todavía más compadecido. Al anochecer montó a caballo, aparentando que iba a dar su paseo, se encaminó a la morada del bo-

ticario, y haciendo decir allí que se le abriera un hermosísimo jardín que el boticario poseía, desmontó en él, y al cabo de un instante, preguntóle a Bernardo qué era de su hija y si la había casado ya. Bernardo respondió:

—No está casada, monseñor; antes bien, ha estado y está aún muy enferma, si bien, desde las tres de esta tarde para acá ha mejorado de una manera sorprendente.

En seguida comprendió el rey lo que aquella mejoría significaba, y dijo:

—Lástima sería, a la verdad, que tan temprano le fuese arrebatada al mundo cosa tan bella; queremos irla a visitar.

Y con dos compañeros únicamente y con Bernardo, se encaminó poco después a la habitación de Lisa; cuando dentro estuvo, se acercó al lecho donde anhelante le esperaba algo incorporada la joven, y cogiéndola por una mano le dijo:

—¿Qué significa esto, señorita? Vos sois joven y deberíais animar a los demás, y os dejáis dominar por el mal; os suplicamos, por amor nuestro, que os animéis de tal manera, que podáis ponerlos pronto buena.

La joven, al sentir el contacto de las manos por aquel a quien sobre todas las cosas amaba, aun cuando algo se avergonzara, sentía en su ánimo tanto placer como si en el Paraíso estuviera; y haciendo un esfuerzo, le respondió:

—Señor: el querer someter yo mis pocas fuerzas a tan grande pesar, ha sido la causa de mi enfermedad, de la cual vos, con vuestras bondades, en breve libre me veréis.

Únicamente el rey entendía las encubiertas frases de la joven, y cada vez la miraba más, y repetidas veces; después maldijo interiormente la fortuna que la había hecho hija de tal hombre; después que hubo permanecido un rato con ella y húbola de nuevo animado, se marchó.

Muy elogiada fue y a grande honor atribuida esta humanidad del rey por el boticario y por su hija, la cual quedó tan contenta, como mujer alguna lo hubiera jamás quedado de su amante. Animada por mejores esperanzas, curándose en pocos días, más hermosa se volvió de lo que nunca fuera. Después que estuvo curada, habló el rey con la reina de la recompensa que por tan grande amor pudiera darle, y montando un día a caballo con muchos de sus barones, encaminóse a casa del boticario, y habiendo entrado en su jardín hizo llamar a éste y a su hija, y habiendo venido en esto la reina con muchas damas y recibida entre ellas la joven, empezaron a festejarla admirablemente. Poco después, el rey, junto con la reina, llamaron a Lisa, diciéndole éste:

—Preciosa joven: el grande amor que nos habéis profesado, os ha hecho acreedora a grande honor por nuestra parte y queremos que, por amor nuestro, estéis contenta de él, y este honor consiste en que, como vos sois casadera, queremos que toméis por marido al hombre que nosotros os daremos, a pesar de lo cual, nos, seremos siempre vuestro caballero, sin que en prenda de tan grande amor, os pidamos más que un solo beso.

La joven, cuyo rostro había encendido el rubor, haciendo suya la voluntad del rey, en voz baja, respondió:

—Muy segura estoy, señor, de que si se supiera que yo me había enamorado de vos, la mayoría de la gente me tendría por loca, creyendo que tal vez me he olvidado de quién soy yo, y que desconozco vuestra condición y la mía; pero Dios, que sólo ve los corazones de los mortales, sabe bien que la primera vez que os vi me gustasteis; comprendí que vos erais rey y yo hija del boticario Bernardo y que no me correspondía poner mi amor en lugar tan elevado. Pero como vos comprendéis mejor que yo, nadie se enamora según debida elección, sino según el apetito y el placer; a cuya ley muchas veces se opusieron mis fuerzas, y no pudiendo luchar más os amé, os amo y os amaré siempre. Verdad es que cuando me sentí presa en amor por vos, me dispuse a hacer siempre mía vuestra voluntad; por eso, no solamente haré eso de tomar gustosa marido y de querer a aquel a quien vos os plazca entregarme, lo cual será mi honra y mi deber, sino que, si vos dijerais que en medio del fuego me estuviera, creyendo complaceros, con gusto lo hiciera. Teneros a vos, monseñor, por caballero, ya sabéis mejor que yo si bien me está, y por lo tanto, a ello no respondo: ni el beso que únicamente queréis de mi amor os será concedido sin licencia de la reina, mi señora. Sin embargo, Dios os dé gracias y galardón por mí, por tanta benignidad como la vuestra y la de mi señora la reina aquí presente; pues no he de dároslas yo.

Y dicho esto, guardó silencio. Mucho le plugo a la reina la respuesta de la joven, y parecióle tan prudente como el rey se la había representado. El rey mandó llamar a los padres de la joven, y viéndolos contentos por lo que se proponía hacer, mandó llamar a un joven, que era noble, pero muy pobre, y se llamaba Perdicone, y poniéndole en la mano unas sortijas, hizo-le desposar, previo su consentimiento, con Lisa; en seguida, a más de muchas y preciosas joyas que él y la reina regalaron a la joven, les donó Ceffalú y Calatabellota, dos señoríos muy buenos y de mucho producto, diciendo:

—Te lo donamos como dote de tu esposa: lo que para ti pensamos hacer, lo verás más adelante.

Y dicho esto, volviéndose a la joven, añadió:

—Ahora queremos tomar el fruto que debemos obtener de vuestro amor.

Y tomándole la cabeza con ambas manos, la besó en la frente. Perdicone, los padres de Lisa y ésta también quedaron muy contentos, celebrando sus bodas con grandísima alegría y muchos festejos. Y según muchos afirman, el rey cumplió muy bien su promesa a la joven, por lo cual, mientras vivió, titulóse siempre su caballero y jamás asistió a hecho alguno de armas sin llevar otra enseña que la que la joven le ordenara.

Cuento octavo

Los amigos generosos

Sofronia, creyéndose esposa de Gisippo, lo es de Tito Quinto Fulvio, y se va con él a Roma, a donde llega Gisippo en miserable estado, y creyéndose despreciado de Tito, dice, para poder morir, que ha matado a un hombre. Tito le reconoce y para salvarle, dice que lo ha muerto él, y al ver esto aquél que lo había hecho, se denuncia a sí mismo; por lo cual Octaviano pone en libertad a todos y Tito da por esposa a Gisippo a su hermana y se reparte con él todos sus bienes.

Habiendo terminado Pampinea su historia y después que todos hubieron elogiado mucho al rey Pedro y más que todos la gibelina, Filomena, por orden del rey, dijo:

—Magníficas damas: ¿quién no sabe que los reyes pueden, cuando quieren, hacer todas las cosas grandes, y que además se exige muy especialmente de ellos el ser generosos? Quien, pues, pudiendo, hace lo que la corresponde, obra bien, pero no debe maravillarse tanto de ello el hombre, ni ensalzarlo con extraordinarias alabanzas, como debería hacerse con otro que lo hiciera, a quien por sus pocas posibilidades menos se exigiera. Y, de consiguiente, si con tantas palabras ensalzáis los actos de los reyes y tan bellos os parecen, no me cabe duda alguna de que mucho más os deban agradar y mucho más elogiadas deben ser las de nuestros iguales, cuando son parecidas a las de los reyes o mayores; por lo cual, me he propuesto referiros la historia de un loable y magnífico hecho llevado a cabo entre los ciudadanos amigos.

En los tiempos, pues, en que Octaviano César, no titulado aún Augusto, gobernaba el imperio de Roma como triunviro, hubo en Roma un hombre ilustre llamado Pluvio Quinto Fulvio, el cual, teniendo un hijo, llamado Tito Quinto Fulvio, de asombroso ingenio, le envió a Atenas a aprender Filosofía, y lo encomendó muy especialmente a un noble hombre llamado Cremes, que era muy antiguo amigo suyo. Tito fue instalado en la propia casa de Cremes, en compañía de un hijo de éste llamado Gisippo; y a ambos jóvenes los puso a estudiar bajo la dirección de un filósofo llamado Aristipo. Y entrando los dos jóvenes en intimidad, tan conformes se hallaron en sus costumbres que nació entre ellos una fraternidad y amistad tan grandes, que después, únicamente por la muerte, pudieron extinguirse.

Sólo se daban por satisfechos cuando podían estar juntos. Habían empezado sus estudios y, dotados ambos de gran ingenio, con igual entusiasmo subían a las gloriosas alturas de la Filosofía, haciéndose objeto de general alabanza: y así vivieron con placer sumo de Cremes, que a ambos trataba como a hijos, durante más de tres años; al fin de los cuales acaeció, como en todo acaece, que Cremes, viejo ya, abandonó este mundo: y tal pesar experimentaron ambos, como si de su común padre se tratara, que ni los amigos ni los parientes de Cremes lograban consolarles.

Algunos meses después, los parientes de Gisippo fueron a visitarlo, y de

acuerdo con Tito, le aconsejaron que se casara, encontrándole una joven de maravillosa hermosura y de ilustre prosapia, ciudadana de Atenas, y de unos quince años de edad, llamada Sofronia. Y aproximándose el plazo en que debía celebrarse la boda, cierto día Gisippo rogó a Tito que fuese con él a ver a la joven, a quien no había visto todavía: y llegados a casa de ésta y sentada la joven entre los dos, púsose a mirarla muy atentamente, como si contemplara la hermosura de la novia de su amigo, y como le gustase extraordinariamente, se enamoró apasionadamente de ella, sin dejarlo empero adivinar. Después que con ella hubieron permanecido algo, despidiéronse y se volvieron a casa. Ya en ella, Tito, solo en su habitación, púsose a pensar en la joven, enardeciéndose tanto más, a medida que en ella iba pensando.

Al notarlo, entre apasionados suspiros, empezó a decir para sí:

—¡Oh, desdichado Tito!, ¿dónde y en qué pones tu pensamiento, tu amor y tu esperanza? Los beneficios, los honores que has recibido de Cremes y de su familia, la amistad que reina entre Gisippo y tú, ¿no te imponen el deber de respetar a esa joven como a una hermana? ¿Qué amas, pues? ¿Qué esperas? Abre los ojos de la inteligencia y reconócete, desdichado, a ti mismo: da lugar a la razón, refrena el concupiscente apetito y dirige a otro punto tus pensamientos: véncete a ti mismo mientras tienes tiempo. Esto que te dispones a seguir, aun cuando tuvieras la seguridad de alcanzarlo, que no la tienes, deberías evitarlo, teniendo en consideración lo que la verdadera amistad reclama y a ella le debes. ¿Qué harás, pues, Tito? Si quieres cumplir con tu deber, renunciarás a este inconveniente amor.

Y luego, acordándose de Sofronia tomaba por un sendero opuesto y condenaba todo lo que había dicho, añadiendo:

—Las leyes de amor son más poderosas que otra ley alguna, ellas rompen, no digo las de la amistad, sino hasta las divinas: ¿cuántas veces ha amado en otro tiempo el padre a su hija, el hermano a la hermana, la madrastra a su hijastro? Mil veces se han realizado cosas más monstruosas que él amar un amigo a la mujer de otro. Además, yo soy joven, y la juventud está sometida a las leyes del amor, y por lo tanto, lo que al amor le place, a mí me debe dar también placer. Las cosas honestas corresponden a los más maduros: yo no puedo querer sino lo que el amor quiere. La belleza de esa niña merece ser amada de todos: ¿y si yo, que soy joven, la amo, quién podría reprendérmelo con razón? Aquí peca la fortuna, que ha concedido a mi amigo Gisippo más pronto que a otro esa mujer; y si ella debe ser amada (que debe serlo con justicia por su belleza), más contento debe estar Gisippo, al saber que la ame yo antes que otro.

Y haciendo burlas a sí propio, al mudar a cada instante de opinión, pasó no solamente aquel día y aquella noche, sino muchos otros, hasta el extremo de perder el sueño y el apetito, obligándole la debilidad a guardar cama. Gisippo, que durante muchos días le había visto taciturno y le veía enfermo ahora, lamentábase de ello y se esforzaba en animarle, preguntándole a menudo y con insistencia la causa de su taciturnidad y de su mal. Pero como Tito le contestara con evasivas y llegase Gisippo a conocerlo, obligóle éste a decir la verdad, entre llantos y suspiros, en estos términos:

—Gisippo, más gustosa me sería la muerte, si a los dioses les pluguiera, que seguir viviendo, pensando que la fortuna me ha llevado adonde necesito poner a prueba mi virtud y debo, con gran vergüenza mía, verla vencida; mas en verdad no espero que se me conceda pronto este beneficio de la muerte, que me sería más agradable que el vivir en el recuerdo de mi vileza, la cual, pues que a ti nada puedo y debo ocultarte, no sin gran rubor te revelaré.

Y le contó en seguida la causa de sus pensamientos, cuáles eran éstos, y la lucha entre ellos sostenida y finalmente cuáles habían quedado victoriosos y cómo moría de amor por Sofronia y afirmando que conociendo lo mal que obraba, habíase impuesto la penitencia de querer morir; cosa que esperaba poder realizar en breve. Al oír Gisippo esto y ver sus lágrimas, quedó meditando por unos instantes, como quien, si bien con menos vehemencia, estaba enamorado de la hermosa joven; pero discurrió en seguida que debía serle más cara que Sofronia la vida de su amigo; y movido a llanto por las lágrimas de éste, llorando le respondió:

—Tito, si no necesitaras consuelo como lo necesitas, yo de ti, a ti mismo me quejaría por haber violado nuestra amistad, ocultándome por tanto tiempo tu pasión, y aun cuando no te pareciera digna, no está bien que al amigo se le oculten las cosas, sean o no sean cosas dignas, puesto que quien es amigo, así como se complace con su amigo en las cosas dignas, esfuerza-se en apartar de su mente las que no lo son, pero me abstendré ahora de exponerte mis quejas y vendré a lo que juzgo de mayor necesidad.

Que tú ames apasionadamente a mi desposanda Sofronia, no me asombra, antes bien me asombraría si así no fuera, conociendo su hermosura y la nobleza de tu corazón, tanto más fácil de apasionarse cuanto más excelente es la cosa que agrada. Injustamente te quejas (aun cuando no lo digas), con la fortuna que me ha sido concedida, al amar razonablemente a Sofronia, pareciéndome digno tu amor, si ella perteneciera a otro que no fuera yo; pero, si eres cuerdo como sueles ser, ¿a quién podía la fortuna concederla, de quién mejor debieras darle gracias que de habérmela concedido a mí? Otro cualquiera que la hubiese obtenido, aun cuando tu amor hubiese sido honesto, él la habría amado para sí más bien que para ti, cosa que de mí si me juzgas tan amigo como soy, no debes temer, pues yo no recuerdo que desde que empezó nuestra amistad haya tenido cosa alguna que no fuese tan tuya como mía. Y en esto, si tan adelantada estuviera la cosa que no fuera ya posible obrar de otra manera, haría como con lo demás; pero se halla todavía esto en tal estado, que yo puedo hacer que Sofronia sea exclusivamente tuya, y así lo haré; pues no sé lo que podrías apreciar tú de mi amistad, si yo, en una cosa que honestamente puede hacerse, no supiera hacer tuyo mi querer.

Bien es verdad que Sofronia es mi prometida, y que yo la amaba mucho y que esperaba gozoso hacerla mía; pero, puesto que tú, con mayor anhelo que yo deseas cosa tan estimable como ésa, ten la seguridad de que vendrá a mi morada, no como mujer mía, sino tuya.

Deja, pues, de estar taciturno, aleja la tristeza, recobra la perdida salud, el ánimo y la alegría, y desde este instante, aguarda contento las recompensas de tu amor, mucho más digno de lo que era el mío.

Al oír hablar así a Gisippo, Tito, cuanto mayor era el placer que la halagüeña esperanza le proporcionaba, tanto más le avergonzaba la debida causa al demostrarle que cuanto mayor era la generosidad de Gisippo, tanto más inconveniente le parecía a él hacer uso de ella. Por lo cual, no cesando de llorar, apesadumbrado, replicó:

—Gisippo, tu generosa y verdadera amistad me demuestra bien a las claras lo que a la mía le corresponde hacer. No permita Dios que jamás acepte yo por mía la mujer que a ti, como a más digno, te ha concedido. Si Él hubiese visto que me correspondía a mí, ni tú ni nadie debe creer que jamás te la hubiera concedido a ti.

Disfruta, pues, contento de tu elección, de su discreto juicio y de su dádiva, y a mí déjame consumir en las lágrimas a que Él me ha condenado como indigno de tan grande bien, que ellas serán por mí vencidas con satisfacción tuya, o me vencerán a mí librándome de mi pesar.

Repuso Gisippo:

—Tito, si nuestra amistad me puede autorizar para que te obligue a hacer mi gusto y a ti inducirte puede a satisfacerlo, de esta autoridad quiero hacer uso, y haré que Sofronia sea tuya.

Y con tiernas y expresivas frases procuró convencerle de que prefería su amistad a la posesión de aquella hermosa joven, ya que son muy raros los amigos y abundan mucho las mujeres. A pesar de que Tito no se atrevía a aceptar tan generosa cesión, atraído de una parte por el amor, e impelido por otra por la insistencia de Gisippo, dijo al fin:

—No sé, Gisippo, si debo hacer tu gusto o el mío, al hacer lo que tú con ruegos me dices que tanto te agrada: pues es tanta tu generosidad, que mi debida vergüenza vence, yo lo haré; pero ten por cierto que no lo hago sin reconocer que de ti recibo verdaderamente la mujer amada, sino mi vida con ella. Permitan los dioses, si es posible, que yo pueda corresponder con bienes y con honra a lo que conmigo has hecho, apiadándote más de mí de lo que yo mismo me he apiadado.

Entonces Gisippo dijo:

—Para que esto tenga lugar, paréceme conveniente, Tito, emplear este medio. Como tú sabes, después de haber tratado largamente mis parientes y los de Sofronia, ésta es mi desposanda, y por lo tanto, si yo fuese ahora a decir que no la quiero por mujer, se promovería grande escándalo y se irritarían sus parientes y los míos: esto nada me preocuparía, si yo supiera que por este medio ella había de ser tuya; pero temo que, si yo así la dejara, sus parientes tal vez la dieran en seguida a otro, que probablemente no serías tú, y así habrías perdido lo que yo habrías alcanzado. Y por esto me parece oportuno, si te avienes tú, que yo siga adelante mi compromiso, me la lleve a mi casa y celebre las bodas como mujer mía; y luego tú te acuestas con ella ocultamente, como sabemos hacerlo, cual si fuere tu mujer. Más adelante haremos público el hecho; y entonces si les acomoda, bien, y si no les acomoda, ya estará hecho, y como no será posible volver atrás, forzosamente tendrán que conformarse.

Plúgole a Tito la proposición, y en cuanto éste se halló curado y bien dispuesto, se hizo lo que concertado habían; y después de grandes fiestas,

llegada la noche, las mujeres dejaron ir a la recién casada al lecho de su marido, y se marcharon.

La habitación de Tito estaba inmediata a la de Gisippo, y se podía pasar de una a otra: de consiguiente, cuando estuvo Gisippo en su habitación y hubo apagado todas las luces, fue a buscar cautelosamente a Tito, y le dijo que fuera a acostarse con su mujer. Resistíase Tito dominado por la vergüenza, pero Gisippo acabó, tras larga discusión, por ordenárselo.

Obedeció, pues, Tito, y llegado al lecho preguntóle en voz baja y como bromeando a Sofronia si quería ser ella su mujer.

La joven, creyendo que era Gisippo, quien le hablaba, respondió que sí; por lo cual él colocó en su dedo una bonita y valiosa sortija, diciendo que también él quería ser su marido. Y consumado el matrimonio, transcurrió la noche sin que se diera cuenta ella ni persona alguna de que no fuera Gisippo quien con ella estaba acostado.

Por este tiempo falleció el padre de Tito, por lo cual se le enviaron cartas a éste diciéndole que regresara a Roma sin tardanza para atender a sus intereses, y de esto y de llevarse consigo a Sofronia, habló con su amigo. No debía ni podía hacerse debidamente, sin manifestarle antes a ella lo ocurrido. Por lo tanto, llamándola un día a su habitación, le manifestaron claramente cómo se había hecho la cosa, aclarándoselo Tito con muchos detalles de cosas acaecidas entre ellos dos. La joven, después que a uno y otro hubo mirado con cierto enojo, púsose a llorar desconsoladamente, quejándose del engaño de Gisippo. Y antes de que dijera cosa alguna en casa de éste, se fue a la de su padre; allí les refirió a éste y a su madre el engaño que ella y ellos habían recibido de Gisippo, añadiendo que ella era la mujer de Tito, y no la de Gisippo, como ellos se figuraban.

Esto disgustó mucho al padre de Sofronia, quejándose largamente con sus parientes y los de Gisippo, promoviéndose grandes discusiones y disgustos. Gisippo se atrajo el odio de sus parientes y de los de Sofronia, considerándoles todos digno, no solamente de reprensión, sino de severo castigo. Mas él afirmaba que había obrado dignamente y que los parientes de Sofronia debían estarle agradecidos, pues le había proporcionado una unión mucho más ventajosa.

Por su parte, Tito, lo oía todo y experimentaba gran pesar: y sabiendo que era costumbre en los griegos el que tanto más aumentaban sus gritos y amenazas cuanto más tardaban en hallar quien les contestara, y que luego, no solamente humildes, sino hasta sumamente cobardes se hacían, resolvió no seguir consintiendo su palabrería, y como era romano por su corazón y ateniense por su sensatez, hizo reunir en un templo a los parientes de Gisippo y a los de Sofronia, y entrando en él, acompañado de Gisippo, solo, así a todos les habló:

—Crean muchos filósofos que lo que los mortales hacen, dispuesto y ordenado está por los dioses inmortales, y por esto quieren algunos que lo que se hace o se debe hacer, acontece siempre por necesidad, aunque algunos otros haya que aplican únicamente esta necesidad a lo que está hecho ya. Por cuyas opiniones, si con alguna atención se consideran, claramente

se verá que el reprender cosa que no se puede deshacer, es únicamente querer considerarse más sabio que los dioses, de quienes creer debemos que con razón perpetua y sin error ninguno nos disponen y gobiernan a nosotros y a nuestras cosas. Por lo tanto, fácilmente podéis ver cuán loca y bestial prevención sea censurar sus hechos y cuán dignos de castigo son los que a tanto se atreven. Y en este número, a mi entender, debéis contaros todos vosotros, si es cierto lo que sé que habéis dicho y seguís diciendo sin cesar, porque Sofronia ha sido mi mujer cuando vosotros se la habíais dado a Gisippo; no discurriendo que estaba dispuesto ab æterna el que ella fuese mía y no de Gisippo, como efectivamente se conoce ahora. Pero como que el hablar de la secreta providencia e intención de los dioses a muchos les parece duro y pesado de comprender, presuponiendo que éstos no se preocupan por acto alguno nuestro, pláceme condescender a las opiniones de los hombres, para esto me verá obligado a hacer dos cosas muy opuestas a mis costumbres, la una elogiarme algo, la otra censurar o rebajar algo a los demás. Pero, como ni en una ni en otra cosa pretendo alegrarme de la verdad y el asunto lo reclama...

Púsose aquí Tito a hacer el elogio de la amistad, afirmando que más debe contarse con los amigos que con los parientes, y diciendo que Gisippo se había sacrificado a la amistad para librarle a él de una muerte segura y que había obrado con más discreción y generosidad de la que ellos habrían usado en su lugar. Pasando luego al segundo punto, díjoles:

—Debo demostraros que Gisippo ha sido más discreto que vosotros, que a lo que veo nada os preocupa la providencia de los dioses, ni conocéis los efectos de la amistad. En vuestra previsión, habéis resuelto dar Sofronia a Gisippo, joven y filósofo, la de Gisippo la dio a un joven y filósofo; vosotros la disteis a un ateniense, él la cedió a un romano; vosotros la disteis a un noble, él a otro más noble que él; vosotros a un joven rico, él a otro riquísimo; vosotros a un joven que, no solamente no la amaba, sino que apenas la conocía; él a otro que la amaba más que a su propia vida y su felicidad. Y que eso que digo es cierto y más digno de alabanza que lo que vosotros habéis hecho, vais a verlo palpablemente. Que yo sea joven y filósofo como Gisippo, declararlo pueden mi rostro y mis estudios, sin extenderme más. Una misma edad es la suya y la mía y ambos hemos adelantado a igual paso en nuestros estudios. Verdad es que él es ateniense y yo romano; mas si de la gloria de las respectivas naciones, diré que yo soy de una ciudad libre, él de una nación tributaria: yo de una nación señora de todo el mundo, y él de una nación que obedece a la mía; yo de una nación muy floreciente en armas, en imperio y en estudios, mientras él sólo de esto último podrá alabar la suya. A más de esto, aun cuando aquí me veáis hecho un estudiante bastante humilde, yo no he nacido de la hez del populacho de Roma: mis casas y los lugares públicos de Roma están llenos de estatuas de mis antepasados, y los anales romanos se hallarán llenos de los muchos triunfos obtenidos por los Quintos en el capitolio romano, y la gloria de nuestro nombre no la he marchitado aún, antes bien, en la vejez florece hoy más que nunca. Nada digo, porque me da vergüenza, de mis riquezas, recordando que la pobreza honrada es antiguo

y amplio patrimonio de los nobles ciudadanos de Roma. Bien conozco que os gustaba y debía y debe gustaros Gisippo por pariente; pero no debe gustaros menos tenerme a mí cuando convenga en Roma, considerando que en mi casa de allá tendréis excelente posada, y en mí tendréis útil, solícito y poderoso protector, tanto en las oportunidades públicas, como en las necesidades privadas.

Tras largas consideraciones sobre este punto y sobre los medios por donde se llega a la realización del matrimonio, prosiguió diciendo:

—Debéis, empero, saber, que yo no busqué con fraude ni con astucia echar mancha alguna sobre la honra y pureza de vuestra sangre en la persona de Sofronia, y aun cuando la tomé ocultamente por mujer, no fui a quitarle como raptor su virginidad, ni quise como enemigo poseerla menos que honestamente, rehusando vuestro parentesco, sino ardientemente prendado de su encantadora belleza y de su virtud, conociendo que, si la hubiera buscado de la manera que tal vez vosotros queréis decir, como era muy amada de vosotros, no me la hubierais concedido por temor de que me la llevara a Roma. Empleé, pues, el arte oculto que ahora se os puede tener de manifiesto, e hice consentir en mi nombre a Gisippo a hacer aquello a que él no estaba dispuesto, y después, aun cuando deseando ardientemente a Sofronia, no busqué su unión como amante, sino como marido, sin aproximarme a ella, como ella misma puede atestiguar con toda verdad, hasta que, conmigo la hube desposado con el anillo y con las debidas palabras, preguntándole si me quería por marido y respondiéndome ella que sí. Si ella juzga haber sido engañada, no es a mí a quien debe reprenderse, sino a ella, que no me preguntó quién era yo.

Éste es, pues, el gran mal, la gran falta, el gran pecado cometido por Gisippo amigo y por mi amante, el que Sofronia haya pasado a ser ocultamente la esposa de Tito Quinto; por esto le insultáis, le amenazáis y le ponéis asechanzas. ¿Qué más haríais si él la hubiese dado a un villano, a un miserable, a un esclavo? ¿Qué cadenas, qué encierro, qué tormentos bastarían en tal caso? Pero dejemos esto: ha llegado el momento, para mí inesperado, en que ha fallecido mi padre y me precisa volver a Roma; y queriendo llevar conmigo a Sofronia, os he revelado lo que tal vez aún os habría ocultado; si sois discretos, llevaréis esto a bien, ya que, si hubiese querido engañaros y ultrajaros, os la podía dejar escarnecida: mas no permitan los dioses que en mente romana pueda jamás albergarse tanta vileza. Sofronia, pues, es mía, por consentimiento de los dioses, por vigor de las leyes romanas, por la loable discreción de mi Gisippo y por mi amorosa astucia, cosa que vosotros tal vez teniéndoo por más sabios que los dioses o que los demás hombres, condenáis bestialmente de dos maneras, para mí muy enojosas: la una reteniendo a Sofronia, sobre la cual no tenéis derecho alguno, sino el que a mí me plazca; y la otra es el tratar como enemigo a Gisippo a quien con razón no debéis hacerlo. No pretendo ahora extenderme más sobre vuestro necio proceder, antes bien, como amigo os aconsejaré que renunciéis a vuestras ofensas y se den por terminados todos los disgustos, y que me sea restituida Sofronia para que yo pueda partir satisfecho como pariente vuestro, y viva siendo vuestro amigo: seguros de que tanto si lo hecho os place como si tratáis de obrar de distinto modo,

yo os quitaré a Gisippo, y si a Roma llego, recobraré indefectiblemente a la que es a pesar vuestro, justamente mía; a la que con justicia es mía. Y haciéndoos siempre la guerra, os haré conocer cuánto puede el enojo de un corazón romano.

Cuando así hubo hablado, Tito tomó a Gisippo por la mano, dando a entender lo poco que le preocupaba cuantos en el templo se hallaban, salió de él, sacudiendo la cabeza con aire amenazador. De los que allí quedaron, unos inducidos por las razones y parte asustados por sus últimas palabras, juzgaron unánimemente que lo mejor era tener por pariente a Tito, puesto que Gisippo no lo había querido ser, que haber perdido en Gisippo un pariente y adquirido en Tito un enemigo. Por lo cual, fueron en busca de Tito y dijéronle que les placía que Sofronia fuese suya y tenerle a él por estimado pariente y a Gisippo por buen amigo; y abrazándose amigos y parientes, se separaron de él y le mandaron a Sofronia; la cual, obrando discretamente y haciendo de necesidad virtud, traspasó sin dilación a Tito el amor que a Gisippo tenía; y con él partió a Roma, donde fueron recibidos con grandes honores. Gisippo quedó en Atenas tenido casi por todos en poca estima, y poco tiempo después, a consecuencia de ciertas riñas populares, fue arrojado de Atenas pobre y miserable, con todos sus parientes, y condenado a destierro perpetuo. En tal estado, y habiendo llegado a ser no solamente pobre sino mendigo, se fue Gisippo a Roma lo menos malamente que pudo, a fin de probar si Tito se acordaría de él; y sabiendo que era rico y muy querido de todos los romanos y que su casa estaba muy bien puesta, fue a situarse delante de ella hasta que vino Tito, a quien, por la miseria en que se hallaba, no osó decir palabra, pero se las arregló de modo de dejarse ver por él, a fin de que, reconociéndole Tito, le hiciera llamar.

Tito pasó y como Gisippo le pareciera que le había visto y le había puesto desdeñosa cara, acordóse de lo que por él había hecho y se alejó colérico y desesperado. Y como era de noche ya, él estaba en ayunas y no tenía dinero ni sabía adónde ir, y deseaba ardientemente la muerte, se encaminó a un paraje muy agreste de la ciudad y viendo allí una gruta, entró en ella para pasar allí la noche, y se durmió en el desnudo suelo mal equipado y rendido por prolongado llanto.

Cuando empezaba a amanecer, penetraron en la gruta dos sujetos que durante la noche habían ido a robar, llevando consigo lo robado, y habiéndose puesto a disputar, el más fuerte de los dos mató al otro y escapó. Habiendo Gisippo oído y visto esto, parecióle haber hallado el medio de llegar a la muerte por él tan deseada, sin tener que dársela a sí mismo; y a este fin permaneció allá hasta que los soldados de la corte, enterados ya del suceso, fueron allá y se llevaron preso a Gisippo. Éste, interrogado, confesó haber hecho la muerte, sin haber podido salir después de la gruta. Por lo cual, el Pretor, que se llamaba Marco Varrón, le condenó a morir crucificado, como entonces se acostumbraba. Casualmente Tito había ido en aquellos momentos al pretorio, y mirando el rostro del infeliz condenado, habiendo sabido por qué se le condenaba, reconoció inmediatamente a Gisippo y se sorprendió de su desdichada suerte, deseando ardientemente ayudarle, y no viendo otro medio de salvarle que el de acusarse él a sí mismo, apresuróse a adelantarse, gritando:

—Marco Varrón, haz venir al infeliz a quien has condenado, porque es inocente. Bastante he ofendido a los dioses con una culpa, matando al hombre que esta mañana tus soldados hallaron muerto, no quiero ofenderles de nuevo ahora con la muerte de otro inocente.

Sorprendióse el Varrón, pesóle que todo el pretorio le hubiese oído, y no pudiendo honrosamente dejar de hacer lo que las leyes ordenaban, hizo volver atrás a Gisippo, y en presencia de Tito le preguntó:

—¿Cómo has sido tan loco que sin angustia alguna hayas confesado lo que jamás habías hecho, yéndote en esto la vida? Tú has dicho que eres tú quien esta noche mató al hombre, y ahora viene éste, y dice que no le mataste tú, sino él.

Gisippo miró al recién llegado y reconoció a Tito; desde luego comprendió que éste hacía aquello para salvarle, en agradecimiento al servicio recibido de él en otro tiempo, por lo cual, llorando, dijo:

—Realmente fui yo, Varrón, quien lo mató, y la piedad de Tito interesándose por mi salvación, llega ya demasiado tarde.

Tito, por su parte, exclamaba:

—Pretor, ya ves que este hombre es forastero y se le encontró sin armas al lado del asesinado; puedes notar que su miseria es la que le induce a querer morir; por lo tanto, déjale en libertad y castígame a mí, que lo he merecido.

Maravillóse Varrón de la insistencia de aquellos dos hombres, y presumía ya que ninguno de los dos era culpable; pensando estaba en la manera de absolver a entrambos, cuando se presentó un joven llamado Publio Ambusto, endurecido en el vicio y muy conocido por ladrón de todos los romanos, que era el verdadero asesino, y a quien tanto le enterneció aquella escena de los dos amigos, que inducido por inmensa compasión, presentóse al pretor, y le dijo:

—Pretor, mis actos me llevan a resolver la dura cuestión de esos dos hombres, y no sé qué dios me estimula e induce a manifestarte mi crimen; sabe, pues, que ninguno de éstos es culpable de eso de que uno y otro se acusan a sí mismos. Yo soy quien verdaderamente maté esta madrugada a aquel hombre, y a este infeliz que aquí está le vi durmiendo allí, mientras yo partía lo robado con aquel a quien maté. Tito no necesita que le excuse; su fama es por todas partes conocida, y bien se sabe que no es hombre de tal condición; déjale, pues, libre, y aplícame a mí la pena que las leyes me imponen.

Octaviano se había enterado ya de lo que pasaba y haciendo conducir a los tres a su presencia quiso saber qué motivo inducía a cada uno de ellos a querer hacerse condenar, y ellos se lo explicaron; Octaviano puso en libertad a los dos porque eran inocentes, y al tercero por amor de los otros. Tito, llevándose a Gisippo y reprendiéndole antes mucho por su timidez y por su desconfianza, le obsequió en gran manera y se lo llevó a su casa, donde Sofronia, llorando tiernamente, le recibió como a un hermano; después de haberlo reanimado y atendido debidamente, primero hizo comunes con él todo sus tesoros y sus posesiones todas; después le dio por esposa a una hermana suya, jovencita, llamada Fulvia. Y luego le dijo:

—Desde este instante, Gisippo, puedes vivir aquí con nosotros, o volverte a Acaya con todo lo que te he cedido.

Gisippo, impelido por una parte por el destierro que sobre él pesaba, y por otra por el cariño que con razón profesaba a la grata amistad de Tito, decidió hacerse romano. Por lo cual, por largo tiempo y con gran contento, Gisippo con su Fulvia y Tito con su Sofronia vivieron juntos, siendo cada día mayor la amistad que entre ellos siempre había reinado.

Cuento noveno

El premio a la cortesía

Saladino, fingiéndose mercader es obsequiado por maese Torello; hácese la Cruzada; parte maese Torello dando un plazo a su mujer para volverse a casar y es hecho prisionero.

Filomena había puesto término a su relato, y por todos había sido igualmente ensalzada la magnífica gratitud de Tito, cuando el rey, reservando a Dioneo el último lugar, tomó la palabra y dijo:

—Encantadoras damas: no cabe duda alguna de que Filomena está en lo cierto en lo que de la amistad dice. Y si nosotros estuviéramos aquí para corregir los defectos humanos o para reprenderlos, me extendería en largas consideraciones; pero como nuestro fin es distinto, he pensado demostraros con una historieta bastante larga tal vez, pero agradable, una de las munificencias de Saladino, a fin de que por lo que oiréis, entendáis que si no se puede obtener enteramente la amistad de una persona por nuestros defectos, a lo menos podemos complacernos en servirla, con la esperanza de que un día u otro hemos de obtener la recompensa.

Digo, pues, que según algunos afirman, en tiempo del emperador Felipe I, los cristianos hicieron una Cruzada general para reconquistar la Tierra Santa. Sabedor de esto con alguna anticipación Saladino, señor muy esforzado y sultán entonces de Babilonia, propúsose ver personalmente los preparativos de los caballeros cristianos para esta Cruzada, a fin de prevenirse mejor. Y fingiendo que iba en peregrinación púsose en camino, disfrazado de mercader, llevando únicamente consigo dos de sus mejores y más discretos hombres y tres criados. Y después de haber recorrido muchas provincias cristianas y cabalgado por Lombardía para pasar al otro lado de los montes, acaeció que, yendo de Milán a Pavía, siendo ya de noche, encontráronse con un caballero de Pavía llamado maese Torello de Istria, que con sus criados, con perros y con halcones se trasladaban a una preciosa hacienda que poseía junto a Turín. Al verles maese Torello, comprendió que eran nobles extranjeros y les quiso obsequiar. Por lo cual, preguntando Saladino a uno de sus criados cuánto faltaba para llegar a Pavía y si llegarían a tiempo para poder entrar en la ciudad. Torello, sin dejar responder al criado, respondió:

—Señores, no podréis llegar a tiempo a Pavía para poder entrar.

—Entonces —dijo Saladino—, dignaos indicarnos, puesto que somos extranjeros, dónde podemos hospedarnos mejor.

—Yo lo haré gustoso —repuso maese Torello—, ahora mismo estaba pensando en enviar uno de mis criados para un asunto cerca de Pavía; lo enviaré con vosotros y él os conducirá a un sitio donde os albergaréis bastante bien.

Y aproximándose al más discreto de sus criados, le ordenó lo que tenía que hacer y lo mandó con ellos. Adelantándoseles Torello, hizo preparar una magnífica cena y poner las mesas en el jardín; hecho esto, salió a la puerta a esperarles. El criado, hablando de varias cosas con los forasteros, les guió por torcidas sendas hasta conducirles, sin que ellos se dieran cuenta, a la hacienda de su amo. Al verles maese Torello, salióles al encuentro, y les dio riendo la bienvenida. Saladino comprendió desde luego que aquel caballero había temido que ellos no aceptaran su invitación si les hubiese invitado cuando se encontró con ellos, y a fin de que no pudieran negarse a pasar la noche con él, hábales conducido ingeniosamente a su casa, y contestando a su saludo le expresó con calurosas frases cuánto agradecía su amabilidad. Replicóle el caballero que a esto le había movido el convencimiento de que no podían hallar en las afueras de Pavía la hospitalidad conveniente para ellos, y que por esto les había llevado a su casa, añadiendo que no les pesaría el haberse desviado algo de su camino, ya que así tendrían menos incómodo hospedaje. Mientras tanto, los criados de la casa acomodaron los caballos de los recién llegados, y maese Torello les acompañó a las habitaciones que tenían dispuestas, obsequiándoles con frescos vinos y dándoles conversación hasta la hora de la cena.

Saladino, sus acompañantes y criados poseían todos el latín; por lo tanto, entendían y eran entendidos perfectamente, pareciéndoles que el caballero era una excelente persona, y que no podían haber dado con otro superior ni que se expresase más bien; por su parte, maese Torello formó de ellos una opinión mucho mejor que la que al principio se había formado, por lo cual, interiormente sentía no poderles obsequiar más aquella noche, y así pensó desquitarse a la mañana siguiente; enterado uno de sus criados de lo que hacer debía, le envió a Pavía, que estaba bastante cerca y cuyas puertas no se cerraban, para que fuera a advertir a su esposa, que era dama muy discreta y de gran talento; después, conduciendo a los extranjeros al jardín, cortésmente les preguntó quiénes eran, y Saladino le contestó:

—Somos mercaderes de Chipre y de allí venimos, y vamos a París para asuntos nuestros.

A lo cual repuso maese Torello:

—Ojalá nuestro país produjera tan nobles hombres como los que veo que Chipre hace mercaderes.

En ésta y otras conversaciones llegó la hora de cenar; por lo cual Torello les invitó a sentarse a la mesa donde fueron perfectamente servidos, atendiendo a lo improvisada que aquella cena había sido. Poco después, comprendiendo maese Torello que estaban cansados, les ofreció magníficos lechos y se retiró él también a descansar. El criado mandado a Pavía cum-

plió el encargo que le dieran para su señora, la cual, mandando llamar buen número de amigos y servidores de maese Torello, dispuso lo conveniente para un gran banquete; a la luz de antorchas hizo convidar a comer a muchos de los más nobles ciudadanos y disponer debidamente lo que su marido le había enviado a decir.

Llegado el día, levantáronse los forasteros y montando con ellos a caballo y mandando traer sus halcones, les condujo a un riachuelo inmediato y les mostró cómo volaban. Mas como Saladino pidiese alguno que le acompañara a Pavía y le condujera a la mejor posada, díjole maese Torello que ése sería él, pues tenía que ir allá. Creyéndole ellos, se alegraron; con él se pusieron en camino y siendo ya la hora de tercia, llegados a la ciudad, figurándose que se les acompañaba a la mejor posada, llegaron con maese Torello a casa de éste, a la cual habían acudido ya más de cincuenta de los más importantes ciudadanos para recibir a los nobles extranjeros, a quienes en seguida acudieron a sus frenos y a sus estribos. Al ver esto Saladino y sus compañeros, sobradamente comprendieron lo que era y dijeron:

—Maese Torello, esto no es lo que os habíamos pedido; bastante hicisteis la pasada noche, y más de lo que merecemos para que podáis dejar-nos seguir buenamente nuestro camino.

Contestóles maese Torello:

—De lo que anoche se os hizo, a la fortuna más que a vosotros se lo agradezco, pues os cogí en el camino en hora en que forzosamente tuvisteis que venir a mi pequeña casita, de lo de esta mañana a vosotros os deberá quedar agradecido y conmigo todos estos nobles señores que nos rodean, a quienes si os parece hacerles un obsequio negándoos a comer con ellos, podéis hacerlo si así os place.

Vencidos Saladino y sus acompañantes por tanta cortesía, se apearon; los caballeros les acompañaron a las habitaciones que ricamente se les habían preparado, y sentándose luego todos a la mesa, se les sirvieron excelentes manjares con tanta esplendidez, como mayor no se habría podido emplear con el mismo emperador.

A pesar de que Saladino y los suyos eran grandes señores y estaban acostumbrados a ver grandes cosas, asombráronse en gran manera y juzgaron no haber visto cosa mejor, atendida la calidad del caballero de quien sabían que era ciudadano, pero no gran señor.

Terminada la comida, y después de hablar de varias cosas, como hacía mucho calor, todos los caballeros de Pavía se fueron a descansar; cuando a maese Torello le plugo y éste quedó solo con sus tres huéspedes, penetrando con ellos en una habitación, a fin de que nada dejasen de ver de cuanto él estimaba, hizo acudir allí a su excelente esposa. Ésta, que era hermosísima y esbelta, e iba ricamente adornada, se presentó a ellos en medio de dos pequeños hijos suyos que parecían dos ángeles; les saludó afablemente. Pusieronse de pie al verla, saludáronle con respeto y haciéndola sentar entre ellos, acariciaron en gran manera a sus dos hermosos hijos. Después que hubo entablado con ellos agradable conversación, como maese Torello hubiera salido por

unos instantes, preguntóles afablemente ella de dónde eran y dónde iban, dándoles ellos la misma contestación que dieran a su marido.

Entonces la dama, con jovial semblante, les dijo:

—Veo, pues, que lo que yo como mujer había pensado, será útil; por lo tanto, os ruego que me hagáis el especial favor de no rehusar ni tener por humilde el pequeño regalo que os mandaré traer; antes bien, considerando que las mujeres, por ser pequeño su corazón, pequeñas cosas dan, lo aceptéis, atendiendo más a la intención de quien da, que a la cantidad de la dádiva.

Y haciéndose traer para cada uno de ellos dos trajes, no de ciudadanos ni de mercaderes, sino de señores, tres chupas de tafetán y calzas, añadió:

—Aceptad esto: mi marido lleva iguales trajes que éstos; lo demás, considerando que estáis lejos de vuestras esposas, el camino que lleváis hecho y el que os falta por hacer, y que además los mercaderes son hombres limpios y delicados, aun cuando poco valga, podrá conveniros.

Asombráronse los viajeros, y bien a las claras comprendieron que maese Torello no quería dejar de obsequiarles por completo, y temieron al ver la riqueza de los trajes, que no eran para mercaderes, que maese Torello les hubiera conocido; pero uno de ellos le dijo:

—Estos presentes, señora, son de mucho precio y no deberíamos aceptarlos sin más ni más, si a ello no nos obligaran vuestros ruegos, a los cuales no podemos resistir.

A todo esto, llegó maese Torello, y su esposa, despidiéndose de ellos, se alejó, haciendo que se proveyera igualmente a los criados de cosas parecidas según a ellos les correspondía. Maese Torello logró, tras grandes ruegos, que se quedaran con él todo aquel día, y después que hubieron descansado, pusieron sus trajes y cabalgaron algo por la ciudad con su huésped. Llegada la hora de la cena, cenaron magníficamente en unión de muchos y muy respetados comensales. Y a su debido tiempo se fueron a descansar; al día siguiente encontraron substituidos sus tres fatigados caballos por otros tres magníficos y buenos palafrenes, habiéndose provisto igualmente a sus criados de caballos frescos y fuertes. Al ver esto Saladino, dijo, volviéndose a sus compañeros:

—Juro a Dios que jamás hubo hombre más completo, más cortés ni más perspicaz que éste; y si los reyes cristianos son por su parte tan caballeros como éste, el sultán de Babilonia no es capaz de resistir, no digo a todos los que se preparan a atacarle, pero ni siquiera a uno solo de ellos.

Y convencidos de que era imposible dejar de aceptar, diéronle cortésmente las gracias y montaron a caballo.

Maese Torello, en unión de muchos compañeros suyos, les acompañó un buen trecho fuera de la ciudad; y aun cuando Saladino sentía tener que separarse de maese Torello (tanto era lo que de él se había prendado), como tenían que darse prisa, le rogó que se volviera atrás. También a éste le pesaba tener que separarse de ellos, mas dijo:

—Lo haré, señores, pues así os place; pero os he de decir que no sé quiénes sois ni saberlo quiero, como a vosotros no os plazca manifestármelo, pero seáis lo que seáis, esta vez no me haréis creer que sois mercaderes; andad con Dios.

Saladino, después que se hubo despedido ya de todos los compañeros de maese Torello, le respondió diciendo:

—Señor, todavía puede suceder que os hagamos ver mercancía nuestra para afirmaros en esta opinión, y andad también con Dios.

Saladino partió con sus compañeros, proyectando si acaso vivía y la guerra no le era adversa, hacer el mismo agasajo a maese Torello que el que había recibido en su casa. Después que, no sin gran fatiga, hubo recorrido todo el Poniente, embarcóse y regresó a Alejandría con sus compañeros, y perfectamente enterado, se preparó a la defensa.

Llegada la época de la Cruzada y haciéndose por doquier grandes preparativos, maese Torello, no obstante las súplicas y lágrimas de su esposa, se dispuso a ir con los cruzados; después de hechos todos los preparativos necesarios, al disponerse a montar a caballo, le dijo a su esposa, a quien amaba en gran manera:

—Como ves, esposa mía, voy a esta Cruzada, tanto para la honra del cuerpo como para la salvación de mi alma; te encomiendo nuestras cosas y nuestra honra, y como estoy seguro de la ida y no tengo certeza alguna de la vuelta, por los mil casos que pueden sobrevenir, quiero que me hagas un favor: sea cual sea mi suerte, aun cuando no tengas noticias ciertas de mi vida, espera un año, un mes y un día sin volverte a casar, empezando a contar desde el día de mi partida.

La dama, que lloraba copiosamente, respondió:

—No sé, esposo mío, cómo soportaré el dolor en que marchándoos me dejáis sumida, pero si mi vida es más fuerte que mi dolor y vos llegaseis a morir, podéis vivir y morir seguro de que yo viviré y moriré esposa de maese Torello y de su memoria.

—No dudo, esposa mía —repuso maese Torello—, que en cuanto de ti esté, harás lo que me prometes, pero tú eres joven y hermosa y eres de ilustre familia, y tu virtud es mucha, y es conocida por doquier; por lo cual estoy seguro de que muchos hombres grandes y nobles te pedirán a tus hermanos y a tus parientes; si llega a concebirse alguna sospecha de mi muerte, tú no podrás resistir a sus instancias, aun cuando quieras, y por esto te pido este plazo y no otro mayor.

—Haré —replicó ella—, cuanto pueda para cumplir lo que os he dicho; y cuando preciso fuera hacer otra cosa, os obedeceré en lo que me ordenáis. Ruego a Dios que no nos ponga a vos ni a mí en tales condiciones.

La dama abrazó llorando a su marido, y sacándose del dedo una sortija, se la entregó, diciendo:

—Si llego a morir antes que os vuelva a ver, acordaos de mí cuando la veáis.

Tomándola él, montó a caballo, y después de haberse despedido de todos emprendió su viaje; llegado a Génova con su compañía, salió del puerto en una galera y en poco tiempo llegó a Acre, y se reunió al ejército de los cristianos, en el cual, casi apenas llegado él, se declaró una violenta epidemia y una gran mortandad, y merced a la suerte de Saladino, casi todo el resto de los cris-

tianos que de ella se habían librado, cayó sin dificultad alguna en su poder, siendo distribuidos y aprisionados por distintas ciudades; maese Torello se hallaba entre ellos, y fue conducido a Alejandría. Como no era conocido y temía darse a conocer, apremiado por la necesidad se dedicó a adiestrar pájaros para la caza, arte para el cual era gran maestro, y por esta circunstancia llegó Saladino a tener noticias de él, por lo cual le sacó de la cárcel y se lo quedó por halconero suyo. Maese Torello, a quien Saladino no le daba otro nombre que el de Cristiano, sin que ni uno ni otro se reconocieran, sólo tenía puesto el pensamiento en Pavía, y muchas veces había intentado huir, aun cuando inútilmente. Como llegaran algunos genoveses como embajadores a Saladino para el rescate de algunos conciudadanos suyos y se dispusieran luego a partir, pensó él en escribir a su mujer para que supiera que estaba vivo, y que lo aguardase porque volvería a su lado lo más pronto que pudiera. Así lo hizo, y encarecidamente rogó a uno de los embajadores a quien conocía, que hiciera llegar aquellas letras a manos del abad de San Pedro en Ciel d'Oro, que era tío suyo. Así las cosas, acaeció que hablando Saladino con él de sus pájaros, maese Torello se sonrió e hizo con la boca un gesto que hallándose Saladino en su casa de Pavía, había llamado mucho su atención.

Este gesto trajo a la memoria del sultán el recuerdo de maese Torello, y mirándole fijamente parecióle que era él, por lo cual, dejando su anterior conversación, le preguntó:

—Dime, Cristiano, ¿de qué país de Poniente eres tú?

—Señor —contestó maese Torello—, soy lombardo, de una ciudad llamada Pavía, hombre pobre y de baja condición.

Al oír esto Saladino, casi estuvo seguro de lo que sospechaba, y satisfecho, dijo para sí:

—Dios me ha proporcionado la ocasión de manifestar a ése cuán agradable me fue su cortesía.

—Mira, Cristiano, si entre estas ropas hay alguna que hayas visto alguna vez.

Maese Torello púsose a mirar y vio las que su esposa había regalado a Saladino; pero considerando imposible que fueran las mismas, respondió:

—Señor: ninguna conozco; bien es verdad que esas dos se parecen a unas con que en otro tiempo me vestí, junto con tres mercaderes que vinieron a parar en mi casa.

No pudiendo entonces contenerse Saladino, le abrazó con ternura, exclamando:

—Vos sois maese Torello de Istria, y yo soy uno de les tres mercaderes a quienes vuestra esposa regaló vuestras ropas, y ahora ha llegado la ocasión de que os convenzáis de cuál sea mi mercancía, como al despedirme de vos os dije que podría suceder.

Al oír esto maese Torello, alegróse y se avergonzó a un mismo tiempo; alegróse de haber tenido tal huésped; avergonzóse porque le pareció haberle recibido pobremente.

—Maese Torello —añadió Saladino—, pues que Dios os ha enviado aquí, pensad que desde este momento no soy yo, sino vos, el amo.

Y acariciándose tiernamente uno a otro, Saladino le hizo poner trajes regios, y conduciéndole a la presencia de todos sus más elevados varones, hizo grandes elogios de su valor y ordenó que todo aquel que quisiera hacerse digno de su gracia, le honrara como si a él mismo fuera; cosa que en lo sucesivo hicieron todos, pero mucho más que los otros aquellos dos señores que con Saladino habían estado en su casa.

La súbita altura en que se vio maese Torello hízole olvidar algo las cosas de Lombardía, y sobre todo porque esperaba que su tío habría recibido sus cartas. El día en que los cristianos fueron hechos prisioneros por Saladino, había muerto y sido sepultado en el campamento de aquéllos un caballero provenzal de poca importancia y que se llamaba maese Torello de Dignes; como maese Torello de Istria era conocido por todo el ejército, por su nobleza, todos los que oyeron decir *maese Torello ha muerto*, creyeron que era el de Istria y no el de Dignes, y habiendo sobrevenido aquella sorpresa, no hubo ocasión de desvanecer el error por lo cual, muchos italianos volvieron con esta noticia, habiendo entre ellos algunos tan presuntuosos, que se atrevieron a decir que lo habían visto muerto y habían asistido a su entierro. Sabido esto por la esposa y por los parientes de maese Torello, prodújose inmenso duelo, no solamente entre ellos, sino también entre cuantos le habían conocido.

Largo sería de explicar cuál y cuánto fue el dolor, la tristeza y el llanto de su esposa, la cual, al cabo de algunos meses de incesante tribulación, había empezado a adquirir alguna tranquilidad, y como los más importantes hombres de Lombardía la solicitaban, sus hermanos y demás parientes empezaron a instarla para que se casara. Después que muchas veces se hubo negado ella, deshaciéndose en copioso llanto, al fin tuvo que hacer lo que querían sus parientes; pero con la condición de que no se casaría hasta que hubiese cumplido el plazo prometido a su esposo.

Así estaban las cosas en Pavía y faltaban ocho días para terminar el plazo señalado por ella a sus parientes, cuando cierto día, maese Torello vio en Alejandría un sujeto a quien había visto embarcarse con los embajadores genoveses que a Génova se dirigía; hízole llamar y le preguntó qué viaje habían tenido y cuándo habían llegado a Génova, y éste le respondió.

—Señor, mal viaje tuvo la galera, pues en Creta, donde yo desembarqué, supe que hallándose la galera cerca de Sicilia se levantó un viento Norte terrible, que la arrojó a las costas de Berbería y que nadie se salvó, pereciendo allí dos hermanos míos.

Maese Torello, dando crédito a las palabras de ese hombre, que eran muy ciertas, y acordándose de que dentro de pocos días expiraba el plazo que él había señalado a su esposa, y presumiendo que nada debía saberse de él en Pavía, tuvo por cosa segura que su mujer debería haberse vuelto a casar, y tanto fue su dolor, que perdiendo el apetito y habiéndose metido en cama, pensó en morir.

Al saber esto Saladino, que le quería mucho, fue a visitarle, y después de muchos ruegos e insistencias, se enteró de la causa de su dolor y de su mal, y le censuró mucho el que no se lo hubiese dicho antes; luego le rogó

que se animase, asegurando que si él así lo hacía, él haría que estuviese de vuelta en Pavía en el plazo señalado, diciéndole de qué manera. Maese Torello, dando crédito a las palabras de Saladino, y habiendo oído decir que esto era posible y se había hecho muchas veces, empezó a animarse y a rogar a Saladino que se apresurara a hacer lo ofrecido.

El sultán ordenó a un nigromante, cuya ciencia había experimentado ya, que viese la manera de que maese Torello fuera llevado sobre un lecho y en una sola noche a Pavía, y contestóle el nigromante que se haría así, pero que, para bien de maese Torello, convenía hacerle dormir. Convenido esto, Saladino volvió a ver a maese Torello y encontrándole totalmente dispuesto a querer hallarse en Pavía, en el plazo señalado, si pudiese ser, y a morir si esto no era posible, le dijo:

—Si tiernamente amáis a vuestra esposa y teméis que pase a ser de otro, sabe Dios que no os lo censurare jamás. Habríame gustado, ya que la fortuna os había traído aquí, que por todo el resto de nuestra vida hubiésemos gobernado juntos el reino que yo tengo. Empero el cielo no me ha creído digno sin duda de semejante satisfacción. Supuesto que no puedo conservaros, hubiera querido saber mucho antes vuestras intenciones y os habría mandado a vuestra casa con los honores a que sois acreedor; mas puesto que no puedo obtener esto y vos además deseáis estar pronto allí, allí os enviaré en la forma que os tengo dicho.

Al día siguiente, queriendo el sultán que su huésped partiera aquella noche misma, mandó colocar en un gran salón un lecho magnífico guarnecido de colchones a la usanza del país, cubierto de terciopelo y de paño de oro, e hizo poner encima una colcha adornada con dibujos formados por enormes perlas y ricas piedras preciosas, que aquí en Poniente, fue valuada después como un tesoro inestimable y dos almohadas tales como a tal lecho le correspondían. Hecho esto, ordenó que se vistiera a maese Torello que estaba ya robusto, un traje a lo sarraceno, la cosa más rica y hermosa que jamás se hubiese visto y se colocase en su cabeza un holgado turbante. Ya muy adelantado el día, Saladino se dirigió con muchos de sus varones a la habitación de maese Torello y, sentándose a su lado y casi llorando, le dijo:

—Se acerca la hora en que debo separarme de vos, y como no puedo acompañaros ni haceros acompañar por lo especial del camino que tenéis que seguir, aquí debo despedirme de vos y a esto he venido. Y antes de hacerlo, os ruego por el amor y la amistad que hay entre nosotros, que os acordéis de mí; y que si es posible, vengáis a verme a lo menós una vez, antes de que terminen nuestros días, a fin de que con la nueva alegría olvide la pena que me causáis en este momento.

Llorando copiosamente se abrazaron los dos amigos, saliendo luego Saladino y sus varones, trasladándose todos a la sala donde estaba dispuesto el lecho. Pero siendo ya tarde y aguardando el nigromante el momento de poner en obra su tarea, vino un médico con un brebaje, y dándole a entender que se le suministraba para fortalecerle, se lo hizo beber y poco después quedó dormido. Así dormido, fue trasladado al lecho por orden de

Saladino, quien colocó a su lado una corona de gran valor, por cuyo distintivo veíase que estaba destinada a su mujer. Después puso en el dedo a maese Torello una sortija montada en un rubí riquísimo, hízole ceñir al lado una espada resplandeciente de piedras preciosas colocando junto a él dos fuentes muy grandes llenas de dobles ducados y de muchas sartas de perlas, anillos, cinturones y otras cosas que sería largo enumerar. Hecho esto, besó de nuevo a maese Torello y dijo al nigromante que se despachara, por lo cual, inmediatamente desapareció el lecho de la presencia de Saladino con todo lo que encima de él contenía.

Estaba ya en la iglesia de San Pedro en Ciel d'Oro de Pavía maese Torello con todas las alhajas y adornos mencionados, según deseo por él mismo expresado, y dormía aún, cuando el sacristán, después de tocar al alba, entró en la iglesia con la luz en la mano, y al presentársele de improviso ante sus ojos el rico lecho no solamente se sorprendió, sino que, poseído de gran miedo, retrocedió y echó a correr; viendo esto el abad y los monjes, extrañáronse, preguntaron la causa, y el sacristán la dijo.

—¡Oh! —dijo el abad—; ni eres tan niño ya ni eres nuevo en esta iglesia, para que tan fácilmente te asustes; vamos allá a ver quién te ha asustado.

Encendióles, pues, varias luces, y habiendo entrado en la iglesia el abad y los monjes, vieron el rico y maravilloso lecho y encima de él al caballero que dormía; mientras entre tímidos e indecisos estaban mirando las ricas joyas, sin osar aproximarse al lecho, como hubiese desaparecido ya el efecto del brebaje, maese Torello despertó lanzando un prolongado suspiro.

Al ver esto los monjes y el abad con ellos, huyeron todos asustados y gritando:

—¡Ayúdanos, Señor!

Maese Torello abrió los ojos y mirando a su alrededor, conoció perfectamente que se hallaba donde había pedido a Saladino que le enviara, de lo cual mucho se alegró en su interior, y después de incorporarse y de mirar por todas partes lo que tenía en torno suyo, con todo y haber conocido antes la munificencia de Saladino, parecióle mucho mayor ahora. No obstante, sin moverse al ver huir a los frailes y comprender el motivo, púsose a llamar por su nombre al abad y a decirle que no tuviera miedo, porque él era su sobrino Torello.

Al oír esto el abad, sintióse acrecentarse su pavor puesto que lo tenía por muerto hacía muchos meses; pero al cabo de un rato recobróse, y al oírse llamar por su nombre, santiguóse y se acercó al lecho.

—¡Oh, padre! —exclamó maese Torello—; ¿de qué tenéis miedo? Yo, a Dios gracias, estoy vivo y he sido conducido aquí desde el otro lado de los mares.

Aun cuando maese Torello tenía larga la barba y vestía traje árabe, el abad lo contempló un rato y ya más tranquilo, le tomó por la mano, le dio la bienvenida, y añadió:

—No te asombre nuestro miedo, porque en este país nadie hay que no te crea enteramente muerto, y tanto es así, que la señora Adalieta, tu mujer, cediendo a los ruegos y a las amenazas de sus parientes y contra su voluntad,

se ha vuelto a casar y esta mañana tiene que ir a reunirse con su nuevo marido, y está dispuesto todo para las bodas y las fiestas que se deben celebrar.

Maese Torello abandonó el lecho, agasajó extraordinariamente al abad y a los monjes y les rogó a todos que a nadie contasen su regreso hasta haber terminado un asunto de urgencia para él. Después, haciendo poner las joyas a buen recaudo, refirió al abad lo que hasta en aquel instante le había acaecido.

Contento el abad de su buena suerte, dio gracias a Dios junto con él, y después le preguntó maese Torello a su tío quién era el nuevo marido de su mujer.

Díjosele el abad, y entonces maese Torello añadió:

—Antes de que se sepa mi regreso, me propongo ver cómo se conduce mi esposa en estas bodas, y por esto, aun cuando no acostumbren a asistir a tales convites las personas religiosas, quiero que por amor mío, hagáis que podamos ir vos y yo.

Consintió el abad, y cuando fue de día envió a decir al nuevo esposo que deseaba asistir a sus bodas con un compañero suyo, petición a que gustoso accedió el noble señor.

Llegada la hora del convite, maese Torello, sin dejar el traje que llevaba puesto, se encaminó con el abad a la vivienda del nuevo esposo, mirándole con extrañeza todos cuantos le veían, sin que nadie le reconociera; el abad les decía a todos que era un sarraceno enviado por el sultán como embajador al rey de Francia.

Maese Torello fue colocado en la mesa, precisamente frente a su mujer, a la cual miraba él con placer sumo, pareciéndole adivinar en su rostro el pesar que aquella boda le producía. También ella le miraba alguna vez; no ya porque le reconociera, pues su larga barba, su extraño traje y la firme creencia en que estaba ella de que había muerto se lo impedían. Mas cuando a maese Torello le pareció que llegaba la ocasión de probar si se acordaba de él, poniéndose en la mano la sortija que al partir recibiera de su mujer, hizo que se acercara a él un joven que servía delante de ella, y le dijo:

—Dile de mi parte a la novia, que en mi país, cuando un forastero, como lo soy yo aquí, asiste al banquete de una recién casada, como ella lo es, es costumbre para demostrarle que le place que haya asistido al banquete, le envíe llena de vino la copa con que, bebe, con la cual el forastero, una vez ha bebido lo que a él le parece bien, se la devuelve tapada y la novia bebe el resto.

El joven dio el recado a la dama, y ésta, como mujer educada y discreta, creyendo que aquel sarraceno era un gran señor, para manifestarle que recibía de buen grado su venida, mandó que se lavara una gran copa dorada que delante de ella tenía, se llenara de vino y se la llevara al noble señor, y así se hizo.

Maese Torello se puso la sortija en la boca, y mientras bebía, la dejó caer en la copa sin que nadie lo notara, y dejando un poco de vino en ella, la tapó y la remitió a la dama. Tomándola ésta para poner en práctica aquella costumbre, la destapó, se la llevó a la boca y vio la sortija;

sin decir palabra alguna la miró por un instante, y reconociendo que era la que ella había dado a su marido en el momento de partir, la tomó, y mirando fijamente a aquel a quien ella creía forastero, y reconociéndole en seguida, derribando la mesa que delante tenía, como si se hubiera vuelto loca, gritó:

—Éste es mi señor: éste es, verdaderamente, maese Torello.

Y corriendo a la mesa frente a la cual estaba sentado él, y sin miramiento alguno de su traje ni a lo que encima de la mesa había, adelantóse cuanto pudo y le abrazó con vehemencia, sin poderla desprender de su cuello, por más de lo que alguno de los presentes dijera ni hiciera, hasta que maese Torello le dijo que se contuviera algo, pues tiempo le quedaría bastante para abrazarle. Irguióse ella entonces, produciéndose completa turbación en la fiesta, pero causando viva alegría ver reaparecer un tan cumplido caballero, y al fin, a petición suya, restablecióse la calma; y entonces maese Torello les refirió a todos lo que le había ocurrido desde que partió hasta aquel instante; y terminó diciendo al caballero que no debía pesarle que quedase sin mujer, ya que si ésta se casaba nuevamente, era por haberle creído muerto. El caballero, aun cuando algo confuso, contestóle amigablemente que de lo suyo podía hacer lo que le parecía bien.

La dama dejó allí la sortija y la corona que de su nuevo esposo recibiera, y se puso en el dedo la sortija que sacara de la copa, como también la corona enviada por el sultán; y saliendo de la casa donde se hallaba, dirigióse con toda la pompa de las bodas a la morada de maese Torello; y allí los desconsolados amigos y parientes y todos los ciudadanos que le miraban como un milagro fueron gratificados con esplendidez. Maese Torello dio parte de sus joyas a quien había hecho los gastos de la boda y al abad y a muchos otros, y por varios conductos anunció a Saladino su feliz repatriación, repitiéndose su amigo y servidor, viviendo largos años con su excelente esposa.

Cuento décimo

Griselda

El marqués de Saluzzo, inducido por sus súbditos a tomar mujer, para hacerlo a su manera, roba la hija de un villano de la cual tiene dos hijos, a los cuales finge que mata. Después, dando a entender que se ha cansado de ella y que ha tomado otra mujer, haciendo volver a su propia hija, como si fuera su prometida, la echa a ella en camisa, y viendo que todo lo soporta, la vuelve a conducir a su casa y le enseña sus hijos grandes ya y la hace honrar como a marquesa.

Terminada la larga historia del rey, que todos demostraron en su semblante haberles gustado mucho, Dioneo dijo riendo:

—El buen hombre que esperaba en la siguiente noche hacer bajar el ra-
bo al fantasma, habría dado menos de dos dineros por todos los elogios que
vosotros dais a maese Torello.

Y después, al saber que únicamente a él le faltaba hablar, continuó:

—Afables damas mías: la jornada de hoy ha estado a mi entender dedi-
cada a reyes y a sultanes y a gentes de esta clase; y por esto, a fin de que no
me separe mucho de vosotros, voy a contar de un marqués, no una cosa mag-
nífica, sino una loca bestialidad, si bien al fin tuvo buenas consecuencias.

A ninguno de vosotros aconsejo que lo imite, pues muy sorprendente
es que le saliera bien.

Mucho tiempo atrás, hubo entre los marqueses de Saluzzo, el mayor
de la casa, un joven llamado Gualtieri, el cual como no tenía mujer ni hijos,
todo su tiempo empleaba únicamente en cazar pájaros, en lo cual se le tenía
por muy entendido. Esto no gustaba a sus vasallos, quienes muchas veces le
suplicaron que se casara a fin de no quedarse él sin heredero y ellos sin se-
ñor, ofreciéndose encontrarle novia tal y de tal linaje, que pudiera tenerse de
ella buena esperanza y pudiese él darse por muy contento. Gualtieri les res-
pondió:

—Vosotros, amigos míos, os empeñáis en una cosa que yo estaba en-
teramente resuelto a no hacer jamás, considerando cuán difícil es poder ha-
llar quien con nuestras costumbres se acomode, y cuán dura vida sea la del
hombre que toma mujer que no se avenga bien con él. Y el decir que vos
creéis conocer a la hija por la costumbre de los padres, cuando habláis de
dármela de mi agrado, es una tontería o una estupidez, pues no sé cómo po-
dréis conocer a los padres, ni cómo los secretos de las madres de aquéllas,
y aun cuando las conocierais, sucede muy a menudo que las hijas no se pa-
recen en nada a sus padres. Mas, ya que en tales cadenas queréis ligarme,
quiero consentir en ello; y para que no tenga de quejarme de nadie más que
de mí mismo, si saliera mal, yo mismo quiero encontrarla, asegurándoos
que sea cual fuere la que yo tome, si no la honráis como es debido, haré que
os arrepintáis de haberme impulsado a que me casara, accediendo a vues-
tros ruegos y contra mi voluntad.

Los excelentes vasallos respondieron que se conformaban, con tal de que
se casara. A Gualtieri habíanle gustado mucho las costumbres de una pobre jo-
vencita que era de una quinta inmediata a su casa, y, pareciéndole bastante her-
mosa, presumió que con ella podría vivir bastante bien; por lo tanto, sin más
buscar, resolvió casarse con ella, y habiendo mandado llamar a su padre, que
era muy pobre, púsose de acuerdo con él para tomarla por esposa. Hecho, es-
to, Gualtieri hizo reunir a todos sus amigos del país, y les dijo:

—Amigos míos, a vosotros os ha parecido y os parece bien que yo me
disponga a tomar esposa, y yo a ello me he dispuesto más para complaceros
a vosotros, que porque yo tuviera ganas de mujer. Ya sabéis lo que me pro-
metisteis, esto es, estar contentos y honrar como a señora a la que yo to-
mase, fuera quien fuera, y ha llegado a la hora en que estoy a punto de cum-
pliros la promesa y quiero que a mí me la cumpláis también vosotros. He
hallado bastante cerca de aquí una joven que me agrada, y pienso tomarla

por esposa y traérmela dentro de pocos días a casa; por lo tanto, discurrid la manera de que sea bonita la fiesta de bodas y cómo podéis recibirla dignamente, a fin de que yo pueda darme por contento de vuestra promesa, como vosotros debéis daros por contentos de la mía.

Los buenos vasallos, todos satisfechos, respondieron que esto les gustaba, y que fuera quien fuera la novia, ellos la tendrían por señora y la honrarían como a tal. Después de esto, dispusieronse todos a festejar las bodas, y Gualtieri hizo otro tanto. Mandó preparar grandes y espléndidas fiestas e invitar a ellas a muchos amigos y parientes suyos y a grandes señores y caballeros del contorno; a más de esto, hizo cortar y hacer gran número de hermosos y ricos vestidos haciéndoselos probar a una joven que le parecía tenía las mismas formas que su prometida; además de esto, preparó cinturones y sortijas y una corona rica y preciosa, y todo lo que la nueva esposa requería. Y llegada la víspera de las bodas, Gualtieri montó a caballo a eso de las ocho de la mañana, y con él cuantos a honrarle habían venido, y habiendo dispuesto todo lo necesario, dijo:

—Ha llegado el momento, señores, de ir por la novia.

Y echando a andar con toda su comitiva, llegaron al pueblecillo, y llegados a casa del padre de la niña y encontrándola que volvía a toda prisa con agua de la fuente, para ir luego con otras mujeres a ver llegar la novia de Gualtieri, en cuanto éste la vio, llamóla por su nombre, que era el de Griselda y le preguntó dónde estaba su padre, y ella le contestó toda ruborosa:

—Está en casa, señor.

Entonces Gualtieri, apeándose y ordenando a todos que le aguardaran, entró en la pobre casa, donde encontró al padre de la joven, que se llamaba Giannucolo, y le dijo.

—He venido para casarme con Griselda, pero antes quiero saber de ella algo en tu presencia.

Y le preguntó si tomándola él por mujer se esforzaría siempre en complacerle y no se enojaría por cosa alguna que él dijera o hiciera; y si sería obediente y muchas otras cosas por el estilo, a todas las cuales ella contestó afirmativamente.

Entonces Gualtieri, tomándola por la mano, la condujo fuera de la casa, y en presencia de toda su comitiva y de otras muchas personas, la hizo desnudar, y mandando traer las ropas que había mandado hacer para ella, la hizo vestir y calzar a toda prisa, y sobre sus cabellos, destrenzados como estaban, hizo colocar una corona, y después, como se asombraran todos de aquello, dijo:

—Ésta es, señores, la que yo quiero que sea mi mujer, con tal que ella me quiera a mí por marido.

Y después, volviéndose a ella, que de sí misma avergonzada y confundida estaba, le preguntó:

—Griselda, ¿me quieres tú por esposo?

Contestóle ella que sí, y él añadió:

—Yo te quiero a ti por mujer.

Y en presencia de todos la tomó por esposa. Y haciéndola montar en

un palafrén, respetuosamente acompañada se la llevó a su casa, donde se celebraron magníficas y espléndidas bodas, y se hicieron grandes festejos, ni más ni menos que si la desposada hubiera sido la hija del rey de Francia.

La joven esposa pareció que con las vestiduras hubiera cambiado al mismo tiempo de carácter y de costumbres. Era, como he dicho, hermosa y bien formada, y volvióse tan amable, tan graciosa y tan fina; que no parecía hija de Giannucolo, ni que hubiera sido pastora, antes bien hija de algún noble señor: de lo cual hacía asombrar a cuantos antes la habían conocido. Y a más de esto, era tan obediente a su marido y tan pronta en servirle, que él se mostraba el hombre más contento y satisfecho del mundo. Y era asimismo tan graciosa y tan benévola para con los súbditos de su marido, que ni uno había que no la amara con delirio y no la honrara de buen grado; rogando todos por su bien, por su prosperidad y por su exaltación, diciendo cuando se decía que Gualtieri había obrado con poca cordura, tomándola por mujer, que era, por el contrario, el hombre más cuerdo y previsor que en el mundo hubiera; pues nadie más que él habría jamás podido conocer la elevada virtud de aquella joven oculta bajo sus pobres ropas y su traje de aldeana. Y a poco tiempo, no solamente en su marquesado, sino por doquier, supo obrar ella, cual si largo tiempo hubiese transcurrido haciendo hablar de su mérito y de sus buenas acciones y logró que se dijera de su marido, lo contrario, si algo contra él se había dicho, por culpa de ella, cuando con ella se casó. Poco después, se puso encinta y a su debido tiempo dio a luz una niña, de la cual Gualtieri estuvo muy contento. Mas poco después asaltóle un nuevo pensamiento, a saber, el de probar con largos experimentos y con cosas intolerables, la paciencia de su esposa, y empezó a zaherirla con palabras, fingiéndose enojado y diciendo que sus vasallos no estaban contentos de ella por su humilde condición, y especialmente desde que veían que tenía hijos; y tan disgustados estaban de la niña que había nacido, que no hacían más que murmurar. Al oír la dama estas palabras, sin alterársele el semblante y sin inmutarse, dijo:

—Señor, haz de mí lo que tú creas que mayor honra y consuelo darte pueda, que yo de todo estaré contenta, pues conozco que soy mucho menos que ellos, y que yo no era digna del alto honor con que tú me distinguiste.

Esta respuesta gustó mucho a Gualtieri, comprendiendo que la joven no estaba ensoberbecida por los honores que él y los demás le hubiesen dispensado. Poco tiempo después, habiéndole dicho a su mujer, con palabras vagas, que los vasallos no podían soportar aquella niña nacida de ellos, envió a ella un criado suyo, previamente aleccionado, quien con aire bastante lastimero, le dijo:

—Señora, si no quiero morir, tengo que hacer lo que mi señor me manda. Y me ha mandado que tome esta hijita vuestra y que... —Y no dijo más.

La dama, al oír las palabras y ver el semblante del criado y recordando las palabras dichas por su marido, comprendió que aquél le había mandado que la matase: por lo cual, tomándola en seguida de la cuna, besándola y bendiciéndola, aun cuando sentía gran pena en el corazón, sin inmutarse, la puso en los brazos del familiar, diciéndole:

—Toma: cumple lo que tu señor y el mío te ha ordenado; pero no la dejes de modo que puedan devorarla las fieras, ni las aves, a no ser que así te lo mandara él.

El criado tomó a la niña y refirió a Gualtieri lo que su esposa había dicho, el cual, asombrado de la constancia de su esposa, envió al criado con la niña a Bolonia, a una parienta suya, rogándole que, sin decir jamás de quién era hija, la cuidara y educara. Nuevamente se puso encinta la dama, y a su debido tiempo, dio a luz un varón, que fue muy grato a Gualtieri. Mas, no bastándole lo que había hecho, nuevo dardo clavó en el pecho de su mujer, diciéndole con irritado semblante:

—Mujer, desde que pusiste al mundo este hijo varón, no puedo vivir en paz con mis vasallos, porque les sienta muy mal, que deba ser con el tiempo su señor un nieto de Giannucolo: tanto, que si no quiero que me arrojen de aquí, tendré que hacer lo que otra vez hice, y tendré que acabar por dejarte y tomar otra mujer.

Escuchóle la dama con resignación y se limitó a responderle:

—Señor, haz por contentarte a ti y da satisfacción a tu gusto y no te preocupes por mí, pues no hay cosa alguna que me agrade, si no veo que a ti te sea grata.

Muchos días después, Gualtieri, de la misma manera que había mandado por su hija, mandó por su hijo, y fingiendo también haberlo matado, lo envió a criar a Bolonia, como había hecho con la niña, sin que la dama hiciese más observaciones que las que había hecho para la niña; de lo cual Gualtieri se asombraba en gran manera, e interiormente aseguraba que ninguna otra mujer podía hacer lo que ella hacía: y a no ser porque la veía amantísima de los hijos, mientras así era del agrado de él, habría creído que lo hacía para no cuidarse más de ellos.

Sus vasallos, creyendo que él había hecho matar a sus hijos, le censuraban enérgicamente y le tenían por un hombre cruel, y compadecían en gran manera a su esposa, la cual con las mujeres que con ella se condolían de los hijos así muertos, jamás decía otra cosa sino que no era ella, sino quien los había engendrado, quien esto quería.

Bastantes años después del nacimiento de la niña, pareciéndole a Gualtieri llegada la hora de hacer la última prueba de la resignación de su mujer, dijo entre muchos de los suyos, que ya no podía aguantar más tener a Griselda por mujer y que comprendía que había obrado mal y con poco seso al casarse con ella, y por lo tanto, quería hacer valer su influencia cerca del Papa para que éste le permitiera tomar otra mujer y dejar a Griselda; lo cual, por muchos hombres de corazón, le fue agriamente censurado, limitándose él a replicar que así tenía que ser. La dama, al saber estas cosas y figurándose que debía pensar en volver a casa de su padre y guardar tal vez el ganado como antes había hecho y ver a otra mujer al lado del hombre a quien ella amaba con delirio, en gran manera se afligió; sin embargo, tal como había soportado las demás injurias de la fortuna, así con semblante sereno se dispuso a soportar esta otra prueba.

Poco tiempo después, Gualtieri se hizo mandar de Roma cartas su-

puestas, y dio a entender a sus súbditos que por ellas el Papa le autorizaba para tomar otra mujer y dejar a Griselda. Por lo cual, mandando venir a ésta en su presencia delante de mucha gente, la dijo:

—Mujer, por concesión que el Papa me ha hecho, puedo tomar otra esposa y dejarte a ti; y como mis antepasados todos fueron de ilustre linaje y señores de estas tierras, mientras que los tuyos han sido siempre labradores, quiero que ceses de ser mi mujer y que te vuelvas a casa de Giannucole con la dote que te trajiste, y yo me traeré otra que he hallado de mi gusto.

La dama, al oír estas palabras, retuvo sus lágrimas, no sin violento esfuerzo, superior a las fuerzas de una mujer, y respondió:

—Siempre comprendí, señor, que mi humilde condición no se avenía en modo alguno con vuestra nobleza y lo que con vos he sido, a vos y a Dios se lo agradecía sin que jamás lo hiciera mío o por mío lo tomara, como si se me hubiera dado, antes bien, lo tuve siempre como prestado; ya que a vos os place retirármelo, también a mí debe placermelo y me place devolvérselo; ahí tenéis el anillo con el cual me hicisteis vuestra esposa; tomadlo.

Me mandáis que me lleve la dote que yo os traje, para la cual ni vos necesitaréis pagador ni necesitaré yo bolsa ni bagaje, pues no he olvidado que desnuda me tomasteis, y si vos juzgáis honesto que sea de todos visto este cuerpo en el cual he llevado hijos por vos engendrados, me marcharé desnuda, mas os ruego en premio de la virginidad que os entregué y que no me la llevo conmigo, que a lo menos os plazca que pueda llevarme, a más de mi dote, una sola camisa.

Gualtieri, que más ganas tenía de llorar que de otra cosa, mostrando ceñudo rostro dijo:

—Llévate una camisa.

Todos los que en torno suyo estaban, rogábanle que le diera un vestido para que no se viera salir tan pobre y vituperablemente de su casa a la que había sido durante más de trece años su esposa; mas fueron inútiles los ruegos: por lo cual, la dama, despidiéndose de él, salió en camisa, descalza y con la cabeza descubierta de su casa; y llorando y con llanto de cuantos la vieron, se volvió a casa de su padre.

Giannucole (que jamás había podido creer que Gualtieri conservara por mujer a su hija, y que todos los días se esperaba este caso), habíale guardado las ropas de que se había despojado la mañana aquella en que Gualtieri la tomó por esposa: por lo cual se las entregó y se las volvió a poner ella, dedicándose de nuevo como solía a las tareas de la casa de su padre, sosteniendo con firme ánimo el fiero ataque de su adversa fortuna.

Después que hubo hecho esto, Gualtieri hizo creer a sus vasallos que había tomado una hija de uno de los condes de Panago; y mandando hacer grandes preparativos para las bodas, envió a decir a Griselda que se le presentara, y cuando delante la tuvo, le dijo:

—La nueva esposa que he tomado va a llegar y quiero acogerla honrosamente en mi primera entrevista; tú sabes que no tengo en casa mujeres que sepan arreglarme las habitaciones ni hacer muchas cosas que para tal fiesta se requieren: por lo tanto, tú, que mejor que nadie, sabes estas cosas

de casa, dispón lo que ha de hacerse, haz invitar a las damas que a ti te parezca, y recíbelas como si tú fueras la señora: después, una vez celebradas las bodas, podrás volverte a tu casa.

A pesar de que cada una de estas palabras producía una herida en el corazón de Griselda, porque no había podido arrojar de él el amor que a Gualtieri le tenía, respondióle como lo había hecho durante su buena fortuna:

—Dispuesta estoy, señor.

Y penetrando con sus ropas bastas y groseras en aquella casa, de la cual poco antes había salido en camisa, púsose a barrer y arreglar las habitaciones, hacer poner tapices y cobertores en las salas, a hacer arreglar la cocina y todo lo demás como si fuese una criadita de la casa, sin descansar hasta que todo lo hubo arreglado y ordenado todo cuanto convenía. Y después de esto, haciendo invitar por orden de Gualtieri a todas las damas del país, púsose a disponer la fiesta; y llegado el día de las bodas, recibió a todos los convidados vestida de aldeana y con el rostro risueño y contento.

Gualtieri, que había hecho educar convenientemente a sus hijos en Bolonia por una parienta suya que estaba casada en casa de los condes de Pánago, contando ya la niña, que era la más bonita que jamás se haya visto, doce años de edad y el niño seis, había enviado a Bolonia a casa de su parienta, a rogarle que se dignara venir a Saluzzo para casarla con Gualtieri, sin dejar saber a nadie quién era ella.

El caballero hizo lo que el marqués le pedía, y poniéndose en camino, al cabo de algunos días, a eso de la hora de comer llegó con la niña, con el hermano y con noble comitiva a Saluzzo, donde halló a todos los del país y a otros muchos vecinos del contorno que aguardaban a la nueva esposa de Gualtieri.

Recibida ésta por las damas y llegada a la sala donde estaban puestas las mesas, Griselda la salió a recibir afablemente, tal como iba puesta, y le dijo:

—Bienvenidá sea mi señora.

Las damas (que habían rogado mucho pero en vano a Gualtieri, que hiciera que Griselda se quedara en una habitación, o que le prestase alguno de los trajes que suyos habían sido, para que no anduviera así delante de los invitados), fueron colocadas en torno de las mesas y se empezó a servir las.

Todo el mundo miraba a la niña, y todos decían que Gualtieri había hecho buen cambio, pero quien más alababa a la niña y a su hermanito era Griselda. Gualtieri, a quien le parecía haber visto plenamente cuanto deseaba de la paciencia de su mujer, viendo que ninguna alteración causaba en ella la novedad de las cosas y teniendo por seguro que esto no se debía a estupidez, puesto que sabía que ella era muy discreta, juzgó ser hora ya de librarla de la amargura que comprendía le ocultaba ella bajo la impasibilidad de su semblante.

Por lo cual, llamándola a sí en presencia de todos, le preguntó sonriendo:

—¿Qué te parece nuestra esposa?

—Señor —respondió Griselda—, a mí me parece muy bien, y si es tan discreta como bella, que así lo creo, no me cabe duda que viviréis con ella sumamente satisfecho, pero os ruego con toda mi alma que a ésta no le causéis los

pesares que le causasteis a la otra que tuvisteis; pues dudo que los pudiera soportar, ya sea porque es más joven o ya porque ha sido criada con delicadezas, mientras que la otra lo había sido desde pequeña en incesantes fatigas.

Gualtieri, al ver que Griselda estaba firmemente convencida de que aquella niña debía ser su esposa, sin que por esto dejara de hablar admirablemente bien, hízola sentar a su lado, y dijo:

—Hora es ya, Griselda, de que recojas el fruto de tu larga paciencia, y de que los que me han tenido por cruel, inicuo y bestial, conozcan que lo que yo hacía, hacíalo con premeditación, queriendo enseñarte a ti a ser esposa, a ellos a saberla tomar y conservar, y proporcionarme a mí mismo perpetuo sosiego mientras tuviera que vivir contigo: lo cual, cuando me decidí a casarme, temí mucho que no me sucedería, y por esto, para probarte, zaherí y desgarré tu corazón por todos los medios que tú sabes.

Y como jamás he visto que de palabra ni de hecho te hayas negado a complacerme, pareciéndome que en ti tengo la dicha que deseaba, quiero devolverte a un mismo tiempo lo que en varias ocasiones te quité y curarte con dulzura suma las heridas que te produjo, y a este fin, acepta gustosa y satisfecha a ésta, que tú crees desposada mía, y a su hermano, como a hijos tuyos y míos; éstos son aquéllos que tú y muchos otros habéis creído por largo tiempo que yo cruelmente había hecho matar; yo soy tu marido y te amo más que todo lo del mundo, creyendo poder alabarme de que no hay otro que pueda estar tan contento de su esposa como yo.

Y dicho esto, estrechó entre sus brazos, abrazándola, a Griselda, que lloraba de alegría, y juntos se levantaron y fueron adonde estaba sentada su hija, llena de estupor viendo tales cosas, y abrazándola tiernamente, y a su hermano también, la desengañaron a ella y a muchos otros que allí habían.

Las damas, sumamente satisfechas, abandonaron las mesas y acompañaron a Griselda a su habitación, donde quitándole sus humildes ropas, le pusieron uno de sus más ricos vestidos, y como a señora, que aun cubierta con sus mismos andrajos lo parecía, acompañáronla de nuevo, a la sala; una vez allí, cambió tiernas caricias con sus hijos, con gran contento de todos, prolongándose por muchos días las fiestas, y considerando a Gualtieri tan cuerdo, como demasiado amargas e intolerables habían juzgado las pruebas hechas en su esposa; pero en quien más cordura y discreción reconocieron todos fue en Griselda.

Al cabo de algunos días el conde de Panago se volvió a Bolonia, y Gualtieri, sacando a Giannucole de sus tierras, púsole como suegro en una posesión tan desahogada, que vivió y pasó toda su vejez muy respetado y muy satisfecho, y el marqués, después de haber casado noblemente a su hija, vivió dichoso y por largos años con Griselda, honrándola siempre tanto como se la podía honrar.

¿Qué podremos decir aquí sino que también en las casas más pobres llueven del cielo espíritus divinos, como en las reales llueven otros que serían más dignos de guardar cerdos que de tener dominios sobre los hombres?

La historieta de Dioneo había terminado, y de ella, en distintos sentidos, habían hablado largamente las damas, cuando el rey, levantando la cabeza hacia el cielo y viendo que empezaba a anochecer, dijo sin abandonar su asiento:

—Preciosas damas, como presumo que así lo comprendéis, el buen criterio de los mortales no consiste únicamente en tener en la memoria las cosas pasadas o conocer las presentes, sino que es de hombres grandes, considerados como de gran discreción, el saber prevenir lo futuro por medio de lo presente y de lo pasado. Quince días hará mañana que nosotros, con objeto de hacer una excursión con que atender a nuestra salud y a nuestra vida, dejando a un lado las melancolías, los dolores y las angustias que sin cesar se ven en nuestra ciudad desde que empezó esta peste, salimos de Florencia, cosa que a mi entender hicimos acertadamente; pues bien mirado, aun cuando se hayan contado historietas alegres, y tal vez bastantes libres, y hemos bebido y comido constantemente bien, y tocado y cantado cosas todas para incitar las mentes débiles a cosas menos honestas, ni por vuestra parte ni por la nuestra he notado acto, palabra ni cosa censurable; continua honestidad, continua concordia, continua fraternal confianza me ha parecido ver y sentir en vosotros, cosa de que a vosotros y a mí nos honra indudablemente, por esto, a fin de que por la prolongada costumbre no pudiese nacer de ello cosa alguna que se convirtiera en fastidio, y para que no haya quien pueda tildar nuestra prolongada ausencia, y habiendo tenido cada uno de nosotros su jornada y su parte en el honor que en mí radica, opinaría yo, si esto ha de ser de vuestro agrado, que sería conveniente que nos volviéramos al paraje de donde partimos.

Varias otras consideraciones hizo el rey, añadiendo que, si era aprobada su opinión, conservaría su corona hasta la hora de la partida, que opinaba debía ser a la mañana siguiente; y que, en caso contrario, tenía pensada ya la persona a quien tenía que coronar.

Mucho hablaron entre sí las damas y los jóvenes, mas al fin aceptaron como acertada la opinión del rey; por lo cual, mandando llamar al senescal, habló el rey con él sobre lo que debía hacerse a la mañana siguiente; y despidiendo a todos hasta la hora de cenar, púsose de pie.

Entregóse cada cual a sus habituales distracciones, cenóse luego agradablemente, y después pusiéronse a tocar, cantar y bailar, dirigiendo Lauretta una danza al compás de una cítara, que por orden del rey entonó Fiammetta. Otras se cantaron después de ésta, y cerca ya de la medianoche, fuéronse todos a descansar a indicación del rey.

Y cuando apareció el nuevo día, habiéndose levantado y teniendo ya dispuesto el senescal todo lo que se le había encomendado, guiados por el discreto rey volviéronse hacia Florencia. Y los tres jóvenes, dejando a las siete damas en Santa María la Nueva, de donde con ellas habían partido, de ellas se despidieron, yéndose en busca de otras distracciones; y ellas, cuando lo juzgaron oportuno, volvieron a sus casas.

Conclusión del autor

Nobilísimas y altas damas mías, para cuyo placer compuse tan larga obra: han sido vuestros ruegos y la Providencia Divina, antes que mis flacas fuerzas y mis pocos méritos, quienes me han permitido llegar al fin de mi tarea, dando cumplido término a lo que en un principio os prometiera hacer. Ésta es la razón por la que, tras de haberle dado gracias al Señor en primer término y a vosotras después, creo llegado el tiempo de dar descanso a mi pluma y a mi fatigada mano. Mas antes, previniéndome de antemano de los reproches que hacérseme puedan, voy a contestar en pocas palabras a esas observaciones que vosotras o cualquiera otro puedan hacerme, pues sé muy bien que estos cuentecillos no pueden gozar de mayor privilegio que cualquiera otra obra, y quizás tener menos, como dije al principio de la jornada cuarta.

Es posible que alguna de vosotras diga que estos cuentecillos fueron escritos con harta libertad y franqueza y que hago decir en ellos, y lo que es más grave, oír por damas, cosas que mujeres honestas no deben decir ni oír. Pero yo esto lo niego, pues afirmo que nada hay por deshonesto que sea que no pueda ser contado o presentado de casta manera, tal y como creo haberlo hecho. Más aún, y suponiendo que esta primera objeción sea fundada, no lo discutiré, proponiéndoo solamente aquí la serie de mis respuestas. Si en estos cuentecillos hay algunos momentos que pueden ofender el pudor es porque así lo exigía la naturaleza de los mismos, y cualquiera sea el varón sensato que los juzgue imparcialmente acabará por consentir que no existe otra manera de referirlos sin alterarlos. Algunas expresiones demasiado libres, que las personas devotas siempre acostumbradas a pesar más las palabras que los conceptos, habrán calificado de hirientes para los oídos castos, ¿son acaso más indecorosas que tantas otras como agujero, clavija, mortero, mano de almirer o chorizo que continuamente se usan sin escrúpulo alguno? Y de otro lado, ¿por qué concederle menos licencia a la pluma del poeta que al pincel del pintor? Pues ¿quién es, el que censura las licencias de las desnudeces e imaginación de estos últimos? Ya pinte a San Miguel alanceando al diablo, o a San Jorge acuchillando al dragón; ya represente a Adán y Eva tal y como se encontraban al salir de las manos de nuestro Creador, nadie hay que vea en ello

nada de censurable. Y por lo demás, no fue precisamente en una iglesia, lugar donde toda palabra debe brotar del corazón y exponerse con las más severas palabras, donde estas historias se contaron; ni tampoco en las escuelas, donde acude la juventud, sino en amenos jardines y lugares de recreo, entre jóvenes, y en circunstancias en que cada cual podía correr vestido como se le antojara con tal de salvar el pellejo. Lo que en cambio es cierto, es que esta obra puede ser útil o perjudicial, según sea la condición de las gentes que la lean. ¿Quién ignora que el vino, bebida agradable y reconfortante para todos los hombres, conforme afirman los bebedores, es perniciosísimo para los afiebrados? ¿Hemos de decir por esto que es nocivo? El fuego produce, doquier va, el estrago y el incendio, pero ¿negaremos por ello su inmensa utilidad? El que las armas sean mortíferas, ¿nos hará dejar de utilizarlas? No, porque no son malas por sí mismas, sino según la maldad de quien las usa. Del mismo modo, las palabras, indiferentes en sí mismas, no pueden ser mal interpretadas sino por quien las escucha. Y así tenemos, que las que parecen más libres, no lo son para quien las escucha con mente limpia, tal y como el fango que enloda el suelo no puede oscurecer el sol ni alterar la belleza de los cielos. No existe libro más puro y sano que las Sagradas Escrituras y, sin embargo, ¿no ha habido acaso muchísimos que por interpretarlas mal han causado su pérdida y la de quienes las escucharon? Toda cosa encierra en sí un germen útil, que siempre puede infectarse y convertirse en veneno. Tal ocurre con estos cuentecillos. Quien los aplique mal, sacará de ellos perniciosos ejemplos y consejos peligrosos; pero quien pretenda lo contrario, podrá hacerlo con idéntica facilidad, no produciendo más que frutos buenos y sazonados si se leen en tiempo y lugar adecuados y por las personas para quienes fueron escritos. Y bien hará el que en vez de leerlos prefiera leer su devocionario, porque puede estar tranquilo y persuadido de que nadie le seguirá forzándole a leerlos.

Sé que ciertas devotas, que pese a la austeridad de que hacen alarde, pierden algunas veces su severísimo porte, me dirán cuáles son los cuentos que debiera suprimir. De acuerdo estoy con ellas, pero yo no podía escribir más que lo que se contaba y los que lo contaban lo hacían muy bien, hasta el punto de que si yo hubiera modificado algo habría alterado el relato. Y aun en la suposición, incierta naturalmente, de que haya sido yo quien los imaginó y escribió, nada me cuesta declarar la imperfección de algunos de estos cuentecillos, porque sé perfectamente que únicamente Dios puede hacer obras perfectas. El emperador Carlomagno, primero en crear paladines, no pudo hacer un ejército de ellos. En todos los objetos hay diferencias de condición. Toda tierra, por excelentemente roturada y cuidada que se encuentre, siempre produce, junto a las plantas útiles y saludables, malezas nocivas. Y de otra parte, al mantenerse la conversación con muchachas jóvenes y sencillas tales y como sois vosotras, señoras mías, ¿no hubiera sido necedad el rebuscamiento encaminado a tratar únicamente de temas elevados con los vocablos más meditados?

Y por añadidura, ellos o ellas, cuando lean estos cuentecillos, pueden elegir, tomando los que sean de su gusto, dando de lado los demás, pues para ello puse al principio de cada uno un título que explica perfectamente su asunto.

Sé también que alguien me dirá que algunos son harto largos. Repito con este motivo, que todo aquel que tenga que hacer alguna cosa importante, sería muy necio leyéndolos aun si fueran muy cortos, pues aunque hace muchísimo tiempo que empecé a escribirlos, no olvidé jamás que éste mi trabajo está dedicado a las personas ociosas; y cuando se lee para matar el tiempo, ¿hay acaso lectura demasiado larga, ya que precisamente es ése mismo el objeto de dicha lectura? Las narraciones cortas son convenientes para los que trabajan y estudian, no para matar el tiempo, sino para emplearlo mucho más útilmente que vosotras, señoras mías, cuya única ocupación es la que os procuran los dulces trabajos del amor. Como ninguna de vosotras ha estudiado en Atenas, Bolonia o París, no es raro que se hable más tiempo con vosotras que con quienes cultivaron su mente en las Universidades.

Algunas me dirán que puse demasiada alegría en mis palabras y que es impropio el que un hombre de mi gravedad escriba como yo lo hago. Agradezco a esas señoras el que así se expresen movidas de su interés por mi reputación; pero, sin embargo, voy a contestar a su reprimenda. Ciertamente es que peso y que me he pesado alguna vez en mi vida, pero puedo asegurarles a los que me pesaron que soy ligero, tanto, que siempre sobrenadé las aguas sin irme al fondo jamás. Y considerando por lo demás, cómo los sermones de nuestros más famosos predicadores están sembrados de pullas e ironías, no he vacilado un punto en imitarlos al redactar una obra destinada a ahuyentar el flato mujeril. Pero de todas formas, si esto les divirtiera demasiado, ¿no existen acaso, para llorar a gusto, las Lamentaciones de Jeremías, la Pasión de Nuestro Señor o el Arrepentimiento de la Magdalena?

No ignoro que dirán que mi lengua es viperina porque les digo, de vez en vez, las verdades a los frailes. Concedo de buen grado mi perdón a quienes me hagan este reproche, porque sé que sus razones tendrán para hacerlo. Son, efectivamente, los frailes unas personas excelentes, que únicamente por el amor de Dios, alivian de trabajos y dolores a las damas, prestándoles, en secreto, valiosísimos servicios. Ciertamente es, que, si todos ellos no despidieran cierto tufo a macho cabrío, sus servicios serían muchísimo más agradables. Confieso, no obstante, que como nada hay seguro en esta tierra en que vivimos, ya que todas sus cosas se encuentran sometidas a cambio, pudiera haber sucedido que mi lengua haya sufrido la suerte, común, aunque una de mis vecinas me ha afirmado recentísimamente que la mía es la más dulce y sabrosa del mundo, cosa ésta que sucedió cuando ya nada me quedaba por escribir. Tal es mi respuesta.

Que cada cual crea o diga lo que le parezca; yo callo. Doy gracias a Aquél que con su ayuda me sostuvo en mi trabajo, conduciéndome al fin que me había propuesto, y a vosotras, amables damas, os deseo que viváis en paz y en su santa gracia y si la lectura de estos cuentecillos ha sido para vosotras de algún placer y utilidad no aspiro a otro premio que al de vivir, gracias a ellos, en vuestro recuerdo.

Índice

Introducción, <i>por Giovanni Papini</i>	7
Prólogo del Autor	45

JORNADA PRIMERA

Introducción	49
<i>Cuento primero.</i> La confesión de San Ciappelletto	63
<i>Cuento segundo.</i> El judío converso	71
<i>Cuento tercero.</i> Los tres anillos	74
<i>Cuento cuarto.</i> El pecado compartido	76
<i>Cuento quinto.</i> Las gallinas	78
<i>Cuento sexto.</i> Ciento por uno	80
<i>Cuento séptimo.</i> Bergamino	82
<i>Cuento octavo.</i> El avaro castigado	85
<i>Cuento noveno.</i> El rey de Chipre	87
<i>Cuento décimo.</i> El viejo enamorado	88

JORNADA SEGUNDA

Introducción	95
<i>Cuento primero.</i> El falso tullido	97
<i>Cuento segundo.</i> La oración de San Julián	100
<i>Cuento tercero.</i> El casamiento imprevisto	104
<i>Cuento cuarto.</i> Landolfo Ruffolo	110
<i>Cuento quinto.</i> El rubí	114
<i>Cuento sexto.</i> Desgracia y fortuna de la señora Beritola	122
<i>Cuento séptimo.</i> El casamiento del rey de Garbe	131
<i>Cuento octavo.</i> La inocencia triunfante	146
<i>Cuento noveno.</i> El engañador castigado	156
<i>Cuento décimo.</i> El calendario de los viejos	165

JORNADA TERCERA

Introducción.....	173
<i>Cuento primero.</i> El jardinero del convento	177
<i>Cuento segundo.</i> "Quien la hizo, no la vuelva a hacer"	181
<i>Cuento tercero.</i> El confesor celestino	185
<i>Cuento cuarto.</i> Camino de santidad	191
<i>Cuento quinto.</i> El Zima	194
<i>Cuento sexto.</i> La celosa engañada	199
<i>Cuento séptimo.</i> El peregrino	204
<i>Cuento octavo.</i> El resucitado	216
<i>Cuento noveno.</i> La condesa de Rosellón	223
<i>Cuento décimo.</i> El diablo y el infierno.....	230

JORNADA CUARTA

Introducción.....	237
<i>Cuento primero.</i> Guismunda	243
<i>Cuento segundo.</i> El ángel Gabriel	250
<i>Cuento tercero.</i> Historia de tres desgraciados amores	257
<i>Cuento cuarto.</i> La hija del bey de Túnez	261
<i>Cuento quinto.</i> El tiesto de albahaca	265
<i>Cuento sexto.</i> Los dos sueños fatales	268
<i>Cuento séptimo.</i> La salvia mortal	273
<i>Cuento octavo.</i> El amor y la muerte	276
<i>Cuento noveno.</i> La venganza	279
<i>Cuento décimo.</i> Ruggiero de Jeroli	282

JORNADA QUINTA

Introducción.....	293
<i>Cuento primero.</i> El amor maestro	295
<i>Cuento segundo.</i> Las saetas de Martuccio Gomito	302
<i>Cuento tercero.</i> Los amantes fugitivos	307
<i>Cuento cuarto.</i> El ruiñeñor de Catalina	312
<i>Cuento quinto.</i> Los rivales	315
<i>Cuento sexto.</i> Encuentro afortunado	319
<i>Cuento séptimo.</i> Los amantes reunidos	323
<i>Cuento octavo.</i> El infierno de los amantes crueles	328
<i>Cuento noveno.</i> El halcón	332
<i>Cuento décimo.</i> Cornudo y contento	337

JORNADA SEXTA

Introducción.....	347
<i>Cuento primero.</i> El mal narrador.....	349
<i>Cuento segundo.</i> Cisti el panadero.....	350
<i>Cuento tercero.</i> Moneda falsa.....	353
<i>Cuento cuarto.</i> Chichibio, el cocinero.....	354
<i>Cuento quinto.</i> Las apariencias engañan.....	356
<i>Cuento sexto.</i> La apuesta ganada.....	357
<i>Cuento séptimo.</i> La adúltera discreta.....	359
<i>Cuento octavo.</i> La preciosa ridícula.....	361
<i>Cuento noveno.</i> Respuesta de Guido Cavalcanti.....	362
<i>Cuento décimo.</i> Fray Cipolla, limosnero.....	364

JORNADA SÉPTIMA

Introducción.....	375
<i>Cuento primero.</i> La cabeza de burro.....	377
<i>Cuento segundo.</i> El tonel.....	380
<i>Cuento tercero.</i> La oración contra las lombrices.....	383
<i>Cuento cuarto.</i> El celoso burlado.....	386
<i>Cuento quinto.</i> El celoso confesor.....	389
<i>Cuento sexto.</i> Doble estratagema.....	394
<i>Cuento séptimo.</i> Cornudo y apaleado.....	397
<i>Cuento octavo.</i> La mujer astuta.....	401
<i>Cuento noveno.</i> El árbol encantado.....	406
<i>Cuento décimo.</i> El aparecido.....	413

JORNADA OCTAVA

Introducción.....	419
<i>Cuento primero.</i> Mujer codiciosa, galán estafador.....	421
<i>Cuento segundo.</i> El cura de Varlungo.....	423
<i>Cuento tercero.</i> El inocente Calandrino.....	426
<i>Cuento cuarto.</i> El preboste de Fiésole.....	432
<i>Cuento quinto.</i> Los calzones del juez.....	435
<i>Cuento sexto.</i> Las píldoras de acíbar.....	437
<i>Cuento séptimo.</i> Venganza de enamorado.....	441
<i>Cuento octavo.</i> Venganza y reconciliación.....	457
<i>Cuento noveno.</i> El médico burlado.....	460
<i>Cuento décimo.</i> Trampa por trampa.....	469

JORNADA NOVENA

Introducción.....	479
<i>Cuento primero.</i> Los amantes desengañados.....	481
<i>Cuento segundo.</i> La cofia de la abadesa	484
<i>Cuento tercero.</i> El varón preñado	487
<i>Cuento cuarto.</i> El criado jugador	489
<i>Cuento quinto.</i> El enamorado burlado.....	492
<i>Cuento sexto.</i> La cuna	497
<i>Cuento séptimo.</i> El sueño cumplido.....	501
<i>Cuento octavo.</i> El burlador burlado	502
<i>Cuento noveno.</i> Los consejos del rey Salomón.....	505
<i>Cuento décimo.</i> La yegua de Pedro	508

JORNADA DÉCIMA

Introducción.....	515
<i>Cuento primero.</i> El caballero Figiovanni.....	517
<i>Cuento segundo.</i> Ghino de Tacco.....	519
<i>Cuento tercero.</i> Mitridanes y Natán	522
<i>Cuento cuarto.</i> El amante desprendido	527
<i>Cuento quinto.</i> El jardín embrujado	531
<i>Cuento sexto.</i> Las pescadorcillas.....	534
<i>Cuento séptimo.</i> La dama del rey de Aragón	538
<i>Cuento octavo.</i> Los amigos generosos.....	543
<i>Cuento noveno.</i> El premio a la cortesía	552
<i>Cuento décimo.</i> Griselda	562
Conclusión del autor	571